
UNA
FARSA
SOBRE HIELO
LYNN PAINTER
AUTORA BEST SELLER DE MEJOR QUE EN LAS PELÍCULAS

UNA FARSA SOBRE HIELO



UNA FARSA SOBRE HIELO

LYNN PAINTER

Traducción de Leire García-Pascual Cuartango

PUCK

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Fake Skating*
Editor original: Simon & Schuster Children's Publishing Division
Traducción: Leire García-Pascual Cuartango

1.ª edición: febrero 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2025 *by* Lynn Painter
Publicado en virtud de un acuerdo con Simon & Schuster Books For Young Readers, un sello de Simon & Schuster Children's Publishing Division
All Rights Reserved
© de la traducción 2025 *by* Leire García-Pascual Cuartango
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.mundopuck.com

ISBN: 979-13-87899-22-6

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Vuestra forma de ser no tiene por qué tener sentido para los demás.
Sois *exactamente* como se supone que debéis ser.
SOIS PERFECTOS.

Y puede que aún no los hayáis conocido,
pero hay quienes os van a querer
POR SER
como sois.



PRÓLOGO
Alec

Aquello no podía estar pasando.

Dani Collins se iba a mudar a Southview.

—Imposible —murmuré, al tiempo que pisaba el acelerador.

Hacía solo una hora, mi vida había ido como siempre. Había vuelto a casa después del entrenamiento, me había comido un par de cuencos de goulash mientras mi padre nos hablaba del nuevo barco anfibio que se había comprado su amigo, y estaba a punto de levantarme de la mesa cuando mi madre soltó la bomba.

Me contó emocionada todos los detalles sobre cómo los padres de Dani se iban a divorciar y cómo Dani y su madre se iban a mudar aquí con su abuelo. Se puso incluso a gritar emocionada por lo increíble que iba a ser volver a tenerlas cerca.

«¡Imagina cuántas veces podremos verlas ahora!».

Yo me limité a sonreír y a asentir como un buen hijo mientras intentaba no perder la maldita cabeza al pensar en tener que verla todos los días.

Dani Collins.

Se iba a mudar.

Al maldito. Southview.

Me inventé una excusa para largarme de allí cuanto antes, porque necesitaba tomar aire fresco, y escuchar música, para intentar asimilar lo que implicaba aquel inesperado giro de los acontecimientos. Tenía una prima que se dedicaba a crear listas de reproducción como una loca para cada momento de su vida, y ese hábito ligeramente obsesivo se me había acabado pegando, hasta el punto de que ya no era capaz de lidiar con la dura realidad a menos que antes de enfrentarme a ella me pusiese algo de música.

Así que me monté en Burrito (mi Oldsmobile Alero del 2003 que estaba hecho una tartana) y conduje sin rumbo, subiendo el

volumen a tope cuando comenzó a sonar «Escorpião» por la radio, una canción brasileña de la que no entendía ni una maldita palabra, pero que me encantaba. Sabía que la traducción venía a decir algo como «Te quiero y eso es una mierda», y con eso me bastaba.

Pero, como si Burrito tuviese mente propia, acabé tomando la salida que daba al camino de tierra que apenas se podía ver desde la carretera y que se adentraba en el bosque que había junto al estanque. Conduje por el camino cubierto de nieve hasta que vi el viejo cobertizo abandonado que una vez había sido «nuestro sitio».

¿Qué cojones estoy haciendo?

Aquella noche todo estaba en calma, con los densos copos creando una especie de burbuja a mi alrededor que me aislaba del resto del mundo, así que lo único que se oía era el crujido de mis pisadas al posarse sobre la nieve mientras bajaba del coche y me acercaba al cobertizo destartalado. Siempre me había parecido que estaba a un abrir y cerrar de ojos de derrumbarse, y esa sensación no había desaparecido desde la última vez que estuve allí.

El verano en que tenía trece años.

Empujé la puerta y me adentré en su interior, en parte esperando que una manada de mapaches salvajes se me echase encima en cuanto pusiese un pie dentro. Todo estaba a oscuras pero, cuando encendí la linterna del móvil, sentí como si me hubiesen disparado un disco de hockey al pecho porque, ¿cómo era posible que todo siguiese igual?

Las sillas que habíamos robado de la tienda de mi padre para amueblar nuestro ridículo cobertizo seguían allí, al igual que el enorme agujero del tejado que solíamos decir que era nuestra claraboya.

Joder.

Tragué con fuerza y alcé la mirada hacia la luna. Todo en «nuestro sitio» seguía igual. Y, ¿a quién quería engañar?, su recuerdo también. El recuerdo de Dani.

Y de la última vez que la vi.

Hacía unos cinco años (más o menos)

—No quiero volver a casa.

Observé el perfil de Dani mientras ella contemplaba la luna y no pude creer que fuese a marcharse. Estábamos sentados el uno al lado de otro, sobre una manta, en el cobertizo del estanque, y le respondí la frase más eufemística del siglo.

—Esto es una mierda.

Dani y su madre venían cada verano durante un mes. Un mes en el que nuestras madres (que eran mejores amigas) se pasaban todas las horas del día y todos los días de la semana juntas, por lo que nos dejaban hacer lo que nos diese la gana. Montábamos en bici, íbamos a pescar, caminábamos durante kilómetros y kilómetros hablando *de cualquier cosa*, pasábamos el rato en la piscina… era el mejor mes de nuestros veranos.

Llevábamos celebrando el que viniesen en verano desde que tenía memoria.

Literalmente.

Venían de visita todos los veranos para ver a los abuelos de Dani pero, como pasábamos la mayor parte del tiempo juntos en mi casa (o en nuestro cobertizo), siempre tenía la sensación de que eran *nuestras* vacaciones, de nadie más.

Y, sin duda, eso era lo mejor de nuestro verano.

Porque durante un mes al año, ella era mi mejor amiga.

Durante treinta días, nos divertíamos y nos reíamos hasta que se nos saltaban las lágrimas, y después ella regresaba a la base de la Fuerza Aérea en la que estaba destinado su padre hasta la siguiente temporada de luciérnagas.

Pero ahora se iban a marchar después de solo dos días allí. En esta ocasión, habían venido por el funeral de su abuela, y el idiota de su padre, *el coronel*, las había acompañado, cosa que no solía ocurrir demasiado a menudo.

Pero aquello había sido un grave error, porque su presencia lo había estropeado todo.

Fue épico, aunque en el peor de los sentidos de la palabra.

Mick, el abuelo de Dani, se lanzó al cuello del señor Collins después del funeral, gritando que había sido culpa suya que la abuela de Dani hubiese muerto de pena porque había arrastrado a

su madre lejos de su familia y del pueblo que la había visto crecer, obligándolas a mudarse de base en base, por todo el país.

Y después Mick les soltó (delante de todo el mundo) que volvieran a «donde demonios estés destinado ahora» y que se largasen de su vista.

Síp, una auténtica pesadilla.

Y por eso se iban a marchar por la mañana.

Lo que significaba que ese año no iríamos paseando juntos hasta la panadería de Kriz, donde siempre nos acabábamos sentando en una mesa pegajosa en la terraza e intentábamos adivinar qué donuts se iban a pedir los clientes por lo que llevaban puesto.

Una de nuestras (muchas) tradiciones anuales.

—Sé que esto me convierte en una mierda de persona —dijo ella, mirándome con esos ojos marrones demasiado tristes—, pero creo que me fastidia más no poder pasar aquí un mes que todo el drama familiar.

Y entonces lo vi.

Tenía los ojos anegados de lágrimas.

Ver a alguien llorar me resultaba incómodo; no se me daba muy bien eso de ponerme serio. Pero ¿ver a la persona más sarcástica que conocía así de triste?

Para ser sincero, me rompió el corazón.

—Collins —la llamé, dándole un golpe suave con el hombro, porque necesitaba que volviese conmigo, a un lugar donde se sintiese cómoda—. Como te pongas a llorar, te juro por Dios que te saco de este cobertizo a rastras y te lanzo al estanque.

Aquello le hizo soltar una carcajada ahogada.

—Qué malote, amenazándome cuando los dos sabemos que no podrías hacerlo, vamos —respondió, con voz ronca y rota.

—Eres cruel —bromeé.

—Y tú eres muy bajito —replicó, tomándome el pelo. No era más que una broma tonta, porque no era bajito, lo que pasaba era que ella era muy alta, mucho más que los demás.

—No eres ninguna mierda de persona, por cierto —le dije, al fijarme en que todavía le brillaban los ojos por las lágrimas contenidas, lo que me dio ganas de darle una patada en el culo a su

abuelo por haberse comportado como un imbécil—. Es normal que estés triste por no poderte quedar más tiempo.

Tragó con fuerza y se mordió el labio inferior, como si estuviese tratando de no echarse a llorar.

—A ver, *yo también estoy triste* —admití, y se me rompió la voz al decirlo porque *sí* que estaba triste. ¿Cómo se suponía que iba a pasar el verano si no era corriendo por todo el pueblo con Dani?

—¿Lo estás? —me preguntó, tan bajo que no fue más que un susurro. Recorrió mi rostro con la mirada—. ¿En serio?

Asentí y noté un doloroso pinchazo atravesándome el pecho cuando vi cómo una lágrima rebelde se escapaba de sus párpados, porque era imposible que Dani Collins estuviese llorando.

No *podía*.

De repente, fue como si el mundo se hubiese vuelto del revés, y necesitaba que dejase de llorar. De inmediato.

Todo iba mal si ella no era feliz.

Porque Dani tenía los ojos brillantes y una risa contagiosa. Dani era sinónimo de felicidad.

Y antes de que pudiese darme cuenta de lo que estaba haciendo, posé los pulgares sobre sus mejillas, secándole las lágrimas, y se me formó un nudo en la garganta cuando ella me miró como si estuviese tratando de averiguar qué narices estaba pasando.

—Yo tampoco lo sé —admití, porque siempre habíamos sido capaces de leernos la mente el uno al otro, y no tenía ni idea de por qué de repente me estaba muriendo por besarla—. No sé qué está pasando.

—Ya somos dos —repuso, asintiendo con la cabeza. Bajó la mirada lentamente hacia mis labios y, al momento, el corazón comenzó a latirme acelerado.

—¿Deberíamos hacerlo? —le pregunté, no, más bien *jadeé*, al darme cuenta de que todavía estaba acariciándole la suave piel de las mejillas con los pulgares.

¿En serio acabo de preguntarle (sin decirlo directamente) si deberíamos besarnos?

¿Qué narices está pasando?

—Bueno, *alguna* vez tiene que ser nuestra primera vez —dijo,

como si me hubiese leído la mente y supiese las ganas que tenía de besarla, antes de mirarme de esa forma que me dejaba bien claro que estaba dispuesta a todo.

Nadie se esforzaba tanto como Dani cuando tenía que enfrentarse a un nuevo reto. Ella siempre estaba dispuesta a hacer casi cualquier cosa por ganar. Me había preguntado muchas veces si aquella sería solo la versión de la Dani «de vacaciones», o si el resto del año también era así.

—Quizás… ¿deberíamos?

Lo dijo como una pregunta, y yo no tenía ni idea de cómo habíamos llegado a ese punto.

Joder.

—¿Lo dices en serio? —logré decir, un tanto ronco. *¿Tengo que dejar las manos en su cara o las aparto?*

¿Qué narices?

¿Por qué de repente el besarla me parecía la mejor idea del mundo? ¡Si estábamos hablando de *Dani*!

—Creo que sí —repuso, con los ojos brillantes, haciendo a un lado la tristeza.

Podría haberme echado atrás, fingir que aquello no se nos había pasado por la cabeza, por el bien de nuestra amistad, pero entonces ella me miró *de ese modo*, y supe que estaba perdido.

Me miró como si quisiese que la besase. Como si estuviese *esperando* a que me inclinase hacia ella.

Y, que Dios se apiadase de mí, porque llevaba soñando con besarla desde hacía mucho tiempo como para seguir conteniéndome.

—Entonces, acércate, Collins.

Tomé aire por la nariz al tiempo que echaba la vista atrás, rememorando aquellos recuerdos cristalinos, en los que estaba tumbado sobre aquella manta, con Dani Collins volviéndome loco. El olor del cobertizo, esa mezcla a tierra, cedro y nostalgia, tampoco ayudaba. Aquellos aromas me resultaban tan malditamente familiares que me asaltó la necesidad de recorrer las paredes con los

dedos hasta encontrar la pequeña zona en la esquina donde habíamos escrito toda clase de tonterías sin sentido con rotuladores acrílicos, solo para ver si nuestras pequeñas obras de arte olvidadas seguían allí.

Pero en cuanto aquello me vino a la cabeza, también me acordé de todo lo demás.

Y después no quise seguir navegando en el mar de los recuerdos.

Porque, aunque hubiesen pasado muchos años desde aquel entonces, seguía enfadado con ella. Lógicamente, a esas alturas aquello ya debería haber sido agua pasada. *Debería haberlo superado*.

Pero, cuando conduje de vuelta a casa, me di cuenta de que no lo había hecho.

En absoluto.

Puede que los dos hubiésemos crecido y que no tuviese ningún sentido, pero seguía guardándole rencor a Dani Collins por lo que hizo después de la noche en que nos besamos.

"Te quero bem" é o caralho
Eu vou acabar contigo

O, en español:

«Te quiero», y una mierda
Voy a acabar contigo

CAPÍTULO UNO

Febrero – Último curso

Dani

Despierta. Ya hemos llegado.

Abrí los ojos, pero en vez de ver mi dormitorio, lo único que vi fue nieve y un cielo gris al otro lado del frío cristal en el que tenía apoyada la cabeza.

Lo mismo que había estado viendo durante horas hasta que al final me quedé dormida.

Joder, es real.

—Recuérdame otra vez por qué nos vamos a mudar aquí —dije, al tiempo que me inclinaba para volver a ponerme las Converse altas. Llevábamos siete horas metidas en un camión de mudanzas lleno de nuestras cosas (que habían enviado por error a nuestra antigua dirección en Minot. *Gracias, Fuerza Aérea*), para poder mudarnos a un lugar donde parecía que el suelo estaba cubierto por varios metros de nieve y la sensación térmica era de bajo cero. Vamos a ver, es que no tenía sentido—. Es que, a ver, ¿por qué no a California?

—Ya hemos hablado de esto. California es demasiado caro y hace muchísimo calor en verano, y te va a encantar vivir aquí —repuso mi madre, antes de apagar el motor del camión y sacar las llaves del contacto—. De pequeña te encantaba venir, ¿es que lo has olvidado?

Solo me gustaba porque estaba Alec.

Se me formó un nudo en el estómago al pensar en él y en que iba a tener que volver a verlo después de que me hubiese dejado tirada de la noche a la mañana, igual que nuestra amistad a distancia. Temía ese incómodo reencuentro con cada fibra de mi ser, y todavía estaba un poco enfadada con él, pero también tenía la esperanza de que, una vez dejado atrás ese momento vergonzoso, él fuese lo

mejor de haberme mudado aquí.

O, al menos, que ayudase a que fuese… un poco menos horrible.

Porque Alec Barczewski siempre había sido como un divertido rayo de sol, con la inigualable habilidad de hacer que todo fuese un poquito mejor. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que nos habíamos visto, y estaba claro que los dos habíamos cambiado, pero en el fondo sabía que el rarito de mi amigo era el único que podría hacer que esto fuese un poquito menos horrible.

—El que me guste un sitio porque venga una vez al año para pasar el verano no quiere decir que tenga ganas de vivir allí todo el año —murmuré, para luego abrir la puerta y bajarme del camión de un salto. El aire gélido me cortó las mejillas y me apresuré a subir la capucha de la chaqueta para protegerme del frío—. Sobre todo cuando el invierno aquí es horrible.

Por el amor de Dios, es como si el viento tuviese cristales afilados. ¿Por qué narices la gente elige vivir en un lugar donde hace tanto frío? Ya había vivido en lugares gélidos antes, así que tampoco era nada nuevo para mí, pero de alguna manera se me había olvidado lo horrible que era.

—Deja de quejarte. Acabo de pasar por un White Castle, así que tienes una hamburguesa y unas patatas fritas esperándote en tu bolsa —dijo, acercándose para agarrarme del brazo y entrelazarlo con el suyo tras cerrar la puerta del camión.

—¿En serio? —Me rugió el estómago y capté un ligero olor a cebolla cuando abrí mi bolsa de tela—. Una última comida ideal antes de morir por congelación, gracias.

—Y ahora somos oficialmente residentes de Southview —proclamó, con una terrible firmeza en la voz—. Te guste o no.

Suspiré y pensé *mil veces NO* mientras que sacaba la pequeña hamburguesa de la bolsa y me la llevaba a la boca. Le di un buen mordisco y me quedé mirando fijamente la enorme casa blanca que se alzaba frente a nosotras, masticando con un nudo en el estómago.

Lo que tenía mucho sentido, ya que la última vez que habíamos estado allí, mi padre y yo habíamos tenido que meter todas nuestras cosas en el coche en silencio mientras mi madre discutía a gritos con

mi abuelo en la entrada.

«Cambiaste a tu familia y tu vida entera solo por seguir a ese imbécil de base en base, ¿y de qué te sirvió? ¿Te gusta vivir sin pertenecer a ningún sitio? ¿Que Dani no sepa lo que es tener una familia de verdad?».

—Parece que no está en casa —comenté, fijándome en las cortinas corridas y en la entrada desierta—. ¿Sabía que veníamos, verdad?

—Pues claro que está en casa —repuso mi madre—. Lo más probable es que haya aparcado en el garaje.

—Nunca aparca en el garaje —la corregí, antes de darle un par de mordiscos más a mi hamburguesa y añadir con la boca llena—. Allí es donde guarda sus herramientas.

O, al menos, era donde *solía* guardar sus herramientas antes de que decidiese echarnos a patadas de su vida.

—Han pasado unos cuantos años, puede que lo haya despejado —comentó—. Y no hables con la boca llena.

—Pues no me hagas hablar cuando estoy comiendo.

Pero cuando nos acercamos a la puerta principal y llamamos, descubrimos que el abuelo no estaba en casa.

Mi madre me dedicó una pequeña sonrisa tensa e intentó fingir que no pasaba nada, pero se le formó una pequeña arruga en el ceño que delataba lo nerviosa que estaba. Marcó su número y se llevó el teléfono a la oreja al tiempo que se mordía el labio inferior y esperaba a que respondiese.

—Ah. Papá. Hola —dijo, y su aliento cálido formó pequeñas nubes de vaho frente a su rostro al entrar en contacto con el aire gélido—. Ya hemos llegado, ¿vienes de camino?

Me crucé de brazos para intentar no morir congelada mientras la observaba escuchar su respuesta.

Aquello no iba bien.

Las arrugas de su ceño no desaparecieron, y entonces comenzó a pasear de un lado a otro, nerviosa.

—Bueno, lo sé. Sí, no pasa nada —respondió—, pero es que pensábamos que estarías aquí para echarnos una mano.

Estupendo. El abuelo Mick estaba desaparecido en combate y no pensaba ayudarnos con la mudanza. De haber podido sentir alguna

clase de emoción humana, en ese momento habría estado cabreadísima.

Pero mi rabia estaba congelada.

—Claro. Lo entiendo —murmuró—. Pero sabías que llegábamos hoy, ¿no?

Pues claro que sabía que llegábamos hoy, pensé. Probablemente aquella era su forma de mandarnos a la mierda sin tener que escupírnoslo a la cara.

Dios, no me podía creer que de verdad nos fuésemos a mudar con él.

Para ser sincera, toda mi infancia estaba llena de buenos recuerdos con el abuelo Mick. Aunque fuese un hombre callado y gruñón, también fue quien me enseñó a pescar y a patinar, y quien solía llamarme su «Danigirl» mientras me llevaba a hombros.

Pero todos esos recuerdos habían quedado relegados a un segundo plano el mismo día en que nos había echado, a mis padres y a mí, del funeral de mi abuela, cuando yo no tenía más que doce años.

Delante de todos los que se habían reunido para llorar su muerte.

Así que me seguía sorprendiendo que, de alguna manera, de algún maldito modo, estuviésemos a punto de mudarnos a su casa, como si esa pesadilla no hubiese ocurrido nunca.

Técnicamente, nos había construido una especie de apartamento en la planta superior (algo que a mi madre le encantaba recalcar como si eso lo cambiase todo), pero seguía sin comprender cómo era posible que aquello fuese una buena idea.

Sí, por favor, vamos a mudarnos con el viejo gruñón a quien no le cae bien nadie, y mucho menos nosotras.

Iba a ser divertidísimo.

—Ah, vale —dijo mi madre al teléfono—. Está bien. No hemos traído nada pesado, así que podemos ir empezando nosotras.

Asintió y colgó la llamada, pero antes de que pudiese abrir la boca para decir nada, alzó un dedo y me señaló.

—No quiero oír ni una sola palabra, ¿estamos?

—Por Dios —bufé, negando con la cabeza—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha hecho?

—Nada —repuso, encogiéndose de hombros como si todo fuese de maravilla—. Es que ha tenido que irse a echarle una mano con su barco a un amigo de Minnetonka.

Esperé a que añadiese algo más pero, al parecer, eso era todo.

—¿Y…? ¿A cuánta distancia está eso de aquí? ¿Cuánto va a tardar en ayudar a ese amigo suyo con el barco? —En cuanto dije aquello en voz alta, me enfadé por lo ridículo que sonaba—. Además, esto es una maldita tundra, ¿qué narices pretenden hacer en un barco con este tiempo? Si todo lo que tiene agua está congelado.

—Joder, Dani, esto es Minnesota —me espetó mi madre, alzando la voz, claramente frustrada—. ¡Aquí se usan barcos para todo!

Abrí la boca para decir algo, pero no tenía ni idea de cómo responder a eso.

—Creo que se me acaba de ocurrir un reclamo turístico increíble. —Las arrugas de su frente desaparecieron y esbozó una pequeña sonrisa—. Vamos a empezar a sacar nuestras cosas del camión y él vendrá ayudarnos en cuanto haya terminado.

—¿En serio vamos a tener que meter todas estas cajas las dos solas? ¿Eso es lo que me estás queriendo decir? —Metí la barbilla dentro del cuello del abrigo para intentar protegerme del viento gélido.

—Te compraré una pizza grande de queso y un maldito poni si dejas el sarcasmo a un lado y me ayudas a meter las cajas dentro de casa —dijo, sacando un llavero del bolsillo.

—¿Puedo comerme la pizza mientras paseo con el poni?

—Siempre y cuando no te caigas.

—Vale, me apunto —solté, mientras la veía abrir la mosquitera—. Pero he de decir que siento que estaba en racha con eso de la negatividad.

Mi madre usó sus llaves (*sí, las llaves de cuando era pequeña todavía funcionaron para abrir la puerta*) y nos adentramos en la casa. Poner un pie en la planta baja era como retroceder en el tiempo, todo estaba igual que la última vez. La única diferencia era que ya no olía a galletas recién horneadas; mi abuela siempre preparaba galletas con pepitas de chocolate cuando veníamos de visita.

Pero, cuando llegamos a la escalera, en vez de alzar la vista y ver el pasillo de la planta de arriba igual que siempre, nos encontramos ante un par de puertas francesas. Tenían el cristal esmerilado, por lo que no se podía ver nada al otro lado, pero la luz natural que provenía de detrás se filtraba a través de ellas y hacía que pareciera que estuviesen resplandeciendo.

—Vaya —dijo mi madre, subiendo las escaleras a la carrera.

—Sí —repuse, antes de seguirla—. Vaya.

La planta superior había cambiado por completo. Los cálidos suelos de madera y los acabados en blanco le daban un aire elegante y contemporáneo, todo lo contrario al aspecto anticuado de la planta principal. Dos de los antiguos dormitorios se habían transformado en un enorme salón, y habían tirado abajo las paredes que los separaban para que diese la sensación de que siempre había sido así. A través de las enormes ventanas se filtraba muchísima luz natural (mucha más de la que debería haber habido con toda esa maldita nieve), y habían construido una chimenea de ladrillos blancos en el centro de una pared cubierta de estanterías blancas.

—Es increíble —jadeó mi madre, sin aliento.

Me costaba recordar qué aspecto había tenido antes.

Los dos dormitorios que quedaban eran igual de preciosos que el salón, con muebles nuevos y un baño compartido enorme, y en la pequeña cocina teníamos todo lo que pudiesen necesitar dos personas a las que no les gustaba nada cocinar.

Y cuando mi madre abrió las segundas puertas francesas que vimos junto a la chimenea, nos encontramos unas escaleras que llevaban hacia el garaje que había detrás de la casa, donde el abuelo nos había dejado un sitio para aparcar.

El apartamento tenía hasta su propia entrada particular.

—¿Estás segura de que ha montado todo esto él solo? —le pregunté, sorprendida por aquella transformación. Sabía que el abuelo Mick tenía un taller de carpintería y que le gustaba construir cosas, pero aquello era demasiado.

—Segurísima —respondió mi madre y, por un momento, me dio la sensación de que tenía lágrimas en los ojos.

Pero entonces sacudió ligeramente la cabeza y añadió:

—Vale, vamos a empezar, antes de que se nos haga tarde.

Bajamos a donde habíamos dejado aparcado el camión y empezamos a meter nuestras cosas en casa, pero al estar las dos solas tuve la sensación de que nos iba a llevar una eternidad cargarlo todo. Había muchísimas cajas repletas de objetos de todo tipo: libros, ropa, fotos y zapatos, y el tener que llevarlas de una en una era deprimente y lento.

—¿Dani?

Me di la vuelta cuando oí a alguien llamarme, y tardé un momento en reconocer al chico alto con chaqueta de traje que me estaba sonriendo, con su aliento formando nubes de vaho. Estaba mucho más alto de lo que recordaba, y le había salido barba, pero, joder, era él.

—*¿Benji?*

Benji siempre había vivido en la casa de al lado de mis abuelos. Bueno, en realidad, su *padre* siempre había sido vecino de mis abuelos, y él tan solo pasaba algún que otro fin de semana suelto allí. Su madre, con quien vivía la mayor parte del tiempo, era rica y vivía en una mansión junto al lago.

En una urbanización privada.

Alec solía llamarlo el Rey Imbécil, incluso mucho antes de que tuviésemos edad para decir la palabra «imbécil», porque iba a un colegio privado y elegante en el que solo admitían chicos y se comportaba como si fuese mejor que los demás.

«¿Te han regalado una bici por tu cumpleaños? Qué mono. A mí me regalaron un caballo de carreras llamado Titus».

—Ahora todos me llaman Ben —repuso, esbozando una sonrisa divertida—. ¿Puedo echarte una mano con eso? ¿Por favor?

Señaló la caja mojada que llevaba en brazos, la misma que parecía estar a punto de descomponerse entre mis manos.

—Gracias —le dije, al tiempo que se la tendía, acordándome de la última vez que lo había visto.

Dios, me había olvidado por completo de aquel día.

Fue hace un par de años, y mi madre y yo habíamos venido en avión para que ella pudiese ver cómo se encontraba el padre de Alec, al que habían ingresado en el hospital después de tener un

accidente de coche. Nos quedaban muy pocos días antes de tener que mudarnos a Alemania, así que solo nos podíamos quedar unas horas en las Ciudades Gemelas, y resultó que Benji había tomado el mismo vuelo que nosotras desde Minot.

Cuando le había cambiado el asiento al señor de mediana edad para poder sentarse a mi lado, me tensé, porque no quería tener que pasarme todo el vuelo sentada junto a él, pero después de unos minutos hablando conectamos como si fuésemos viejos amigos, cosa que no éramos. Lo cual me sorprendió muchísimo, porque Benji siempre se había comportado como un auténtico imbécil con Alec y conmigo cuando éramos pequeños.

Pero en aquel momento me sentía tan sola que el mero hecho de que estuviese siendo amable conmigo era… bueno, *agradable*, incluso aunque siguiese siendo el mismo niñato imbécil y rico de siempre (el mismo chico egocéntrico que me enseñó al menos cincuenta fotografías suyas haciendo cosas como montar a caballo sin camiseta por una playa de Bali). Y para aquel entonces Alec ya no me hablaba, por eso opté por no acompañar a mi madre al hospital cuando fuimos de visita, porque me preocupaba que Alec no quisiese verme allí, por motivos que todavía no alcanzaba a comprender. Pero Benji fue amable, gracioso y agradable. Y, sorprendentemente, disfruté de su compañía.

Eché un vistazo por encima del hombro de Benji y me fijé en el coche que parecía estar aparcado al final del camino de entrada de mi abuelo.

—Vaya, ¿ese es tu coche?

No me interesaban demasiado los coches, pero a mi padre sí, así que sabía que eso era un Maserati Grecale.

Pues claro que Benji tenía un SUV que valía cien mil dólares.

—Lo es —repuso, con una sonrisa tan orgullosa que uno podría pensar que lo había *montado* con sus propias manos—. ¿Te apetece ir a dar una vuelta? ¿Entrar en mi calor sobre mis asientos calefactados?

Qué asco.

—Lo siento, pero tengo que ocuparme de *todo esto*.

Y señalé la caja que llevaba en brazos.

—Ah, sí —soltó, con una sonrisa decepcionada—. ¿Llevo esto dentro?

—Sí.

—Genial. —Asintió y se encaminó hacia la casa—. Por cierto, ¿qué pasa con todas estas cajas?

—Ah, ya sabes —comenté, antes de tomar una lámpara de pie y seguirlo—. Nos hemos mudado aquí.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio? —lo preguntó como si no pudiese creérselo, pero en el buen sentido. Como si se alegrase de la noticia —. ¿Te has mudado a Southview?

—*Nos* hemos mudado a Southview —corregí, tomando el pomo y abriéndole la puerta—. Mi madre y yo nos hemos venido a vivir con mi abuelo.

—No jodas —soltó, adentrándose en la casa.

—Ah, sí —repuse, con un nudo en el estómago, porque odiaba las mudanzas. Sabía, por experiencia, que estaba a punto de tener que enfrentarme a los peores meses de mi vida, y lo que ocurriría después aún estaba por ver. Puede que las cosas fuesen a mejor, pero también cabía la posibilidad de que fuesen a peor—. Parece que este es mi nuevo hogar.

—Bueno, esa es una muy buena noticia —comentó, con una sonrisa tan grande que le cruzaba toda la cara—. De repente, me apetece mucho más que nunca pasar tiempo con mi padre.

No sabía qué era lo que quería decir con eso y, sinceramente, me daba igual. Siempre que me mudaba a un lugar nuevo, aceptaba a todo aquel que pudiese entrar dentro de la categoría de «aliado», ya fuese un imbécil rico e inofensivo o no.

Una pena que estudiase en una academia para ricos, porque si no al menos ya conocería a alguien de mi nuevo instituto.

—Gracias, prometo que no os aplastaremos el césped —bromeé.

—Créeme, lo último que me preocupa es el estúpido jardincillo de mi padre —respondió, con ese tono condescendiente de niño rico.

Siempre había tenido la sensación de que se avergonzaba de que su padre fuese un hombre normal y corriente de clase media, lo que me llevaba a preguntarme cómo habían podido acabar juntos sus padres, aunque tampoco hubiesen durado demasiado.

—Me alegro de haberte vuelto a ver —dijo, dejando la caja a un lado. En parte había pensado que Benji nos echaría una mano con la mudanza, pero todas mis esperanzas murieron en cuanto le vi abrocharse la chaqueta hasta arriba de forma no irónica—. Bienvenida a casa.

Ehhhh, esta no es mi casa, ni por asomo.

Me limité a sonreír y a asentir, porque no sabía qué responderle a esa versión de Benji, bueno… de Ben.

«Por favor, no te entretengas».

«¿Cómo puedes tener los dientes tan blancos?».

«¿Titus sigue vivo?».

—¿Quieres que te dé mi número? —me preguntó, y debí de observarlo confundida, porque se apresuró a añadir—. Por si necesitáis ayuda con algo, al ser nuevas en el pueblo y todo eso.

—Ah —solté, incómoda—. Eh…

—Eso sería genial. —Mi madre apareció de repente, de la nada, y me lanzó una mirada que venía a decir «sé amable»—. ¿No crees que sería genial, Dani?

—Sí —repuse, obligándome a esbozar una sonrisa alegre mientras sacaba mi teléfono del bolsillo—. Eso sería genial.

Me guardó su número en los contactos («Ben Worthington») y se marchó, después de excusarse diciendo que tenía entrenamiento. En ese momento casi pude oír a Alec haciendo alguna broma sobre el tipo de actividad de pringados que el pequeño Benji podría practicar («¿remojo de bizcochitos? ¿atarse pañuelos al cuello a toda velocidad?»), porque era demasiado estirado como para practicar algún deporte que requiriese sudar aunque solo fuese un poco.

—Parece que Benji ha cambiado mucho estos años, y a mejor —comentó mi madre, con una sonrisa traviesa—. Aunque está claro que sigue igual de colado por ti que cuando erais pequeños.

—Ahora es *Ben*, madre, y creía que habíamos acordado que ya nadie dice eso de que alguien está «colado» por otra persona, suena fatal —la corregí. No sabía por qué el nombre de «Ben» me hacía gracia, pero me la hacía.

En parte me daba más ganas de llamarle Benji solo para hacerle de rabiar.

—Cierto, lo siento —repuso, con una sonrisa burlona y la mirada clavada en la ventana que daba a la entrada de la casa—. Por el amor de Dios, ¿eso es un Maserati?

—Síp.

Justo cuando hizo aquella pregunta, oímos cómo alguien tocaba el claxon con ganas en la calle. Me di la vuelta a tiempo de ver cómo una enorme camioneta negra aparcaba justo detrás del coche elegante y, quien quiera que estuviese detrás del volante, tocó el claxon de nuevo con impaciencia, una y otra vez, hasta que *Ben* se marchó.

Me reí al imaginar a Benji observando asqueado el capó cubierto de nieve del F-250, hasta que vi cómo la camioneta se adentraba en nuestro camino de entrada y aparcaba detrás del camión de la mudanza.

Y entonces lo vi bajar.

De alguna forma, el hombre parecía más alto de lo que recordaba, y más rudo, y juro por Dios que casi le pude oír maldecir a gritos cuando le vi cerrar la puerta de su camioneta de un portazo y señalar la casa de Benji.

El abuelo Mick.

—Parece que papá ya ha vuelto —comentó mi madre, pero estaba sonriendo como si aquel comportamiento le pareciese la mar de divertido.

Sabía que mamá y él habían hablado mucho por teléfono últimamente, después de que mis padres se separasen y nos marchásemos de Alemania, así que era posible que el abuelo hubiese logrado que mamá empezase a tolerar su mal humor.

Pero yo no.

Porque ¿qué clase de abuelo deja de dirigirle la palabra a su nieta de la noche a la mañana?

Me preparé para su llegada, temiendo aquel reencuentro, porque era imposible que no fuese tenso y extraño. Lo más probable era que se disculpase conmigo y yo tuviese que mentir y decir «ah, no pasa nada», para después darle un abrazo y fingir que todo era agua pasada.

Espero que no se eche a llorar.

La puerta se abrió de golpe, casi como si le hubiese dado una patada, y de repente, ahí estaba, más como una especie de personaje de una película de acción que como el abuelo de alguien.

—No me puedo creer que ese mierdecilla me estuviese bloqueando la entrada. ¿Qué narices hacia Worthington aquí?

Se quitó las gafas de aviador y, a pesar de que estuviese quejándose del vecino, sentí cómo algo cálido se despertaba en mi pecho al verle los ojos. Probablemente porque seguían teniendo el mismo aspecto de siempre, de cuando todavía era mi persona favorita del mundo.

Aunque fuese un imbécil de manual, una parte de mí se moría de ganas por abrazarlo. Con desesperación.

—Solo estaba echándole una mano a Dani con la mudanza —repuso mi madre, al tiempo que cruzaba la estancia para abrazarlo —. Benji solo estaba siendo amable.

—Sí, claro —murmuró, gruñón, antes de envolverla entre sus fuertes brazos y darle un beso en la coronilla—. ¿Qué tal el viaje?

—Bien. Frío —respondió, y cuando se apartó de él, no pude ignorar la expresión que se apoderó de su rostro. Parecía relajada de verdad, por primera vez en… vaya, *por primera vez en su vida* mientras sonreía a su padre—. Aunque Dani se ha convertido oficialmente en un cubito de hielo.

—Bah. Hoy tampoco hace tanto frío —repuso mi abuelo, encogiéndose de hombros, mirándome de reojo.

No sabía qué decir, así que me limité a soltar un ruidito raro, como una especie de «ajá», porque el abuelo Mick me estaba mirando fijamente y me estaba poniendo… *nerviosa*.

Se quedó observándome durante un buen rato como si estuviese tratando de encontrar algo en mi rostro, buscando algo que hubiese perdido. Me mordí el labio inferior y me puse a removerme nerviosa bajo su mirada de halcón, pero entonces me di cuenta de que quizás tan solo estaba tratando de encontrar las palabras adecuadas para disculparse.

Porque, a ver, ¿*cómo* se supone que se disculpa uno por llevar años ausente en la vida de su nieta? «Escucha, niña, soy un capullo». Sí, con eso bastaría, o quizás: «Vamos a hablar sobre el

enorme e imbécil problema que tenemos pendiente».

Me crucé de brazos y contuve el aliento mientras el silencio se tensaba entre nosotros, pero entonces por fin abrió la boca.

—Estás más alta —dijo.

«Estás más alta».

¿Qué?

¿«Estás más alta»?

¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

Carraspeé con fuerza y me metí un mechón rebelde tras la oreja.

—Mido un metro setenta.

—Ya —repuso, y asintió como si aquello confirmase algo—. Eres muy alta para ser una chica.

¿Qué está pasando?

Siguió observándome fijamente y asintiendo con la cabeza, y a mí me dieron ganas de morirme de la vergüenza. El mismo hombre que me había dejado conducir su barco cuando tenía cuatro años porque era su «Danigirl» solo fue capaz de ser lo bastante educado como para decirme que era «muy alta para ser una chica» al volverme a ver después de tanto tiempo.

Qué instante tan conmovedor.

Qué disculpa tan sublime.

—Voy a ir a buscar el resto de las cajas —avisé, señalando la puerta, y salí de allí a toda prisa, antes de que pudiese preguntarme también por mi talla de zapato o si me gustaban los pepinillos en las hamburguesas.

—Nosotros ahora vamos —gritó mi madre, pero me dio igual.

De repente, me centré solamente en sacar las cajas, porque eso me daba un motivo para olvidarme de todo lo demás durante un par de horas.

Y funcionó.

Cuando por fin terminamos de vaciar el camión de la mudanza, estaba a punto de subir para encerrarme en la habitación que oficialmente me pertenecía cuando mi madre preguntó:

—¿Estáis listos para irnos a cenar?

Quería mantenerme distante e inaccesible, de verdad que sí, pero lo cierto era que me moría de hambre. Y estaba congelada. Y

agotada.

Y un plato de comida caliente me sonaba a gloria en ese momento.

—Yo conduzco. —El abuelo Mick tomó su juego de llaves y pulsó el botón para arrancar la camioneta—. Siguen viviendo en Fairacre, ¿verdad?

Espera un momento.

—Sí —respondió mi madre—. Voy a ir a buscar mi bolso y echo la llave de casa, vosotros podéis ir montándoos a la camioneta.

Espera, espera, espera. *La calle Fairacre*.

¿¿Qué??

—¿A dónde vamos? —pregunté con calma, aunque ya sabía la respuesta y, de repente, se me revolvió el estómago.

—A casa de los Barczewski —respondió mi madre, como si fuese obvio—. Sarah nos ha invitado a cenar.

—*¿Qué?* No me habías dicho nada —solté, subiendo un poco más la voz de lo que pretendía.

—Estoy bastante segura de que sí que lo he hecho, pero ¿tienes algún problema con ir a cenar allí? —Me lanzó una mirada extraña y pude sentir los ojos del abuelo Mick clavados en mí también—. Pensé que te alegrarías.

—Y me alegro, *claro* —mentí, tratando de sonar indiferente, porque no quería que mi madre me preguntase por qué no quería ver a Alec. Hasta donde ella sabía, nos habíamos despedido como dos buenos amigos hacía cinco años y nos habíamos distanciado un poco por cosas de la vida, nada más.

Lo que en parte era cierto, pero ella no tenía ni idea de todas las postales que nos habíamos enviado en secreto desde que éramos críos, postales que, simplemente, un día dejaron de llegar.

Eso era lo que me daba miedo.

Lo incómodo que sería nuestro reencuentro después de que hubiese desaparecido de mi vida sin más.

—Pero es que llevamos todo el día metidas en un camión de la mudanza y sacando cosas —me quejé, esperando por milésima vez que Alec se hubiese olvidado de las estúpidas postales.

Aunque las estúpidas postales no habían sido estúpidas para mí.

Pero qué más da ahora.

—No tengo muchas ganas de ver a nadie hoy, estoy cansada y, además, estoy hecha un asco. —Sabía que me estaba preocupando por una tontería, pero no quería que la primera vez que Alec me viese después de tantos años fuese con *este aspecto*: en chándal y con un moño medio deshecho.

—Bueno, si prefieres quedarte aquí —repuso el abuelo Mick con lentitud—, puedo quedarme contigo, y podemos pedir una pizza o algo así.

Mi madre y yo nos volvimos a mirar al abuelo al mismo tiempo porque… eso sí que no nos lo esperábamos. ¿Es que quería pasar más tiempo conmigo? No sabía cómo sentirme al respecto.

—No —espetó mi madre, señalándolo—. Te has vuelto un ermitaño y comes comida precocinada que calientas en el microondas todos los días. Sarah nos ha invitado a los tres a su casa a cenar, así que vamos a ir. Y punto.

—Dios, se me había olvidado lo mandona que puedes llegar a ser —comentó mi abuelo, pero por la forma en que la miró me dio la sensación de que estaba disfrutando de aquello.

—Me pregunto de quién lo habré sacado… —respondió ella, poniendo los ojos en blanco—. Voy a por mi bolso y nos vamos. Subid al coche, los dos.

Se dio la vuelta y salió corriendo hacia la casa, dejándome allí de pie, a solas con el abuelo Mick en el camino de la entrada. Ni siquiera me miró cuando abrió la puerta del coche y dijo:

—Probablemente ya esté caliente.

—Ah. Genial —repuse, antes de abrir la puerta trasera y subirme a la camioneta, al tiempo que intentaba mantener la calma cuando sabía que estaba a punto de volver a ver a Alec.

Nuestro reencuentro era inminente, por Dios.

¿Cómo puede estar pasándome esto?

CAPÍTULO DOS

Alec

Hola, cariño. ¿Qué tal el trabajo?

—Bien —dije, cerrando la puerta de la cocina tras de mí y quitándome los zapatos—. Bastante tranquilo, menos mal.

Trabajaba en la ferretería de mi tío todos los fines de semana (y cualquier otro día que pudiese echar unas cuantas horas extra, siendo sincero). Normalmente trabajaba solo los domingos durante la temporada de hockey, pero como habíamos tenido partido la noche anterior y un entrenamiento bien temprano aquella mañana, echar un turno extra ese sábado.

Y me venía genial, porque necesitaba comprarme unos patines nuevos.

Para ayer.

—Después de que te duches, ¿puedes asegurarte de que los mellizos estén presentables? —Mi madre estaba estirando una masa sobre la isla de la cocina (pan de cerveza, joder, *sí*), con tres ollas hirviendo en el fuego.

Lo que me dio ganas de llorar como un bebé de felicidad, porque me moría de hambre.

—Los he dejado en el sótano viendo la tele —añadió—. Se suponía que tu padre tenía que encargarse de prepararlos para esta noche, pero entonces llegó Andy y lo más probable es que se le haya olvidado.

—Claro, pero ¿por qué? —Me quité la chaqueta, teniendo especial cuidado con mi brazo izquierdo, y la colgué en el perchero de la entrada—. A Andy le da igual qué aspecto tengan.

Andy era el mejor amigo de mi padre, y prácticamente otro miembro más de la familia.

—Los Boche van a venir a cenar —comentó como quien no quiere la cosa, mientras seguía amasando el pan.

¿Los *Boche*?

—¿A *quiénes* te refieres?

Incluso yo me sorprendí por lo tranquilo que soné, porque en ese momento me sentí como si me hubiesen dado un rodillazo en el estómago.

No podía estar queriendo decir que Dani iba a venir a cenar esa noche.

No había vuelto a hablar de Dani y de Hannah desde el mes pasado, cuando anunció que se iban a mudar aquí, y yo, por algún estúpido motivo, había esperado que eso significase que los planes habían cambiado.

Desde luego, lo que menos esperaba era que viniese a mi casa a cenar.

—Mick, Dani y Hannah —soltó—. Está claro.

—¿Así que ahora son «los Boche»? —pregunté, porque Dani y Hannah nunca habían utilizado el apellido de soltera de Hannah.

O, al menos, no que yo supiera.

—Bueno, Dani sigue siendo una Collins —repuso mi madre—, pero Hannah ha vuelto a adoptar el Boche.

Lo dijo con una sonrisa triunfal, probablemente porque siempre había odiado al coronel, pero yo estaba empezando a sentir cómo algo extraño se asentaba en mi pecho.

Eso no podía estar pasando.

Sabía que iba a tener que verla tarde o temprano, pero ¿por qué justo esta noche, cuando el hombro me estaba matando y lo único que quería era comer en paz y meterme en la cama? El tener que hacer *cualquier cosa* en ese momento ya me parecía un mundo, pero ¿ver a Dani?

No.

—¿Y van a venir los tres a cenar *esta noche*? —abrí la nevera y eché un vistazo en su interior, mientras trataba de hacerme a la idea de que *ella* iba a estar *aquí*, en mi cocina, dentro de unas horas.

Ni de coña.

Volver a verla ya era bastante horrible, pero tener que verla compartir una cena con mi familia, quienes siempre la habían adorado y besarían el suelo que pisaba y la tratarían como a una

sobrina amada a la que habían perdido hacía mucho tiempo iba a ser una auténtica mierda.

—Oye, Sarah. —Oí cómo alguien abría la puerta a mi espalda y una corriente de aire frío se deslizó en el interior de la casa.

Me di la vuelta y allí estaba Doug (el otro mejor amigo de mi padre), cerrando la puerta de un portazo.

—¿De verdad va a venir Mick Boche a cenar esta noche? —le preguntó a mi madre.

—Por Dios, mira que le dije a John que mantuviese el pico cerrado —se lamentó, pero estaba sonriendo.

Mick Boche, el abuelo de Dani, era toda una leyenda del hockey. Había sido el mejor jugador de hockey que hubiese salido jamás de Southview, eso seguro, toda una superestrella de la NHL, hasta que una lesión lo obligó a retirarse cuando estaba en su mejor momento.

Y aunque vivía en el pueblo, el tipo era un reconocido ermitaño, lo que lo convertía en un icono aún más esquivo si cabe. Cuando se le veía por el pueblo, la gente lo observaba sorprendida y entusiasmada, como si hubiesen visto un *bigfoot* o algo así.

—Entonces es cierto —dijo Doug, mientras se quitaba las botas y me rodeaba para tomar una Busch Light del estante superior de la nevera—. Esta noche vamos a cenar con el maldito Mick Boche. Joder, qué fuerte.

—*Tú* no vas a cenar con él —repuso mi madre con una carcajada, volviéndose para señalarlo—. Esto no es ningún encuentro de Mick Boche con sus fans, es una agradable cena familiar porque mi mejor amiga está de vuelta, y resulta que él es su padre.

—¿Y es que yo no formo parte de esta familia? Por cierto, muy buen partido el de anoche, Al.

—No, literalmente no formas parte de esta familia —respondió mi madre.

—Gracias —dije yo al mismo tiempo.

—Oh, venga ya, Sarah. —Doug me dedicó una sonrisa antes de añadir—: Tienes que dejar que me quede. Vas a dar una cena a la que has invitado a mi héroe, por el amor de Dios, y lo único que te pido es sentarme en silencio a la mesa para contemplar su grandeza con mis propios ojos. Te prometo que no diré nada y…

—Tú *siempre* dices algo, y demasiado, de hecho, y la respuesta es no.

—Puede quedarse con mi sitio —comenté, mientras cerraba la nevera—. Porque yo quiero irme a la cama.

—Y podrás irte a la cama —dijo mi madre, en tono autoritario—, *después* de cenar. Además, pensaba que tendrías mil ganas de volver a verlas.

—A ver, sí —mentí—, pero si ahora van a vivir aquí, las veré constantemente, ¿no?

—Voy a bajar al sótano —comentó Doug, antes de desaparecer por las escaleras, al tiempo que gritaba—, ¡pero subiré para la cena, Sar!

—No, de eso nada, Doug…

—¿Qué es eso que he oído de que Mick Boche va a venir a cenar? —La puerta de la entrada se abrió de nuevo y Ed, otro de los amigos de mi padre, se adentró en la casa y fue directo hacia la nevera—. Hola, Al. Gran partido el de anoche.

—Gracias —respondí.

—Sí, va a venir a cenar, pero tú no te vas a quedar —respondió mi madre, sin molestarse en alzar la vista de la mesa siquiera.

—Pero Big John dijo que podía quedarme —mintió Ed, porque todo el mundo sabía que mi padre nunca tendría las pelotas suficientes como para llevarle la contraria a mi madre—. De hecho, dijo que podía sentarme delante de Mick.

—Y una mierda —murmuré.

—Pero merecía la pena intentarlo, ¿no? —bromeó en un murmullo, con una sonrisa traviesa.

—Vete con los demás antes de que te dé una colleja —soltó mi madre, que era básicamente su forma de admitir que había acabado cediendo en lo de no permitir que hubiese fans locos en la cena.

Lo que quizás ayudase a que la velada fuese un poco menos horrible.

Así tendría más gente con la que hablar mientras intentaba fingir que Dani Collins no estaba en mi casa.

Pero, *joder*, no era justo.

Ya tenía suficientes cosas de las que preocuparme.

El tener que verla de nuevo, en mi casa, era demasiado.

No me puedo creer que vaya a estar aquí.

Que vayamos a tener que hablar.

Mierda.

Seguí a Ed al sótano y me sorprendió gratamente encontrarme a los mellizos ya vestidos y sin que necesitasen mi ayuda. *Gracias a Dios*. Se me daba bien echarle una mano a mi madre, pero los críos de cinco años a veces eran *demasiado*. Cole y Ashton estaban mirando fijamente la pequeña televisión que había en el rincón de los juguetes, completamente absortos en los dibujos animados que estaban viendo, que iban sobre unos perros que luchaban contra el crimen, mientras que mi padre y sus amigos veían la ESPN en la pantalla grande.

—¿Qué tal el trabajo, hijo? —me preguntó mi padre, al tiempo que agarraba el mango de su bastón y se levantaba lentamente de su asiento. Entrecerró los ojos y puso una mueca de dolor mientras se erguía del todo, y en ese momento me di cuenta de que ya casi no recordaba cómo era verlo moverse sin dolor.

—Sin sorpresas —respondí—. Gracias a Dios.

—Anoche jugasteis un partidazo, Al —comentó Andy desde el sofá —. ¿Cómo tienes el hombro?

Si tú supieras, colega…

—Bien —mentí—. Está morado, pero por lo menos no se ha puesto negro.

—Genial.

—Mamá me ha pedido que comprobase que los mellizos estuviesen preparados antes de meterme a la ducha —le dije a mi padre—. ¿Lo están?

—Sí, ahora mismo están bajo el hechizo de Disney, así que ve a ducharte. Los Boches llegarán en una hora.

—¿Así es como los vamos a llamar ahora? —No sabía por qué aquello me molestaba tanto—. ¿Los Boches?

Nunca los habíamos llamado así.

—Yo me limito a repetir lo que dice tu madre, ya lo sabes.

Pero aquello me siguió molestando, incluso cuando subí a la planta de arriba y abrí la ducha, sobre todo cuando por el altavoz bluetooth comenzó a reproducirse «Little League», la canción que siempre me

hacía pensar en ella.

En nosotros, en cómo éramos antes.

When we were younger

We didn't know how it would be[1]

—Siguiente canción —le grité al teléfono.

Todo este inesperado encuentro social me estaba sacando de quicio. Vale que se hubiesen mudado a Southview, pero ¿por qué narices era tan importante?

La gente se mudaba constantemente, por el amor de Dios.

Siseé con fuerza cuando me quité la camiseta por la cabeza porque *jodeeeeer*.

El golpe estaba yendo a peor.

Podía soportar que me doliese el hombro cuando estaba sobre el hielo pero, por algún motivo, cosas tan sencillas como el tener que levantar el brazo por encima de la cabeza para vestirme, casi me hacían ver las estrellas.

Incluso aunque me tomase todos los días un ibuprofeno, un paracetamol y me pusiese hielo en el hombro.

Estaba dejando mi teléfono junto al lavabo y a punto de meterme en la ducha cuando recibí un mensaje.

Vinny: La fiesta de la hoguera de Zack es esta noche y parece que va a ir todo el mundo.

Las palabras «todo el mundo», sobre todo cuando iban en la misma frase que «fiesta de la hoguera», ya no formaban parte de mi vocabulario.

Se suponía que debía mantenerme alejado de los problemas.

Necesitaba mantenerme alejado de los problemas y de cualquier fiesta que pudiese salirse de control.

Pero cuando me metí bajo el chorro de agua caliente y me di la vuelta para que este me cayese sobre el hombro dolorido; que me estaba empezando a preocupar de verdad, porque, literal y metafóricamente hablando, no me podía permitir que una lesión me dejase fuera del hielo; me sentí tentado a decirle que iría.

De repente, dejar que el alcohol me nublase un poco los sentidos, aunque solo fuese un rato, no me pareció tan mala idea.

1. Cuando éramos pequeños / No teníamos ni idea de cómo sería

CAPÍTULO TRES

Dani

Todo sigue tal y como lo recordaba.

El abuelo Mick aparcó la camioneta frente a una casa y, cuando me quedé mirando fijamente la fachada, fue como si hubiese vuelto atrás en el tiempo.

Aquel era mi lugar favorito del mundo.

O, bueno… lo había sido.

Los Barczewski vivían en una pequeña casita estilo Cabo Cod, con la fachada gris y con las contraventanas blancas, y un sinuoso camino que llevaba hasta la entrada, que siempre había estado llena de flores (azucenas y rosas) en verano.

Hoy estaba rodeada de bancos de nieve que me llegaban hasta las rodillas pero, aun así, me pareció ridículamente encantadora.

Aunque también aterradora.

E intimidante.

Estaba increíblemente nerviosa por tener que llamar al timbre.

Nunca me sentía cómoda rodeada de gente. *Jamás*. Siempre le daba demasiadas vueltas a cada palabra que decía y me preocupaba demasiado incluso por los más mínimos detalles. Me estresaba lo que los demás pudiesen pensar de mí, de mi aspecto, de lo que hacía; de normal, cualquier encuentro social me daba ansiedad.

Pero lo de esa noche… eso era incluso diez veces peor.

La idea de reencontrarme con aquellas personas, a quienes en el pasado había querido como si fuesen mi familia pero que ahora eran unos completos desconocidos, me resultaba aterradora.

Sobre todo porque no sabía cómo iban a ser las cosas con Alec.

Me quedé mirando a través de la ventana de la camioneta y deseé saber si para él yo no era más que un recuerdo lejano, si ya apenas se acordaba de mí o de las cartas que habíamos intercambiado durante años o de cómo dejó de escribirme de la noche a la

mañana, o si eso sería justo lo primero que pensaría al verme de nuevo.

Ahí está la tonta que siempre estaba mandándome postales.

Dios, no me podía creer que estuviese a punto de volver a verlo.

Y ¿cómo se suponía que iba a poder mirarlo a la cara, esa que siempre había sido un libro abierto para mí, ese rostro que siempre había sido capaz de leer, cuando llevaba sin verle cinco años? ¿Y eso iba a suceder delante de nuestras familias?

Era demasiado, e hizo que se me acelerase la respiración.

Cálmate, me dije. Tomé aire por la nariz y me puse a contar lentamente hasta diez, mientras trataba de recordar cómo evitar un ataque de pánico.

—¿Estás bien?

Aparté la mirada de la ventana y me encontré con los ojos del abuelo Mick observándome a través del espejo retrovisor. Su rostro serio no había cambiado en toda la tarde, pero no me miraba como si me estuviese juzgando.

—Sí —respondí, con un carraspeo—. Estoy bien. —Aunque me daba vergüenza que mi abuelo pareciese saber que me pasaba algo.

—Estoy emocionadísima —dijo mi madre, bajando de la camioneta de un salto y cerrando la puerta de un portazo.

Se merecía estar así de emocionada. Después de tantos años viviendo lejos de su familia y amigos, se comportaba como una niña pequeña el día de Navidad con aquella mudanza.

Y lo entendía.

Mi madre siempre había sido una persona muy sociable, aunque se había visto obligada a conformarse con una vida solitaria y aislada durante muchos años. Solo habíamos estado los tres: papá, mamá y yo, mudándonos de base en base, y aunque aquello hubiese sido lo normal para mí, la única vida que conocía ella la había aborrecido.

Solía discutir *mucho* con mi padre por eso.

Justo cuando estaba bajándome de la camioneta, la puerta de la entrada se abrió y allí estaba Sarah. Llamó a mi madre a gritos y bajó corriendo por el camino, sin detenerse hasta que la envolvió en un fuerte abrazo. Las dos se pusieron a chillar como dos niñas pequeñas y mientras balbuceaban cosas ininteligibles que hicieron

que mi madre se echara a reír de felicidad.

De nuevo, me volví hacia mi abuelo, y me encontré con que él ya me estaba mirando. Tuve la sensación de que compartimos… *algo* en nuestro intercambio silencioso de miradas, mientras observábamos cómo mi madre gritaba sin parar de alegría.

Sarah se acercó a abrazarme a mí después, y seguía oliendo tal y como recordaba, a suavizante.

—Mírate —murmuró contra mi cabello—, ¡estás preciosa, Dani!

Quería muchísimo a Sarah y por eso la abracé *con fuerza*.

—¿Y tú, Mick, qué tal te va todo? —le preguntó a mi abuelo.

Creo que él le respondió algo parecido a un «bien», pero en realidad sonó más a un gruñido que otra cosa, a lo que ella respondió:

—Ah, estupendo.

Por primera vez desde que llegamos al pueblo, me dieron ganas de reír.

—¡Dani, ya era hora! —Big John estaba de pie en el umbral de la entrada, y me fue imposible no sonreír cuando me envolvió en un fuerte abrazo de oso. Siempre había sido mi tío favorito, aunque técnicamente no fuésemos familia, y el solo escuchar su acento norteño de nuevo hizo que algo se despertase en mi interior, calentándome por dentro.

Me sorprendió un poco verlo apoyado en un bastón, porque no lo había visto desde el accidente, pero por lo que había oído, era un milagro que pudiese ponerse en pie.

—¿Qué tal el viaje, pequeña? —me preguntó.

—Horrible —respondí cuando me soltó—. Demasiado largo, demasiado frío y demasiado aburrido.

—Solo estamos a principios de febrero, cielo —repuso con una sonrisa divertida—. Esto es como un fresco día de otoño. Más te vale irte acostumbrando al frío.

—Pareces un loco cuando dices esa clase de cosas.

—Y tú pareces mi pequeña listilla favorita con esa clase de respuestas —dijo—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te vi. ¿Qué tal, Mick?

Mi abuelo le respondió con otro gruñido, a lo que Big John añadió:

—¿Verdad?

Después de eso, Sarah y mi madre se pusieron a hablar como locas, como hacían siempre que se juntaban, aislándose en su pequeña burbuja mientras se alejaban hacia la cocina. Yo las seguí, nerviosa, preguntándome dónde estaría Alec.

¿En la cocina?

¿Arriba, en su cuarto?

¿Iba a aparecer de repente saliendo de un armario?

Dios, necesitaba acabar con todo eso de nuestro reencuentro atrás cuanto antes.

—¿Tú quién eres? —oí que me preguntaba alguien y, cuando me di la vuelta, me encontré a dos niños pequeños, un niño y una niña, de pie junto a la escalera que llevaba a la segunda planta. Debian de rondar los cuatro o cinco años, llevaban unas sudaderas bastante parecidas de los Vikings y era evidente que estaban esperando a que respondiese a su pregunta.

—Soy Dani —me presenté.

—No puedes llamarte así, ese es un nombre de chico —repuso la niña, frunciendo su pequeño ceño mientras que sacudía la Barbie medio desnuda que llevaba en la mano.

—También es *mi* nombre —repliqué, preguntándome por qué me estaba justificando ante una niña de preescolar.

—Me gusta tu pelo —comentó el niño, con un asentimiento—. Llevas un moño enorme.

—Eh, gracias —dije, llevándome una mano al cabello revuelto, y juro por Dios que cuando me volví hacia mi abuelo me dio la sensación de que estaba tratando de no sonreír.

Aunque solo por un momento.

—¿Te puedes creer que tuvimos más hijos? —me preguntó John, negando con la cabeza, como si ni él pudiese creérselo.

—Espera… ¿son *vuestros*? —solté, sorprendida—. ¿Estos dos son hijos *vuestros*?

—Vaya… tampoco es para sorprenderse tanto —repuso, con una sonrisa divertida—. Tampoco somos *tan* viejos.

—No, no es por eso —expliqué, soltando una sonora carcajada, porque no me podía creer que aquello fuese verdad—. Es que no

tenía ni idea de que habíais tenido más hijos. Mamá no me había dicho nada.

Durante unos cuantos años, había tenido mucho cuidado de no hablar de nada relacionado con Minnesota cuando mi padre estaba presente, porque él culpaba a este lugar de todo lo malo que nos había pasado, así que tampoco era de extrañar que se le hubiese pasado mencionar algo tan importante como que sus mejores amigos habían tenido más hijos.

Me giré de nuevo hacia los mellizos, y me fijé un poco más en ellos. Y entonces lo vi. Se parecían muchísimo a Alec. El mismo cabello oscuro, los mismos ojos oscuros, esa expresión de estar siempre tramando algo; eran como un par de copias suyas en miniatura.

O más bien copias del Alec al que *conocí* alguna vez.

Quería preguntarle a John qué tal llevaba Alec eso de ser hermano mayor pero, por algún motivo, me daba miedo hablar de él.

Aunque fue como si él me hubiese leído la mente.

—Por cierto, Al ha dicho que tenía que pasarse a hacerles una visita rápida a unos amigos, pero que volvería pronto.

—Ah —solté, sin saber muy bien cómo responder. No quería que pareciese que aquello me interesaba, pero tampoco quería dar la sensación de que no me importaba en absoluto.

—No creo que llegue a tiempo para cenar, pero seguro que volverá antes de que te tengas que ir a casa.

—Vale, genial —respondí, aliviada de que no fuese a estar en la cena. Noté como todo mi cuerpo se relajaba un poco al saber que iba a tener al menos otra hora más para prepararme mentalmente antes de verlo y enfrentarme a él.

—Sentaos donde queráis, la comida ya está lista —anunció Sarah, y mi estómago comenzó a gruñir al oírla porque siempre había sido una cocinera increíble, y por lo bien que olía todo, aquello no había cambiado.

—No tienes que pedírnoslo dos veces —repuso mi madre, y nos pidió al abuelo Mick y a mí que nos sentásemos a su lado. Yo me dejé caer en el asiento que había a su izquierda y el abuelo a su derecha y, cuando me acerqué a la enorme mesa del comedor, me

sorprendió fijarme en que había un plato frente a cada asiento.

Hay un montón de platos.

—Ve a buscar a tus amigos —le dijo Sarah a John, poniendo los ojos en blanco, y él se acercó a las escaleras que daban al sótano.

—¿Amigos? —preguntó mi madre, tomando la copa de vino blanco que Sarah le tendía.

—En cuanto le dije a John que ibais a venir a cenar, abrió su enorme bocaza y se lo contó a Dougie, a Andy y a Ed. Y aunque les he repetido varias veces que no estaban invitados, en cuanto se enteraron de que ibais a venir, junto con Mick Boche, han perdido sus cabezas de locos del hockey y se han negado a escucharme.

Justo cuando estaba terminando de decir aquello, vi como tres tipos aparecían por las escaleras del sótano, siguiendo a John hasta el salón. Uno llevaba una sudadera de los Vikings y los otros dos camisas de franela.

—¡No puede ser! —gritó mi madre, levantándose de un salto y salir corriendo para abrazar al tipo que llevaba la sudadera de los Vikings. En cuanto lo soltó, hizo lo mismo con los otros dos.

Lo que, si soy sincera, me dejó estupefacta.

Estaba claro que se conocían, y me sorprendió un poco ver a mi madre comportarse de ese modo. A lo largo de mi vida, ella tan solo había sido la mujer de un oficial, ni siquiera tenía amigos propios, tan solo las esposas de los compañeros de trabajo de mi padre, con quienes solía asistir a los eventos que se organizaban en la base.

Pero ahí estaba ella, sonriendo de oreja a oreja al ver a aquellos tres hombres tomándole el pelo como si fuesen viejos amigos. Supongo que siempre había sabido que mi madre había tenido una vida antes de nosotros, pero jamás me había parado a pensar qué aspecto había tenido esa vida.

—Esta es mi hija, Dani —dijo mi madre—, y mi padre, Mick.

Esos tres hombres adultos me dedicaron un saludo y una sonrisa cordial, pero cuando se volvieron hacia mi abuelo sonrieron de oreja a oreja, como si estuviesen ante un dios. Se pusieron de inmediato a hablar de partidos antiguos de la NHL y de estadísticas, ni siquiera se molestaron en antes hacer un par de preguntas cordiales, sino que se lanzaron directos a besarle el culo y a decirle lo bueno que

había sido en sus tiempos de gloria como jugador de hockey.

Fue muy raro.

Porque, a ver, sabía que mi abuelo había jugado al hockey cuando era joven, pero es que esos hombres se estaban comportando como si fuese el mismísimo Wayne Gretzky.

El abuelo Mick se limitó a responderlos con monosílabos y gruñidos, pero no parecía incómodo porque le estuviesen prestando tanta atención. Era obvio que estaba acostumbrado a que la gente lo tratase de ese modo.

—¿Puedes callarte de una vez para que podamos comer? —le preguntó Sarah a Ed, señalando toda la hilera de ollas eléctricas que había sobre la encimera—. Prometiste que te comportarías.

—Y me *estoy* comportando —respondió, con una sonrisa de oreja a oreja—. Tú también crees que me estoy portando bien, ¿verdad, Dani?

Me sorprendió cuando me dedicó una sonrisa cómplice y me guiñó un ojo.

—Eh… claro —respondí.

—¿Ves? —le dijo a Sarah, señalándome—. Dani cree que me estoy portando genial.

—No creo que eso sea lo que haya…

—Dani cree que deberías relajarte un poco y dejarnos hablar tranquilamente —añadió Doug, dedicándome otra sonrisa cómplice —. ¿Verdad, chica?

Tosí con fuerza para tratar de contener una carcajada mientras esos tres hombres adultos, esos tres completos desconocidos, me hacían partícipe de sus bromas.

—No les dejes que hablen por ti —me dijo Sarah, señalándome con una enorme cuchara de madera—. Son como una panda de niños grandes que necesitan una buena mano firme.

—No le hables así a nuestra Dani —intervino Andy, con una enorme sonrisa, y no pude evitar devolvérsela.

¿Quiénes eran esos hombres?

Para ser alguien que de normal odiaba esa clase de reuniones caóticas en las que no conocía a nadie, me sorprendió darme cuenta de que me lo estaba pasando bastante bien. Allí sentada,

llenándome el estómago de comida deliciosa, intentando no sonreír cuando esos hombres se interrumpían los unos a los otros al hablar de hockey, hockey y más hockey.

¿Qué narices le pasa a esta gente con el hockey?

Quince minutos después, seguían hablando del partido de la noche anterior, y me pregunté si se habrían dado cuenta de que solo hablaban de hockey.

Incluso Sarah, y *mi madre*, participaron en la conversación.

Como yo no sabía diferenciar un disco o *puck*, como lo llamaron, de un polo, pude quedarme callada, escuchando atentamente su conversación, sin intervenir en ningún momento. Estaba relajada y disfrutando del espectáculo, tanto que por un momento me olvidé de lo nerviosa que estaba por la perspectiva de volver a ver a Alec.

Me olvidé de él por completo hasta que tuve que ir al baño y vi su habitación al otro lado del pasillo.

Y *no podía ser verdad*. Apenas había cambiado.

No pude evitar acercarme y adentrarme en su interior, porque echarle un vistazo a su cuarto fue como volver a atrás en el tiempo.

Ahí seguía la misma cama doble, en el centro de la habitación, ahora cubierta por un edredón gris en vez de por las sábanas de los Vikings que había tenido la última vez que había venido de visita. Las paredes todavía estaban cubiertas de posters de hockey, aunque ahora tenían mucho más sentido.

En el pasado solía pensar que era bastante gracioso que Alec, que no tenía ni una sola gota de talento deportivo en su cuerpo, tuviese una habitación donde todo giraba en torno al deporte, pero ahora comprendía que el hockey formaba parte de la vida en este lugar, lo practicases o no.

Me giré hacia el pequeño escritorio que había en la esquina, el mismo escritorio de roble que siempre había tenido, y sentí cómo me hormigueaban los dedos por las ganas que tenía de abrir los cajones. Para ver si aún guardaba allí las postales y los sellos.

¿Los seguirá teniendo guardados, al igual que yo todavía tengo los míos?

Un escalofrío nervioso me bajó por la espalda, pero trajo consigo algo positivo.

Al menos Alec estaba a punto de dejar de ser un desconocido para mí.

Para cuando me fuese a dormir esa noche, volvería a formar parte de mi vida.

CAPÍTULO CUATRO

Alec

Por qué te estás comportando como un capullo antisocial?

Richie se dejó caer sobre la silla a mi lado, y me miró como si le estuviese aguando la fiesta.

Lo que resultaba bastante irónico cuando parecía estar pasándoselo en grande.

Debía de haber bajado por esa colina al menos quince veces esta noche, de verdad.

Cada año, desde que tenía memoria, los Novotny celebraban en febrero una fiesta de la hoguera en su casa, a la que invitaban a todos sus amigos a que trajesen sus árboles de navidad secos y básicamente lanzasen a las llamas todo lo que quisiesen, mientras bebían cerveza y los niños pequeños se tiraban con sus trineos por la enorme colina nevada que tenían detrás de su casa.

Antes solíamos ser los niños pequeños que se pasaban todo el día bajando en trineo por la colina pero, en los últimos años, Zack se había hecho cargo de la fiesta de la hoguera cuando se ponía el sol, cuando los adultos regresaban a sus casas y entonces les llegaba el turno a *sus* amigos de tirarse en trineo por la colina y de quemar todo lo que les viniese en gana en la hoguera.

—No soy ningún capullo antisocial —repuse, antes de quitarme los AirPods con reticencia y parar la canción de «hell of a good time» que había estado escuchando en bucle mientras contemplaba las llamas. Me consideraba un tipo bastante sociable, al menos, normalmente, pero esta noche no tenía ganas de hablar con nadie.

Me calé el gorro hasta las cejas porque, aunque el fuego ardía con fuerza en la hoguera, hacía un frío que pelaba.

Y Richie tampoco estaba del todo equivocado.

No con lo de que era un capullo, pero *sí* con que estaba siendo un poco antisocial porque, joder, no podía dejar de pensar en Dani.

Y tampoco ayudaba nada que mi madre no hubiese parado de enviarme mensajes para ver dónde demonios estaba.

Mamá: ¿Vienes ya?

Mamá: Dani parece aburrida, vuelve pronto.

Una pena, porque no pensaba volver a casa hasta que estuviese seguro de que Dani se había marchado. Sabía que iba a tener que verla tarde o temprano, pero prefería hacerlo en el instituto.

Desde lejos.

No me apetecía participar en esa maldita cena de bienvenida que mi madre había organizado para la rubia pródiga.

No, gracias.

—La única con la que has hablado desde que has llegado es Tawnee, y ha dicho, y cito textualmente, que estás «tan borracho que eres un muermo».

Me volví hacia donde estaba Tawnee y, como si supiese que estábamos hablando de ella, se giró hacia mí y me sonrió. Ella y su mejor amiga, Kylie, estaban envueltas en mantas, de pie al otro lado de la hoguera, y sabía que probablemente debía pedirle salir antes de que alguien se me adelantase.

—Vaya tontería —dije, antes de llevarme el vaso a los labios y devolverle la sonrisa—. Me estoy intentando emborrachar para *ser* más divertido.

Pero no estaba borracho.

Lo estaba intentando, me estaba esforzando muchísimo, pero seguía demasiado sobrio y no conseguía olvidarme de nada por más que lo intentase.

—¿No dijiste que no volverías a beber hasta después de la temporada de hockey? —me preguntó Vinny, de quien no me había dado cuenta de que se había acercado a nosotros.

—¿Puedes dejarme en paz, mamá?

—Ah, no, que va, no estás siendo ningún capullo, ¿eh? —comentó Richie, con una sonrisa sabelotodo.

—*Touché* —murmuré, encogiéndome de hombros, porque en realidad tenían razón.

Me *había* propuesto no tomar ni una sola gota de alcohol en diciembre y enero (y en febrero) porque había demasiadas cosas en juego como para disfrutar del salir de fiesta a lo loco con mis amigos. Tenía todo mi futuro por delante, y no podía permitirme cometer ningún error, no cuando todo el mundo (*todos*, lo digo en serio) contaba conmigo.

Pero esa noche el riesgo había quedado relegado a un segundo plano, porque la ardiente molestia en el pecho que me producía mi incapacidad para dejar de pensar en *ella* había asumido el primero.

—Apaga la música y vente con nosotros. Por mucho que me moleste admitirlo, eres tú quien siempre marca el ánimo de una fiesta —dijo Vinny, negando con la cabeza, como si aquella fuese una ridiculez—. Cuando tú te lo pasas bien, todo el mundo se lo pasa bien. ¿Te acuerdas del tren de trineos del año pasado?

—¿El que hizo que Dex acabase con el pulgar roto?

—Eso da igual, fue épico, y fue gracias a ti —repuso, con una carcajada—. Pero cuando te pones en modo introspectivo y capullo, todo se enfría y nadie hace ninguna locura.

—En primer lugar, eso no es verdad —dije—. Y, en segundo, si *fuese* verdad, tampoco sería culpa mía. Quizás deberías plantearte intentar ser un poco más interesante para dictar *tú* el ánimo de la fiesta.

—Yo soy jodidamente interesante, pedazo de capullo —soltó, con una sonrisa divertida—. Si el hockey no existiese, serías *tú* quien estuviese a mi sombra.

Seguramente era cierto. Entre su estúpido corte de pelo; un mullet demasiado largo (de ahí que le llamasen Vincent el Flow); y su aspecto, que parecía más un defensa de fútbol americano que un jugador de hockey, probablemente era el tío más interesante que había conocido en mi vida.

El teléfono vibró de nuevo en el bolsillo y suspiré antes de sacarlo y echarle un vistazo.

Mamá: Se van a ir pronto, ¿cuándo piensas volver? Creo que Dani pensaba que estarías aquí.

—Ya, bueno, me importa una mierda lo que Dani creyese —murmuré en voz baja.

—¿Qué? —preguntó Richie, con su mullet despeinado iluminado por las llamas de la hoguera. Decir que era pelirrojo seria como decir que el papa era solo un poco espiritual: un eufemismo increíblemente perverso—. ¿Quién es Danny?

Suspiré y sacudí la cabeza.

—Es la nieta de Mick Boche.

Y mi antigua mejor amiga.

—Espera un momento… ¿Boche tiene una nieta? ¿Cuántos años tiene?

—Nuestra edad.

—¿En serio? —Vinny se terminó su bebida y lanzó el vaso de papel a la hoguera.

—Sí. La conozco desde que éramos pequeños, y acaba de mudarse aquí. —No era mentira—. Así que ahora va a venir con nosotros al Southview.

—¿Qué dices? ¿Y cómo es?

—Me estoy imaginando a una versión de Mick con pelo largo y da miedo —dijo Richie entre risas.

—No tengo ni idea —repuse, porque no quería pensar en ella. En su pelo, en sus pecas, en su altura… *¿será más alta ahora?*

—Entonces, ¿por qué estás cabreado con ella?

—No lo estoy —solté a la defensiva, sabiendo que estaba sonando como un niñato caprichoso—. Lo que pasa es que mi madre no deja de darme la brasa con que vuelva a casa para verla cuando quiero quedarme aquí, en la fiesta.

—Y deberías —comentó Zack, metiéndose en nuestra conversación, antes de bajar un poco la voz—. Porque Reid ha traído la pipa gigante.

—Pues claro que sí —se rio Vinny, negando con la cabeza.

Reid era el único que conocía que de verdad se comportaba como si fuese un personaje de una película de porretas de los ochenta. No bebía nunca, pero lo de fumar maría le encantaba.

Yo era todo lo contrario.

Me daba igual tomarme un par de cervezas de vez en cuando,

siempre que no me tocase conducir después, pero, al contrario de lo que creía todo el mundo (por unas cuantas travesuras que se salieron de control en el pasado), no me gustaba demasiado salir de fiesta.

Desde luego, no lo que Reid consideraba salir de fiesta.

Pero, una hora más tarde, cuando la cerveza todavía no había conseguido sacarme a Dani de la cabeza (y mi madre me había escrito para decirme: Dani está PRECIOSA, por cierto), me pareció que era la noche perfecta para cometer unos cuantos errores.

—¿Alguien se ha colocado alguna vez bajando esa colina? —preguntó Richie, antes de soltar esa risita aguda que solo le salía cuando iba borracho—. Seguro que Reid parecería una puta locomotora de vapor si bajase esa colina fumando de su pipa de agua gigante.

—Jamás tendría las pelotas como para intentar algo tan épico —repuso Vinny, negando con la cabeza—. ¡Venga ya! ¡Que es Reid de quien estamos hablando!

—Tienes razón, Vincent el Flow, yo jamás me atrevería a hacer algo así —asintió Reid, con una sonrisa burlona y medio fumada—. Pero apuesto a que conozco a alguien que sí que lo haría.

—¿Quién iba a estar tan loco como para hacer algo así? —dijo Zack, lanzando un puñado de ramas al fuego.

—Nuestro querido amigo Zeus.

CAPÍTULO CINCO

Dani

No estoy nerviosa, estoy centrada.

Observé mi reflejo en el espejo del baño y me repetí aquello una y otra vez en voz alta, aunque fuese mentira. No había nada peor que los primeros días de clase en un instituto nuevo, y decir que estaba nerviosa era quedarse muy corto.

Pero con los años había aprendido que si me centraba solo en lo que *yo* necesitaba conseguir en ese nuevo instituto, sentía que tenía las cosas un poco más bajo control y me sentía menos… bueno, *impotente*. En vez de preocuparme por cosas como que la gente me juzgase o dónde me iba a sentar durante el almuerzo, me enfocaba solo en aquello que importaba de verdad.

Por ejemplo, en que quería estudiar en Harvard el año que viene.

Tenía *muchísimas ganas* de ir a Harvard. Tenía tantas ganas de ir a Harvard como Lorelai de que Rory fuese a Harvard.

Cuando iba al colegio, mi padre estaba destinado en la base aérea de Hanscom, justo a las afueras de Boston. Mi madre solía llevarme al campus de Harvard para pasar el rato, y nos pasábamos todos los días de otoño explorándolo todo mientras las hojas de los árboles cambiaban de color. Me daba de merendar Lunchables en Harvard Square, y yo me enamoré de aquel lugar.

Nunca había sabido por qué *exactamente* me gustaba tanto, pero Cambridge se había convertido en mi lugar seguro.

Así que, sí, en ese momento mi único objetivo en la vida era entrar en Harvard.

En los últimos años había descubierto que, siempre que sintieses que tu vida era una mierda, fijarte una meta universitaria absurda como objetivo principal se convertía en una distracción increíble.

¿Qué no tenías muchos amigos en tu nuevo instituto?

¿Qué más da? Tienes que centrarte solo en entrar en Harvard.

¿Qué esa jugadora de voleibol se está burlando de ti otra vez?

¿A quién le importa? Tienes que centrarte solo en entrar en Harvard (y a esa zorra jamás la admitirían allí, por cierto).

Así que lo único que necesitaba era que mi último curso en Southview me ayudase a conseguir esa plaza para estudiar en Harvard que tanto quería, porque cuando había solicitado plaza en verano me habían dejado en la maldita *lista de espera* y todavía no me habían admitido. Tenía que asegurarme de mantener mi perfecta nota media, reunirme con la orientadora para no perder de vista mis objetivos y cerciorarme de que lo único que viesen los responsables de admisiones cuando revisasen mi solicitud fuese que me había mudado a Minnesota a mitad de curso pero que no había perdido de vista mi objetivo en ningún momento, ni tampoco me había relajado.

Lo único que tenía que conseguir ese primer día era asegurarme de dejar bien cerradas las cosas importantes y no preocuparme por nada más.

Me recogí el pelo con una pinza y apagué la luz del baño.

Pero, cuando me adentré en la pequeña cocina de nuestro apartamento, había una nota de mi madre pegada en el microondas.

«Los electrodomésticos de la nueva cocina todavía no funcionan, así que baja a desayunar a la otra».

Estupendo.

Anoche, en cuanto me había metido en la cama, me había dado cuenta de que todavía no había mantenido una conversación a solas con mi abuelo. Más allá de ese «estás más alta», no habíamos cruzado ni una sola palabra.

Lo cual me ponía tensa y de los nervios, porque no sabía qué esperar de él.

Del *maldito Mick Boche*.

Puse los ojos en blanco al recordar cómo se había comportado todo el mundo al verlo aparecer en la cena del sábado, la forma en que todos esos hombres adultos se habían emocionado como si fuese la mismísima Taylor Swift la que se hubiese sentado a cenar con ellos, en vez de un viejo con mal carácter.

Estaba claro que el hockey volvía loca a la gente.

Tomé el abrigo del perchero y la mochila y bajé a la cocina,

preguntándome si debería molestarme siquiera en desayunar algo.

No me parecía una buena idea, sobre todo porque tenía un enorme nudo en el estómago.

El abuelo Mick estaba sentado a la mesa cuando me adentré en la cocina, leyendo el periódico mientras mi madre cocinaba lo que parecían unos huevos revueltos. Tenía puestas las gafas de lectura, colocadas sobre la punta de la nariz, y aquello debería haberle hecho parecer más viejo, sin embargo, tan solo conseguía acentuar lo intimidante que era.

—Buenos días —canturreó mi madre, antes de echar un vistazo a su espalda y dedicarme una sonrisa—. ¿Qué tal has dormido?

—Genial —respondí, sin saber muy bien qué hacer, por lo que acabé sentándome delante *de él* a la mesa.

—Las camas son muy cómodas, ¿verdad? —dijo, tan alegre como si fuese una princesa Disney.

—Comodísimas —murmuré, antes de sacar mi teléfono del bolsillo.

—No te gusta la cama.

Eché un vistazo al otro lado de la mesa, sorprendida por su tono ronco y por el hecho de que aquello no hubiese sonado como una pregunta, y me encontré al abuelo Mick mirándome fijamente, con los ojos entornados.

—N-no… eh… sí que me gusta —balbuceé, encogiéndome de hombros—. Es genial —añadí.

—Porque puedo comprarte un colchón diferente. —Se quitó las gafas de lectura y añadió—: Lo quieres más blando o qué.

¿Qué decías que era un colchón? Por cómo me estaba mirando, tuve la sensación de estar en un interrogatorio, como si hubiese asesinado a alguien y quisiese hacerme confesar dónde había enterrado el cadáver.

—No, en serio, me encanta la cama.

—Ah. —Se cruzó de brazos sobre su enorme torso, mirándome fijamente, sin vacilar, antes de añadir—: Hoy es el día del apagón.

—¿Qué?

Señaló mi jersey grueso con un gesto de la cabeza.

—En el instituto. Todos los críos se visten de negro porque es la semana de la rivalidad, empezando con el partido contra Simley.

—Ah. —Entonces me tocó *a mí* cruzarme de brazos y decir—: Creo que voy a llevar esto igualmente, pero gracias por el consejo. —El que aquel jersey grueso de lana me mantuviese calentita todo el día me parecía más importante que el estúpido espíritu escolar.

—Estás segura de que es buena idea. —*Creí* que me lo estaba preguntando, pero no lo formuló como una pregunta.

¿Qué narices estaba pasando?

—Es calentito y no tengo ni idea de qué es un Simley, así que, sí, es perfecto.

—Dani —dijo mi madre—, es la semana de la rivalidad. Quizás deberías vestir hoy de negro.

Ah, bueno, si es la semana de la rivalidad…

Sabía que mi madre no lo decía con mala intención. Era la primera que sabía lo mucho que odiaba los primeros días de clase en un instituto nuevo, así que se preocupaba por mí más que nadie, por si no encajaba allí, con mis nuevos compañeros.

Pero lo cierto era que me sabía de memoria todas las reglas que debía seguir para encajar en un instituto nuevo. Vamos, podría haber escrito un maldito manual para novatos.

Regla n.º 1: No se trata de encajar, sino de integrarse. Sé invisible.

No era que estuviese siendo una exagerada, es que sabía perfectamente cómo sobrevivir a un instituto nuevo.

Como la nueva, tienes que vestir con cierto estilo, para que los imbéciles no crean que eres una friki despistada y vayan directos a por ti, pero tampoco puedes vestir con tanto estilo que piensen que eres guay.

Y no quieres ir fea porque a los idiotas les encanta eso, pero que seas demasiado guapa puede percibirse como una amenaza también, así que lo mejor es ser una chica del montón.

Parecerse a los demás.

Ser invisible y que nadie se interesase por ti.

—Sí, estoy segura —repuse—. Soy demasiado nueva como para interesarme por las rivalidades del instituto.

Ir vestida con ropa que iba acorde a la semana del espíritu escolar en tu primer día puede dar la impresión de que te estás esforzando demasiado por encajar.

—El Southview va a ganar —comentó el abuelo Mick, bajando la mirada de nuevo hacia su periódico—. El Simley no tiene nada que hacer contra Zeus.

—Supongo que no estás hablando del dios griego… —Me arrepentí de haber dicho aquello en cuanto esas palabras abandonaron mis labios, porque los deportes me daban absolutamente igual.

—Es un defensa increíble —replicó mi abuelo, enarcando las cejas, como si le sorprendiese que quisiese hablar con él sobre deportes—. El chico contraataca y golpea como Kronwall, es impresionante.

—¿Qué es un Kronwall? —pregunté.

—Niklas Kronwall —respondió, frunciendo el ceño, claramente disgustado—. ¿Jugó para los Red Wings? ¿El defensa de leyenda, que se enfrentó cuerpo a cuerpo a todos sus rivales?

Sí, sabía perfectamente qué se suponía que debía hacer un «defensa», porque hasta yo sabía que los Red Wings eran un equipo de hockey.

Pero no pude evitar responder:

—Espera un momento, ¿«golpea»? ¿Estás hablando de béisbol? ¿Y cuál es el promedio de bateo de ese tal Kronwall?

—Hockey. Estoy hablando de hockey. —Se las arregló para fruncirme el ceño y parecer confundido por lo estúpida que estaba siendo, como si de verdad no pudiese comprender cómo alguien podía responder de esa manera a sus comentarios—. Estoy hablando de hockey.

Los hombres de Minnesota y su maldita devoción por el hockey, por Dios.

—¿Estás lista para irnos? —me preguntó mi madre, dedicándome una mirada que dejaba bien claro que sabía que me estaba portando como un grano en el culo a propósito.

—Tanto como puedo estarlo —respondí, deseando poder estudiar en casa en vez de en un instituto nuevo. Había intentado por todos los medios convencer a mis padres de que me dejasen terminar el instituto a distancia cuando habían decidido divorciarse, pero mis queridos papá y mamá estaban convencidos de que las habilidades sociales que se adquieren al ir a un instituto eran tan importantes como aquello que se puede aprender con un libro de texto.

Claro que sí, pensé. *Es súper importante para mí, como estudiante de último curso, recordar una y otra vez de que odio el instituto.*

Mi madre se pasó todo el camino hablando. Sabía que lo hacía porque quería distraerme, pero yo me quedé mirando fijamente a través de la ventana los bancos de nieve y las casas que dejábamos atrás, mientras intentaba con todas mis fuerzas no vomitarme encima.

El corazón comenzó a latirme acelerado cuando mi madre giró hacia el aparcamiento del instituto, y me quedé mirando fijamente el enorme edificio de ladrillo que se alzaba ante mí.

Era demasiado siniestro.

Como si me estuviese advirtiendo de que me iba a pasar algo muy malo en cuanto pusiese un pie en su interior.

Un lugar demasiado frío.

—Ha cambiado mucho desde que yo estudiaba aquí —comentó mi madre, echándose hacia delante para poder observar el edificio a través del parabrisas—. Pero es un centro estupendo. Y te di el número de Alec por si querías mandarle un mensaje, ¿verdad?

Al final, Alec no había aparecido en la cena de la otra noche, lo que en ese momento me hizo respirar un poco más tranquila, pero también me había dejado de los nervios al no saber cómo sería nuestro reencuentro. Mi madre me había dado su número de teléfono para que pudiese mandarle un mensaje si necesitaba cualquier cosa, y estaba valorando seriamente la idea de escribirle solo *porque sí*, por acabar con la incomodidad de una vez por todas, antes de que nos viésemos cara a cara.

—Sí —respondí, tomando la mochila mientras ella aparcaba cerca de la entrada.

—Escríbeme en cuanto puedas, solo para que deje de preocuparme, ¿vale?

—Vale —dije—. Pero no te preocupes, todo irá genial.

En realidad, no creía que nada fuese a ir genial pero ¿qué sentido tenía estresarla más? Tampoco iba a ganar nada con ello, y ya le estaba costando bastante relajarse después de todo el tema del divorcio.

—Te escribo luego —añadí, antes de abrir la puerta y bajarme del

coche. El aire gélido me golpeó de lleno en cuanto puse un pie fuera.

Dios, ¿cómo puede hacer tanto frío aquí?

—Adiós, cariño —se despidió, con un gesto de la mano, antes de marcharse.

Tragué con fuerza y me encaminé hacia la entrada, respirando profunda y tranquilamente por la nariz para tratar de mantener el pánico a raya. No podía permitirme tener un ataque el primer día, así que iba a asegurarme de que no ocurriese.

Por favor, Dios, no puedo tener un ataque de pánico hoy.

En cuanto entré en el instituto, traté de localizar la secretaría.

Fue agradable que no tuviese que recorrer todo el edificio en su busca, dando vueltas más perdida de lo que me ya sentía.

Pero, cuando me acerqué allí, no pude evitar fijarme en lo… *locos* por el hockey que parecían todos en aquel lugar. Había carteles y pósteres relacionados con el hockey cubriendo cada superficie disponible.

Era ridículo.

Un enorme póster del equipo de hockey del instituto colgaba de las vigas que cruzaban el alto techo, y también habían pegado carteles en los que salían cada uno de los jugadores del equipo individualmente por todas partes. Podía llegar a comprender los entresijos del espíritu escolar, pero me parecía ridículo que hubiesen empapelado las paredes del instituto con fotografías de una panda de adolescentes como si fuesen famosos, cuando lo único que sabían hacer era darle golpes a un estúpido disco con un palo.

Abrí la puerta que daba a la zona donde se encontraban la secretaría y la dirección del instituto, solo para toparme con aún más parafernalia relacionada con el equipo de hockey empapelándolo todo.

«¡¡Hoy hay partido de los Packers!!».

Relajaos un poco...

—¿Puedo ayudarte en algo? —me preguntó la mujer que había tras el mostrador, con un teléfono pegado a la oreja.

—Hola, eh… me llamo Dani Collins, soy nueva. Es, eh… mi primer día —balbuceé.

—Ah, buenos días, Dani —dijo, con una sonrisa enorme y amable, como si me hubiese estado esperando—. Llegas un poco pronto, así que si quieres sentarte por allí a esperar, supongo que Cassie llegará dentro de diez o quince minutos como mucho.

—¿Cassie? —solté, preguntándome si quizás debería saber de quién estaba hablando.

—Es la alumna que se va a encargar de mostrarte todo esto —me explicó—. Te caerá bien, ya verás. Cassie es un encanto.

—Ah —dije, asintiendo—. Genial.

—Conoce a todo el mundo y todos la adoran, así que seguro que el tenerla a tu lado te ayuda a hacer nuevos amigos.

—Estupendo —repuse, asintiendo de nuevo con la cabeza.

Me senté en una de las sillas libres y observé el pasillo a través de la ventana de secretaría, fijándome en que los demás alumnos ya estaban empezando a llegar.

Se llamaban a gritos los unos a los otros, reuniéndose en pequeños grupos de amigos… Dios, cómo odiaba aquello.

Porque el primer día nunca tenía forma de saber quién podría suponerme una amenaza en el futuro y quién no.

¿El grupito de cuatro chicas que estaban en una esquina riéndose, con su pelo y sus dientes perfectos? En ese momento parecían inofensivas.

Puede que incluso bastante simpáticas.

Pero podían acabar siendo las chicas que te hacían la vida imposible.

Que *me* hacían la vida imposible.

Y lo mismo pasaba con los chicos. ¿Los cuatro que se habían reunido junto a la vitrina de trofeos, sonriendo y con apariencia agradable? Podían acabar siendo unos chicos de lo más agradables, o aquellos capaces de arruinártelo todo.

No había forma de saberlo, ninguna señal que pudiese darte una pista del peligro que corrías como se te ocurriese acercarte a ellos.

Entonces un grupo formado por unos cuantos chicos ataviados con camisetas del equipo de hockey se adentró en el instituto, recorriendo el pasillo como si fuesen los dueños del lugar. Pasaron frente a unos cuantos carteles con sus fotos, deslizándose por allí

como si fuesen los reyes del mundo.

Lo que no me sorprendió en absoluto, sobre todo después de la cena del sábado, en la que todo había girado en torno al hockey.

Estaba claro que ese deporte los volvía a todos locos por aquí.

Pero, aun así… *venga ya*.

Para ser justos, sabía que tenía ciertos prejuicios con respecto a los deportistas. No estaba bien que juzgase a todos por los actos de unos pocos pero, con el paso de los años, mi experiencia me había demostrado que la excesiva confianza en sí mismos que poseían todos aquellos que tenían un mínimo de talento deportivo corriéndoles por las venas solía convertirlos en monstruos extrovertidos y narcisistas.

Si las chicas malas eran un problema (que lo eran), los deportistas arrogantes eran uno aún mayor.

Porque, no sé cómo, siempre acababan con una cantidad ingente de poder en sus atléticas manos.

Un deportista podía decir sin pensárselo dos veces que «la chica nueva está buena», e incluso aunque solo lo hubiese dicho para hacerte un cumplido sin más, eso siempre daba pie a que sus amigos tuviesen la sensación de que debían comentar qué opinaban al respecto.

«No, no lo está».

«Parece una zorra».

«Tiene una nariz rara».

«¿Con esas gafas de friki? Venga ya, tío».

—Respira —me recordé, tratando de mantener la ansiedad a raya.

Mientras observaba cómo los jugadores de hockey se alejaban por el pasillo, me fijé en el enorme cartel que colgaba del techo. Estaba colgado en el centro de la cafetería y me fijé en que en él salía un jugador de hockey de espaldas a la cámara, y en el dorso su camiseta se leía «ZEUS» a lo largo de sus anchos hombros.

Ridículo.

Respiré hondo de nuevo, tomando aire lentamente por la nariz.

Todo va a salir bien.

Como si la hubiese invocado al pensar aquello, una chica con el cabello largo y castaño se adentró en el despacho. Iba con unas

mallas y una sudadera negras en la que llevaba bordado «EQUIPO DE HOCKEY DE SOUTHVIEW», y se acercó directa al mostrador de secretaría.

—Aquí estás, Cassie —dijo la secretaria—. Esta es Dani. —Me señaló y añadió—: Dani, esta es Cassie.

Cassie se volvió a mirarme y me sonrió como si de veras se alegrase de verme, lo que supuse que era mucho mejor que poner cara de fastidio por tener que estar allí.

Claro que también había descubierto con los años que la alumna o el alumno que se ofrecía voluntario para enseñarle el instituto a la nueva podía ser (A) una persona increíblemente agradable que disfrutaba muchísimo de las actividades extracurriculares que había escogido, o (B) una loca del control que estaba obsesionada con sus actividades extracurriculares.

Esperaba que Cassie entrase dentro de la primera categoría.

—Hola —me saludó, sin perder la sonrisa—. ¿Ya tienes tu horario?

—Sí, me lo mandaron por correo el otro día —comenté, señalándo el bolsillo donde llevaba guardado el teléfono móvil, como si ella tuviese por qué saber que lo llevaba ahí.

—A mí también, y he de admitir que me ha impresionado que te hayas apuntado a todas las asignaturas avanzadas —comentó—. Por cierto, me encanta tu jersey, se parece al que lleva Harry Burns cuando está hablando con Sally sobre las relaciones en el restaurante, cuando pide lo mismo que ella.

—Gracias —repuse, aunque en realidad tenía ganas de sonreír porque hubiese hecho esa referencia, pero había aprendido por las malas que en estos casos lo mejor era mantener la boca cerrada.

Porque ¿cuál era otra de las reglas más importantes del primer día de instituto?

No compartas información personal con quienquiera que te haga de guía el primer día. Da igual lo amables que parezcan, no sabes en dónde se encuentran dentro de la jerarquía social del centro.

Puede que en un momento pienses que puedes confiar en esa persona que ha hecho un comentario sobre *Cuando Harry encontró a Sally* y decirle que es una de tus películas favoritas, solo para descubrir dos días después que se lo ha contado a todos sus amigos para burlarse de ti y van por ahí diciendo que eres una pringada que

sigue viendo comedias románticas antiguas con su madre.

Cuanta menos información personal compartas, mejor.

Cassie me guio a través de los pasillos y se convirtió literalmente en una especie de guía turística del centro. Fue explicándome qué era cada cosa y yo me concentré en escucharla con atención mientras era plenamente consciente de que todas las miradas estaban puestas en nosotras.

Justo cuando me estaba explicando qué era lo que podías comprar en la cafetería para desayunar, nos cruzamos con un grupito de jugadores de hockey, y uno de ellos la llamó a gritos.

—¿Qué? —respondió ella, con una sonrisa—. ¿Es que no has visto que estoy ocupada?

—Sí, pero tengo una pregunta que hacerte —repuso el pelirrojo.

—¿Que es…?

—¿A dónde fuiste el sábado después de la fiesta de la hoguera? —le preguntó—. En un momento estabas allí con nosotros, y al siguiente te habías ido. Y no pudimos evitar fijarnos en que Kyle también se había marchado. Así que nos preguntábamos si…

—Pues dejad de hacerlo —repuso Cassie, poniendo los ojos en blanco y dándole un pequeño empujón, pero de forma juguetona—. No tengo ni idea de qué hizo Kyle después de la fiesta, así que deja de comportarte como un imbécil.

—No me estoy comportando como un imbécil —dijo él, con una pequeña carcajada—. Solo quería asegurarme de que los dos llegasteis sanos y salvos a casa.

—Pues claro que sí. Por cierto, esta es Dani, es nueva.

—Hola —le saludé.

—Este es Richie —indicó Cassie, señalando al pelirrojo—. Y ese es Vinny.

Vinny llevaba un mullet rubio tan largo que el pelo le caía hasta mitad de la espalda. Y como si eso no fuese lo bastante desconcertante (porque ¿quién *narices* llevaba esa clase de corte de pelo?), era enorme.

—Espera… ¿Te llamas Dani? —me preguntó Vinny, enarcando las cejas.

—¿Sí…? —respondí, y noté cómo se me sonrojaban las mejillas por

cómo me estaba mirando.

—Joder —soltó Richie—. ¿Eres la nieta de Mick Boche?

Vale, esto está empezando a ser un poco raro.

—¿Sí…?

¿Cómo era posible que supiesen aquello? ¡Si acababa de llegar!

—¿Es que os conocéis? —me preguntó Cassie, observándonos alternativamente, a mí y a esos dos desconocidos.

—No, pero Zeus nos habló de ella el otro día en la fiesta —dijo Richie.

¿Que qué?

—¿Conoces a Zeus? —me preguntó Cassie, con los ojos abiertos como platos, como si aquello fuese algo tremendamente importante.

—*No* —solté, sin saber por qué ese chico creía que nos conocíamos —. No, creo que debió de confundirme con otra persona. No tengo ni idea de quién es ese tal Zeus.

—¡Claro que sí! Es…

Pero entonces sonó el timbre y no pude oír lo que Richie decía.

Porque sonaba tan alto como si estuviésemos metidos *dentro* de la campana.

—¡Nos vemos, Cassie! Dani. —El chico del mullet me dedicó una sonrisa traviesa antes de despedirse con una pequeña inclinación de cabeza—. Ha sido un placer conocerte.

¿Qué demonios…?

Y, dicho eso, los jugadores de hockey se marcharon, dejándome allí, con un montón de preguntas para las que no tenía respuesta.

¿Cómo era posible que ese tal Zeus, que también era un jugador de hockey, hubiese oído hablar de mí?

—Vale, vamos a llevarte a tu primera clase para que no llegues tarde, a nadie le gusta ser el centro de atención en su primer día, ¿verdad?

Oh, menos mal que lo entiende, pensé.

—Cierto.

—Vale, pues te acompaño, y te estaré esperando en el pasillo cuando acabes para llevarte a tu segunda clase. ¿Te parece bien?

—Genial —dije—. Gracias.

Pero mientras nos encaminábamos hacia mi primera clase y Cassie

me iba señalando algunas de las aulas y los distintos pasillos que cruzaban el instituto, no me pude quitar de encima los nervios que se habían apoderado de mí al descubrir que uno de los jugadores del equipo de hockey, ese tal *Zeus*, me conocía. Pero *¿cómooo era posible?* A ver, no tenía ningún sentido, porque no había coincidido con nadie de mi edad hasta ahora, y tampoco había conocido a nadie nuevo desde que había llegado allí, pero supuse que quizás todo tuviese que ver con mi abuelo.

Quizás el padre de Richie fuese alguno de los amigos de Big John.

Me molestaba porque yo solo quería ser invisible. Necesitaba que ese tal Zeus se olvidase de mi existencia, si es que había oído hablar de mí de verdad alguna vez.

—Aquí estamos, literatura avanzada —comentó Cassie, sacándome de mis pensamientos al tiempo que señalaba un aula—. Ese es el señor Hunter, es bastante guay, estoy segura de que no tendrás ningún problema con él. De hecho, déjame que te presente.

Me agarró del brazo y tiró de mí hacia el interior del aula.

—Hola, señor Hunter, esta es Dani, es nueva aquí.

Él observó el papel que Cassie le tendía, que estaba bastante segura de que solo contenía mi nombre y mi horario, y entrecerró los ojos.

Hice todo lo posible por fingir que no sentía las miradas de todos los alumnos puestas en nosotros, aunque sabía que todos me estaban mirando.

—Bueno, pues encantado de conocerte, Dani Collins —repuso.

Asentí y sonreí, con la esperanza de que bajase un poco la voz y me dejase tomar asiento pronto.

—Hay un pupitre libre al fondo, siéntate. Te conseguiré el libro que estamos usando antes de que empecemos.

—Genial —repuse, con las mejillas ardiendo.

—Y yo vendré a buscarte en cuanto acabe la clase —comentó Cassie, con una sonrisa.

No sabía si sentirme aliviada porque se fuese, porque era tan amable y alegre que me hacía sentir como una tonta asocial cuando estaba a su lado, o agarrarla del brazo con todas mis fuerzas y suplicarle que se quedase conmigo y me protegiese.

—Genial, gracias —respondí, antes de encaminarme hacia el pupitre vacío que había al fondo del aula.

Donde haría todo lo posible por volverme invisible.

CAPÍTULO SEIS

Alec

Es ella?

Recorrí el pasillo con Vinny a mi lado, que me estaba hablando de la teoría conspiranoica que tenía sobre Kyle y Cassie, mientras observaba fijamente la nuca de una rubia desconocida. Desde allí, solo podía ver que era bajita, que tenía el cabello rubio ondulado y que se dirigía hacia el aula de historia.

—¿Me estás escuchando? —me preguntó Vinny.

—No —admití, con la mirada clavada en aquellas ondas rubias—. En absoluto.

No era que tuviese ganas de ver a Dani, *ni mucho menos*, pero quería confirmar si esa rubia *era* ella o no. Por algún motivo, necesitaba saberlo.

¿Estaba aquí?

¿De verdad Dani estaba recorriendo los pasillos del Southview en este mismo instante?

Aquello me parecía imposible.

Dios, mi yo de doce años se habría vuelto *loco* de solo imaginárselo.

—¡Zeus!

Me volví y me encontré a Tawnee, acercándose a mí con una sonrisa radiante, y con la bufanda que le había prestado en la fiesta de la hoguera en la mano.

—Te prometí que te la devolvería —comentó, y tuve que obligarme a sonreír.

Y a no volverme de nuevo hacia la rubia para ver a dónde había ido.

Tawnee estaba buena, Tawnee era guay, así que, ¿por qué me moría por darme la vuelta para ver dónde se habían metido esas ondas rubias? Dani no significaba nada para mí, así que no tenía por

qué pensar en ella, ni arruinar cualquier oportunidad que tuviese con Tawnee solo por no poder concentrarme en otra cosa que no fuesen esas ondas rubias.

Aunque, para ser sinceros, quizás estaba siendo demasiado optimista al pensar que Tawnee quería tener algo conmigo, porque todo el mundo sabía que todavía seguía colgada de su ex.

—Gracias —respondí, antes de guardármela en el bolsillo.

—¿Qué tal te sentiste ayer? —me preguntó, y su expresión me dejó claro que pensaba que me había *emborrachado* pero bien en la fiesta de la hoguera.

En realidad, no había sido así, pero sí que había bebido más de lo que debería.

—Increíble —respondí, y esbocé una sonrisa como si lo dijese en serio—. Hoy estoy como nuevo, gracias por preguntar.

Tawnee soltó una suave risita al tiempo que sonaba el timbre, y me alegré cuando se alejó en dirección contraria.

Joder.

No debería alegrarme de eso.

Necesitaba aclararme las ideas urgentemente, porque hacía tan solo dos días lo único en lo que podía pensar era en enrollarme con Tawnee Flanigan, pero esa mañana solo quería que desapareciese de mi vista para poder jugar a «¿Dónde está Wally?» con una cabeza de ondas rubias.

Dani me estaba volviendo loco y ni siquiera la había visto todavía, lo que era una auténtica estupidez. Porque ella y yo ya no éramos nada, literalmente, así que, cuanto antes me olvidase de su existencia, mejor.

Me puse los AirPods y busqué Hippo Campus en el reproductor de música. Reproduje «Brand New», que era la canción perfecta para recordarme que dejase de perder el tiempo y las neuronas con alguien que me había demostrado hacía mucho tiempo que no merecía la pena.



—Tío, he conocido a la nieta de Mick Boche.

—*¿Qué?* —le pregunté casi a gritos a Richie cuando nos adentramos en la cafetería, pero la confirmación de que era cierto, que estaba entre aquellas cuatro paredes, me dejó pasmado.

—Sí, Cassie le estaba enseñando este sitio, y Vin y yo nos las encontramos cuando íbamos de camino a nuestra primera clase. Es monísima.

Vinny enarcó las cejas como queriendo decir: «Típico de Richard, nuestro romántico empedernido».

Richie tomó un montón de servilletas, porque era un loco de la limpieza, y añadió:

—Tiene un aire de bibliotecaria que, por algún motivo, le sienta de lujo. Vamos, que te dan ganas de descubrir qué se esconde detrás de esas gafas, ya me entiendes.

—Esto no es una comedia romántica o una peli porno. Las gafas son solo gafas —dijo Vinny—. No ve bien sin ellas y probablemente incluso tenga un sello que usa en sus libros en el que ponga: «Este libro pertenece a la señorita Boche».

—Eso no la hace menos interesante —repuso Richie con una risa.

—¿Cómo sabes que era la nieta de Boche? —le pregunté, sin saber por qué me sentía como si me hubiesen dado una descarga con un arma de electrochoque.

—Cassie dijo que se llamaba Dani, ¿no dijiste tú que la nieta de Mick Boche se llamaba así?

—Sí —repuse, antes de tomar una bandeja y deslizarla frente a la zona de las ensaladas, aunque de repente se me había cerrado el estómago—. Se llama así.

—No pude hablar mucho con ella porque sonó el timbre —comentó —, pero créeme, pienso encontrarla antes de que acabe el día.

Aquel comentario me cabreó sin motivo alguno.

—Yo que tú mantendría las distancias —le advertí, porque la idea de que Richie fuese a por ella me estaba volviendo loco, aunque Dani me diese igual—. Porque la última vez que la vi era un poco rarita.

—¿Qué quieres decir con que era un poco «rarita»? —me preguntó.

—No sé —dije, intentando sonar despreocupado mientras tomaba

un sándwich de pollo—. Solo que es de esas personas en las que no puedes confiar porque son un poco raras. En el mal sentido.

—Aah, ¿es que la bibliotecaria te rompió el corazón? —me preguntó Vinny, con una sonrisa engreída, mientras se ponía tres trozos de pizza en su bandeja.

—No —respondí, porque era cierto. Tienes que estar *con* alguien para que te rompan el corazón, y Dani y yo nunca estuvimos *juntos* —. Nunca salimos juntos, solo fuimos amigos cuando éramos pequeños, eso es todo, y ella era…

—Un poco rarita, ya, lo hemos pillado —me interrumpió Vinny.

—Decidme que hay fiestadas —dijo Kyle, acercándose a nosotros a la carrera—. Necesito mi almuerzo de la suerte.

Kyle era nuestro portero principal, y un supersticioso que te cagas.

Peor que todos nosotros juntos.

—Hay fiestadas —confirmó Richie—. Antes he visto que Bauer llevaba tres en la bandeja.

—Como ese delgaducho de mierda me haya dejado sin fiestadas le voy a moler a palos.

—¿En serio eres capaz de darle una paliza a alguien sin haberte comido antes tu almuerzo de la suerte? —le preguntó Vinny.

—Mierda —soltó Kyle, negando con la cabeza—. No lo sé.

Me pasé prácticamente todo el almuerzo sin prestarles atención, porque me sentía irracionalmente enfadado solo porque Richie hubiese comentado que Dani le parecía mona y porque mi madre hubiese dicho el otro día que era preciosa.

Para empezar, porque me importaba una mierda lo guapa que fuese.

Pero también porque no *podía* ser preciosa, joder.

Lo último que necesitaba en ese momento era que Dani Collins fuese preciosa *y* estudiase en Southview.

Este año no podía permitirme ninguna distracción. Por eso me puse los cascos y traté de silenciar el caos que reinaba en la cafetería con «Come Apart», pero no pude. Ni tampoco pude sacarme a Dani de la cabeza en todo el día, o evitar volverme a buscarla cada vez que una cabeza rubia se cruzaba en mi camino.

Ese día acabaron las clases temprano, para que todos los alumnos se preparasen para la concentración, y para entonces ya había logrado convencerme de que mi comportamiento era completamente normal.

Sentía curiosidad, nada más.

Era totalmente normal que me estuviese preguntando qué aspecto tendría mi antigua amiga de la infancia ahora que los dos éramos adultos.

Aquello no tenía nada que ver con el patético y pequeño Alec, que siempre andaba buscando a la chica por la que llevaba colado desde el día en que nació.

No, aquello era totalmente distinto.

Yo era distinto.

Solo era yo, Zeus, que sentía curiosidad por ver si mi examiga de mierda se había convertido en una tía buena o no.

Tampoco era para tanto.

CAPÍTULO SIETE

Dani

Menos mal que las concentraciones deportivas no son obligatorias.

Me encaminé hacia la salida, emocionada por ese inesperado respiro. Había entrado en el gimnasio con los demás alumnos cuando los profesores nos habían dejado libres para que pudiésemos ir a la concentración, pero no me había dado cuenta hasta que llevábamos ya tres gritos de ánimo y una canción de guerra que tenía la opción de marcharme si quería.

Eso sí que había sido una sorpresa agradable.

Pero era extraño porque, aunque no era obligatorio, parecía que todo el instituto iba a quedarse hasta que acabase la concentración. Y no solo eso, sino que el abuelo Mick tenía razón: casi todo el mundo iba vestido de negro de pies a cabeza. En realidad, destacaba mucho más con mi jersey blanco roto que si me hubiese vestido de negro, aunque no me achanté y me enorgullecí de mi pequeño acto de rebeldía, porque me hacía sentir como si todavía tuviese un ápice de control sobre mi vida.

Justo cuando acababa de llegar a la salida, anunciaron al equipo de hockey por megafonía, y juro por Dios que en ese momento todos los alumnos se levantaron de un salto y se pusieron a gritar como si estuviesen en un concierto, en vez de en un evento para alentar el espíritu escolar.

Me di la vuelta cuando me pareció oír abucheos, pero poco después me percaté de que solo estaban coreando «¡Zeus!» como si fuesen una pequeña secta.

A ver, aunque ese tal «Zeus» fuese tan bueno, no tenía ningún sentido que lo adorasen como si fuese un dios.

Y visto lo visto era imposible que ese chico no fuese un ególatra total.

Entrecerré los ojos y recorrí a los jugadores con la mirada. Sentía curiosidad por ver si por casualidad reconocía al chico que había dicho conocerme. Pero el tipo alto que llevaba puestas unas gafas de aviador y que estaba alzando el puño como si fuese Bender de *El club de los cinco* no se parecía a nadie que hubiese visto antes.

Gracias a Dios.

Salí de allí y me encaminé hacia el despacho de la orientadora, agradecida porque los pasillos estuviesen desiertos y por el tiempo extra que tenía. Al menos así podría acabar todo lo que tenía que hacer ese día. Y, cuando llegué a su despacho, no solo descubrí que la orientadora que me habían asignado (Joan Hrznski, según la placa con su nombre) también había decidido pasar de la concentración (estaba claro que era una mujer muy inteligente), sino que también tenía tiempo para hablar conmigo.

—Entra, Dani, siéntate. ¿Qué puedo hacer por ti?

Me senté frente a su escritorio, respiré hondo y me puse a relatarle la horrible historia de cómo me había visto atascada en una especie de limbo con todo el tema de mi admisión en Harvard.

Había solicitado plaza para el año que viene durante el proceso de admisión anticipada en verano, porque deseaba ir a Harvard con todas mis fuerzas, pero la pesadilla que había traído consigo el divorcio de mis padres me había afectado tanto que mi solicitud no había destacado tanto como podría haberlo hecho.

Como *debería* haberlo hecho.

Lo que me había llevado a que no me aceptasen y a que me acabasen metiendo en la lista de espera.

Dios, seguía sin poder creérmelo.

Cuando me habían dado la noticia, había entrado en pánico, pero mi orientadora del instituto de Alemania me había aconsejado que no me relajase para que no me bajase la media («en Harvard siempre están pendientes de todo») y que reforzase mi solicitud apuntándome a alguna actividad extracurricular en mi nuevo instituto.

—Bueno, estoy de acuerdo con ella —comentó la señora Hrznski—. Tú no dejes de escribirles, de llamarles y de ponerte en contacto con la oficina de admisiones, y yo haré lo mismo. Apúntate a unas

cuantas actividades extracurriculares aquí en Southview, asegúrate de mantener tu nota media alta y estoy segura de que podremos lograr que te admitan en Harvard el año que viene.

Yo tenía mis dudas, pero elegía creerla a ciegas porque, ¿qué otra opción me quedaba?

No pensaba enfrentarme a la realidad, por el amor de Dios.

Prefería tener que llamar a la oficina de admisiones de Harvard cada dos días hasta quedarme sin aliento. Me había imaginado cómo sería mi primer año en Harvard desde mucho antes de saber lo que significaba ser una «alumna de primero» de esa universidad, así que el fracaso *no* era una opción.

—¿Sabes de algún club al que pueda unirme fácilmente? —le pregunté.

Siempre se me había dado muy bien encontrar aquellas actividades extracurriculares que quedasen bien en mis solicitudes de la universidad (el club de medioambiente, el club de matemáticas, Amnistía Internacional…), pero que no requiriesen muchísima interacción social por mi parte.

Con suerte, en Southview tendrían también algo así.

—Bueno, estamos en febrero, querida —me dijo, y el que usase el término «querida» para dirigirse a mí me molestó, porque no era su pareja o una hija pedante que le estuviese pidiendo que le bajase la luna, por el amor de Dios.

Solo quería unirme a un maldito club de mates.

—Es un poco tarde para unirte a algún club —añadió después.

Entonces… ¿por qué me has dicho que me apunte a alguna actividad extracurricular si ya es demasiado tarde para ello?

Tuve que tragar con fuerza para deshacerme del nudo de frustración que se me había formado en la garganta.

—¿Y entonces a qué sugieres que me apunte? —le pregunté, con calma.

—Quizás a algún deporte que empiece ahora en primavera… Eso quedaría muy bien en tu solicitud —comentó, asintiendo con la cabeza, como si se le hubiese ocurrido la solución ideal a todos mis problemas.

Claro, Joan, eso sería genial si de repente se me empezasen a dar

bien los deportes por arte de magia.

—Ya, eh… no me gustan los deportes —repuse, tratando de sonar lo más positiva posible, y no como si me estuviese muriendo de ganas por darme cabezazos contra la pared—. ¿No hay ningún club de medioambiente o el anuario…?

—No, todos los clubes están ya completos —dijo, interrumpiéndome con una sonrisa y negando con la cabeza—. Mira, te aconsejo que vuelvas a casa y le des un par de vueltas al tema a ver si se te ocurre alguna actividad que podría dársete bien y que todavía no se te haya ocurrido. ¿Quizás podrías apuntarte al equipo de campo a través…?

¿¿En serio piensas que si se me diese bien correr no habría pensado ya en apuntarme al maldito equipo de atletismo, Joan Hrznski??

—Vale, gracias —solté, levantándome de un salto. Tenía que salir de allí antes de que perdiese los nervios e hiciese alguna estupidez, como echarme a llorar.

Salí del despacho de orientación echando humo por las orejas porque, ¿cómo de ridículo era que mi sueño de estudiar en Harvard estuviese a punto de irse al traste a menos que me uniese a un maldito equipo deportivo?

Era absurdo.

Era tan absurdo como el hecho de que los estudiantes que eran familia de algún antiguo exalumno destacado pudiesen entrar directamente sin tener que esforzarse en absoluto, o como que a los deportistas les diesen una beca para estudiar allí solo por ser capaces de darle a una estúpida pelota con una camiseta de Harvard puesta.

¿Cómo era posible que el comité de admisiones considerase a esas personas «alumnos ejemplares», dignos de estudiar allí, mientras que alguien como yo, que se había dedicado en cuerpo y alma a estudiar y sacar buenas notas, tan solo pudiese entrar si añadía a su expediente que había «jugado a los bolos» durante su época en el instituto en un pueblo perdido de Minnesota?

Era una estupidez.

Salí al pasillo y apreté los dientes con fuerza al tiempo que la

multitud de estudiantes abandonaba el gimnasio una vez terminada la concentración.

Qué oportuno.

Solo quería que me dejasen a solas para enfadarme y llorar, ¿era mucho pedir? Lo último que necesitaba en ese momento era estar rodeada de alumnos que estaban como locos por ver si su equipo de hockey iba a poder ganar al de Simley esa noche.

¡¿Y a quién narices se le había ocurrido llamar Simley a un instituto?! Menudo nombre más estúpido.

Justo cuando estaba sumida en mis pensamientos autodestructivos, unos cuantos de los jugadores del equipo de hockey pasaron a mi lado, rodeándome. Ni siquiera se dieron cuenta de que estaba allí, porque estaban demasiado absortos en sus cosas como para fijarse en la chica a la que habían rodeado y que había quedado atrapada entre sus enormes cuerpos y sus gigantescas bolsas de deporte llenas de su equipación de hockey, cerrando un círculo a mi alrededor.

Por favor, matadme.

Agarré las correas de mi mochila con fuerza y me aseguré de mantener la cabeza gacha mientras intentaba salir de aquel sándwich de fanfarrones cuanto antes, mientras todos los demás alumnos los vitoreaban como si fuesen lo mejor que le hubiese pasado a este mundo.

La salida estaba ahí enfrente, así que solo tenía que seguir con la cabeza gacha y avanzar un poco más, y entonces por fin sería libre.

—¡Zeus!

Uno de los chicos que tenía enfrente, el más alto de todos, se dio la vuelta, lo que hizo que su gigantesca bolsa de hockey se balancease con el gesto y me tirase al suelo.

Literalmente.

Su enorme bolsa de deporte, en la que podía entrar un maldito cadáver, me derribó.

—Auch —fue lo único que solté al caerme de culo al suelo.

Y el que me hubiesen derribado con una gigantesca bolsa de hockey (y la estúpida risita que oí detrás de mí) fue la gota que colmó el vaso.

—¿Podrías mirar por dónde vas? —salté, demasiado frustrada como para morderme la lengua—. Solo porque sepas cómo darle a un disco con un palo no significa que puedas arrollar a los demás con tu estúpida bolsa gigantesca.

No pensé que me hubiese oído, porque había mucho ruido en el pasillo, pero entonces el chico se detuvo de golpe. El tipo enorme con la camiseta de hockey se dio la vuelta y bajó la mirada hacia mí, y yo contuve el aliento cuando esos ojos marrones se encontraron con los míos.

Unos ojos marrones que tenían también motas ambarinas y que me resultaban increíblemente familiares.

Unos ojos marrones a los que me había quedado mirando en cientos de ocasiones durante aquellos innumerables veranos. Unos ojos marrones de los que nunca había logrado olvidarme, por más que lo hubiese intentado.

Sus labios esbozaron una sonrisa socarrona y me tendió una mano.

—Yo también me alegro de volver a verte, Collins.

Alec.

Alec era Zeus. Zeus era Alec.

Estaba demasiado sorprendida como para moverme, como para hablar. No supe qué decir. En ese instante, me acordé de cada pequeño detalle de nuestra historia, y aquel recuerdo de golpeó con más fuerza que su bolsa de deporte, robándome el aliento. Alec, *mi* Alec, estaba ahí de pie, frente a mí, lo bastante cerca como para poder tocarlo si alargaba la mano hacia él. Después de todo lo que había pasado y de todos los años que habíamos permanecido separados, por fin había sucedido.

Allí estábamos los dos. Juntos.

—¡Zeus! ¿Vienes o qué? —gritó uno de los chicos que encabezaba el grupo, sacándome de mi ensoñación—. El bus ya está aquí.

Alec me observó con los ojos entrecerrados. El silencio se extendió durante demasiado tiempo entre nosotros, y al final acabó apartando la mano. Los alumnos que llenaban el pasillo se deslizaron a nuestro alrededor como a cámara lenta, y sus vítores y gritos se transformaron en tan solo un ruido sordo en mis oídos. Pero oí claramente lo que respondió Alec.

—¡Sí! —dijo, también a gritos, al tiempo que sus labios se deslizaban hasta formar una sonrisa burlona—. Es que he tirado a una tía sin querer con mi bolsa.

¿A «una tía»?

Observé cómo la nuez se deslizaba por su cuello al tragar. Aquella sonrisa socarrona no desapareció, pero su mirada se endureció de golpe.

Eh…

Puede que ya no le conociese como antes, pero siempre reconocería aquella mirada.

Alec… *no* se alegraba de volver a verme.

CAPÍTULO OCHO

Alec

Cómo se atreve?

¿Cómo se atreve a mirarme así? Ya casi era hora del partido, pero no podía dejar de pensar en su rostro mientras daba aquellas primeras vueltas alrededor de la pista, lanzando de vez en cuando a portería antes de volver a acelerar.

Dios, su cara.

Richie estaba equivocado.

No era mona, era jodidamente preciosa.

Dani siempre había sido guapa, porque tenía una risa contagiosa y por su forma de ser, tan despreocupada. Su *Dani-dad* hacía que fuese imposible dejar de mirarla.

Sin embargo, la chica que había tirado sin querer en el pasillo con mi bolsa… era una auténtica preciosidad. Con ese cabello rubio y ondulado, esos enormes ojos marrones y esas gafas negras… joder, ese aspecto le sentaba *de puta madre.*

Aunque eso daba igual.

No era un capullo, pero mentiría si dijese que no me había sentido bien al darle la espalda y alejarme de ella como si no nos conociésemos de nada.

Porque Dani ya no me importaba.

—Joder —murmuré cuando oí el silbato, porque el tiempo para calentar había terminado, y yo ni siquiera me había dado cuenta. Todo mi cuerpo estaba en maldito piloto automático, que era lo último que necesitaba en ese momento, porque tenía un partido que jugar.

Necesitaba estar *centrado*. Tenía que estar atento.

Tenía que concentrarme solo en defender siempre que cualquier jugador con una maldita camiseta azul atacase. Frenar a Simley era lo único que importaba en ese momento, sobre todo cuando sabía

perfectamente que había ojeadores sentados entre las gradas.

Joder, concéntrate, idiota.

Hace unos años solía motivarme imaginando que Dani me tendría que ver jugar con un equipo de la NHL algún día, mientras ella estaba casada con un perdedor y arrepintiéndose de sus decisiones. Arrepintiéndose de lo que había hecho.

Siempre me había funcionado, pero ya no necesitaba imaginarme esa clase de mierda motivacional.

Dani no era nada para mí, y el hockey lo era todo.

Salté la valla y bebí un poco de agua, centrándome tan solo en el partido cuando el entrenador se puso a dibujarnos unas cuantas jugadas en su pizarra.

Y, para cuando el árbitro dejó caer el disco al hielo, me había olvidado por completo de Dani.

Nos adelantamos en el marcador cuando Bauer logró burlar al portero de Simley en una jugada de superioridad numérica, y luego Richie marcó el 2-0 con una preciosa jugada combinada que empezaron Kirchner y Hardina. Después de eso tuvimos un segundo periodo de mierda, y Vinny tuvo que parar unos cuantos tiros cuando el equipo empezó a venirse un poco abajo, pero al final logramos sobreponernos y ganar el partido.

Tuvimos que esforzarnos, pero ganamos, aunque jugásemos fatal.

Pero una victoria es una victoria.

CAPÍTULO NUEVE

Dani

Has vuelto —comentó Cassie con una sonrisa, de pie justo al otro lado de la entrada del instituto, como si hubiese estado esperándome.

—Espera… ¿es que tenía otra opción? —respondí, al tiempo que me bajaba la capucha y dejaba que el aire cálido del interior me acariciase la cara.

Pero la verdad era que hoy estaba igual de nerviosa que ayer.

En Southview había días de tipo A y días de tipo B, con horarios diferentes, lo que significaba que, como ayer había sido un día de tipo A, hoy era un día de tipo B, y por lo tanto me tocaban otras clases completamente distintas.

Así que era como una especie de segundo primer día.

Y el hecho de que Alec no hubiese parecido alegrarse de verme me estaba volviendo loca. No entendía por qué había reaccionado de esa manera; si alguien tenía motivos para estar enfadada, era yo; pero eso hacía que la perspectiva de tener que cruzarme con él de nuevo me pusiese incluso más nerviosa.

Y, como si eso no fuese ya lo bastante malo, una de las asignaturas que tenía en mis días de tipo B era oratoria, que era obligatoria para todos los alumnos de último curso de Southview.

Así que, sí, en realidad estaba incluso *más* nerviosa en mi segundo día que en el primero.

Porque yo era de esas que se atacaba cada vez que tenía que hablar en público, sin importar si llevaba estudiando con esos mismos compañeros toda la vida o no; el hablar delante de otras personas no era lo mío.

Pero el tener que cursar la asignatura de oratoria obligatoriamente en un nuevo instituto… esa era mi peor pesadilla.

Recé por no tener uno de esos profesores que pensaban que era

genial obligar a sus alumnos a contarles a los demás un poco sobre ellos mismos el primer día de clase.

—Supongo que no, pero igualmente me alegro de volver a verte —repuso Cassie—. El enseñarte todo esto es mucho más divertido que mis clases, que son un muermo.

—Ya —respondí, todavía sin saber muy bien cómo debía comportarme con alguien tan extrovertido como ella. Su carácter me hacía querer confiar en ella, porque parecía bastante amable, pero la experiencia me había demostrado que eso era una idea horrible.

—Vamos a tu primera clase —comentó—. Porque tenemos que ir hasta el otro lado del instituto y queda un poco lejos, la verdad.

Echamos a andar y sentí que, en esta ocasión, a diferencia del día anterior, no todas las miradas estaban puestas en nosotras, gracias a Dios. Cassie era increíblemente amable y, aunque sabía que no debía fiarme de ella por completo, le acabé hablando de mi visita al despacho de la orientadora.

Y, joder, sentó bien poder soltarlo y tener a alguien que me comprendiese.

—Entonces, ¿qué hiciste anoche? Después de que te echasen encima ese jarro de agua fría —me preguntó cuando pasamos frente a la biblioteca—. Creía que todo el mundo había ido al partido, pero me da en la nariz que tú no.

—No, me quedé en casa y aproveché para quitarme algunas de las cajas de la mudanza de encima —dije.

En realidad, la noche anterior había terminado de sacar todas las cosas de mi habitación *y* había hablado un rato por teléfono con mi padre, aunque después hubiese acabado sintiéndome emocionalmente drenada.

Tenía una relación bastante extraña y complicada con él.

El noventa por ciento del tiempo, pensaba en él solo como «el coronel». Era estricto, siempre rigiéndose por las normas y un padre bastante distante, pero no era mala persona.

Un ciudadano ejemplar y un buen hombre, alguien con quien era absolutamente imposible sentirse identificado.

Pero el otro diez por ciento del tiempo, cuando bajaba la guardia… entonces era cuando lo echaba tanto de menos que un dolor sordo

me atravesaba el pecho.

Durante esos escasos momentos, hacía cosas como mandarme un meme divertido que yo tenía la sospecha que no comprendía del todo pero que sabía que me encantaría, o me enviaba flores solo para hacerme saber que se acordaba de mí. Me había pasado toda la vida observándolo con los ojos bien abiertos, conteniendo el aliento para no perderme ninguna de esas ocasiones en las que era solo «papá», en vez de «el coronel».

Ayer había sido uno de esos días.

Me había llamado por FaceTime después de que llegase de clase para que le enseñase mi nueva habitación, y en vez de mencionar a mamá o a «Minnesota» de la forma en que solía hablar de ellos y que me dejaba bien claro que no aprobaba aquella mudanza y todo lo que acarreaba, me había dicho que Alemania no era lo mismo sin mí.

Y, por mucho que me hubiese gustado oírlo, eso me había hecho echarlo mucho más de menos pocas horas después, cuando me había tumbado en la cama, incapaz de quedarme dormida.

Porque lo que más me estaba costando del divorcio de mis padres era la falta de proximidad forzada. En cualquier familia normal e intacta, ambos padres siempre estaban cerca de ti, te gustase o no.

Pero en un divorcio ese nunca era el caso, y nunca lo sería.

Podía *sentir* la ausencia de mi padre cada día, al igual que sentía la presencia de mi madre.

Y era una mierda.

—Bueno, el partido fue una locura —comentó Cassie, al suponer que me interesaría saber cómo había ido.

—¿Sí? —le pregunté, en un intento por seguirle al menos la conversación. Al parecer, todos en Southview eran unos locos del hockey, excepto yo—. ¿Ganamos?

—Ganamos, pero íbamos perdiendo durante todo el tercer periodo, hasta que Zeus marcó un gol justo cinco minutos antes de que acabase el partido.

—*¿En serio?* —¿Cómo era posible que Alec fuese Zeus, el jugador del que mi abuelo no dejaba de hablar y que salía en miles de pósteres? De pequeño había sido un negado para el deporte,

adorablemente torpe, más del tipo de «prefiero jugar al Roblox» que otra cosa.

Así que, ¿cómo era posible que ahora no solo fuese deportista, sino uno de los mejores jugadores de *hockey* del instituto?

No tenía ningún sentido.

Había rememorado nuestro reencuentro una y otra vez desde que había sucedido, enfadándome más y más cada vez que lo recordaba. No solo *no* se había disculpado por haberme tirado al suelo, sino que se había marchado como si no me conociese de nada, riéndose con sus amigos.

Me había llamado «una tía», como si fuese una completa desconocida.

No debería importarme, pero el saber que mi mejor amigo de la infancia se había convertido en un deportista arrogante y gigantesco me parecía deprimente.

Y así fue como perdí lo único bueno de aquella mudanza…

—Ah, sí, se encargó de ganar el partido prácticamente él solito, pero tampoco me sorprende. Es lo que suele ocurrir.

—Así que a Alec se le da *muy bien* jugar al hockey. —Aquello me parecía imposible, incluso aunque esa nueva versión de Alec sí que *daba el pego* como un buen jugador de hockey.

—¿Estás de coña? —Me miró como si acabase de preguntarle si la tierra era redonda—. Decir que a Alec se le da bien jugar al hockey es como decir que LeBron James solo es un jugador de baloncesto del montón. Ha batido un montón de récords del instituto y le han bautizado como la joven promesa de la NHL. Es *el mejor*.

—Alec *Barczewski*. —Aquello era demasiado increíble como para ser cierto, incluso después de haber sido testigo de cómo habían reaccionado todos los alumnos del instituto al verlo aparecer en la concentración—. ¡No puede *ser*!

Si de pequeño se le daban tan mal los deportes como a mí.

—Entonces, *¿sí* que os conocéis? —me preguntó Cassie, observándome con los ojos entornados—. Ayer dijiste que no le conocías de nada.

—Porque no tenía ni idea de que la gente lo había apodado así —le aclaré, todavía demasiado sorprendida—. Le conozco desde que

éramos pequeños, antes de que fuese Zeus. Es como una… especie de primo honorario, para que me entiendas.

No quería que pensase que había nada entre nosotros, porque lo último que necesitaba en ese momento era que la gente me relacionase con el deportista superestrella; eso podría acabar de un plumazo con mis posibilidades de hacer amigos.

—Además —añadí—, llevamos años sin vernos, así que a estas alturas es prácticamente un desconocido. —Justo cuando dije eso, pasamos frente a otro póster del equipo de hockey, y en esta ocasión lo localicé de inmediato.

Zeus.

Agh.

Había algo en la expresión con la que salía en aquella fotografía que me recordó a cuando le habían dejado un ojo morado jugando al béisbol, el verano en que teníamos diez años. Una bola perdida había ido directa hacia él pero, en vez de atraparla con el guante, la había parado con la cara.

Y se había *alegrado* por ello, porque así había podido pasarse el resto del partido sentado en el banquillo, y después su padre nos había llevado a comer helado al Dairy Queen.

Ese había sido mi mejor amigo.

No me podía creer que Alec (perdón, *Zeus*) se hubiese convertido en la clase de chico a quien había aprendido a evitar en cada instituto nuevo al que iba.

Supongo que ahora me toca evitar a mi antiguo mejor amigo.

Aunque parecía que eso iba a ser más fácil decirlo que hacerlo. *Ay, universo, ¿qué he hecho yo para merecer esto?*, pensé cuando entré en el aula de oratoria y *lo vi*.

Ya había tenido ganas de vomitar antes, por el miedo que me daba hablar en público y por los primeros días de clase, pero ahí estaba él, sentado al fondo del aula, con dos chicos más, cada uno esbozando una sonrisa socarrona y con las piernas estiradas por debajo de sus pupitres como si fuesen los dueños del lugar.

—Esta es Dan Collins —me presentó la señora Sykes ante la clase —, es nueva aquí. Así que aseguraos de saludar a Dan y echarle una mano para ponerse al día. Allí hay una mesa libre.

Sabía que debía corregirla (*es Dani*), pero me había quedado sin voz.

Así que lo más probable era que todo el mundo me fuese a llamar «Dan» lo que quedaba de curso.

Me volví en la dirección que me indicaba, que estaba muy lejos de Alec, lo que me parecía estupendo, pero habían dispuesto los pupitres en forma de U, por lo que seguía pudiendo verlo, a él y a sus amigos, sentados justo delante de mí.

Estupendo.

No pude evitar volverme a mirarlo cuando pasé junto a su pupitre, al mismo tiempo que él echó la cabeza hacia atrás para encontrarse con mi mirada.

Entonces esbozó una sonrisa, como si fuese el rey del lugar, divertido por la presencia de una humilde campesina.

Apreté los dientes con fuerza y estaba a punto de apartar la mirada cuando me guiñó un ojo.

Me guiñó un ojo.

Puede que incluso chasquease la lengua, pero no estaba segura de si lo había hecho de verdad o si había sido mi cerebro el que había añadido ese efecto de sonido para darle un aire más imbécil si cabe.

Para cuando me senté en mi pupitre y abrí la mochila, sentía la cara ardiendo de vergüenza y rabia a partes iguales, y me encontraba dividida entre los nervios, la vergüenza y las ganas que tenía de clavarle las uñas en las mejillas por haberme guiñado el ojo.

¿Quién demonios hacía algo así? ¿Qué clase de chico de dieciocho años y estudiante de último curso de instituto *le guiñaba el ojo* a alguien?

La arrogancia que se necesitaba para guiñarle el ojo a alguien cuando este se giraba a mirarte era asombrosa.

Por suerte, la profesora comenzó con la lección y, como teníamos que tomar apuntes, pude olvidarme del maldito chico que me había guiñado el ojo descaradamente y que estaba sentado al otro lado del aula. Me volqué solo en tomar apuntes, anotando todo lo que decía la profesora, porque prefería eso a tener que apartar la mirada de mi cuaderno.

A mitad de la clase, alcé la vista solo para encontrármelo con la

cabeza apoyada en su pupitre, profundamente dormido.

Alec estaba durmiendo en clase como si aquello le importase una mierda.

Y por algún motivo me entraron ganas de llorar. Fue como si hubiese perdido algo importante (aunque técnicamente lo había perdido hacía mucho tiempo), porque durante los cinco últimos años, incluso durante los peores días, había imaginado que mi mejor amigo seguía en alguna parte, aunque no formase parte de mi vida.

Pensaba que *algún día*, quizás, volveríamos a encontrarnos y a ser amigos.

Pero ahora me veía obligada a enfrentarme a la realidad y a que esa posibilidad se había convertido en un imposible.

CAPÍTULO DIEZ

Alec

No me puedo creer que te hayas vuelto a quedar dormido —comentó Kyle.

—Y yo no me puedo creer que Sykes me haya dejado dormir —respondí, aliviado cuando por fin abandonamos el aula.

Porque necesitaba esa siesta.

Anoche, después del partido, el dolor del hombro me había mantenido despierto hasta que había sonado la alarma de por la mañana, de verdad, no lo digo de broma. Estaba agotadísimo, y la siesta que me había echado durante la clase de oratoria me había venido de maravilla.

La sorpresa de verdad había sido el poder quedarme dormido después de que la presencia de Dani me hubiese sentado como un puñetazo en el estómago. De alguna manera, aunque sabía que ahora iba a mi instituto, no había valorado la posibilidad muy real de que pudiésemos acabar teniendo alguna clase juntos.

Cuando se había adentrado en el aula de oratoria, se me había cortado la respiración.

¿Cómo demonios podía estar pasando esto? No la quería en Southview y, desde luego, tampoco la quería de vuelta en mi vida o en mi maldita clase de oratoria.

Era increíble.

Me había fijado en cómo se había sonrojado y había bajado la mirada al acercarse a su pupitre y, de no haberla conocido, habría pensado que era una chica increíblemente tímida.

Pero Dani Collins no era tímida. En absoluto.

No sabía por qué se estaba comportando de ese modo, o si es que no se alegraba de verme, pero me daba igual.

Solo era otra chica más que estudiaba en mi instituto, e iba a ignorarla como a cualquier otra de la que no fuese amigo. Seleccioné

una canción de Connor Kauffman que tenía añadida en mi lista de reproducción y seguí adelante con mi vida.

Salvo que, por algún motivo, cuando la vi a través de la ventana de la biblioteca durante el almuerzo, no pude seguir haciéndolo. Estaba sentada en aquella mesa, sola, y joder… no podía ignorarla.

—Oye, voy a entrar en la biblio un momento —le dije a Kyle, con la mirada clavada en aquella cabellera rubia y en aquellas gafas—. Nos vemos en la cafetería en un rato.

—Te acompaño —soltó, con una sonrisa traviesa—. Ya veo qué te traes entre manos…

—No es lo que crees —respondí, al tiempo que él señalaba a Dani con un gesto de la cabeza—. Solo necesito buscar un libro.

—Claro, y yo también —repuso, antes de colocarse a mi lado mientras yo tiraba del pomo de la puerta y nos adentrábamos juntos en la biblioteca.

Durante medio segundo pude quedarme mirándola sin que ella se percatase de mi presencia. Tenía la vista clavada en las páginas del libro que estaba leyendo, así que me tomé un momento para observar atentamente a mi antigua amiga.

Joder.

Puede que ahora me importase una mierda, pero el chico que se había pasado toda su maldita infancia siguiéndola de un lado para otro como un perrito faldero necesitaba un momento para asimilar aquella versión mejorada de la Dani a la que conocía.

El cabello rizado que cuando era pequeña solía llevar siempre revuelto y disparado en todas direcciones, le caía en suaves ondas alrededor de la cara, enmarcando su rostro, como si hubiese encontrado el modo de domar aquellos mechones salvajes. Algo que supuse también debía haber hecho con su personalidad, porque todavía no la había visto esbozar su característica sonrisa divertida.

Estaba muy *guapa*, con su jersey negro de cuello alto. Era una prenda bastante sencilla, nada del otro mundo, pero hacía destacar su piel suave y…

—*Tío* —me llamó Kyle, con una sonrisa divertida, como si me hubiese pillado comiéndome a la nueva con la mirada.

Claro que, eso era justo lo que había pasado.

—Vete a la mierda —solté, antes de acercarme a la mesa de Dani —. Hola, Collins —la saludé, dejándome caer sobre la silla que había frente a ella, aunque no tenía ni idea de qué se suponía que estaba haciendo o qué plan tenía. Dani Collins era como un imán, atrayéndome una y otra a su órbita.

Lo odiaba.

Apartó la mirada del libro y, por un brevísimo instante, me pareció que iba a sonreír.

Contuve el aliento, observando aquellos ojos marrones con pestañas largas que conocía *tan* bien, mientras estos me evaluaban desde detrás de los cristales de las gafas, y por un momento eché de menos a mi antigua mejor amiga.

Pero entonces Dani se volvió a mirar a Kyle, y luego de vuelta hacia mí, antes de parpadear muy rápido y decir en un susurro:

—Hola, Alec.

—¿Cómo es que estás aquí, escondiéndote en la biblioteca durante la hora del almuerzo? —le pregunté, recordándome que debía volver al presente y dejarme de tonterías, como lo de echar de menos a alguien que era evidente que ya no existía.

—No tenía mucha hambre y me apetecía leer un rato —respondió, encogiéndose de hombros.

Entonces volvió a bajar la vista hacia su libro, como si hablar conmigo no le interesase lo más mínimo.

Como si estuviese dando aquella conversación por terminada.

Al igual que en el pasado había dado lo nuestro por terminado.

Y solo por eso me entraron ganas de meterme un poco con ella, para hacerla de rabiar.

De acabar con esa compostura tímida y poco familiar que me ponía los pelos de punta.

—¿Conoces a Kyle? —le pregunté—. Este es Kyle. Kyle, esta es mi vieja amiguita, Dani. Di *hola*, Dani.

Volvió a alzar la vista y por la cara que puso me quedó bien claro que estaba enfadada.

—Hola —saludó a Kyle.

—Hola —respondió este, sonriendo, aunque con cara de desconcierto.

Lo que tenía mucho sentido, porque el ambiente entre Dani y yo estaba supertenso e incómodo.

—Y dime, ¿qué te ha parecido Southview de momento? —le pregunté, dejando caer la cabeza sobre el puño, como si me muriese por saber su respuesta.

—No está mal —dijo, frunciendo el ceño, antes de que su mirada bajase hacia mis labios, fijándose en lo que probablemente debía de parecerle la sonrisa de un auténtico imbécil.

Bien.

—¿De qué va? —le pregunté, sin ningún motivo aparente, antes de darle un par de golpecitos a la portada de su libro—. *El asesino ciego*. No me irás a decir que va de verdad de un asesino ciego, ¿no?

—No. —Carraspeó con fuerza y cerró el libro, entrecerrando ligeramente los ojos—. ¿Te puedo ayudar en algo? Estaba intentando leer un rato antes de mi siguiente clase, pero me puedo mover a otra mesa si queréis quedaros aquí a hablar.

—Pero es que queremos hablar *contigo*, Dan —repuse, incapaz de contenerme y de no comportarme como un imbécil integral cuando estaba con ella.

—Yo creo que no, *Al* —espetó, pero esbozó una sonrisa falsa a toda prisa para intentar que nadie se fijase en lo que acababa de decir. Y por un momento tuve la sensación de estar de nuevo ante la antigua Dani—. No sé por qué me da en la nariz que habéis venido solo para no dejarme leer tranquila.

—Es que es divertido incordiarte —repuse, preguntándome si las uñas de sus pies también estarían pintadas del mismo rosa palo que las de sus manos, como solía hacer de pequeña—. ¿Qué puedo decir?

—Podrías no decir *nada* —respondió, tan bajo que *casi* no pude escucharla.

—Por Dios, sí que *sois* viejos amigos —comentó Kyle, con una carcajada—. Os peleais como hermanos.

—¡Aquí estás!

Los tres nos volvimos a tiempo de ver cómo Cassie atravesaba la entrada de la biblioteca y se acercaba corriendo a nosotros.

—Te he estado buscando por todas partes, Dani. Pensé que quizás querrías sentarte conmigo y mis amigas durante la hora del almuerzo.

¿Ya era amiga de Cassie? *Mierda.* Lo último que necesitaba era que Dani empezase a presentarte allá donde fuese con mis amigos.

—En realidad, creo que prefiero quedarme aquí leyendo, este libro está súper interesante —repuso, pero me fijé en cómo se sonrojó cuando todos nos volvimos a mirarla—. Pero gracias por la invitación.

—Claro —dijo Cassie, antes de volverse a mirarme y añadir—. Veo que te has encontrado con tu antiguo amigo.

Dani se volvió a mirarme, avergonzada.

—Eh… yo… —murmuró.

—Así que ya le has hablado de nosotros, ¿eh? —No pude morderme la lengua—. ¿Ya has ido por ahí diciendo conoces a Zeus?

Aquello le hizo arrugar la nariz como si acabase de oler algo asqueroso.

—No ha sido así en absoluto.

—Sí, al principio ni siquiera sabía quién eras —comentó Cassie, antes de tomar una silla, sacarla de debajo de la mesa y sentarse junto a Dani—. Por cierto, le he estado dando vueltas a tu problema con lo de Harvard.

—Uuh, ¿qué problema tienes con Harvard? —le pregunté, antes de robarle el libro de las manos.

Dani me lanzó una mirada furiosa.

—No es nada.

—A Dani la han dejado en la lista de espera de Harvard, la única universidad a la que quiere ir —explicó Cassie—. Así que tiene que apuntarse a un par de actividades extracurriculares aquí, en Southview, para asegurarse una plaza, pero la mayoría de los clubes ya han cerrado sus listas.

«La única universidad a la que quiere ir».

Carraspeé con fuerza e hice a un lado el recuerdo del verano de cuando teníamos diez años, el mismo en el que Dani había llevado puesta una camiseta roja con el logo de Harvard casi todos los días.

Me quedé mirando fijamente el libro que le había robado, y Dani

aprovechó ese momento para recuperarlo.

—Hrznski tampoco le ha ayudado mucho que digamos, lo único que le ha sugerido es que se apunte a algún equipo deportivo en primavera, lo que es una auténtica estupidez, ¿no creéis? —Cassie puso mala cara y añadió—. Como si alguien pudiese empezar a practicar un deporte que no haya hecho nunca durante su último curso de instituto así porque sí.

Me molestó oír a Cassie menospreciar a Dani, porque yo ni siquiera iba a poder elegir qué quería hacer después del instituto. Daba igual que quisiese ir a la universidad, porque a menos que algo cambiase, eso no entraba en mis planes para el año que viene. Todo el mundo había dado por sentado que jugaría en alguna liga menor o que me mudaría a Michigan para entrenar con el equipo de allí.

Y *sí*, el tener todas esas posibilidades de convertirme en un jugador de hockey profesional sobre la mesa era todo un sueño hecho realidad, pero la cosa era que nadie me había preguntado qué quería hacer *yo*. Siendo sincero, me habría gustado ir a la universidad el año que viene, como todo el mundo, eso sí que habría sido mi sueño. Siempre había querido estudiar historia, perderme entre las estanterías de las viejas bibliotecas y dormir en la residencia de la universidad, pero siempre que me paraba a pensarlo me acababa sintiendo como una mierda, porque ¿cuántos chicos matarían por estar en mi posición, por tener mis mismas oportunidades?

Aun así, Dani se estaba quejando porque quizás no la aceptasen en la universidad de la Ivy League con la que siempre había soñado, y eso no me inspiraba simpatía alguna.

—¿Te estás empezando a arrepentir de no haber practicado nunca ningún deporte, Collins? —le pregunté—. A lo mejor deberías haber probado a patinar en vez de pasarte todo el día leyendo.

—¿Y arriesgarme a acabar siendo una ególatra con un mote ridículo? Preferiría tener que estudiar en una universidad pública, gracias.

Joder, ahí estaba, la chica con la que solía divertirme todos los veranos.

—Vaya —soltó Kyle, entre risas—. ¿En serio la nueva acaba de

darte un zasca en toda regla?

—Creo que lo ha intentado —dije, debatiéndome entre enfadarme y sonreír.

—Yo creo que lo ha conseguido —repuso Cassie, con una carcajada.

—Se lo pienso contar a tu madre —la amenacé, antes de obligarla a soltar el libro y dejarlo sobre la mesa.

—Chivato —soltó, con una pequeña sonrisa traviesa, y entonces todo su rostro cambió al darse cuenta de lo que acababa de decir.

Ay, qué rápido se arrepentía uno de sus palabras.

Hubo un verano que nos pasamos todos los días diciendo que «los chivatos siempre reciben su castigo» porque por aquel entonces no éramos más que unos críos que disfrutaban con las mayores tonterías que oían por ahí.

Por eso me pareció tan interesante que aquella hubiese sido la primera palabra que se le hubiese venido a la cabeza, como si fuese algo que dijese todos los días.

Puede que me hubiese abandonado, pero estaba claro que no se había olvidado de mí.

CAPÍTULO ONCE

Dani

¡Baja a comer, hija!

Dejé el bolígrafo a un lado y me estiré, porque llevaba doblada sobre mis deberes desde que había llegado a casa a las tres y media, y ya eran casi las siete. Las clases avanzadas del Southview no eran moco de pavo, y necesitaba mantener mi nota media, así que no me podía permitir algo que no fuese un sobresaliente.

Pero me moría de hambre y toda la casa olía muy bien, así que bajé corriendo las escaleras hacia la cocina.

Al llegar, me encontré al abuelo Mick enrollando un montón de espaguetis con un tenedor, y a mi madre haciendo exactamente lo mismo justo a su lado.

—Oh, menos mal, espaguetis —suspiré, hambrienta. Me moría de hambre porque no había comido nada durante la hora del almuerzo en el instituto.

Habían pasado *años* desde la última vez que había me había sentado a comer algo en la cafetería de un instituto.

Esa era otra de las lecciones importantes que había aprendido sobre ser la nueva del instituto. Era mucho mejor perderse entre las páginas de un libro durante la hora del almuerzo que tener que abrirse paso entre los demás alumnos por la cafetería. Así podías estar tranquila y no correr ninguna clase de peligro, y prefería quedarme con hambre el resto del día a tener que enfrentarme a la vergüenza que suponía el ser la nueva en una cafetería abarrotada.

Claro que hoy casi me había tenido que enfrentar a esa misma vergüenza *en* la biblioteca.

Después de haber descubierto que Alec se había convertido en una especie de versión arrogante y deportista de su antiguo yo, me seguía sorprendiendo que le divirtiese meterse conmigo, aunque fuese en broma.

Suponía que el que compartiésemos cierto vínculo familiar serviría al menos para que en el instituto hiciera como que no existiese, porque estaba claro que había decidido que no me quería en su nueva vida de estrella deportiva, así que el que hubiese aparecido de la nada en la biblioteca, sentándose a mi mesa solo para meterse conmigo un poco, me había tomado por sorpresa.

Odiaba que una pequeña parte de mí quisiese saber por qué lo había hecho. Y por qué ya no quería seguir siendo mi amigo. A lo mejor *Zeus* era demasiado guay como para pasar tiempo con alguien como yo.

Y algo que también me estaba volviendo loca era no saber si se había estado riendo de mí y de nuestras postales con sus amigos todos estos años.

—¿Qué tal hoy en el instituto? —me preguntó el abuelo Mick, devolviéndome al presente.

—Bien —respondí, antes de volverme a mirarlo, porque no me lo había preguntado como si fuese una pregunta sin más.

¿Es que sabía algo?

—¿Te gusta el Southview? —me preguntó, tomando su trozo de pan de ajo y darle un buen bocado.

—Tanto como cualquier otro instituto —repuse, tomando un plato y sirviéndome una buena cucharada de pasta del colador que habían dejado sobre el fregadero. No reconocí ni la olla, ni el colador, ni el olor de la salsa… ¿es que había preparado *él* la cena?

Mamá siempre usaba salsa de bote del supermercado.

—Es la receta de la abuela —comentó ella, como si me hubiese leído el pensamiento, al tiempo que se llevaba el tenedor a la boca —. Le ha quedado genial, y las albóndigas están para morirse.

—¿Lo has preparado tú? —le pregunté al abuelo.

—¿Qué? ¿Es que creías que no sabía cocinar?

No sabía si mi pregunta le había ofendido o si se estaba quedando conmigo.

—Lo que creo es que no sé nada sobre ti —repuse, lo que era cierto, pero en cuanto aquellas palabras se escaparon de entre mis labios me di cuenta de que sonaba como si le estuviese recriminando que nos hubiese abandonado.

Y supongo que en parte se lo merecía, pero no lo había hecho aposta.

—¿Has hecho nuevos amigos? —me preguntó el abuelo, mientras yo me dejaba caer en la silla frente a él y a mi madre, pero me fijé en que tenía la mirada clavada en la pantalla de su teléfono.

¿Por qué me estaba haciendo tantas preguntas sobre el instituto?

—Sí —respondí, aunque la única persona que había sido amable conmigo de verdad había sido Cassie, y solo porque formaba parte de su trabajo.

—¿Hay algo de lo que, eh… te gustaría hablar con nosotros?

¿Lo decía en serio? Quizás mi conversación con Alec… *agh, con Zeus*, de esa mañana me había hecho desconfiar de todo, pero ¿a qué venían todas esas preguntas?

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Creo que solo quiere saber si te apetece contarnos qué tal te ha ido hoy en el instituto —comentó mi madre, al tiempo que alargaba una mano hacia el centro de la mesa para tomar un trozo de pan y me lanzaba una mirada que venía a decir algo como: «sé amable con él».

Pero, aun así, el abuelo *seguía* observando la pantalla su teléfono, y no a mí.

—¿Eso… eso es lo que querías decir?

Él suspiró y por fin alzó la vista.

—Joder, no tengo ni idea.

—Todo va bien —respondí, encogiéndome de hombros, y me fijé en que tenía abierta en su teléfono una web titulada «Cómo hablar con tu adolescente sobre el instituto», antes de que este vibrase al recibir una notificación y mi abuelo volviese a tomarlo.

Espera un momento. ¿Es que había buscado en internet cómo hablar conmigo?

Le vi observar atentamente la pantalla, y me estaba muriendo por saber si ese era el caso. *¿Es posible que sea eso?* Una sensación cálida se extendió por mi pecho al pensarlo, porque la idea de que estuviese tratando activamente de conocerme mejor era… bueno, *agradable*.

Pero, de repente, una oleada de nervios y ansiedad se me asentó

en la boca del estómago, porque era una estupidez pensar que todavía quedase alguna esperanza de que pudiésemos recuperar la relación que teníamos cuando yo era pequeña, ¿no?

—Oh, mierda —soltó, al leer el mensaje que acababa de recibir.

—¿Qué ocurre?

—Oh, mierda, esto no es bueno —dijo, antes de tenderle el teléfono a mi madre para que viese por sí misma lo que quiera que le hubiesen enviado.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿Ese es *Alec*? —Mi madre le quitó el teléfono de la mano y observó la pantalla con los ojos entrecerrados.

—¿Qué ha hecho ahora Zeus, el dios del hockey? —les pregunté, mientras pinchaba una albóndiga—. ¿Caminar sobre el agua?

Pero cuando alcé la vista de nuevo, me los encontré a los dos mirándome como si creyesen que era una imbécil.

—¿Qué?

—Voy a llamar a Sarah —dijo mi madre, antes de levantarse de un salto y salir corriendo hacia las escaleras.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté al abuelo Mick, preocupada—. ¿Va todo bien?

Él negó lentamente con la cabeza.

—Alguien ha subido esto a redes.

Me tendió su teléfono, y ahí estaba Alec.

Era una fotografía en la que salía sujetando lo que parecía la pipa de agua más grande del mundo, con los ojos entrecerrados; parecía drogado. Y feliz.

Con una hoguera ardiente de fondo.

—¿En qué demonios estaba pensando? —pregunté en un murmullo, aliviada porque no estuviese herido, pero también decepcionada, porque ¿cómo era posible que el Alec al que conocía se hubiese convertido en *esa* clase de chico?

—No estaba pensando —repuso mi abuelo—. Y acaba de mandar su maldito futuro a la mierda por no hacerlo.

—Pero si la marihuana es legal en Minnesota, ¿no? —En realidad no estaba segura, pero tenía la sensación de que quizás mi abuelo estaba exagerando un poco—. A ver, sí, sigue siendo menor, pero

dudo que algo como esto pueda arruinar su futuro. Vamos, no va a ir a la cárcel por consumir drogas, ¿no?

—Estoy hablando de su futuro en el hockey.

—Ah. Eso —solté, y debí de sonar demasiado despreocupada, porque mi abuelo me miró como si me estuviese comportando como una imbécil insensible.

Pero nada más lejos de la realidad.

Aunque no tenía ni idea de quién era ese desconocido en el que se había convertido Alec, tampoco quería que le ocurriese nada malo.

—Puede que acabe de perder su oportunidad de entrar en el equipo de hockey de Estados Unidos por esta tontería —comentó mi abuelo.

—Creo que no te sigo. ¿Estás hablando de las olimpiadas?

—Sí —repuso—. Existe literalmente una comisión de antiguos jugadores que se encargan de decidir la lista de aquellos que tienen posibilidades de ir a las olimpiadas y, si creen que va a fracasar estrepitosamente una vez que suba al siguiente escalón de su carrera o que se va a convertir en un jugador que envenene el ambiente del vestuario, elegirán a cualquier otro.

No puede ser. *Las* olimpiadas. ¿En serio era *tan* bueno? ¿Tanto como para formar parte del *equipo olímpico de hockey*?

Puede que con el paso de los años Alec se hubiese convertido en un completo imbécil, pero aquello no podía ser bueno, ni para él, ni para Big John, ni para Sarah. Y odiaba que tuviesen que pasar por eso. No que *Zeus* tuviese que pasar por eso, sino que el antiguo Alec, aquel que solía ser mi mejor amigo, tuviese que enfrentarse a todo eso.

—¿Hay algo que él pueda hacer para arreglarlo? —pregunté—. Solo es un adolescente. ¿No puede disculparse y ya?

—No lo sé —repuso mi abuelo, mientras pinchaba otra albóndiga —. Si esta fuese la primera vez que se hubiese visto involucrado en algo así, puede que los ojeadores lo dejasen pasar, pero mis colegas me comentaron que el año pasado le pusieron una multa por consumo de alcohol siendo menor de edad y que se metió en unas cuantas peleas, así que quizás, por esta foto, los ojeadores piensen que se estarían arriesgando demasiado si apostasen por él.

Peleas. ¿En plural? ¿Se metió en varias peleas?

—No me puedo creer que Alec se haya convertido en la clase de chico que se mete en peleas y sale de fiesta constantemente —comenté, negando con la cabeza. ¿Cómo era posible que hubiese cambiado tanto desde la última vez que le vi?

—Pero es que él *no* es así —repuso mi madre cuando regresó a la cocina, como si mi comentario la hubiese ofendido profundamente —. Puede que en el pasado se metiese en un par de peleas, pero fue cuando John estaba en el hospital, y su familia no lo tuvo nada fácil por aquel entonces. Y lo de la multa que le pusieron tampoco fue para tanto, no era más que un adolescente haciendo estupideces de adolescentes. Sé que todo junto pinta muy mal, pero sigue siendo el mismo buen chico de siempre.

Sus palabras me sentaron como un puñetazo en el estómago. Tomé el vaso de agua y me pregunté si llevaría razón. Quizás había sido muy dura con él.

—Sarah me ha dicho que los entrenadores de Alec ya van de camino a hablar con él, para elaborar un plan de acción todos juntos.

—¿*Todos* sus entrenadores? ¿Me estás queriendo decir que todo el cuerpo técnico del equipo de hockey del instituto está en estos momentos de camino a su casa para gritarle por una estúpida foto?

—No me extraña —repuso el abuelo Mick—. Porque no es solo *su* futuro el que está en juego.

¿Qué significa eso?

—Pero si solo estamos hablando de hockey —comenté—. No de todo su futuro.

—En su caso, lo uno depende de lo otro. Su futuro depende del hockey y de lo bueno que sea sobre el hielo. Esto podría cambiarlo todo —me reprochó mi madre, observándome con los ojos entrecerrados—. Ahora, cómete los espaguetis.

CAPÍTULO DOCE

Alec

Te encuentras bien? —me preguntó mamá, al tiempo que abría la puerta y dejaba que la luz del pasillo iluminase mi oscuro dormitorio, donde estaba tumbado en la cama.

¿Estaba bien?

Joder, no tengo ni idea.

Se quedó de pie en el umbral, de brazos cruzados, observándome con la misma expresión preocupada y sobreprotectora con la que me había mirado a lo largo de toda mi vida.

Sobre todo desde el accidente de mi padre.

Por fin se habían marchado todos, gracias a Dios, así que por eso había subido a comprobar qué tal me encontraba después de que mis entrenadores se hubiesen pasado dos horas seguidas gritándome.

Dios, había sido tan idiota.

Ni siquiera había pegado los labios a la boquilla de la estúpida pipa de agua esa noche. Por muchas ganas que tuviera de emborracharme en la fiesta de la hoguera, había sido responsable y me había mantenido alejado de los vicios de Reid. Me había reído a carcajadas cuando me habían puesto aquel ridículo objeto en las manos, momento en el que Tawnee me había sacado una foto, y yo ni siquiera me había parado a pensar en que esa estúpida foto podría acabar trayéndome problemas. Al final, debería haber sabido lo que pensaría la gente en caso de que se hiciese pública, porque cuando les dije mis entrenadores que solo la estaba sujetando y que en realidad no había fumado nada, nadie me creyó.

Ni siquiera mi padre me creyó.

A ver, mi mayor error había sido dejar que Tawnee me sacase esa estúpida foto. Yo ni siquiera tenía cuenta en redes sociales (al menos, no que fuesen públicas o que cualquiera pudiese encontrar

fácilmente), todo para evitar esta clase de situaciones. Sabía que no debía publicar nada sobre mi vida personal donde cualquiera pudiese verlo.

Pero *ella* no lo sabía. El inofensivo «recopilatorio» de Tawnee había conseguido que la mitad de los jugadores de los equipos de hockey de las Ciudades Gemelas (muchos de los cuales eran rivales míos) hubiesen encontrado esa foto en la que salía sosteniendo una maldita pipa de agua llena de maría.

Y ahora los de arriba, esos que tenían mi futuro en sus manos, también la habían visto.

Vaya, me pregunto cómo habrá ocurrido eso… Maldito imbécil con su estúpido Maserati…

Estaba jodido.

Paré la canción que estaba reproduciendo («undressed» de sombr, porque no encajaba en absoluto con la conversación que estaba a punto de mantener con mi madre), y me quité los AirPods.

—Sí —respondí, clavando la mirada en el techo—. Supongo que me lo merecía.

—Sí, te lo merecías —repuso ella, con una sonrisa—, pero solo eres un crío. Y cometer errores forma parte del proceso de crecer.

El que estuviese siendo tan comprensiva conmigo hizo que se me formase un nudo en la garganta, porque ella más que nadie necesitaba que yo me *centrase*. De todas las personas que formaban parte de mi vida, papá y ella eran quienes deberían haberme gritado más alto, porque quizás acababa de arruinarles la vida.

Pero ahí estaba ella, preguntándome si me encontraba bien.

—¿Crees que van a poder arreglarlo? —le pregunté, odiando lo débil que sonaba mi voz. Lo inseguro que parecía.

—Sí, lo creo —dijo—. Sé que al final todo saldrá bien.

Después de que mis entrenadores se hubiesen pasado una hora larga gritándome por haber sido un idiota, se pusieron manos a la obra a elaborar un plan de acción. Iba a tener que comportarme como un maldito ángel y ser perfecto (notas y comportamiento impecables incluidos), y ellos iban a intentar a ver si lograban convencer a los del periódico local de que escribiesen una historia sobre mi familia y sobre mí, y todo por lo que habíamos tenido que

pasar. Pensaban que quizás así podrían mostrarle a todo el mundo quién era el verdadero Alec, así como todo lo que habíamos tenido que superar para que yo llegase hasta donde estaba, y así aquellos que tenían mi futuro en sus manos quizás se mostrasen un poco menos duros conmigo y con las estupideces que había hecho.

—Tú solo haz todo lo que te pidan, cariño. Saldrás de esta, ya lo verás.

Que confiase tan ciegamente en mí solo hacía que aquello fuese incluso peor, porque tan solo hacía que la presión que me había estado ahogando durante el último año aumentase. Una pequeña parte de mí esperaba que este error lo arruinase todo. Porque así me libraría de las expectativas de tener que ganar todos los partidos, de que me seleccionasen para el equipo nacional o de conseguir ese contrato con un equipo de la NHL que podría cambiarle la vida a mi familia.

Así podría ir a la universidad pública el año que viene mientras trabajaba en la ferretería de mi tío, y nadie se fijaría en mí. Así por fin podría respirar de nuevo.

Pero mi futuro en el hockey se había convertido en lo más importante para garantizar la seguridad a largo plazo de mi familia. Era lo único que podría quitarles parte del peso de encima. No creía que mis padres se hubiesen dado cuenta de que hacía mucho tiempo que había dejado de hablar de las distintas opciones de futuro que tenía.

Aunque tampoco era culpa suya, porque nuestras vidas se habían vuelto mucho más difíciles desde el accidente.

Mi padre seguía sin poder trabajar, al menos, no a tiempo completo, porque la espalda siempre le acababa doliendo horrores si pasaba demasiado tiempo sentado (o demasiado tiempo de pie). Y las facturas médicas que nos quedaban por pagar de todas las cirugías e ingresos a los que le habían sometido no iban a desaparecer por arte de magia, sobre todo cuando mi madre tan solo contaba con un sueldo de profesora para pagarlas y no éramos millonarios.

Yo había estado haciendo todo lo posible por costearme solito todos los gastos relacionados con el hockey, y tampoco era que los

Barczewski estuviésemos sin blanca, pero sí que era cierto que ese futuro contrato con un equipo de la NHL y el dinero que traería consigo podrían cambiarlo todo.

Dios, necesitaba conseguir ese maldito contrato.

Pero ¿y si no podía?

¿Y si mis padres nunca lograban salir de este pozo sin fondo?

—Te prometo que no volveré a cagarla —dije, con la voz rota.

—Sé que no lo harás, cariño —repuso—. Por cierto, no me has dicho qué tal con Dani. Supongo que a estas alturas ya os habréis vuelto a ver.

Justo de lo que quería hablar en este momento.

—Sí, la he visto —comenté, siguiéndole el rollo, en su intento por cambiar de tema y hablar de Dani—. Todo bien.

—¿Solo bien? —Sonaba sorprendida.

—¿Qué esperabas? —le pregunté—. Llevaba sin verla desde que éramos críos.

—No sé, de pequeños erais inseparables, así que supuse que cuando os volvieseis a ver retomaríais esa amistad, como cada verano.

—Ya, bueno, ha pasado mucho tiempo desde la última vez, y tan solo nos vimos durante un momento en el pasillo.

—Ah.

—No lo digas tan decepcionada —dije, sonriendo a pesar de todo, porque mi madre a veces se hacía unas ilusiones ridículas, y en realidad me parecía adorable. Siempre se comportaba como si estuviese segura de que todo iba a salir bien.

Incluso en los peores momentos.

—Bueno, pues ahora que os habéis vuelto a ver, seguro que volveréis a ser los Dani y Alec de siempre.

—Puede —repuse, porque no quería seguir hablando de ese tema.

Por algún motivo, el hablar de Dani, *joder*, el solo pensar en ella, me dolía.

—Bueno, pues, si puedes, asegúrate de ser amable con ella. De que se junte con buena gente y de que haga nuevos amigos.

—Creo que ya es mayorcita para ocuparse de todo eso ella sola —comenté.

—Lo sé, pero Hannah dice que ha cambiado mucho. Por lo visto, ya no es la misma chica extrovertida de siempre.

Agh. Ahí estaba de nuevo ese dolor en el pecho.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé, Hannah tampoco quiso contarme mucho más, pero me da la sensación de que todas esas mudanzas acabaron pasándole factura. De que a veces se encierra en sí misma, y de que tiene algo de ansiedad social.

—No me puedo imaginar a Dani siendo introvertida —repuse, y aquella imagen hizo que se me encogiese el corazón, sobre todo al acordarme de cómo se había sonrojado y había clavado la mirada avergonzada en las páginas de su libro esa misma mañana, en la biblioteca, durante la hora del almuerzo.

No, no es problema mío, me apresuré a recordarme.

—Ya, yo tampoco, pero yo nunca tuve que cambiarme de colegio e instituto cada pocos años como ella. Supongo que eso al final te acaba afectando, ¿sabes?

—Seguro que está bien —dije, incapaz de sentir compasión por Dani en este momento, cuando ya tenía bastantes cosas de las que preocuparme.

—Sí, seguro que sí —repuso mi madre—. Voy a ver qué tal están los mellizos, pero deberías descansar un poco, cariño.

—Lo haré —respondí, aunque sabía que esa noche no iba a poder pegar ojo.

Entre lo mucho que me dolía el hombro y lo estresado que estaba, sin poder dejarle de dar vueltas a todo, sabía que me esperaba una noche muy larga por delante.

CAPÍTULO TRECE

Dani

Hoy te llevará el abuelo a clase—soltó mi madre en cuanto entré en la cocina aquella mañana—. Porque yo tengo esa entrevista de la que te hablé el otro día, ¿te acuerdas?

—Ah, sí —respondí, aunque no había caído hasta ese momento en que eso significaba que me tendría que llevar *él*—. Estás muy guapa —comenté—. Ese vestido grita «voy a ser una empleada ejemplar» a la legua.

—Claro que sí —repuso, antes de acercarse a darme un abrazo—. Aunque creo que más bien grita «ya no tengo ni idea de lo que está de moda y qué no», pero gracias igualmente.

—De nada. Los vas a tener a todos comiendo de la palma de tu mano en un santiamén, ya lo veras.

En ese momento me vibró el teléfono con un mensaje entrante.

Ben Worthington: Esta noche estaré donde mi padre, por si necesitas algo.

¿Qué? Ni siquiera se me ocurría para qué podría necesitar yo al señor Maserati pero, además, ¿por qué *narices* me había escrito? Supuse que era bonito que se preocupase por mí, pero no éramos dos amigos de toda la vida que se acabasen de reencontrar o algo así, de hecho, éramos prácticamente desconocidos, así que aquello no tenía ningún sentido.

—Tu madre es la mayor lianta que conozco —comentó el abuelo, mirándola con una sonrisa de oreja a oreja.

Dios, debería sonreír más. Casi parece hasta… amable.

—¿Estás lista para irnos, pequeña?

Su sonrisa desapareció de un plumazo en cuanto se volvió hacia mí.

Pues claro.

—Sí —respondí, antes de ponerme el abrigo.

El día anterior había sido bastante tranquilo (gracias a Dios), y no me había tenido que encontrar con Alec, lo que había sido todo un alivio. Claro que era imposible que fuese a poder evitarlo para siempre, porque *todo el mundo* estaba hablando de él y de la foto con la pipa de agua (me preguntaba cómo estaría llevando ese tema), pero por suerte, no había tenido que *verlo.*

Por desgracia, hoy no iba a tener tanta suerte, porque hoy me tocaba un día del tipo B, es decir: tenía clase de oratoria.

Así que no solo iba a tener que volver a verlo, sino que además cabía la posibilidad de que la profesora me hiciese dar un discurso delante de toda la clase.

Por Dios, no.

Mi abuelo se puso un episodio de un podcast de hockey en cuanto nos montamos en su camioneta, lo que me vino genial, porque todavía no tenía muy claro cómo o de qué hablar con él. Últimamente hablábamos mucho cuando estábamos juntos, pero no hablábamos *el uno con el otro*. Recorrimos el camino hasta el instituto en completo silencio, lo que me vino de perlas para repasar mentalmente el discurso de oratoria, una y otra vez.

La señora Sykes me había dicho que tendría que dar un discurso presentándome, al igual que habían hecho todos a principio de curso, así que me puse a practicar lo que había redactado el otro día, intentando parecer interesante aunque también aburrida, alguien que no fuese digno de destacar, pero tampoco alguien de quien todos fuesen a querer burlarse, solo una chica del montón.

Pero, cuanto más nos acercábamos al instituto, cuanto más practicaba mi discurso, más nerviosa me puse.

Para cuando el abuelo giró hacia el aparcamiento, tuve la sensación de que iba a desmayarme.

—¿Te encuentras bien?

Me volví hacia mi abuelo, de quien me había olvidado por completo, y me lo encontré observándome fijamente, como si supiese perfectamente qué era lo que me estaba ocurriendo.

Yo me limité a asentir, incapaz de decir nada; así de cerca estaba de sufrir un ataque de pánico.

No. No. No. Delante suya no.

—Respira hondo por la nariz —me ordenó, con su mirada de halcón clavada en la mía—. A mí siempre me funciona.

Espera. ¿Es que está me queriendo decir que…?

Carraspeé con fuerza, y todas mis dudas debieron de verse reflejadas en mi mirada.

—Supongo que eso lo has heredado de mí —respondió con simpleza—. Lo siento mucho.

No dijo nada más. Se limitó a mirarme fijamente a los ojos.

Y supe que no iba a añadir nada, lo que me parecía bien, porque con eso me bastaba. Por primera vez desde que había llegado a Minnesota, en medio del principio de un ataque de pánico, le dediqué una sonrisa a mi abuelo.

—Deberías sentirlo —dije—. Porque esto es una mierda.

—Qué me vas a contar que no sepa —repuso, y me guiñó un ojo —. Ahora baja de la camioneta y vete a clase. Tú solo respira y verás que todo irá bien.

—Vale —dije, antes de desabrocharme el cinturón con las manos temblorosas—. Gracias.

Su consejo me sirvió, aunque por poco tiempo.

Porque en cuanto llegué a la clase de oratoria y vi a Alec y a sus amigos, estirados en sus pupitres como si nada les importase, noté cómo se me entumecían los dedos de las manos. Respiré hondo por la nariz y tomé asiento, rezando porque la profesora no me sacase al estrado para dar mi discurso.

Pero estaba claro que el universo tenía algo en mi contra, porque la señora Sykes tomó asiento en su mesa y, en cuanto sonó el timbre, me llamó al estrado.

—Muy bien, hoy nos espera una clase llena de discursos, así que no hay tiempo que perder. Como todavía tenemos una alumna que no ha dado su discurso de presentación, vamos a quitarnos eso de encima antes de seguir con los demás. Señorita Collins, ¿por qué no empiezas tú hoy?

Tragué con fuerza y me puse de pie, tomé las notas que había redactado el otro día y recé para no desmayarme o vomitar delante de toda la clase.

Me acerqué al estrado y sentí como si algo me oprimiese el pecho al fijarme en los rostros de cada uno de mis compañeros. Sus caras no me resultaban familiares y tampoco parecían especialmente amables.

Y entonces encontré la mirada de Alec, que se limitó a tragar con fuerza y a mirarme fijamente, pero no sonrió.

Respiré hondo, pero el corazón me latía acelerado. Podía sentir cada uno de sus latidos.

Iba demasiado rápido.

Demasiado rápido.

—Me llamo Dani Collins —dije, con voz débil y temblorosa—. Yo…

—Más alto, por favor —me interrumpió la profesora, sonriendo pero con la cabeza bien alta, como si estuviese tratando de mostrarme cómo proyectar la voz.

Pero se me entrecortó la respiración.

Sabía qué era lo que me estaba pasando, me había ocurrido demasiadas veces como para no saberlo, pero aun así me asusté.

Solo es un ataque de pánico, me recordé, aunque, al mismo tiempo, me pregunté si debería acercarme a la enfermería o llamar a emergencias porque sentía que no podía respirar.

¡Ayuda!

Intenté tomar aire, pero no pude. Empecé a marearme y tuve que aferrarme al borde del podio para no caerme de bruces, y después volví a intentarlo.

—Me llamo…

—¡Señora Sykes! —gritó Alec y, cuando me volví a mirarlo, me lo encontré agitando la mano en el aire, como si necesitase urgentemente que la profesora le prestase atención.

—*¿Qué?* —Esta lo observó como si creyese que se había vuelto loco—. Señor Barczewski, ¿es que no puede esperar? —le espetó.

—Lo siento mucho —dijo, en mi dirección, pero también a ella—, pero es que acabo de recibir un mensaje de que tengo que salir antes porque tengo que ir al médico, y de verdad que necesito quitarme mi discurso de encima ya. Como Dani es nueva y está claro que esto no le emociona demasiado que digamos, ¿puedo dar yo mi discurso y que ella dé el suyo después?

Unos cuantos se echaron a reír, y yo me quedé mirándolo fijamente sin saber qué pensar, mientras sus ojos marrones me observaban con seriedad, directos, como si estuviese tratando de comunicarme algo solo con la mirada.

—No voy a pedirle que deje su discurso a medias solo porque tú te hayas empecinado en dar el tuyo hoy, Alec —repuso la señora Sykes —. Aprecio tu…

—No… no me importa —la interrumpí, un tanto sorprendida por haber recuperado la voz—. Puede dar el suyo antes, si quiere. — Recorrí el rostro extrañamente familiar y a la vez desconocido de Alec, sin estar segura de si sabía que en ese momento me estaba salvando el culo o no.

La profesora suspiró con pesar.

—Bueno, si de verdad no te importa —repuso, agobiada y divertida por su petición—. Entonces, Alec, sube y da tu discurso de una santa vez.

Algunos de los alumnos se echaron a reír mientras yo tomaba mis apuntes con las manos temblorosas y regresaba a mi pupitre, pasando junto a Alec, que subió al estrado con las manos vacías (sin una *mísera* tarjeta siquiera) y una sonrisa confiada, como si aquello no fuese gran cosa.

—Gracias, señora Sykes, por dejarme hacer esto —comentó, a lo que ella le respondió con una pequeña sonrisa y ladeando la cabeza —. ¿Alguna vez os habéis preguntado cómo es trabajar en una ferretería? —preguntó, haciendo que reír a algunos de nuestros compañeros—. Podríais pensar que es un trabajo fascinante, lo sé, pero os sorprendería saber que muchas de las cosas que ocurren entre las paredes de Ace Hardware, nuestra ferretería local, no son tan emocionantes como podrían parecer.

Aunque sabía que después de que acabase su discurso me tocaría subirme al estrado a dar el mío, noté cómo el corazón comenzaba a latirme cada vez más despacio, cómo los pulmones se me llenaban de aire con cada respiración, mientras él daba su discurso como si fuese todo un experto.

Claro que tenía la impresión de que en realidad no se había preparado ningún discurso, porque aquello parecía más un

monólogo cómico que otra cosa.

Lo escuché atentamente, un tanto paralizada, porque el oírle hablar de ese modo, tan relajado y con ese humor tan autocrítico, me recordó muchísimo al Alec que conocí una vez, al que solía ser mi mejor amigo.

Y esa pequeña media sonrisa que tenía dibujada en la cara era la misma que recordaba.

No pude evitar echar de menos a mi antiguo mejor amigo mientras le oía hablar, como si estuviese echando de menos al chico del que ese otro Alec estaba hablando. Sabía que ahora estaba demasiado ocupado siendo un idiota integral a tiempo completo o, como mínimo, que no le interesaba lo más mínimo que volviésemos a ser amigos, y me parecía bien que fuese así, me daba igual, pero siempre había sido alguien que no había tenido nunca muchos amigos, y echaba de menos lo cómoda que me sentía siempre que estábamos juntos.

En cuanto terminó de dar su discurso, se marchó, después de discutir un rato con la profesora porque, al parecer, no tenía ningún permiso firmado que demostrase que le habían dado permiso para marcharse temprano de clase.

Pero a Alec se le daba muy bien insistir, por lo que la señora Sykes al final acabó dejándolo marchar (y con una sonrisa y todo).

En cuanto se fue, la profesora me pidió que volviese a subir al estrado para terminar de dar mi discurso.

Todavía tenía el estómago revuelto y me temblaban las manos, pero en esa ocasión conseguí dar el discurso entero sin tener un ataque de pánico. No sé si fue porque no tuve que mirar a Alec desde el estrado, o si su discurso había servido como distracción para convencer a mi cuerpo de que todo iba a salir bien.

Fuera por lo que fuese, conseguí dar el discurso sin desmayarme o vomitar.

Lo que ya de por sí me pareció una victoria.

Y todo fue bien hasta que llegó la hora del almuerzo, cuando aparté la mirada de las páginas de *El hombre invisible* y lo vi adentrarse en la biblioteca.

Mierda.

Pero Alec no venía solo, lo seguían tres jugadores del equipo de hockey. Y Cassie.

Volví a bajar la mirada rápidamente hacia el libro que estaba leyendo para la clase de literatura avanzada, fingiendo que no los había visto y esperando que hubiesen venido a la biblioteca por cualquier otro motivo que no fuese por mí, o que fuesen a hacerme una pregunta rápida y a marcharse.

—¿Podemos sentarnos? —me preguntó Alec, señalando las sillas libres que había a mi alrededor.

—Claro —repuse, recorriendo a sus amigos con la mirada. Todos me observaron atentamente mientras sacaban las sillas de debajo de la mesa y se sentaban—. Puedo moverme a otra mesa más pequeña si necesitáis esta grande.

—No —respondió Cassie—. Hemos venido porque Alec ha dicho que había demasiado ruido en la cafetería y quería acercarse a la biblioteca y nosotros le hemos acompañado bueno porque… ¿por qué exactamente?

Les dedicó una sonrisa radiante a los otros tres chicos y en ese momento me di cuenta de que era imposible que Cassie no te cayese bien.

—Bueno, *yo* he venido porque quería preguntarle a Dani sobre su abuelo —dijo el gigantesco muro humano con un corte de pelo ridículo.

Si no recordaba mal, se llamaba Vinny.

—Sí, vale, yo también he venido por eso —repuso el pelirrojo (¿Richie?), sonriendo de tal forma que me hizo pensar que quizás podríamos llevarnos bien.

—Yo solo he venido por Cassie —soltó Kyle, encogiéndose de hombros. Era el mismo chico que había acompañado a Alec el otro día, y él *también* llevaba el pelo cortado en un mullet, aunque el suyo era *normal* comparado con el de Vinny. Tan solo una versión morena de ese horrible peinado que era demasiado serio por delante pero desenfadado por detrás.

—Qué tonta soy —comentó Cassie, sonriéndole—. Yo he venido porque sí que había mucho ruido en la cafetería, y se me ha ocurrido que podía ser divertido pasar la hora del almuerzo en la biblioteca,

ya que aquí seguro que habría más silencio.

—Así que el único que no tenía segundas intenciones era yo —repuso Alec—. Solo he venido a buscar un libro.

Sin añadir nada más, se encaminó hacia la sección de historia (¿en serio había venido a por un libro?) mientras que sus amigos me sonrieron con timidez, como si fuesen una panda de niños pequeños.

—Dinos, Dani, ¿cómo fue eso de crecer con Mick Boche? —me preguntó Richie.

—¿Siempre es así de intimidante o cuando lo conoces de verdad es un abuelo súper guay? —añadió Vinny.

—Eh… siempre ha sido bastante intimidante, la verdad —repuse, sorprendida porque de verdad quisiesen hablar de mi abuelo—. Y en realidad no crecí con él. Mis padres y yo nos mudábamos constantemente, así que cuando era pequeña tan solo podía verlo una vez al año.

No estaba segura de si debía aprovecharme de ese interés o restarle importancia. El tener un abuelo relativamente famoso nunca me había servido para nada, hasta ahora, así que no tenía ninguna regla escrita al respecto en mi manual de instrucciones de qué debía hacer en estos casos.

—Entonces, ¿lo que estás queriendo decir es que lo conoces tan bien como la mayoría?

Kyle estaba mirando Cassie cuando me hizo esa pregunta, como si fuese incapaz de apartar la mirada de ella, pero Cassie, en cambio, me estaba escuchando atentamente y no se había dado cuenta de que su admirador la estaba observando como un tonto enamorado.

—Bueno, no del todo, cuando era pequeña nos llevábamos muy bien —comenté—. Solía llevarme a pescar e incluso me dejaba conducir su barco. Estábamos muy unidos, hasta que entré en el instituto.

—¿Siempre está hablando de hockey? —me preguntó Vinny—. *Dime* que siempre se sienta en la cena de Acción de Gracias y se pone a hablar del golpe que le dio a Guy Gustafson en la cara.

—¿Te lo imaginas, joder? —añadió Richie, con una risa—. «Le rompí la nariz al muy imbécil… oye, pásame el relleno».

Me volví hacia Cassie y me la encontré sonriéndome, antes de poner los ojos en blanco como si pensase que sus amigos estaban siendo ridículos.

—En realidad, nunca hablaba de eso, ni de romperle la nariz a ese tal Guy, ni de nada por el estilo. No fue hasta hace poco que me di cuenta de que en realidad fue algo más que un hombre al que le gustaba jugar al hockey cuando era joven.

—¿Estás de coña? —me preguntó Vinny—. No puede ser. No puedes estar diciéndolo en serio.

—Totalmente en serio —repuse, dándome cuenta por primera vez de lo extraño que era eso.

—Vaya —soltó Kyle, negando con la cabeza.

—Bueno, Dani —me dijo Cassie, haciéndolo a un lado de forma juguetona—. ¿Ya se te ha ocurrido algo para lo de las extracurriculares?

—No. Sinceramente, no tengo ni idea de qué voy a hacer con eso, a estas alturas del curso ya no hay plazas disponibles en ninguna parte —repuse.

Me había pasado *mucho tiempo* intentando encontrar algo que me encajase, investigando todos los clubes disponibles del instituto Southview, con la esperanza de encontrar alguna actividad a la que pudiese apuntarme, pero no había encontrado nada.

Cassie les puso a todos al día de mi situación para que comprendiesen de qué estábamos hablando.

—¿Es que no puede apuntarse como otra encargada? —preguntó Richie.

—Por Dios —soltó Cassie, abriendo los ojos como platos—. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

—¿Ocurrírsete el qué? —le pregunté, lentamente. No tenía ni idea de qué estaban hablando, pero me moría por saberlo.

—A ver, llevas haciéndolo todo tú sola desde que Lillie lo dejó —añadió Vinny—. ¿No puede ocupar Dani su puesto y ya?

—*¿Qué?* —oí que preguntaba alguien a mi espalda. Alec acababa de volver con un par de libros en brazos y el ceño fruncido. Se sentó a la mesa y observó a sus amigos como si acabase de oír a hurtadillas la conversación más obscena del mundo.

—Dani todavía no ha encontrado ninguna actividad extracurricular a la que poder apuntarse y a los chicos se les ha ocurrido que quizás podría ser la segunda encargada —comentó Cassie, emocionada—. Y yo creo que es una idea genial.

—¿La segunda encargada? —pregunté, un poco asustada por la reacción de Alec—. ¿De qué?

—Del equipo de hockey —respondió Cassie—. Soy la encargada del equipo.

¿Qué? No podía ser la encargada de un equipo de hockey, ¿es que se había vuelto loca?

No, no, gracias.

Nop.

—Bueno, estoy seguro de que ya es demasiado tarde para que se apunte —comentó Alec, como si aquello fuese imposible—. No creo que al entrenador le interese meter a alguien nuevo en el equipo a estas alturas de la temporada, y mucho menos a alguien a quien ni siquiera conoce.

—Tampoco perdemos nada por intentarlo, ¿no? —repuso Cassie, encogiéndose de hombros y volviéndose a mirarlo como si fuese él quien tuviese que tomar aquella decisión o algo así—. Deberías preguntárselo tú.

¡NO! Quería gritar.

Tú no deberías preguntarle nada.

Porque no solo no tenía ni idea de hockey, sino que además no me interesaba en absoluto meterme de lleno en un mundo en el que Alec era el rey. Y mucho menos cuando me estaba mirando como si eso fuese lo último que quisiese.

CAPÍTULO CATORCE

Alec

No sé —dije, intentando sonar lo más despreocupado posible, como si aquella me pareciese una idea estupenda, aunque nada más lejos de la realidad—. Puede.

Sí, ni de broma pienso preguntárselo al entrenador.

No me gustaba que Dani estuviese teniendo problemas para hacer realidad su sueño de ir a Harvard, pero eso no era asunto mío. Lo último que necesitaba era tenerla también metida de lleno en mi mundo, que acabase con mi concentración cuando ya me había encargado yo solito de ponerlo todo en peligro al sacarme esa estúpida foto con la maldita pipa de agua y necesitaba centrarme más en el hockey que nunca.

Joder, si el solo verla por tres segundos *casi* había acabado con mi concentración en el partido contra Simley. Lo que menos necesitaba era tener que verla en todos los entrenamientos y partidos.

Sus problemas no eran asunto mío.

En realidad, estaba cabreado conmigo mismo por haberme preocupado por ella en la clase de Sykes. No había *previsto* dar mi discurso antes de que me tocase, y lo más probable era que me fuesen a poner un suficiente porque ni siquiera había salido al estrado con una mísera tarjeta en la mano, pero después de lo que me había comentado mamá la otra noche, no había podido evitar hacerlo.

Porque de verdad que parecía estar a tan solo cinco segundos de desmayarse, vomitar o tener un ataque al corazón cuando la había visto subirse al estrado y colocarse detrás del podio para dar su discurso delante de toda la clase. Antes de que me diese cuenta de lo que estaba haciendo, había levantado la mano y estaba diciéndole a la profesora que me dejase salir al estrado a mí primero.

Probablemente solo fuese porque la Dani a la que conocía, esa

chica cabezota y dispuesta a enfrentarse a cualquier cosa, *no era* la Dani que iba conmigo a clase de oratoria. Y tampoco era la misma chica que se escondía en la biblioteca durante la hora del almuerzo como si le diese miedo pisar la cafetería.

Aparte del momento fugaz del otro día en que me había respondido cortante y metiéndose conmigo, la Dani a la que conocía había desaparecido.

Y la chica que había ocupado su cuerpo parecía necesitarme.

Corrección: Parecía necesitar *a alguien* que la ayudase.

O algo que la salvase.

Lo que explicaba por qué estaba yo en ese momento en la biblioteca (otra *maldita vez*) durante la hora del almuerzo. En cuanto habíamos doblado la esquina y la había visto a través de la ventana, sentada en una mesa a solas, con la mirada perdida entre las páginas de su libro, fue como si todo mi mundo se hubiese visto reducido a ella, y lo único que había podido oír había sido la voz de mi madre, hablándome de ella anoche.

«Ansiedad social».

No pude evitar preguntarme qué le habría pasado para que la Dani a la que conocía hubiese desaparecido, dejando tras de sí esa versión tímida y callada suya. ¿Es que la habían acosado? No *quería* hablar con ella, pero tampoco había podido hacer a un lado el impulso de asegurarme de que no pasase sola la hora del almuerzo todos los días.

Dios, era un maldito pringado, como siempre lo había sido.

Solo que… no.

No, joder.

Ya no era el mismo Alec pringado que estaba colado por ella, lo que pasaba era que tampoco era un capullo integral.

Era perfectamente posible que alguien me importase una mierda y que, aun así, quisiese portarme como un ser humano decente con él.

Pero me pasé allí, sentado en aquella mesa, el resto de la hora del almuerzo, arrepintiéndome de mi decisión de haber sido amable con ella, porque mientras mis amigos hablaban con Dani, yo me quedé allí, mirándola fijamente, y no pude evitar acordarme de todo.

Ahí estaban esas pecas de siempre, salpicando sus mejillas, que me recordaban a la piscina de la Decimoctava Avenida y a cómo siempre mentía sobre haberse echado crema solar en la cara porque odiaba su olor.

Y ahí estaban sus largas y oscuras pestañas, que me recordaban a cómo siempre se le acababan juntando hasta formar pequeños triángulos húmedos cuando corríamos bajo la lluvia torrencial.

Pero cuando bajé la mirada hacia la letra cursiva que surcaba las páginas de su cuaderno me invadieron los recuerdos de cientos de postales estúpidas, y entonces tuve que apartar la vista.

Porque, Dios, esas malditas postales.

Era un hombre adulto, con su propio coche y un trabajo, por el amor de Dios, pero siempre que me encontraba por accidente con ese montón de postales en el fondo de mi armario, volvía a ser ese crío tonto con cientos de sentimientos confusos.

La culpa la tenía el zoológico de Como.

Después de que Dani comprase una postal en el zoo una mañana de verano (por aquel entonces debíamos de tener unos nueve años, más o menos), yo, por supuesto, había tenido que burlarme de ella, era mi deber como su mejor amigo. «Oye, abuelita, ¿es que vas a mandársela a tu amiguito por correspondencia?».

—Es que me encantan las postales —había respondido ella, encogiéndose de hombros mientras me llevaba hacia la zona de los osos polares—. Puedes enviar una foto cursi y que la otra persona piense que estás siendo muy considerado solo por acordarte de ella, pero el que sea una cartulina pequeña te obliga a escribir un mensaje corto y conciso.

—Pero todo el mundo puede leer lo que le has escrito —había dicho yo, mientras me metía un puñado de palomitas en la boca (aunque no todas entraron dentro), tratando de seguirle el ritmo.

—Cierto —había repuesto ella, antes de señalarme y añadir—. A menos que se te ocurra un código con el que cifrar tu mensaje.

Nunca llegamos a la zona de los osos polares, porque entonces nos detuvimos a sentarnos en una roca para intentar inventarnos un código que pudiésemos utilizar para escribir nuestras postales. Ese día regresamos al cobertizo y nos pasamos horas y horas (y toda la

semana siguiente) creando nuestro propio alfabeto de símbolos, que luego Dani convirtió en dos decodificadores que se encargó incluso de plastificar en la biblioteca.

Nos emocionamos con la idea de poder mandarnos mensajes cifrados que nadie más que nosotros pudiésemos leer.

Para finales de ese mismo mes, firmamos lo que denominamos «el pacto de las postales».

Una vez a la semana, nos mandaríamos una postal, siempre escrita con nuestro código, por supuesto.

Menudos idiotas de mierda, pensé, al acordarme de lo comprometidos que habíamos estado con nuestro plan.

Nos mandábamos una postal a la semana, y cada una tenía que cumplir con una estricta serie de requisitos.

Los requisitos eran: una frase para saludarnos, dos párrafos para describir alguna cosa que nos hubiese pasado a lo largo de la semana y de la que quisiésemos hablarle al otro, y una frase para despedirnos.

Eso era todo lo que teníamos permitido escribir.

Era una tontería, pero nos pasamos años mandándonos esas postales una semana tras otra.

Años.

Estamos hablando de que nos enviamos cientos de esas jodidas cartulinas.

Yo le mandaba postales que compraba en gasolineras, y ella me mandaba algunas postales *vintage* que hubiese encontrado en una tienda de segunda mano. Yo compré postales con memes por internet, y ella me mandó postales que me pudiesen dar alguna pequeña pista sobre cómo era la vida allí donde se había mudado en esa ocasión.

Empezaron siendo tan solo los garabatos mal escritos de un par de niños de primaria y acabaron siendo postales escritas con la caligrafía torcida y artística de un par de adolescentes de quince años, con corazones encima de las íes en su caso.

Menudos idiotas éramos.

Alec:

¡Hola, pringado!

Ayer encontré un gatito en nuestro patio y le di una lata de atún, que devoró al momento y después procedió a vomitar sobre mi zapato, lo que no me dejó más remedio que llamarlo el rey Vomituro :D

Esta mañana mi padre le ha dicho a mi madre que se sentía decepcionado porque ella nunca se hubiese preocupado por él lo suficiente como para aprender a cocinar, lo que no me había dejado más remedio que bautizarlo como el teniente coronel Vomituro.

Ya estoy contando los días que faltan para que llegue el verano.

Dani

Y entonces, un día, las postales dejaron de llegar.

Yo había seguido mandándolas como el crío tonto que era, convencido de que todo debía de ser culpa de correos, porque era un pequeño idiota iluso, pero al parecer ella simplemente se había cansado de escribirme.

Y, un par de semanas después, cuando había vuelto al pueblo de visita por lo del accidente de mi padre y me había roto el corazón en mil pedazos al no molestarse siquiera en venir a verme, me di cuenta de que ya no era la misma.

La chica que se había encargado de plastificar nuestros decodificadores en la biblioteca había desaparecido, y Dani Collins se había convertido tan solo en alguien a quien había conocido una vez.

CAPÍTULO QUINCE

Dani

Vale —dijo Cassie—, pero tienes que escucharme.

Recorrí los pasillos con Cassie y dos de sus amigas, Liz y Lillie, después de clase, gratamente sorprendida de que no solo Cassie me hubiese llamado a gritos cuando me había visto salir de clase para que las acompañase, sino porque además sus amigas parecían simpáticas.

Genuinamente simpáticas.

Y me habían invitado a ir con ellas al Applebee's a tomar algo con ellas después del entrenamiento, porque por lo visto estaba todo a mitad de precio.

No era propio de mí confiar en la gente cuando me ofrecían esa clase de cosas, pero no pude evitar confiar en ellas.

—Sé que no tienes ni idea de hockey, pero te prometo que ser la encargada del equipo es *pan comido*. A veces me ocupo de grabar los entrenamientos, otras solo tengo que mantener las estadísticas de los jugadores actualizadas, otras voy a buscarle un perrito a alguno si es que tienen hambre… cualquiera podría hacerlo.

—En serio, cualquiera —repuso Lillie, asintiendo con la cabeza—. No tienes por qué saber nada sobre hockey.

—Pero seguro que Alec tiene razón —solté, acordándome de lo molesto que había parecido cuando Cassie había sugerido lo del puesto de encargada—. Probablemente ya sea demasiado tarde para unirme al equipo.

—Sí, pero ese es el tema —soltó cuando pasamos frente a la secretaria—. En primer lugar, no estoy segura de que eso sea así, el entrenador Osman es súper enrollado. Pero, en segundo lugar, eres amiga de Alec.

Sentía que debía corregirla, a todas ellas, porque eso desde luego no era verdad, ya no, pero mantuve la boca cerrada.

—Por aquí Zeus *es* sinónimo de hockey —añadió Cassie—. Y es el capitán del equipo. Así que si *él* deja caer que te quiere como encargada, el entrenador te aceptará.

—Entiendo que es muy bueno, pero solo es un alumno más, ¿no? No es posible que tenga tanto poder.

—¿Lo dices en serio? —me preguntó Lillie, mirándome como si no pudiese creer que de verdad estuviese siendo tan ilusa—. Sé que eres nueva por aquí, pero créeme… si Alec Barczewski quiere algo relacionado con el hockey, lo tendrá.

—Pero creo que él no…

—Tienes que pedírselo —me interrumpió Cassie—. Incluso aunque ya no seáis tan amigos como antes, vuestros padres sí que lo siguen siendo, ¿no? Estoy segura de que estará encantado de hacerte ese pequeñísimo favor, porque es un buen tío. Seguro que si se lo pides, se encargará personalmente de conseguir que te admitan.

*Pero ¿*sigue siendo *un buen tío?*

—No sé… —solté, porque no me gustaba ni un pelo la idea de tener que tragarme mi orgullo e ir a buscarlo para pedirle un favor, sobre todo porque, si quería que al menos fuésemos un par de conocidos que se llevasen medianamente bien, a esas alturas al menos ya me habría sonreído una vez.

Pero de momento tan solo había sido objeto de su sarcasmo cortante y su evasión.

—Hazlo por mí, porque estoy harta de tener que ocuparme de todo yo sola y creo que podríamos pasárnoslo muy bien juntas —dijo Cassie—. *Por faaaaaaa*. Venga.

—Y así yo no tendré por qué seguir sintiéndome culpable por haberlo dejado —añadió Lillie—. Hazlo por mí también.

—Y por mí, para que no tenga por qué volver a oír a estas dos hablar de *este tema* nunca más —añadió Liz.

—Mmmm. —Se me formó un nudo tenso en la boca del estómago mientras intentaban convencerme de que lo hiciera, porque tenía la sensación de que aquella era una idea terrible. No solo no tenía ni idea de hockey, sino que lo último que quería era tener que pasar más tiempo con Alec.

En una gélida pista de hielo.

Me estresaba solo de *pensarlo*.

Pero quería ir a Harvard. No. *Necesitaba* ir a Harvard.

—Te propongo una cosa. Vente conmigo al entrenamiento —dijo Cassie—. Mañana tienen partido, por lo que el entrenamiento de hoy será mucho más corto de lo habitual, tan solo para que repasen un poco las jugadas. Vente conmigo, así ves lo que hago normalmente y después decide si te apetece apuntarte o no. Si al final decides que sí que quieres hacerlo, puedes esperar a Zeus después del entrenamiento y suplicarle que les hable bien a los entrenadores de ti.

—Quizás debería esperar…

—Tú piénsalo —me interrumpió, marcando sus palabras con unos gestos de la mano—. Si el comité de admisiones de Harvard te dijese que tienes que chupar el suelo para que te dejasen entrar, ¿lo harías?

—Qué asco —soltó Liz, con una mueca repugnada.

—Sí, sí, qué asco, pero lo harías, ¿a que sí? —insistió Lillie, señalándome con el dedo—. ¿A que sí? Puede que te escondieses detrás de las taquillas y lamieses el suelo allí para que nadie te viese hacerlo, pero desde luego pasarías la lengua por la baldosa sucia si te lo pidiesen, ¿o no? Y no mientas, sabes que estarías dispuesta a hacerlo.

—Qué asco —repuse entre risas—. Pero sí, supongo que lo haría.

—Entonces esto no es nada, solo tienes que pedirle un pequeño favor a un viejo amigo —dijo Cassie—. Es mucho menos asqueroso que tener que lamer el suelo.

Aquella era una comparación estúpida, pero tenía razón.

Pues claro que estaría dispuesta a suplicarle a Alec que me hiciese el favor si así me asegurase de que me admitiesen en Harvard. *¿Qué más da que ahora sea un imbécil integral?* El tener que tragarme mi orgullo y suplicarle que me echase una mano no era *nada* si así conseguía apuntarme a la extracurricular que necesitaba para entrar en Harvard.

Sinceramente, lo más probable era que ni siquiera fuese a tener por qué verlo en los entrenamientos, porque estaría demasiado ocupada haciendo cosas de encargada y él estaría demasiado

ocupado… dándole golpes al disco con el palo y esa clase de cosas.

—Vale —repuse, asintiendo, y de repente un tanto emocionada—. Lo haré.



—¿Ves? Esto no es *tan* difícil —comentó Cassie mientras dábamos una vuelta por las instalaciones de la pista de hockey—. Si sabes cómo llenar una botella de agua, llevarte los patines para que les afilen las cuchillas y darle a reproducir en un reproductor de vídeo, te irá bien.

—Eso lo sé hacer —repuse, relajándome un poco.

—Pues claro que sí —dijo ella, con una sonrisa—. Ven, que te enseño este sitio.

Me mostró dónde estaban los vestuarios de las chicas, el cuarto de la limpieza, la sala donde guardaban el equipo, la cafetería… básicamente, cualquier rincón o escondite del Doug (porque, al parecer, todo el mundo llamaba así a la pista Douglas Gowo). Pasamos frente a un mural enorme que cubría toda una pared, era una especie de representación fotográfica de toda la historia del hockey de Southview.

—Creo que ese es tu abuelo, ¿no? —me preguntó, señalando una fotografía en la que salía un equipo de los setenta. La observé con los ojos entornados y, *joder*, el tipo enorme que había en última fila sí que era el abuelo Mick.

Estaba sonriendo de oreja a oreja, algo que ya pocas veces hacía, pero sus ojos seguían siendo los mismos. Era joven y apuesto, estaba sudado, y tenía un dedo en alto como todos sus compañeros.

En cierto modo, me sorprendió verlo tan increíblemente feliz, como si estuviese a punto de echarse a reír cuando sacaron esa fotografía.

¿Qué le ocurrió para cambiar tanto?, me pregunté.

—Sí —dije, pasando una mano por su rostro, preguntándome si habría estado presente cuando habían desvelado ese mural.

Estaba segura de que sí, y me preguntaba cómo se habría sentido al verlo.

Sabía muy poco sobre su vida, más allá de que era mi abuelo, y de

repente me entraron ganas por saber más.

—Vamos.

Después de eso, Cassie me enseñó rápidamente cómo funcionaba la máquina para afilar las cuchillas de los patines, el Sparx, y me lo explicó como si fuese lo más fácil del mundo (pero a mí me daba miedo).

—¿Y si acabo cargándome los patines de alguien? —le pregunté.

—No lo harás —repuso, restándole importancia con un gesto de la mano—. La mayoría de los chicos suelen ser muy quisquillosos con cómo de afiladas quieren las cuchillas de sus patines, y los que no siempre tiran por lo que use la mayoría. No es para tanto, ya lo verás.

Tenía la sospecha de que *sí* que era para tanto.

—Vale, vamos a acercarnos al hielo y te enseño cómo grabar los entrenamientos.

Sí. Grabar los entrenamientos. Pan comido.

Y, mientras la seguía hacia la pista, me di cuenta de que en realidad aquello sí que podía hacerlo, que aquella era una actividad extracurricular de la que podría ocuparme sin temor a cagarla estrepitosamente. Todo mi cuerpo se relajó al momento, liberando la tensión con la que había estado cargando, porque por fin iba a poder tachar el punto de «encontrar una actividad extracurricular» de mi «lista de tareas para que Harvard me quiera».

Eso si Alec acepta echarme una mano y hablar con el entrenador para que me deje unirme al equipo.

Como si mi cerebro lo hubiese invocado al pensar en él, los chicos empezaron a salir del vestuario en tropel y a deslizarse sobre la pista de hielo. Me quedé… muda al verlos calentar, aunque no sabía muy bien por qué.

Seguro que tenía que ver con la increíble velocidad a la que surcaban el hielo y nada con que mis ojos se hubiesen posado de inmediato sobre el jugador más alto de todos, que parecía ser capaz de volar por la pista con esos patines afilados.

Cassie me enseñó cómo funcionaba la cámara y me dejó ser yo quien grabase el entrenamiento mientras ella se sentaba en las gradas a mi espalda y se ponía manos a la obra con sus tareas, algo

que, al parecer, era lo que solía hacer a menudo durante los entrenamientos.

Pero yo no pude evitar quedarme mirando a Alec de vez en cuando, incluso aunque me recordase una y otra vez que me daba igual lo que hiciese. No tenía ni idea de hockey, pero incluso yo me di cuenta de que él era el líder del equipo, y de que era increíblemente bueno. Cada vez que tiraba o pasaba el disco parecía ir más rápido o disparar con más fuerza que los demás.

Era como si los demás chicos estuviesen jugando un partido de hockey de instituto mientras que él daba toda una exhibición de cómo debían hacerse las cosas sobre el hielo.

¿Y cómo era posible que patinase tan rápido? *¿¿Incluso de espaldas??*

Una pequeña parte de mí se sentía orgullosa de él, de mi pequeño Alec, pero me costaba recordar cómo había sido antes al ver esa nueva versión mucho más grande y fuerte suya deslizándose por el hielo.

Aquellas eran dos características que jamás habría asociado con mi antiguo mejor amigo.

—Así que es bueno *de verdad*, joder —me dije a mí misma, mientras le veía gritarles algo a los chicos que estaban haciendo el mismo ejercicio que él acababa de terminar. No pude oír qué era lo que estaba diciendo pero, o los estaba animando o les estaba gritando algo… *atlético*.

El trabajo era *bastante* fácil. Y el tiempo se me pasó volando.

—Creo que por hoy ya hemos acabado —comentó Cassie después de guardar la cámara—. Tengo que irme a recoger a mi hermano pequeño, pero tú vas a quedarte a hablar con Alec, ¿verdad?

—Sí —respondí, con una sonrisa y un asentimiento de cabeza, aunque la palabra «pánico» no alcanzaba a definir lo que sentía en realidad.

—Asegúrate de sonar *muy* convincente, ¿vale? —me pidió, al tiempo que sacaba las llaves de su coche del bolsillo del abrigo—. No quiero seguir teniendo que ocuparme de todo esto yo sola.

—Vale —accedí.

—Por cierto, normalmente suele ser el último en salir, solo para

que lo sepas —me dijo—. Se queda leyendo algunos de los informes de los ojeadores y… haciendo mierdas de hockey después del entrenamiento, no sé, pero suele ser el último en marcharse. Así que es imposible que se vaya sin que te lo encuentres antes.

—Entendido.

Durante unos minutos, la pista de hielo se llenó de ruido, mientras los jugadores salían del vestuario, pero entonces todo se quedó en silencio, como si de verdad me hubiese quedado allí sola. Y tuve la sensación de que llevaba esperando una eternidad.

¿Dónde se ha metido?

Casi me dio un infarto cuando el teléfono comenzó a sonarme con una llamada entrante, porque resonó con fuerza en medio de las instalaciones desiertas. Me sorprendió ver que era mi padre quien llamaba, porque aquella era la segunda vez que me llamaba por FaceTime desde que habíamos llegado a Minnesota.

Normalmente no solía llamarme por FaceTime, así que mucho menos llamaba dos veces.

Lo suyo siempre habían sido las llamadas de teléfono normales, tensas y llenas de silencios culpables.

—Hola —lo saludé, animada y sonriente cuando apareció su rostro en la pantalla.

—Hola, cariño —me respondió. Llevaba puesta la camiseta beige que era como su segundo uniforme, esa que se ponía cuando no estaba de servicio. Entrecerró los ojos y me preguntó—. ¿Dónde narices estás?

Era una tontería, pero no quería decírselo. No quería contarle que estaba en una pista de hielo. Mi padre siempre había actuado como si Minnesota, y todo lo que tenía que ver con este lugar, fuese un problema. Mis abuelos, Sarah, la infancia de mi madre… para él todo era horrible.

Cuando era pequeña, Southview era el lugar que le hacía poner los ojos en blanco cada vez que alguien lo mencionaba, pero a donde dejaba que mi madre se escapase a regañadientes durante un mes en verano. A él nunca le había interesado acompañarnos, pero había aceptado que nosotras quisiésemos pasar algo de tiempo aquí porque sabía perfectamente por qué mamá deseaba volver todos los

veranos.

Su mujer solo quería volver a casa porque echaba de menos este lugar.

Pero, cuanto más discutían y más en desacuerdo estaban, más actuaba él como si este lugar formase parte del problema. Era como si estuviese celoso de que hubiese cosas que a mi madre le hubiesen importado o a las que les hubiese tenido cariño antes de conocerle.

—Estoy en una pista de hockey —respondí, sonriendo, como si aquel fuese el lugar en el que siempre había deseado estar—. Puede que este año le eche una mano al equipo de hockey para asegurarme tener unas cuantas actividades extracurriculares que añadir a mi expediente académico para cuando solicite otra vez plaza en la universidad.

—Por el amor de Dios, ¿y es que no hay nada mejor que el hockey que puedas hacer? —me preguntó con desaprobación, frunciendo su ceño oscuro—. Un club de matemáticas, por ejemplo, o algo que se te dé mejor que ese estúpido deporte.

—Ya, ahí está el tema, a estas alturas del curso todos los clubes ya están cerrados —repuse.

—Así que tu madre te ha buscado un instituto fantástico en el que no te va a quedar más remedio ir atrasada, estupendo.

No quería hablar de Southview o de mamá con él, así que intenté cambiar de tema.

—¿Qué tal estás?

Quería decirle que le echaba de menos, pero nunca habíamos sido de la clase de padres e hijas que se decían esa clase de cosas.

—Por aquí todo va bien, Daniella, pero ha surgido algo de lo que necesito hablar contigo. ¿Tienes un minuto o te llamo cuando *no* estés en una pista de hielo?

Lo dijo con el mismo tono que usaría si le hubiese dicho que estaba en un circo.

—En realidad estoy esperando para intentar cerrar un par de cosas, así que has escogido el momento perfecto para llamarme. ¿Qué pasa?

—Bueno —dijo—. Antes he tenido una reunión para hablar de mi posible próxima asignación, y parece ser que hay muchas

posibilidades de que acabe destinado en Offutt.

—*¿De verdad?* —La base aérea de Offutt estaba en Omaha, que se encontraba a tan solo cinco horas en coche de aquí.

Si lo destinaban allí sería *increíble.*

Porque no me gustaba eso de *no poder* verlo si lo necesitaba. Sabía que era muy duro la mayor parte del tiempo, pero seguía siendo mi padre y quería tenerlo cerca. Quería que pudiese venir a mi graduación y poder oler la mezcla de loción para después del afeitado y jabón que siempre lo había hecho parecer el hombre más limpio del planeta.

Así que, el que le fuesen a destinar a una base un poco más cerca de allí, al menos, dentro del mismo país, era la mejor noticia que me habían dado en mucho tiempo.

—¿Y cuándo lo sabrás seguro?

—En realidad, no es tanto una cuestión de cuándo lo sabré seguro, sino más bien de cuándo decidiré qué es lo que quiero hacer.

—Espera un momento… ¿te dejan elegir? —le pregunté con una carcajada—. Eso no es muy propio de la Fuerza Aérea.

—Es una situación un tanto compleja, pero el caso es que hay personas importantes que me quieren en ambos sitios, así que digamos que en esta ocasión soy yo quien tiene el as bajo la manga. Dicho eso, quería hablar contigo para que me dijeses qué es lo que opinas *tú*.

—Yo quiero que te traslades a Offutt, por supuesto —repuse, echando un vistazo a mi alrededor para asegurarme de que nadie me había oído decir eso como una niñita emocionada—. ¡Esta es la mejor noticia que podrías darme!

—Me alegro de oír eso —dijo, esbozando una pequeña sonrisa pero manteniendo la compostura propia de un oficial del ejército—. Porque si se tratase solo de la ubicación de la base, lo más probable es que eligiese quedarme aquí. Me *gusta* Ramstein.

Era cierto, le encantaba ese lugar.

A mi madre y a mí, sin embargo, nunca nos había llegado a gustar Ramstein. Alemania era un país increíble, pero sentíamos que estábamos demasiado lejos de todo lo que nos era familiar, atrapadas en una base militar lejos de nuestro hogar.

—Pero la oportunidad de estar *contigo* pesa mucho más que lo mucho que me pueda gustar este sitio —repuso, y una oleada cálida me recorrió por dentro, porque mi padre, siempre tan recto y estricto, acababa de admitir a su manera que me echaba de menos. Y eso lo era todo para mí—. Obviamente tu madre y yo tendremos que precisar los detalles de cómo funcionaría este nuevo acuerdo, porque la base se encuentra demasiado lejos de ese lugar como para que pases solo los fines de semana con ella, pero creo que tendría mucho sentido que te vinieses a vivir conmigo a Offutt hasta que acabases el instituto. Me parece bien si ella quiere corretear de un lado a otro por ese pueblucho, pero tú no deberías tener por qué quedarte atrapada en esa tundra solo porque ella se haya empecinado en que quiere rememorar el pasado, ¿no crees?

Observé su rostro en la pantalla de mi teléfono, confusa.

—Y podrías pasar el verano con ella, antes de que te marches a la universidad, una vez que allí empiece a hacer mejor tiempo.

—Espera un momento. ¿Qué? —No podía haberle oído bien.

¿Es que quería que abandonase a mi madre?

—Bueno, yo prefiero quedarme en Alemania, pero me gusta más estar con mi hija, claro. Así que, si quieres volver a vivir conmigo, entonces aceptaré el puesto en Offutt. Si quieres quedarte en Minnesota con tu madre, probablemente pida que me renueven el contrato aquí, en Ramstein.

—¿Esas son las dos únicas opciones? —le pregunté, y odié que mi voz sonase débil y entrecortada, como si estuviese a punto de echarme a llorar—. ¿Solo volverás a Estados Unidos si accedo a abandonar a mamá y vivir contigo?

—No hay necesidad de ponerse melodramática, Daniella, solo intento mantener una conversación civilizada contigo.

—No me estoy poniendo melodramática —repuse, plenamente consciente de que sonaba como si estuviese a la defensiva—. Solo quiero entender qué es lo que me estás queriendo decir.

—Es muy sencillo. Me marcharé de Ramstein para pasar más tiempo contigo, pero si no es eso lo que quieres, probablemente me quede aquí. ¿Tiene sentido?

Dios, odiaba que mi padre dijese eso. «¿Tiene sentido?». Esa

estúpida pregunta siempre me hacía sentir como una niña pequeña y tonta.

Me estaba observando sin expresión alguna, mirándome estoicamente mientras yo intentaba contener en mi interior todo lo que estaba sintiendo. ¿Por qué nunca podía ponerme las cosas fáciles? Lo único que quería era poder tener una relación sencilla con él, como la de cualquier padre con su hija, y tenía la sensación de que él quería justo lo contrario.

O quería que le demostrase lo mucho que lo quería haciéndole daño a mi madre.

—Sí, lo tiene —logré responder, bajando un poco la voz para sonar más tranquila, cuando en realidad me estaba costando un mundo no echarme a llorar en ese momento.

No podía estar hablando en serio, ¿no?

—Sé que a tu madre no le hará ninguna gracia este plan —dijo—. Pero creo que si sabe que esto es lo que tú quieres, lo acabará aceptando. Estaba tan obcecada con eso de volver a vivir con tu abuelo que no creo que se haya parado a preguntarse qué es lo que quieren los demás.

—Eh… ¿para cuándo tienes que darles una respuesta? —le pregunté, intentando que no se me notase en la cara lo triste que estaba, y odié lo aguda que me salió la voz.

—Preferiría acabar con este tema lo antes posible —respondió, mientras juntaba los dedos bajo la barbilla como si estuviese manteniendo una conversación de negocios y no pidiéndole a su hija que le rompiese el corazón a su madre—. Como acabas de mudarte allí, todavía podríamos reconfigurarlo todo fácilmente.

—No creo que pueda hacerle eso a mamá —admití, en apenas un susurro, parpadeando con fuerza para contener las lágrimas que me anegaban los ojos.

—Pero sí que puedes hacérmelo a mí —repuso en un murmullo, y me sorprendieron sus palabras y lo dolido que parecía. Porque el coronel Collins nunca se sentía *dolido*, jamás; era como un robot.

¿No?

—Eso no es…

—A veces no es fácil tomar una decisión, Daniella.

—Lo sé, pero… —Me aparté el teléfono de la cara para enfocar la cámara hacia el techo y que no me viese secarme las lágrimas.

—Estupendo, ahora encima estás llorando —dijo, decepcionado, antes de suspirar con fuerza, y agradecí no poder verle la cara—. Siento mucho si lo que he dicho te ha molestado, y no pienso obligarte a mudarte a ningún lado. Solo pensé que esto era lo que querías.

Sentía una enorme presión en el pecho que hacía que me doliese el corazón.

—Pero es que *sí* que quiero…

—No, no lo creo —me interrumpió.

No podía creerme que estuviese llorando a moco tendido en una pista de hockey, pero tampoco podía contener más las lágrimas. Él siguió hablando y se pasó el resto de la conversación intentando hacerme sentir culpable y triste a partes iguales, era como si me hubiese atrapado en un ciclo infinito del que no lograse salir.

No dejé de secarme las lágrimas y de intentar recobrar la compostura, pero estaba a punto de ponerme a sollozar cuando le oí colgar la llamada.

Y entonces (*mierda, mierda, mierda*), oí unas voces acercándose.

No podía ver quiénes venían ni dónde estaban, pero tampoco podía ver nada a través de las lágrimas. Lo único que sabía era que no podía permitir que cualquiera de este instituto o del equipo de hockey me viese llorando como un bebé allí, en los pasillos de la pista de hielo.

Me levanté del banco de un salto y salí corriendo hacia el cuarto de la limpieza. Tenía que encerrarme en una sala a oscuras y recomponerme antes de que nadie me viese.

Por favor, que esté abierto.

Para ser alguien que no lloraba a menudo, me resultó alarmante lo rápidas que me corrieron las lágrimas por las mejillas. Era imposible ocultar que estaba llorando, y tampoco podía dejar de hacerlo.

Alargué la mano hacia el pomo (*menos mal, está abierto*) y abrí la puerta, deslizándome a toda prisa en su interior y volver a cerrarla a mi espalda.

Pero supe de inmediato que la había cagado, porque incluso a

través de las lágrimas pude ver que me había adentrado en una sala enorme y muy bien iluminada. Aquello no era ningún cuarto de la limpieza. Y toda la estancia olía a calcetines sucios recién sacados de la secadora. Me sequé las lágrimas y me di cuenta de que estaba en un vestuario, *mierda*.

Menos mal que aquí no hay nadie.

Apoyé la frente sobre la pared fría y traté de respirar hondo, aunque al final me acabó saliendo una especie de sollozo entrecortado. Me llevé las manos a los ojos y, por un momento, me dejé llevar por la desesperación.

—¿Dani?

¡Mierda! Me sequé las lágrimas a toda prisa antes de darme la vuelta, con la esperanza de no tener tan mal aspecto como pensaba.

Pero cuando me volví, se me encogió el corazón. Era Alec.

Oh, Dios.

No solo me avergonzaba de que me hubiese pillado llorando, sino que, además… Dios mío… estaba desnudo.

Bueno, no *completamente* desnudo (llevaba puestos unos calzoncillos negros), pero tenía el pelo húmedo y se le marcaban los músculos por todas partes, y podía oler su jabón o su champú; estaba claro que acababa de salir de la ducha, *mierda, mierda, mierda.*

—Dios —solté, incapaz de parar de llorar y odiándome por ello. Por cómo se me rompió la voz al hablar, supe que seguía sollozando—. Lo siento mucho —murmuré—, *no* pretendía entrar aquí.

—¿Dani? —Se acercó a mí en un par de zancadas y me agarró con suavidad por los brazos—. ¿Qué te pasa? —me preguntó, en tono serio.

Sus ojos oscuros recorrieron mi rostro, y tuve la sensación de que estaba conteniendo el aliento, a la espera de que le contase qué era lo que me había ocurrido.

Y me sentí avergonzada, porque no había pasado *nada*. No me había ocurrido nada horrible, solo era una niñita triste que no sabía cómo complacer a su padre.

—Nada. De verdad. Me ha llamado mi padre y… nada, estoy bien —conté, aunque por el nudo que tenía en la garganta sonaba más

como una rana.

—No lo estás —espetó, y hubo algo en lo preocupado que sonó al decirlo que no ayudó en nada a recobrar la compostura.

Su preocupación solo consiguió romperme aún más el corazón.

—Collins —dijo, casi como si fuese una pregunta, antes de atraerme hacia su pecho mientras las lágrimas no dejaban de correrme por las mejillas, envolviéndome entre sus brazos. Aquel abrazo me hizo sentir como en casa, como si fuese algo con lo que pudiese contar pasara lo que pasase, y no pude hacer otra cosa más que rodearle el cuello con los brazos y refugiarme en su pecho.

Cualquier otro, incluida mi madre, me habría dicho que todo saldría bien, que todo iba bien y que todo iba a ir genial.

Pero Alec me conocía de verdad, y sabía lo que sentía por mi padre.

O, al menos, solía hacerlo.

Por eso se limitó a abrazarme con más fuerza mientras yo intentaba recomponerme.

—Lo… lo siento —conseguí decirle entre hipidos después de unos minutos.

Por fin había dejado de llorar, gracias a Dios, por lo que me aparté de él y me sequé las lágrimas, antes de dedicarle lo que supuse debía ser una sonrisa patética.

—No sé qué es lo que me pasa —dije, sorbiéndome los mocos—, pero gracias por no burlarte de mí.

—A ti no te pasa nada malo —repuso, con voz ronca y el ceño fruncido.

Cuando me miró con esos ojos oscuros y ese rostro tan imposiblemente apuesto me di cuenta de que seguía abrazada a su cuerpo semidesnudo.

—Lo siento… —solté, pero cuando intenté apartarme, hubo algo que tiró de mí de nuevo hacia él.

—Tu collar —dijo, y cuando bajé la mirada me fijé en que su cadena se había enredado con la mía. Literalmente no podía apartarme de él porque nuestros collares nos mantenían unidos.

—Ah —jadeé, incapaz de decir otra cosa, porque era absurdo que mi rostro estuviese literalmente pegado a su cuello, que olía

demasiado bien (*joder*) y que pudiese sentir su aliento deslizándose por mi clavícula.

—Espera un momento —murmuró contra mi cuello y, después de un segundo, noté cómo nuestros collares se desenredaban—. Listo —soltó.

—Gracias, Alec —pronunció alzando la mirada hacia su rostro pero sin apartar las manos de sus hombros. Todavía no. Le estaba dando las gracias por algo más que por desenredar nuestras cadenas y, por la forma en que me estaba mirando, sabía que me había entendido —. No pretendía.

—¡Ah! —oí que gritaba alguien a mi espalda, con voz grave y ronca —. Pero ¿qué… Barczewski…?

Los dos nos volvimos hacia la entrada del vestuario como un resorte, y en ese momento quise que la tierra se abriese y me tragase, porque no solo el entrenador estaba allí de pie, mirándonos fijamente y con el ceño fruncido, sino que venía acompañado de otros tres hombres que nos estaban observando como si nos acabasen de pillar teniendo relaciones sexuales en el vestuario o algo así.

—¿Qué narices está pasando aquí? —nos preguntó el entrenador a gritos, y Alec y yo nos apartamos de un salto.

—Esto no es lo que parece —dijo Alec, y me sorprendió lo tranquilo que sonaba.

—¿En serio? —repuso el entrenador, casi a gritos—. Porque lo que parece es que hay una chica en mi vestuario.

—Yo… entré por accidente… —tartamudeé.

—Dani —me interrumpió Alec, y todo rastro de amabilidad que había visto en su rostro hacia tan solo un segundo desapareció de un plumazo. Apretó los dientes con fuerza para después relajar la mandíbula de nuevo, como si estuviese haciendo un esfuerzo por contenerse, antes de decir—. Deberías irte.

—Pero…

—*Vete* —repitió, fulminándome con sus ojos oscuros.

—Tiene razón —dijo el entrenador—. No deberías estar aquí, jovencita.

—Yo me encargo de explicarles lo que ha pasado —me dijo Alec,

pero parecía estar a punto de perder los estribos, como una bomba de relojería a la que le quedaban tan solo unos segundos de calma antes de estallar.

Asentí en silencio, porque ¿qué otra cosa podía hacer? Me encontraba frente a cuatro hombres que me estaban mirando con cara de pocos amigos y junto a mi antiguo mejor amigo, que tenía la ligera sospecha de que me odiaba. Volví a asentir, me di la vuelta y prácticamente salí corriendo del vestuario.

Le mandé un mensaje a mi madre para pedirle que viniese a recogerme tan pronto como pudiese, y ella me respondió al momento que llegaba enseguida, pero se me revolvió el estómago al pensar en lo que acababa de hacer.

El entrenador del equipo de hockey formaba parte del profesorado del instituto.

Y ese mismo profesor me había visto en el vestuario de los chicos, justo cuando uno de ellos se estaba cambiando allí dentro.

Estaba metida en un buen lío.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Alec

Joder, joder, joder.

Tragué con fuerza y me masajeé la nuca al tiempo que la puerta del vestuario se cerraba a su espalda.

¿Qué narices acababa de pasar?

Me había estado vistiendo cuando me acordé de que me había dejado la cadena en la ducha. Había vuelto para ponérmela y, cuando había regresado a mi taquilla, ahí estaba ella, y… *joder.*

Incluso aunque estuviese de cara a la pared, habría reconocido esos rizos rubios en cualquier parte.

Y, cuando se había dado la vuelta, sus lágrimas me habían devuelto directamente a la noche en que le había secado las lágrimas en el cobertizo y la había besado.

Por un momento, mientras ella me miraba, sorprendida, se me había cortado la respiración, y después la había abrazado mientras resonaba la estúpida canción de «sweat» por todo el vestuario a través de mi altavoz Bluetooth, como si fuese una maldita broma pesada.

Sweat, get into it

Let me show you how to use your legs[2]

No estaba seguro de cómo había ocurrido, sobre todo cuando estaba tan centrado en mantener las distancias con ella, pero de repente me había embargado el aroma floral de su cabello, me había embriagado el calor que emanaba de su cuerpo al tenerla abrazada contra mi pecho desnudo, y me había vuelto loco el sentir sus manos acariciándome la piel, por el amor de *Dios*.

¿Qué *narices* me había pasado? Había pasado de cero a estar por completo a su merced en cuestión de segundos.

Aunque, en mi defensa, todo había sido culpa del coronel. El padre

de Dani era un imbécil controlador, un imbécil controlador al que ella siempre había intentado complacer como fuese, incluso aunque no se lo mereciese, y yo siempre había sentido debilidad por consolarla cuando tenía problemas con su padre.

Porque Dani siempre había estado dispuesta a cualquier cosa con tal de complacerle, y ese hombre ni siquiera se había molestado nunca a mover un dedo por ella.

Así que no me sorprendió en absoluto descubrir que, incluso desde la distancia, seguía consiguiendo hacerla llorar.

Pero ¿cómo narices se suponía que iba a salir de este lío? El entrenador me estaba mirando como si quisiese asesinarme lentamente, y tampoco lo culpaba por ello.

Porque, vamos a ver, me había metido en un buen lío en el peor de los momentos.

Ya habría sido lo bastante malo si Oz hubiese estado solo, pero vino acompañado de dos entrenadores de Wisconsin y de Gordy Frye, que era un periodista deportivo local que tenía unos contactos *increíbles.*

Vamos, ese tío conocía a todo aquel que era *alguien* dentro del mundo del hockey.

—Sé que eso que acabáis de ver no tenía buena pinta —dije, haciendo mi mejor esfuerzo por esbozar una sonrisa despreocupada, como si aquello no fuese para tanto, pero la cosa era que sí que era para tanto, la había cagado a base de bien. Se suponía que debía estar intentando enderezar mi reputación, pero ahora todos esos hombres debían de estar pensando que acababan de ser testigos de cómo tonteaba con una chica a solas en el vestuario de la pista de hockey, encima la noche antes de un partido, como si no estuviese centrado en el juego. Y justo después de que se viralizase mi foto con la pipa de agua.

Maldita sea, Dani.

Joder, incluso el *pensar* en ella me ponía nervioso.

—Si no os importa —dijo el entrenador, dirigiéndose a los otros tres hombres—, podéis esperarnos en mi despacho, tenéis encima de mi mesa los informes de las estadísticas de los jugadores, por si queréis echarles un ojo. Yo tengo que gritarle a mi jugador estrella

por volver a comportarse como un imbécil, pero en cuanto acabe iremos a buscaros y podremos mantener una conversación mucho más agradable todos juntos.

Los tres hombres se carcajearon con ganas, como si aquello les pareciese de lo más gracioso pero, por la forma en que me estaban mirando, me quedó bien claro que ellos también pensaban que la había vuelto a cagar, y con creces.

En cuanto se marcharon a su despacho, el entrenador empezó a echarme la bronca.

—¿Qué *cojones* te pasa, Barczewski? Lo único que tenías que hacer era no meterte en problemas durante una temporada, nada más. ¿Cuánto has durado esta vez? ¿Un *día*? Esos hombres han venido a verte *a ti*, y esta era tu oportunidad para demostrarles que no eres en absoluto como te han pintado, pero entonces vas tú y la cagas metiendo a *una chica* en el vestuario —me gritó, con tanta rabia que incluso escupía al hablar, porque estaba intentando no levantar mucho la voz, para que no nos oyesen los demás. Y me estaba echando la bronca con la cara prácticamente pegada a la mía —. Y, por si eso era poco, ni siquiera estás vestido. Venga ya, ¿en qué estabas pensando? ¿Y quién cojones es esa chica? No la había visto en mi vida. Por favor, dime que no has colado a una chica del Simley o de otro instituto en nuestro vestuario.

—Por Dios, no —solté, un poco molesto porque hubiese pensado lo peor de mí cuando me conocía mejor que mucha gente ¿Por qué narices todo el mundo siempre pensaba lo peor de mí?—. Es nueva en el pueblo y quiere ser la segunda encargada del equipo. Solo estaba intentando…

—¿Estaba o no en el vestuario contigo mientras te cambiabas de ropa?

—No fue eso lo que pasó… ¡Es la nieta de Mick Boche! —dije, o más bien grité—. Acaba de mudarse al pueblo y la conozco desde que éramos pequeños.

—¿Es la nieta de Mick Boche? —soltó, observándome con los ojos entrecerrados, como si no pudiese creérselo.

—*Sí* —respondí, y me alegré de que ese pequeño dato hubiese logrado aplacar su ira—. Su madre y ella se mudaron aquí el fin de

semana pasado.

—¿En serio? —me preguntó, aún con los ojos entrecerrados, como si hubiese perdido el hilo de aquella historia—. ¿Y juega al hockey?

—No —dije, con la esperanza de que su pedigrí siguiese siendo distracción suficiente. Quizás si le hablaba un poco de *ella* se olvidaría de lo que acababa de ver—. Es una cerebrito santurrona que va a estudiar en Harvard el año que viene. Vamos, justo lo contrario a Mick.

El entrenador se cruzó de brazos.

—¿Y dices que crecisteis juntos?

—Nuestras madres son mejores amigas —le expliqué—, así que la conozco de siempre. De pequeños éramos mejores amigos, hasta que se mudó lejos de aquí.

—Vaya, vaya, vaya. —Gordy se asomó del interior del despacho del entrenador con una sonrisa de oreja a oreja, y los entrenadores de Wisconsin lo siguieron poco después—. No he podido evitar escuchar vuestra conversación, pero ¿acabas de decir que la chica con la que estabas en el vestuario, tu amor de la infancia, es la *nieta* de Mick Boche?

Decir que Dani era mi «amor de la infancia» no era técnicamente correcto, pero me fijé en cómo todos pasaron a mirarme de una forma de lo más extraña. De repente, fue como si ya no pensasen que la había cagado estrepitosamente, sino como si sintiesen curiosidad por saber algo más de la historia entre la nieta de Boche y yo.

Haré lo que sea necesario.

No iba a mentirles, pero tampoco iba a desperdiciar aquella oportunidad de irme de rositas. Así que les dediqué mi mejor sonrisa enigmática antes de seguir hablando.

—Sí —afirmé—, Dani es descendiente directa del señor Boche.

—No puede ser —repuso Gordy con una sonrisa—. Si alguien me hubiese dicho que Mick Boche tenía una nieta, me habría imaginado a una chica que sabe cómo pelear, que escupe constantemente y que maldice como un marinero. ¿Me estás diciendo que esa rubita con gafas es nieta de Mick?

—Sí, señor —respondí, asintiendo—. No bebe, no fuma y prefiere

ponerse a leer un libro antes que ver un partido de hockey. Créame, este caso es la *excepción* que confirma el dicho «de tal palo, tal astilla».

—Qué curioso —dijo, sacudiendo la cabeza—. Quién lo habría pensado.

—Caballeros… —los llamó el entrenador.

Gordy señaló el despacho a su espalda.

—Lo sé, lo sé… volvemos al despacho para que puedas acabar de echarle la bronca a tu jugador estrella.

—Nosotros ahora vamos, gracias —añadió el entrenador, pero su sonrisa amable se desvaneció en cuanto volvió a cerrarse la puerta de su despacho.

—Entrenador, te lo juro…

—Cállate y escúchame bien, Zeus —siseó, bajando la voz—. Ahora voy a entrar a mi despacho y me voy a asegurar de que esos hombres entiendan que tienes una muy buena relación con la nieta de Boche. Que eso no cambia el hecho de que el que estuviese en el vestuario contigo medio desnudo esté mal, pero al menos ha sido *ella* y no otra.

Ella.

—Quizás el que estés saliendo con una Boche logre distraerlos y dejen de hablar no solo de la maldita foto de la pipa, sino también de lo que hemos visto hoy aquí, porque seréis la puñetera pareja real del hockey, o algo así —soltó, antes de volverse hacia su despacho—. Pero me gusta lo que has dicho de ella. Me gusta que estés saliendo con una chica a la que le guste más un buen libro que salir de fiesta, porque eso es justo lo que necesitas en este momento.

¿Saliendo con ella?

Oh, mierda, ¿cree que estamos *juntos*…?

—Te prometo que lo que visteis no era en absoluto lo que parecía —dije, para tratar de cambiar de tema.

—Y te creo —repuso, y esperaba que lo dijese en serio—. Pero Gordy habla *con todo el mundo*, y el comité seleccionador ya tiene sus dudas contigo. Por eso no nos interesa que, cuando hable con ellos sobre ti, les cuente que, cuando se suponía que debías estar en

mi despacho viendo el vídeo del partido y analizando jugadas, te pillamos besándote con una chica en el vestuario medio desnudo. ¿No crees que es preferible que les cuente que se ha enterado de que estás saliendo con una chica que resulta ser descendiente directa del maldito Mick Boche?

Me fulminó con la mirada, como si pretendiese que me grabase en la cabeza lo importante que era lo que me estaba queriendo decir. Pero no quería creerlo. Me negaba a creerlo. Y, en el fondo, sabía perfectamente lo rápido que se había extendido el rumor de que cuando me habían sacado la foto con aquella maldita pipa de agua estaba fumado, y aquello era mucho, mucho peor.

Mierda. Tiene razón.

No tenía elección.

2. Suda, entra en el juego / Te voy a enseñar a usar las piernas

CAPÍTULO DIECISIETE

Dani

Casi me dio un ataque al corazón cuando oí a alguien llamando a la puerta de la entrada.

Era de noche, las diez pasadas, y a esas horas yo era la única que seguía despierta, demasiado ocupada haciendo los deberes.

Teníamos un examen de cálculo bastante importante la semana que viene pero, si era sincera, me había volcado en estudiar solo para no tener que pensar en mi padre.

Y en lo que había ocurrido en el vestuario de la pista de hielo.

Y porque estaba demasiado cansada como para echarme a llorar de nuevo.

En parte esperaba que fuese Cassie, porque no había querido aceptar un no por respuesta cuando la había llamado para decirle que al final no iba a ir al Applebee's, pero cuando eché un vistazo a través de la mirilla, me encontré a Alec esperando al otro lado.

Mierda, mierda, mierda. *No* quería hablar con él. Ya era bastante malo que me hubiese visto llorar como una niña pequeña, pero… *lo que había pasado después* había sido incluso peor.

Sobre todo porque, por un momento, me había olvidado del resto del mundo y lo único que me había importado habían sido sus ojos marrones y las ganas que tenía de que me volviese a abrazar.

¡Menuda idiota!

Pero ¿qué otra opción tenía? Llevaba toda la tarde atacada, esperando una llamada de dirección para decirme que estaba expulsada.

Me acerqué a la puerta y abrí, con el estómago lleno de mariposas.

Y Dios, ahí estaba.

Era increíblemente alto, tanto que tuvo que bajar la cabeza para mirarme a los ojos, esbozó una sonrisa traviesa y me observó

atentamente con un brillo divertido en sus ojos marrones oscuros.

—Vaya —soltó, sin siquiera saludarme antes—. Estás guapísima.

Puse los ojos en blanco. Llevaba unos pantalones de pijama de franela y una camiseta descolorida de los Eagles de Filadelfia, y seguía teniendo el pelo mojado por la ducha que me había dado hacía tan solo veinte minutos, solo porque tenía demasiado frío como para concentrarme en estudiar.

Sí, sabía perfectamente que tenía un aspecto horrible, pero me daba igual.

—¿Qué pasó después de que me marchara? —le pregunté, al tiempo que bajaba la mirada hacia la cremallera de su chaqueta porque no podía soportar tener que mirarle a los ojos ni un segundo más.

—¿Puedo pasar? —me preguntó—. Porque es una historia muy larga y se te va a congelar el pelo como nos quedemos en la puerta.

—Ah. Claro —repuse, antes de hacerme a un lado para dejarle pasar—. Pero mi madre y mi abuelo están dormidos, así que ni se te ocurra hacer ruido.

—Vale, tampoco es como si pretendiese ponerme a gritar para despertar a todo el mundo —dijo, antes de entrar, y no estaba segura de si lo había dicho en broma o si solo se estaba comportando como un imbécil sarcástico.

Cerré la puerta tratando de hacer el menor ruido posible y me encaminé hacia el salón, demasiado consciente de que Alec me estaba siguiendo. No sabía qué se suponía que debía hacer, así que me senté en el sofá y me crucé de brazos.

—¿Qué te dijo el entrenador? ¿Me he metido en un buen lío? —le pregunté, sabiendo que debía de tener las mejillas como un tomate, porque sentía la piel ardiendo.

—En realidad, no te has metido en ningún lío —contó, antes de dejarse caer en el sillón frente a mí.

—¿Cómo? Pero si parecía muy enfadado cuando me marché —repuse, confundida—. Y, para empezar, *no debería* haber estado en el vestuario.

—Vale, digamos que las cosas se pusieron un poco raras después de que te marchases. Tengo mucho que contarte, así que te voy a

pedir, educadamente, que cierres el pico hasta que haya acabado. Necesito contártelo todo de una antes de que puedas decir nada.

Eso no puede ser nada bueno.

—Muy bien —dije, tomando uno de los cojines de flores de la abuela y abrazarlo contra mi pecho—. Te escucho.

—Tienes razón, Oz estaba súper cabreado. Pensaba que me había llevado a una chica cualquiera al vestuario para… eh, algo nada relacionado con el hockey. Creía que…

—Lo pillo —le interrumpí, porque no sabía cuánta vergüenza más podría soportar antes de explotar.

—Vale, genial —repuso, y me molestó que pareciese a punto de echarse a reír—. Estaba furioso, así que tuve que explicarle que nos conocíamos desde pequeños y que no eras una chica cualquiera. Le dije quién es tu abuelo…

—Por el amor de Dios, ¿se lo va a contar a mi abuelo?

Justo cuando pensaba que no podía sentirme más avergonzada.

—*No* —respondió—. Bueno, quiero decir, no lo sé —añadió—. No me dijo si iba a contárselo o no.

—¿Qué fue lo que te *dijo*?

—Me has prometido que te ibas a quedar callada mientras te lo contaba, ¿te acuerdas? ¿Hace solo cinco segundos…?

—Suéltalo de una vez —suspiré, porque quería acabar con eso cuanto antes.

—Gracias —repuso, y entonces, cuando se llevó una mano al hombro con indiferencia, me fijé en lo agotado que parecía—. Lo que te quería decir es que el entrenador no reaccionó a esa noticia como esperaba. Cuando le dije que nos conocíamos desde pequeños, Gordy y él pensaron que eso significaba que eras mi amor de la infancia o algo así.

—Qué raro —murmuré, al tiempo que bajaba la mirada hacia mi regazo e intentaba no recordar el único beso que habíamos compartido, cuando no éramos más que unos críos.

Aquella había sido la única noche en que alguien podría haber pensado que estábamos enamorados de verdad.

—Ya ves, muy raro. Pero los otros hombres que estaban con el entrenador son bastante importantes dentro del mundo del hockey.

Dos son ojeadores de un equipo de primera división, y el que tenía el peinado horrible es un periodista deportivo que conoce a todo aquel que es alguien dentro del mundo del hockey en Estados Unidos, ¿sabes?

—Vale —dije, acordándome de lo que el abuelo Mick había dicho sobre esa clase de hombres.

—Habían venido a verme jugar, lo que es genial, porque estoy intentando convencerlos de que no soy un desastre total, porque hay una foto en la que, eh… podría parecer que…

—¿Que estás fumando maría de la pipa de agua más grande del mundo?

Alec frunció el ceño.

—¿La has visto?

—Sí, fue de lo único de lo que hablaban mi madre y mi abuelo la otra noche —comenté.

—Mierda. ¿Mick la ha visto? —me preguntó, con cara de pánico.

—¿De verdad te importa tanto si mi abuelo ha visto o no una foto tuya con una pipa de agua gigante?

—¿Que si de verdad me importa que el maldito Mick Boche haya visto una foto mía con una pipa de agua gigante? —Me miró como si acabase de hacerle la pregunta más estúpida del mundo—. *Pues claro* que me importa.

—Sabes que solo es un hombre más, ¿no?

—Ah, pues claro que sí —repuso, poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, volviendo al tema… —dije, al tiempo que le hacía un gesto con la mano para que siguiese contándome qué era lo que había pasado.

—Vinieron a verme para comprobar que no voy a ser una distracción para el resto de mis compañeros en un futuro, así que te puedes imaginar que el hecho de que me encontrasen en el vestuario con una chica y que pareciese que nos estábamos enrollando no me hace quedar demasiado bien que digamos.

—Me lo imagino —repuse, casi sintiéndome mal por él.

Casi.

—Pero entonces, cuando se enteraron de quién eras por culpa de mi entrenador y supusieron que tú y yo estábamos juntos…

—*¿Qué?* —Este día se estaba convirtiendo lentamente en una auténtica pesadilla—. ¿Creen que estamos «juntos»?

—Shhh, calla y escúchame —me pidió, negando con la cabeza—. La cosa es que el entrenador malinterpretó lo que le quería decir. De todos modos, una vez que se enteraron de que eras una genio, que ibas a ir a Harvard el año que viene y de que eres la nieta de Mick Boche me miraron de forma distinta. Como si no fuese un desastre total al estar saliendo con una chica que quizás podría ser una buena influencia para mí.

¿Cómo era posible que cuatro hombres adultos se hubiesen equivocado tanto?, me pregunté.

—Pero el caso es que no estamos saliendo —espeté, como una tonta.

—¿No me digas? No me había enterado —soltó.

—¿No me digas? No me había enterado —me burlé, en un susurro, molesta por su actitud.

—Dani. —Se inclinó hacia delante en su asiento, apoyando los codos sobre las rodillas, antes de seguir hablando, muy serio—. Sé que todo esto es un desastre, un malentendido que se nos ha ido de las manos.

—Evidentemente —dije.

—Pero quiero que la gente me vea por cómo soy en realidad, no como un maldito mujeriego al que le va la fiesta, y esto podría ser la solución que andaba buscando.

—A *tus* problemas —repuse, tratando de seguir su razonamiento—. ¿Y qué pretendes que hagamos? ¿Dejarles que piensen que estamos juntos solo para quedar mejor con ellos?

—Me prometiste que guardarías silencio hasta que acabase —me recordó, enarcando las cejas y ladeando la cabeza, como si fuese un adulto tratando de razonar con una cría cabezota.

—No, yo no te he prometido nada —repliqué—. Creo que lo que dije fue «Te escucho».

—Dani —siseó—. ¿Por favor?

—Vale —repuse, poniendo los ojos en blanco de nuevo.

—Bueno —habló, antes de carraspear con fuerza. Se puso increíblemente serio y juntó las manos como si fuese a rezar—.

Tengo una propuesta que hacerte. Te conseguiré el puesto de segunda encargada del equipo de hockey para que puedas ir a Harvard, pero solo si accedes a seguirme el juego y, tal vez, dejar que la gente piense que estamos juntos durante una temporada.

—*¿Qué?* —¿Qué, qué, qué, qué *narices*?—. ¿Quieres que finjamos que estamos *saliendo juntos*?

—Bueno, sería algo discreto —repuso, y parecía ofendido por mi reacción—. Tampoco es como si fuésemos a hacer un anuncio oficial en el periódico o algo así. Solo tendríamos que comportarnos como si fuésemos pareja.

—De ninguna manera —solté, irracionalmente molesta por su descaro, porque hubiese asumido que le haría el pequeño favor de arruinar mi reputación por él, incluso aunque de momento no tuviese reputación alguna que arruinar.

Ya podía imaginarme cómo saldría eso.

Sería su noviecita friki, que le daría la credibilidad que tanto necesitaba, pero sus amigos sabrían la verdad y se reirían de mí a mis espaldas, llamándome la señorita gafotas o algo así y hablando de cómo me estaba prostituyendo solo por tener una actividad extraescolar que añadir a mi expediente académico.

Y, mientras tanto, todo el instituto se fijaría en mí, se preguntarían quién narices soy, y me juzgarían por estar saliendo con la superestrella del hockey.

Esa sí que sería la peor forma de llamar la atención de todo el mundo.

«¿La chica nueva está saliendo con Zeus? Qué asco».

Y, al final, cuando Alec ya no me necesitase, me daría la patada, y entonces tendría que lidiar yo sola con la poca reputación de mierda que me quedase.

—No descartes la idea sin pensarlo bien primero —me pidió, observándome con los ojos entrecerrados, como si mi reacción le pareciese ridícula.

Él era quien estaba siendo ridículo.

—Ten en cuenta que, hagamos lo que hagamos, la gente se va a acabar enterando de lo que a los entrenadores les ha parecido ver antes en el vestuario. Así que, ¿qué prefieres? ¿Que el rumor sea

que han pillado a dos personas que apenas se conocen enrollándose en el vestuario después de los entrenamientos, o que han visto a dos antiguos amigos que se acaban de reencontrar hace poco y que cabe la posibilidad que estén recuperando lo que tenían en el pasado o incluso que sean algo más?

Lo que prefería era darle una buena bofetada. No era una persona violenta, pero en ese momento me dieron ganas de pegarle por decir algo que ni siquiera me había parado a considerar, por expresar en voz alta lo que me parecía una maldita pesadilla.

Mañana, en el instituto, la gente iba a hablar de mí decidiera lo que decidiese. De mí y de Alec, solos, en el vestuario de la pista de hielo.

Sabía que tenía razón, pero estaba demasiado enfadada con él como para dar el brazo a torcer en ese momento.

—Escucha —dije, con un nudo en la garganta, porque todo se estaba yendo a la mierda demasiado rápido—. Es horrible que tengas que enfrentarte a las consecuencias de tus actos, pero creo que esta vez paso.

Entrecerró un poco más los ojos, como si estuviese tratando de ver algo en la oscuridad y fulminarme con la mirada al mismo tiempo.

—¿En serio no vas a echarme una mano cuando esto también podría beneficiarte a ti?

—Nop —solté, sin rehuir su mirada.

—¿Es que no crees que merecerá la pena hacerme este pequeño favor de nada con tal de asegurarte una plaza en Harvard para el año que viene? —me preguntó.

—Ni siquiera un poquito —respondí, abrumada y estresada por no saber qué me esperaría al día siguiente en el instituto.

—Vaya —dijo, esbozando una sonrisa malvada, al tiempo que negaba lentamente con la cabeza—. Se ve que hay cosas que nunca cambian.

—¿Qué quieres decir con *eso*? —le pregunté, porque yo *siempre* había formado parte del Equipo Alec en todo, hasta que no había podido seguir haciéndolo, cuando él se había esfumado de mi vida de la noche a la mañana.

—Solo que creía que esta vez pensarías en alguien que no fueses

tú misma, que quizás te gustaría probar algo nuevo, pero está claro que me equivocaba.

—No lo puedes estar diciendo en serio. —¿En serio el tío que había pasado de mí de un día para otro después de pasarnos toda la vida siendo mejores amigos me estaba llamando *a mí* egoísta?—. ¿En serio me estás diciendo que soy *yo* quien solo piensa en sí misma?

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo —repuso, alzando un poco la voz—. Supongo que esperaba que…

—Sí, esperabas que me dejase caer de rodillas ante ti y accediese a hacer todo lo que me pidieses porque eres Zeus, el dios del hockey —espeté, antes de levantarme del sofá—. Es tarde y tengo que estudiar, quizás deberías ir a buscar a otra que esté dispuesta a fingir ser tu novia. A ver, tampoco debería costarte mucho, tienes toda una fila de chicas que estarían más que encantadas de salir con Zeus siguiéndote a todas partes constantemente…

—No tienes por qué ser tan capulla —soltó, poniéndose de pie.

—¿En serio? Porque parece que tú llevas portándote como un capullo conmigo desde el mismo instante en que llegué a Southview y encima sin motivo alguno. Si a la gran estrella del hockey no le interesa ser amigos con su antigua amiguita friki de la infancia, me da igual, porque yo tampoco quiero ser amiga tuya, pero no actúes como si la imbécil fuese yo cuando está claro que el único imbécil eres tú.

Y entonces, volvieron a llamar a la puerta.

—¿Me estás tomando el pelo? —murmuré entre dientes, porque ¿quién más podría ser a estas horas de la noche un día entre semana?

Me acerqué a la puerta y, cuando la abrí, me sorprendí al encontrarme a Benji al otro lado.

—¿Hola…? —dije, sorprendida, porque no lo había vuelto a ver desde el día en que nos mudamos, pero también porque ¿qué demonios hacía aquí cuando ni siquiera éramos amigos y el abuelo Mick lo odiaba? *¡Y, además, son las diez de la noche!*—. ¿Qué querías, Benji?

—He visto que las luces estaban encendidas y estaba a punto de salir a buscar algo para cenar, así que se me ha ocurrido que… ah,

hola, Zeus —saludó, al tiempo que echaba un vistazo a mi espalda con una sonrisa de oreja a oreja—. No sabía que estabas tú aquí.

—¿No has visto mi coche? —repuso Alec, y sonaba tan tenso que me volví a mirarlo de inmediato—. ¿En serio?

Me lo encontré *fulminando* a Benji con la mirada. Aquello no tenía nada que ver con el ligero desdén que le solía profesar al pequeño y molesto vecino de mi abuelo, sino que lo estaba observando como si quisiese asesinarlo.

—Ahora que lo comentas —dijo Benji, con una sonrisa inquietantemente ancha—. Supongo que *sí* que me he fijado en que esa chatarra que conduces estaba aparcada en la entrada.

—Escucha, eh, Benji —solté, sin tener ni idea de a qué se debía toda esa tensión, pero sin estar tampoco de ánimo como para pararme a preguntar—. Te agradezco mucho…

—Adiós, Ben —escupió Alec, que de repente se había colocado a mi lado.

—*Alec* —dije, observándolo con incredulidad.

—¿Bueno…? ¿Tienes hambre, Collins? —me preguntó, cortante, como si estuviese enfadado.

—Eh… ¿no…? —respondí, pasando la mirada de uno a otro.

—No tiene hambre, cabrón, así que lárgate de aquí —le escupió Alec, aferrándose a la puerta, como si fuese a arrancarla de las bisagras de un momento a otro al cerrarla de un portazo.

—*Alec* —dije, incrédula—. ¿Qué estás…?

—¿Es que te está molestando, Dani? —me preguntó Benji, observándome como si estuviese muy preocupado por mí—. Porque si te está molestando puedo…

—*Los dos* me estáis molestando —le interrumpí, sin tener ni idea de a qué venía esa reacción de macho alfa enfadado—. Gracias, gracias por lo de la comida, Benji, pero no me apetece, y creo que nuestra conversación se ha acabado, Alec.

Retrocedí un paso para que Alec pudiese salir y unirse a Benji en el porche.

—Ah, por cierto, ¿recibiste mi mensaje? —me preguntó Benji, sonriéndome como si nos escribiésemos todos los días.

—Eh… si —repuse, cruzándome de brazos al tiempo que el aire frío

del invierno se colaba en el interior de la casa—. Yo…

—*Lárgate* de una puta vez, Worthington —soltó Alec, antes de salir al porche, colocarse frente a Benji y darle un empujón—. Ya te ha dicho que la estás molestando.

—Creo que el único que la está molestando aquí eres tú —respondió Benji, sonriendo como si el tener a un Alec enfadado dentro de su espacio personal le pareciese de lo más divertido—. Por cierto, *me encantó* la foto de la pipa de agua gigante, Zeus. Fue *súper* elegante.

Y dicho eso se dio la vuelta y bajó las escaleras, y yo negué con la cabeza, porque aquello no tenía ningún sentido. Me volví a mirar a Alec y cerré la puerta de un portazo, porque necesitaba que ese día se acabase de una vez.

Pero entonces volvió a llamar.

Suspiré y abrí de nuevo.

—¿Es que te has olvidado al…?

—¿En serio ya has retomado el contacto con el maldito Benji? ¿Me estás tomando el pelo? —Su voz sonaba grave y ronca, y me observó con los ojos entrecerrados mientras me lo preguntaba como… como si aquello fuese muy importante, como si hubiese hecho algo terrible al hablar con mi vecino.

—Vive… en la casa de al lado —repuse, lentamente, sin saber a qué se refería con eso de «retomar el contacto».

Alec me observó con dureza y, aunque en ese momento no se parecía en absoluto a mi antiguo mejor amigo, hubo algo en aquel instante que me llevó de vuelta al pasado, que me encogió el corazón.

—Pero si *odiamos* a ese tío, Dani —soltó, frunciendo el ceño y negando con la cabeza, como si de verdad no pudiese creérselo.

—Yo ya no le conozco —repuse, increíblemente confundida por su reacción y por la forma en que había pronunciado mi nombre, como si siguiésemos siendo amigos—. ¿Tú sí?

—Oh, ya lo creo —dijo—. Lo conozco perfectamente.

—Pues entonces supongo que tendré que fiarme de ti en este caso, porque a estas alturas siento que ya no os conozco a ninguno de los dos —espeté—. Buenas noches, Alec.

—Buenas noches —respondió, aunque lo dijo como si en realidad no quisiese desearme buenas noches. Y yo volví a cerrar la puerta de un portazo.

Pero cuando me metí en la cama esa noche no logré conciliar el sueño, porque sus palabras se repitieron una y otra vez en mi cabeza.

«Solo que creía que esta vez pensarías en alguien que no fueses tú misma, que quizás te gustaría probar algo nuevo, pero está claro que me equivocaba».

Nos habíamos pasado *años* enviándonos postales todas las semanas, mandándonos mensajes cifrados con nuestro pequeño código inventado para no perder el contacto y, de repente, un día, había dejado de responder.

Desde entonces no había vuelto a saber nada de él.

NUNCA.

Así que, si había alguien culpable de no pensar más que en sí mismo, era él.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Alec

Qué *narices* ha sido eso?

Estaba sentado en la cama, todavía despierto, a las doce y media de la noche, con «ricochet» resonando en mis oídos y un dolor de cabeza insoportable, porque ¿qué narices estaba haciendo Benji husmeando ya a su alrededor cuando Dani *acababa* de mudarse aquí? Siempre había sido como un triste perrito faldero, siguiéndola a todas partes, así que supongo que tampoco debería haberme sorprendido.

Hasta donde yo sabía, incluso podían ser mejores amigos.

«¿Recibiste mi mensaje?».

¿Por qué cojones tenía su número ese maldito imbécil?

Ya da igual.

Pero no, no daba igual, porque lo odiaba.

Benji Worthington había sido un maldito grano en el culo cuando era pequeño, el niñato malcriado que vivía en la casa de al lado del abuelo de Dani y al que le gustaba hacer cosas como chivarse de mí constantemente y comportarse de esa forma tan pasivo-agresiva cuando aún era demasiado pequeño para saber lo que significaba eso.

Pero en cuanto habíamos entrado al instituto había tenido que lidiar con él también sobre la pista de hielo, y entonces fue cuando se convirtió en una maldita amenaza. Siempre acababa en los mejores equipos, los mismos equipos en los que lo admitían aunque jamás debería haber sido admitido por lo mal que jugaba, y eso me tocaba las narices. Era un auténtico paquete jugando al hockey pero, de alguna forma, siempre lograba pasar el corte.

Seguro que no tenía nada que ver con toda esa equipación de hockey cara y esos recursos ilimitados con los que contaba.

Claro que, igual que a mí no me caía nada bien, él me *odiaaaaaba*.

Porque, daba igual todo el dinero o recursos que tuviese, yo siempre sería mucho mejor jugador que él. Y, como no podía hacer nada para evitarlo, se dedicaba a difundir rumores de mierda sobre mi familia.

Y me daba igual tener que lidiar con imbéciles que se metiesen *conmigo* sobre la pista de hielo, porque eso formaba parte del hockey, ¿no?

Pero Ben siempre se las apañaba para inventarse «bromas» sobre mi vida que eran demasiado personales, que tenían cierto toque de verdad, y por eso dolían más. Sobre la chatarra de furgoneta que tenía que conducir mi madre, sobre cómo despidieron a mi padre del trabajo cuando yo tenía tan solo catorce años… siempre tenía algo sobre lo que insinuar, y después le encantaba hacerse el inocente cuando yo acababa perdiendo los papeles y me lanzaba a por él.

Entonces era *yo* el «agresor», el que se había pasado de la raya.

Al final, en una fiesta después del accidente de mi padre, había acabado dándole una buena paliza, y probablemente fue eso lo que empezó el rumor de que «Barczewski tiene la mecha muy corta» (incluso aunque fuese mentira).

Me había pasado todo aquel día metido en el hospital, esperando a que mi padre se despertase después de otra operación más (tuvo que pasar siete veces por quirófano), y entonces mi madre había dejado caer que Dani y su madre venían de camino. Al parecer, se habían enterado de lo del accidente y habían decidido subirse a un avión ese mismo día para ver a mi padre y estar con mi madre.

Y yo me había alegrado muchísimo al oírlo, no solo porque llevaba un par de años sin ver a Dani, sino porque sentía que todos nos estábamos ahogando por culpa de las consecuencias del accidente de mi padre, y en ese momento necesitaba a mi amiga, la misma que había dejado de responder a mis postales de un día para otro. La necesitaba a mi lado como el aire para respirar.

Pero entonces, cuando Hannah llegó al hospital, lo hizo sola.

Le pregunté dónde estaba Dani y me miró avergonzada.

—No le gustan los hospitales —respondió, apenada—, y no sabía si molestaría al venir, así que le pidió a Benji que la llevase al hotel.

No podía haberla escuchado bien.

—¿A Benji?

¿A un hotel?

—Sí, ¿te acuerdas de Benji Worthington, el chico que vivía en la casa de al lado? —me preguntó Hannah, como si fuese de lo más gracioso, sonriendo de oreja a oreja al tiempo que me decía que se habían encontrado con él en el vuelo y que se había ofrecido a llevarlas.

El mundo es un pañuelo, ¿eh?

—Ese chico es de lo más amable —comentó, y en ese momento me entraron ganas de darle un puñetazo a la pared.

El mundo es un puñetero pañuelo.

Me había sentido increíblemente decepcionado al enterarme de que Dani no había querido ir a verme, fue como si su negativa a venir al hospital empeorase incluso más las cosas.

Y la idea de que ese imbécil hubiese podido verla cuando yo no, me había hundido incluso más en la miseria.

Pero cuando había dejado que Vinny me arrastrase lejos del hospital para distraerme un poco, a una fiesta que celebraban esa misma noche en White Bear, y me había encontrado con Benji allí (porque, cómo no iba a estar él allí), todo se había salido de control.

—¡Zeus! Hoy he visto a Dani, nuestra vieja amiguita —comentó, con ese tonito de niñato rico que no tenía nada que ver con dónde vivía sino con la cucharita de plata que tenía metida por el culo. Entonces esbozó una sonrisa de oreja a oreja y sacó su teléfono móvil—. Mira esto.

Había estado tan drenado emocionalmente que ni siquiera se me había pasado por la cabeza el pelearme con él.

O con nadie.

Lo único que quería era ver a Dani, saber cómo estaba ahora y, sinceramente, también me sentía increíblemente decepcionado con ella.

Pero en vez de enseñarme un selfi que se hubiesen sacado en el aeropuerto, con el que pudiese haberme convencido a mí mismo de que Dani seguía odiándolo tanto como yo, me enseñó una foto en la que aparecía ella sola.

Sentada en una silla vieja, sonriéndole a la cámara.

Una silla que se parecía demasiado a la que habíamos robado de la tienda de mi padre hacía años.

Joder, lo había llevado a nuestro sitio.

No había venido al hospital a verme, ni a mí, ni a mi padre, que se encontraba en estado crítico, pero se había llevado al Rey Imbécil a nuestro sitio secreto y había estado allí, riéndose con él.

Aquello me dio ganas de vomitar.

Conseguí mantener la calma durante una hora más pero, en cuanto Benji empezó con sus bromitas de mierda («¿Es cierto que tu padre estaba borracho cuando tuvo el accidente?»), le golpeé.

Varias veces.

Basta ya, me dije, antes de apoyar la cabeza contra la pared y pasar a la siguiente canción, mientras trataba decidir qué iba a hacer a continuación. Porque daba igual las vueltas que le diese, no se me ocurría nada mejor que Dani. O, más concretamente, (fingir) salir con Dani.

No quería volver a dejarla entrar en mi vida, pero la necesitaba, joder.

—A la mierda —me dije, antes de quitarme los cascos y llamarla al número que mi madre me había dado por si acaso quería ser amable y ponerme en contacto con ella.

Mientras la llamada daba los primeros tonos, no pude evitar acordarme de nuevo del momento que habíamos compartido en el vestuario.

¿Cómo es posible que el cuello de alguien huela tan bien?

—¿Diga?

Hubo algo en su voz cuando descolgó la llamada (no me podía creer que hubiese contestado), en su tono cansado, que me trajo a la mente recuerdos que me había esforzado por olvidar.

—Hola, soy Alec —le dije, y en ese momento me di cuenta de que nunca habíamos hablado por teléfono antes.

¿Cómo es eso posible?

—Hola —respondió, y me sorprendió que no me colgase de inmediato o que comentase algo sobre el incidente con Benji de antes.

—Escucha, sé que ya me has dicho antes que no —solté, yendo

directo al grano, al tiempo que bajaba el volumen del altavoz Bluetooth que tenía al lado de la cama al mínimo—, pero me preguntaba si no podrías considerar el darme una oportunidad para que te hiciese cambiar de opinión.

Dani suspiró con fuerza al otro lado de la línea, pero aquello no era un no, por lo que seguí hablando.

—Puedes decirme que no otra vez si quieres, pero se me han ocurrido más razones por las que tú podrías beneficiarte también de este acuerdo.

—¿En serio?

—Sí —dije—. ¿Me dejas comentártelas?

—Vale —repuso.

¿Vale?

—Espera un momento… ¿estás despierta?

—¿Qué?

—Es que me preocupa que puedas estar hablando en sueños o algo así —comenté—, porque pareces demasiado complaciente.

—Yo siempre soy súper complaciente. Ahora, dispara de una vez, antes de que cuelgue.

—Vale. —Respiré hondo y lo solté todo—. Bueno, para empezar, creo que deberías hacer una lista de pros y contras, porque de verdad que me está costando un mundo encontrar algún motivo por el que este acuerdo pudiese perjudicarte en algo.

—Cómo no —repuso—. Porque ¿qué chica no querría salir con Zeus, el dios del hockey?

—No sé por qué me da en la nariz que ahora tienes ciertos prejuicios en mi contra solo por ser deportista —comenté, sin poder evitar preguntarme también dónde estaría en ese momento, en qué zona de la casa de Mick. ¿Estaba metida en la cama, donde quiera que estuviese su cuarto, o seguía en el salón, donde había estado concentrada estudiando cuando había aparecido antes por sorpresa en su casa?

La había visto a través de la ventana de la puerta, perdida en sus pensamientos, con la mirada clavada en las páginas del libro de texto y mordiéndose el labio inferior.

Odiaba lo preciosa que era, porque era injusto que además fuese

guapa.

—¿Es que estás celosa? ¿Es eso? —bromeé, con la esperanza de que aquello sirviese para ablandarla un poco. Independientemente de todo lo demás, necesitaba que se mostrase un poco más receptiva en este caso—. ¿Porque los dos solíamos ser unos torpes a los que se les daba fatal el deporte y ahora te has quedado sola…?

La oí soltar algo demasiado parecido a una carcajada al otro lado, y admito que sentí como si hubiese ganado aquella pequeña batalla.

—Créeme, no estoy celosa —repuso.

—Vale, pues entonces, volviendo a lo que estaba diciendo. Te voy a dar una serie de razones por las que tú también podrías salir beneficiada en este caso. En primer lugar, obviamente, así conseguirías la actividad extracurricular que necesitas. Podrías ser la segunda encargada del equipo de hockey, lo que te permitiría añadir ese punto de nada en tu solicitud para Harvard. Y, dado que estudiar allí el año que viene es tan importante para ti, creo que tener que fingir que eres mi novia no es más que un pequeño sacrificio de nada por un bien mayor, ¿tú no?

—Ese ha sido un argumento bastante bueno —dijo—, pero también era el motivo más obvio. ¿Qué más tienes?

—No me lo vas a poner nada fácil, ¿verdad?

—No, en absoluto —respondió.

—Vale, en segundo lugar… bueno, ¿a quién intento engañar?, en realidad solo tengo dos argumentos.

—Vaya —soltó—. ¿Es que solo te has pasado cinco segundos dándole vueltas al tema?

—En realidad me he pasado unos buenos veinte minutos, para que lo sepas —dije, preguntándome si el segundo motivo serviría para enfadarla o avergonzarla. Con eso me la estaba jugando, pero era la única otra razón que se me había ocurrido.

—Suelta el segundo argumento, entonces —me pidió.

—Muy bien. Bueno, yo nunca he tenido que cambiarme de instituto, pero supongo que no debe ser nada divertido. Probablemente el ser siempre la chica nueva sea una mierda, y me ha dado la impresión de que te has vuelto un poco introvertida. No lo digo como algo malo, solo…

—Ve al grano —soltó, pero no sonaba enfadada.

—Vale, bueno, ¿no crees que estaría bien tener a tu lado en el instituto a alguien que conociese a todo el mundo? Así podría presentártelos a todos y después tendrías como una especie de colchón social o algo así. No tendrías por qué agobiarte o por qué ponerte nerviosa al tener que socializar, porque estarías *conmigo*.

—A mí me parece que estás siendo arrogante —repuso, pero por su tono supe que lo decía de broma.

La antigua Dani sigue ahí dentro.

—No es que esté siendo arrogante —le expliqué—, es un hecho. He vivido en este pueblo desde que era pequeño, así que es evidente que conozco a todo el mundo. Lo que significa que si salieses conmigo…

—Que si *fingiese* salir contigo —me corrigió.

—Que si *fingieses* salir conmigo —dije, con un suspiro—, estarías dentro tú también. Podrías mostrarte segura y cómoda ante todos porque pasarías a formar parte del grupo. Estarías *rodeada* de amigos.

—Vale, tu segundo argumento no se sostiene, porque estaría rodeada de falsos amigos, porque serían *tus* amigos, no los míos —repuso.

—Es lo mismo. ¿Y es que no quieres tener aunque sea un poco de vida social? —le pregunté.

—¿Cómo tú, el rey de la pipa de agua de las Ciudades Gemelas?

—No te digo esto porque piense que me vayas a creer —dije, dividido entre las ganas que tenía de echarme a reír por su comentario sarcástico y las ganas que tenía de gritar porque jamás me fuesen a dejar olvidar la existencia de esa foto—, pero solo le estaba sosteniendo la pipa…

—A un amigo, ¿verdad? —soltó—. Ah, y también me parece bastante gracioso que supongas que jamás podré tener algo de vida social en este pueblo sin tu ayuda. *Es* más que posible que haga amigos una vez que lleve un tiempo aquí.

—No era eso lo que quería decir.

—¿Y cómo se supone que lo haríamos? —Me dio la impresión de que aquello la había molestado, como si aquella idea le resultase

insoportable, y supe que la estaba perdiendo—. No es que lo esté considerando pero, en el caso de que fingiésemos estar saliendo juntos, ¿*todos* tendrían que pensar que somos pareja, incluyendo nuestras familias?

—Eh… no lo había pensado… esta idea también es nueva para mí —dije, al tiempo que me imaginaba el momento de que mi madre se enterase de que estábamos juntos. Por Dios, sabía que se pondría como loca si creyese que Dani y yo éramos pareja—. Pero el instinto me dice que sí, porque tengo la sensación de que si alguien supiese que lo nuestro es mentira, el secreto se acabaría descubriendo tarde o temprano. Si vamos a hacerlo, creo que lo mejor sería que todo el mundo, excepto nosotros, creyese que es real. ¿Tú no?

—Eh, supongo —repuso—. Creo que tienes razón. Aunque no es como si fuésemos a hacerlo.

—No, claro que no —dije, con una sonrisa, aunque Dani estaba cambiando tanto de opinión y tan rápido que me costaba seguirle el ritmo.

—¿Y qué se supone que tendríamos que hacer? ¿Cómo se supone que dos personas *fingen* ser pareja?

—Vamos, Collins, deja de comportarte como si esto fuese un examen de Harvard y de darle tantas vueltas al tema. ¿Tan difícil sería fingir que estamos saliendo? —Alargué una mano hacia la mesilla de noche y abrí el primer cajón, rebuscando entre los viejos papeles hasta encontrar la vieja polaroid que andaba buscando—. Solo tenemos que dejar que la gente nos vea juntos un par de veces a la semana, aparentar que nos gustamos y quizás, no sé… ir a cosas juntos de vez en cuando. También puedo subir unas cuantas fotos en las que salgamos juntos a Instagram. Y siempre y cuando los chicos del equipo nos vean juntos, y los equipos rivales también, creo que el rumor acabará llegando a oídos de las personas adecuadas.

—Así que lo que me estás queriendo decir es que no tienes ni idea —repuso.

—Bueno, no es como si hubiese fingido estar saliendo con alguien antes.

—*Touché*.

La encontré. Tomé la foto y la saqué del cajón.

—Lo único que tengo claro es que debo hacer lo que sea para convencer al mundo entero de que me he vuelto loco por una chica buena y de que estoy centrado solo en el hockey.

—Pero… —susurró, y de repente sonaba muy nerviosa—, ¿no crees que nos resultará muy difícil fingir estar saliendo juntos cuando ya ni siquiera nos conocemos?

—¿No se supone que de eso se trata? ¿Que aceptamos salir con alguien porque queremos conocerlo mejor?

Bajé la mirada hacia la fotografía descolorida que sostenía entre los dedos, la misma fotografía que había visto cientos de veces a lo largo de los años, al mismo tiempo que «Want Me» de Stephen Dawes comenzaba a sonar por el altavoz.

And you're too cool for me to be yours[3]

En ella salíamos Dani y yo, empapados de pies a cabeza, después de una guerra de globos de agua que habíamos echado en el patio de mi casa. Estaba bastante seguro de que debíamos de rondar unos diez u once años. Nuestra ropa chorreaba de lo empapada que estaba; ella llevaba una camiseta de Spider-Man y por aquel entonces yo estaba en mi época en la que solo me ponía camisetas sin mangas, en la que incluso llegaba a cortarme las mangas de todas las camisetas que mi madre me compraba para mostrar mis (diminutos) bíceps; y llevábamos unas gafas de sol a juego en forma de arcoíris que habíamos conseguido durante el desfile del día de Southview.

Parecíamos un par de idiotas.

—Entonces, ¿tu plan consiste en que nos conozcamos mejor mientras fingimos salir juntos?

¿Dónde narices se habían metido esos dos niños de la foto?, me pregunté. ¿Cómo era posible que tuviesen que conocerse mejor?

—A ver —dije—, ¿por qué no?

Volví a guardar la foto en el cajón (*menudo idiota sentimental estás hecho*), porque no dejaba de olvidarme de una pieza fundamental del rompecabezas.

Yo ya no era ese mismo niño.

Desde el mismo instante en que me había enterado de que se iba a mudar aquí, me había estado intentando convencer por activa y por pasiva de que Dani me daba absolutamente igual, de que ya no me importaba. Porque, cuando éramos pequeños, siempre había estado medio colado por ella. El pequeño y enamoradizo Alec siempre perseguía a Dani solo para que ella se riese y le siguiese a todas partes.

Pero Dani Collins ya no tenía ninguna clase de influencia sobre mí, porque ya no era ese niño pequeño. El fingir durante una temporada ser amable con ella no iba a matarme o a hacer que lo que sentía por ella cuando éramos niños resurgiese, por el amor de Dios, solo era algo que tenía que hacer para alcanzar mis objetivos.

—¿Y si me niego a hacerlo? —me preguntó—. Entonces, ¿lo de que consiga el puesto de segunda encargada del equipo deja de ser una opción?

Sí, pues claro que deja de ser una opción, quise soltarle, pero me mordí la lengua.

—Yo no diría que deja de ser una opción pero, si accedes a hacer esto, no solo será una opción, sino que además te la serviré en bandeja de plata, con una campana dorada y todo, me aseguraré de que consigas el puesto y te haré la vida tan fácil que, cuando tengas hijos en un futuro, les acabarás poniendo a todos mi nombre para agradecérmelo.

—Me cuesta mucho imaginarme ese escenario —comentó—, porque ¿tu segundo nombre no es Herbert?

—Descansa en paz, abuelo Herb, ni se te ocurra deshonrar su glorioso nombre —dije, sorprendido porque todavía se acordase de eso.

—Jamás osaría… Herb fue todo un referente —respondió, y juro que pude oírla esbozar una sonrisa al otro lado de la línea.

—¿Entonces…? —insistí.

Por favor, por favor, por favor.

—Mmmm —murmuró lentamente, como si de veras estuviese considerando sus opciones.

—¿Por fa? —añadí, por si acaso ayudaba en algo—. Te prometo

que no te arrepentirás.

—No hagas ninguna promesa que no estés seguro de poder cumplir —dijo—. Y te daré mi respuesta por la mañana.

—¿Qué te parece si voy a buscarte mañana para ir a clase? —solté, de repente, lanzando ofertas y palabras sin sentido al aire con la esperanza de que eso ayudase a convencerla de que aceptase mi propuesta.

—¿Estás seguro de que no vas a ponerte destrozar como un idiota el jardín del padre de Benji con tu coche cuando vengas a buscarme? —me preguntó.

—No puedo prometerte nada —repuse.

La oí suspirar con fuerza.

—Qué maduro…

Y entonces no pude seguir mordiéndome la lengua ni un segundo más.

—Lo que ha dicho ese imbécil de mierda antes es mentira, ¿no? ¿O en serio hablas con él por mensaje? —le pregunté.

Dani guardó silencio por un momento, pero después se limitó a responder:

—Te veré mañana por la mañana. No llegues tarde.

3. Y eres demasiado increíble para que yo sea tuyo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Dani

Solté un gruñido cuando me sonó el despertador, porque nunca había sido una persona especialmente de mañanas.

Para nada.

Después la apagué y me bajé de la cama de un salto porque quería tener un rato para «charlar» con mi madre antes de que viniese Alec a recogerme. Quería asegurarme de que no fuese a entrar como un tornado en la cocina y a tergiversar la historia, así que tenía que hablar con ella antes de que eso ocurriese.

—Buenos días —la saludé en cuanto entré en la cocina, dirigiéndome directamente hacia la despensa—. ¿Algún día usaremos la cocina de nuestro apartamento?

—Seguro que sí —respondió—. Pero es que esta es mucho más grande y luminosa, y la despensa siempre está llena. Y, como todavía no he podido ir a hacer la compra como Dios manda, prefiero usar la cocina que tiene comida a la que no.

—Vale, supongo que tienes razón —repuse, antes de sacar una bolsa de Donettes cubiertos de azúcar glas—. ¿Puedo comerme unos pocos?

—Claro —dijo.

—Solo quería asegurarme de que no fuesen del abuelo —comenté, porque mi madre *nunca* compraba esa clase de donuts diminutos y azucarados (aunque estaban riquísimos).

—Es tu abuelo, así que seguro que no le importa que comas lo que quieras de la despensa —repuso.

—Ah… —Me llevé la bolsa blanca a la mesa y me senté, todavía sin tener del todo claro si debía comérmelos o no.

—Por cierto… —Mi madre carraspeó con fuerza y me lanzó una mirada de lo más extraña—. ¿Has hablado con papá últimamente? ¿Sabes algo de él?

—¿Por qué? —le pregunté, y se me cerró el estómago de golpe.

—No sé… el otro día me mandó una nota de voz en la que fue muy amable conmigo, diciendo que éramos adultos y todo eso y que, por ti, quiere asegurarse de que tenemos una buena relación.

—Eso sería genial —respondí, aunque se me pusieron los pelos de punta porque, ¿qué narices estaba tramando? ¿Es que pretendía comerle la oreja antes de comentarle la posibilidad de que fuese a abandonarla para mudarme con él? No podía estar diciendo eso, ¿verdad? Al fin y al cabo, el otro día me había colgado en cuanto se había dado cuenta de que yo no estaba demasiado por la labor…

—Lo sería, pero me parece *demasiado* bueno como para ser cierto —comentó.

—Papá también puede ser amable de vez en cuando —repuse, aunque estaba de acuerdo con ella en que aquello era un poco raro.

—*Y una mierda* —soltó mi abuelo, con una tos falsa, al tiempo que entraba en la cocina.

Aquello me molestó, e iba a decirle algo al respecto, pero mamá se me adelantó.

—Papá, no.

—Solo estaba tosiendo —dijo, antes de acercarse a uno de los armarios para tomar su taza de todos los días, la misma taza de los North Stars que llevaba usando desde que yo era pequeña.

No sé qué se me pasó por la cabeza en ese momento, pero no pude seguir mordiéndome la lengua.

—¿Cuándo fue la última vez que le viste? —le pregunté—. ¿Hace cinco años? ¿Y antes de eso hablabais qué, una vez al año, dos como mucho? ¿En serio crees que lo conoces?

Aunque estaba enfadada con mi abuelo, se lo estaba preguntando en serio.

Él se cruzó de brazos y me observó con los ojos bien abiertos, como si mis preguntas le hubiesen pillado por sorpresa.

—Le conozco lo suficiente, créeme.

Vale…

—¿Te estás comiendo mis Donettes? —me preguntó, con las cejas enarcadas.

—Mamá me ha dicho que eran de todos.

—Si con ese de todos se refería a que son míos, sí —respondió en un gruñido.

—¿En serio no vas a compartir tus donuts con tu nieta? —le preguntó mamá, que parecía molesta.

—Si va a defender al imbécil con el que estabas casada, no.

—Contrólate, papá —le amenazó, girándose de nuevo hacia mí. Y entonces, como si pretendiese anticiparse a la respuesta sarcástica que estaba a punto de soltarle, añadió—. Pero ahora, volviendo a mi pregunta, ¿no has tenido ninguna conversación inusual con tu padre últimamente ni nada por el estilo? Lo conozco lo suficiente como para saber que cuando se pone así de amable conmigo normalmente es porque me está tendiendo alguna trampa o pretende convencerme de algo.

—*No* —mentí, tratando de sonar lo más despreocupada posible. La culpa me formó un nudo en el estómago, porque quería a mi madre más que a nadie. *No debería estar mintiéndole.*

Pero tampoco quería contarle lo que me había pedido papá que hiciese, ni de lo que habíamos hablado, porque ¿cómo se suponía que iba a hacerlo?

«Oye, papá está tanteando el terreno para ver si estoy dispuesta a mudarme a Omaha con él y a abandonarte, y en cierto modo cuando me lo planteó no le dije que no, porque quiero que se mude de vuelta a Estados Unidos para tenerlo cerca».

Ya, ni de broma.

Por eso me alegré tanto cuando oí cómo el ruidoso coche de Alec se detenía frente a la entrada, salvándome así de tener que seguir mintiendo. Me levanté de la mesa de un salto y tomé mi mochila.

—Hoy no voy a necesitar que me llevéis a clase porque Alec se ha ofrecido a venir a recogerme —dije, al tiempo que abría la nevera para tomar un Red Bull.

—¿Qué? —soltó mi madre, claramente sorprendida.

—Quién demonios es Alec —preguntó el abuelo Mick con ese tono suyo de «te estoy haciendo una pregunta que no es del todo una pregunta».

—Alec Barczewski, el hijo de Sarah y John —respondió mi madre, sin dejar de mirarme, como si estuviese tratando de comprender qué

estaba pasando.

El abuelo se quitó las gafas de lectura.

—¿Quién?

Me entraron ganas de poner los ojos en blanco, pero me contuve.

—¿Zeus? El chico que dijiste que te recordaba a ese tal Conners o Krampus o…

—Kronwall —repuso, doblando el periódico con un suspiro—. Niklas Kronwall. Los dos contratacan y golpean como…

De repente, llamaron a la puerta de la cocina, interrumpiendo la charla sobre hockey de mi abuelo.

Esperaba poder salir corriendo y evitar ese encuentro pero, visto lo visto, no iba a ser así. Abrí la puerta y, de nuevo, no estaba preparada para encontrarme cara a cara con Alec.

Llevaba puestos unos pantalones de chándal negros y una sudadera del Southview (nada fuera de lo común), pero no dejaba de sorprenderme lo alto que era. Yo medía un metro setenta, pero él me sacaba toda una *cabeza*.

Y además de ser alto estaba increíblemente fornido. Ya no era aquel niño delgaducho y desgarbado que solía ser mi mejor amigo.

—Buenos días, Collins —me saludó, sonriendo de oreja a oreja.

Olía muy bien, como si acabase de salir de la ducha, y yo tuve que llevarme una mano al estómago para tratar de contener las mariposas que alzaron el vuelo en mi interior al verle sonreírme así.

—Buenos días, Barczewski —dije—. Justo estábamos hablando de ti.

—No puedes dejar de hablar de mí a todas horas, ¿eh, Collins? —bromeó, recorriendo mi rostro con la mirada.

Solo es una actuación, me recordé, porque aunque sabía perfectamente que aquello no era más que una farsa, que solo estaba coqueteando conmigo porque teníamos público, ya estaba empezando a darme cuenta de que, si siempre era así de convincente, me iba a tener que recordar constantemente que aquello no era más que una enorme mentira.

Por *Dios*.

—En realidad, era él quien estaba hablando de ti —repuse, señalando la mesa a mi espalda—. Mi abuelo cree que contratacas y

golpeas como un caracol.

Fue muy gracioso cómo la expresión de Alec cambió en cuanto echó un vistazo a mi espalda, clavando la mirada en mi abuelo. Ese brillo coqueto que le había iluminado los ojos marrones cuando me había visto abrir la puerta desapareció y, de repente, volvió a ser solo un niño pequeño y nervioso, un niño que no tenía ni idea de qué decir.

Me fijé en cómo la nuez se deslizaba por su cuello al tragar con fuerza y no pude evitar quedarme mirando ese punto durante un buen rato, hipnotizada por el movimiento.

El abuelo Mick negó con la cabeza, como si creyese que me estaba comportando como una idiota.

—Por el amor de Dios, he dicho que contratacas y golpeas como *Kronwall* —me corrigió.

—Ah. —Alec se quedó mirándolo como si no tuviese *ni la menor idea* de qué se suponía que debía decir después de que mi abuelo le hubiese echado un cumplido —. Gracias.

—Oye, cariño —le dijo mi madre a Alec, con una sonrisa de oreja a oreja—. Gracias por llevarla hoy a clase.

—Supuse que necesitarías un descanso de esta de aquí —repuso, de nuevo, con ese tonito sarcástico y coqueto.

—Deberíamos irnos —dije, pasando la mirada de él a mi madre alternativamente, después de ver que esta segunda estaba *sonriendo encantada*.

—¿Llevas todo lo que necesitas? —me preguntó—. ¿Tienes dinero para el almuerzo?

—Sí —respondí, y no pude evitar fijarme en cómo me miraba Alec, como si supiese que me estaba guardando el dinero que mi madre me daba para el almuerzo y evitando pisar la cafetería todos los días.

—Mándame luego un mensaje para contarme qué tal todo —me pidió mi madre, antes de darme un fuerte abrazo.

—Lo haré. —Respiré hondo, sintiéndome como una cría al llenarme los pulmones con su colonia Eternity, la misma que llevaba usando desde que era pequeña, y deseando poder quedarme en casa con ella en vez de tener que ir a clase.

—¿Estáis preparados para esta noche? —preguntó mi abuelo, sin rastro de calidez en la voz.

Me estaba apartando de mamá justo cuando vi a Alec responderle con un asentimiento de cabeza.

—A los de Eagan les está yendo bastante bien últimamente, pero siempre y cuando nos centremos en nuestro juego, no deberían suponernos ningún problema.

—Claro, esta noche hay *otro* partido —gruñí—. Por favor, dime que no va a haber otra concentración.

—No, con la del otro día ya nos damos por satisfechos para lo que queda de temporada, así que estás a salvo, no te preocupes.

—Gracias a Dios.

Alec me sujetó la puerta al salir y, en cuanto el aire gélido de invierno me golpeó en la cara, me empecé a poner nerviosa de verdad porque, ¿qué estaba haciendo?

¿En serio íbamos a hacerlo?

Y también… ¿qué narices era esa chatarra que conducía Alec?

Era un coche plateado, pero el parachoques y uno de los paneles laterales eran negros, como si fuesen piezas sueltas que le hubiesen quitado a otro coche para ponérselas a ese.

Y también le faltaba el espejo del copiloto.

A mí los coches me daban igual, pero pensaba que alguien tan elegante y sofisticado como «Zeus» conduciría una especie de camioneta enorme a la que llamase «el atrapa nenas» o algo así.

—No juzgues a Burrito —me dijo, al tiempo que me abría la puerta del copiloto—. No es muy guapa, pero nunca me ha fallado.

—Es más de lo que yo tengo, así que no la juzgo —repuse. No había tenido ningún buen motivo para sacarme el carnet cuando vivíamos en Ramstein, así que seguía siendo como una niña pequeña, sin coche ni perspectivas de tenerlo algún día.

—Buenos días, Dani —oí que alguien me saludaba y, cuando me di la vuelta, me encontré a Benji sonriendo, de pie junto a su Maserati en marcha, que estaba parado frente a la entrada de su casa.

—Ah, hola, Ben —le saludé, un tanto incómoda después de lo que había ocurrido la otra noche.

—Hola, *Benji* —le dijo Alec, dedicándole a mi vecino una sonrisa

burlona propia de un imbécil—. ¿Todos los Cadetes conducen coches de capullos o solo tú?

—No todos podemos conducir chatarras con partes de otros coches pegadas con cinta aislante, colega.

—No soy tu colega, capullo —soltó Alec, antes de subirse al coche y cerrar la puerta de un portazo.

Ninguno de los dos dijo nada mientras salía marcha atrás por el camino de la entrada y, por un momento, me quedé atónita al darme cuenta de que estaba sonando «Dopamine» por la radio, porque me *encantaba* esa canción. Pero por lo que yo sabía, aquella canción no era tan conocida como para que la pusiesen por la radio, lo que significaba que… ¿Es que *a él* también le gustaba esa canción?

¡Céntrate, Dani!

Traté de encontrar algún tema de conversación, para intentar aliviar la tensión que surgía de su cuerpo por culpa del encontronazo matutino con Benji, pero también porque se me habían ocurrido unas cuantas normas que me gustaría comentar con él acerca de nuestra «relación falsa».

Abrí la boca para decir algo pero Alec se me adelantó.

—Por cierto, ¿te encuentras bien?

Me volví para observar su perfil, porque él no apartó la vista de la carretera en ningún momento, sin tener ni idea de qué estaba hablando.

—¿Qué?

Se giró para mirarme durante un segundo, recorriendo mi rostro con aquellos ojos oscuros, antes de volver a clavarlos en la carretera.

—Por lo que te dijo el coronel ayer, parecías muy triste, ¿estás mejor ya?

Ah.

—Ah, sí, supongo —repuse, encogiéndome de hombros, porque me sorprendió que me estuviese preguntando al respecto—. Supongo que solo estaba siendo… ya sabes, *mi padre*, como siempre.

Alec se volvió a mirarme como si comprendiese perfectamente lo

que le quería decir con eso, pero antes de que pudiese preguntarme nada más al respecto, le interrumpí.

—Escucha. He estado dándole vueltas a tu propuesta y tengo una contraoferta que hacerte.

—¿Ah, sí? —Se volvió a mirarme de nuevo, y lo que vio en mi expresión debió de resultarle intimidante o algo así, porque entonces añadió—: Oh, Dios mío...

—Sí, probablemente *deberías* rezarle un poco.

Anoche casi no había pegado ojo porque no podía dejar de darle vueltas a lo que Alec había comentado sobre que todo el instituto se acabaría enterando de que los entrenadores nos habían pillado a solas en el vestuario.

Y, si eso era cierto, estaba jodida.

Porque Alec era un chico popular, y la mitad de las chicas de nuestro instituto querían salir con él, así que el que corriese el rumor de que habíamos estado *a solas* en el vestuario haciendo a saber qué iba a hacer que todas esas chicas empezasen a odiarme.

Por eso el fingir que éramos pareja se había convertido en un mal necesario, sobre todo si quería evitar convertirme en una especie de paria social.

Aunque solo accedería a hacerlo si él aceptaba mis condiciones.

—Este es el tema. Por mucho que no quiera hacerlo, siento que *no* tengo otra opción.

Alec se volvió a mirarme sorprendido.

—¿En serio? ¿Me estás diciendo que me vas a ayudar?

—No lo hago por ti —dije, asegurándome de que le quedaba bien claro que no pensaba volverme la novia falsa ideal, que estuviese a su total disposición a todas horas y todos los días de la semana—. Lo que ocurre es que sé que, por muy triste que sea, todo el mundo va a hablar de mí. Lo más probable es que a estas alturas ya haya corrido el rumor de lo que los entrenadores creyeron ver ayer en el vestuario.

—Sí, probablemente —repuso, lo que hizo que se me revolviese el estómago.

Porque ojalá aquello no hubiese sido cierto.

—Entonces, volviendo a lo que dijiste anoche, prefiero que piensen

que somos dos amigos de la infancia que sienten algo el uno por el otro y que ahora nos hemos vuelto a encontrar, en vez de que crean que soy la chica nueva a la que le gusta hacer manitas con los jugadores de hockey en el vestuario después del entrenamiento en su primera semana de clases.

—¿En serio acabas de decir «hacer manitas»? —me preguntó, con una sonrisa divertida.

—Da igual, ya sabes lo que quiero decir. ¿Te importaría centrarte en lo importante?

—Vale —repuso—. Lo que me estás queriendo decir es que, el que finjamos estar juntos, también te beneficiaría a ti, ¿no?

—Sí, pero me gustaría pedirte algo más antes de aceptar —dije, nerviosa, porque cabía la posibilidad de que se negase en cuanto expusiese mis condiciones.

—¿El qué? —me preguntó, antes de dar el intermitente para girar hacia el instituto.

Lo que significaba que tenía que decírselo ya, y rápido.

—Bueno, podemos fingir que tenemos una relación casual y nada más, pero necesito que me prometas que esta farsa va a durar al menos hasta que termine el curso —le pedí, añadiendo rápidamente —. No es porque quiera asegurarme de ser yo quien lleve las riendas ni nada por el estilo, pero necesito…

—*Sí* que estás loquita por mí —comentó, esbozando una media sonrisa burlona, y no pude evitar alegrarme de que estuviese bromeando al respecto.

Me gustaba estar con él cuando se comportaba así.

—No, no, nada de eso, pero necesito que aceptes esa única condición —le dije—. Quiero ser yo quien tenga la última palabra sobre cuándo romperemos. Quiero que aceptes que fingirás ser mi novio hasta que yo diga que hemos acabado, incluso aunque eso nos obligue a estar juntos durante un tiempo. Como hasta… la graduación.

Soltó una especie de carcajada ahogada, como si creyese que estaba bromeando, al tiempo que se detenía en un semáforo en rojo y se volvía hacia mí para prestarme toda su atención.

—¿Quieres que finjamos ser pareja durante *tres meses*?

—No es que lo *quiera*, qué asco… —repuse a la defensiva—, pero creo que deberíamos hacerlo.

—¿Por qué crees que debe…?

—Porque, cuando una pareja rompe, la chica siempre es la que más sale perdiendo, ¿vale? —solté. Puede que fuese una mierda, pero era cierto—. Con este acuerdo, me ofreces cierto colchón social que, al ser la nueva, no tengo, así podré ir a donde quiera y formar parte de tu mágico grupo de amigos, y todo eso, pero ¿qué pasa si decides romper conmigo dentro de unas semanas, cuando yo todavía no haya tenido tiempo de hacer amigos propios? Entonces *tus* amigos empezarán a hablar mal de mí y quizás mi reputación acabe incluso peor de lo que estaría si no hubiese accedido a fingir ser tu novia.

—Mis amigos no son malas personas, jamás harían algo así —dijo, restándole importancia como si pensase que estaba siendo ridícula.

—Oh, pues claro que lo harían —insistí, porque sabía por experiencia propia lo rápido que podía cambiar la gente—. Pero lo que quiero decir con todo esto es que no pienso fingir ser tu novia a menos que me garantices que nuestra relación falsa no se acabará hasta que yo decida que se ha acabado.

Parezco una loca diciéndolo así…

—Pero… —Frunció el ceño con fuerza—. ¿Y si uno de los dos quiere salir en serio con otra persona?

Sabía que eso supondría un problema. Zeus, el rey de la fiesta, no iba a aceptar la opción de no ligar con nadie en los próximos meses.

—Sé que no es lo ideal, pero es la única manera.

—¿No podemos simplemente empezar a fingir y ver qué tal va todo? —me preguntó.

—Esta es la única opción.

—No es que quiera hacer de abogado del diablo *contigo* —dijo, y sonaba como si pensase que estaba siendo ridícula—, pero ¿cómo sabes que no voy a aceptar tus condiciones y a dejarte dentro de un mes si empiezas a ser una molestia?

Estupendo.

—Porque, si lo haces —repuse, armándome de todo valor—, le diré a todo el mundo, incluyendo a mi abuelo y todos los hombres que

conoce que sean alguien dentro del mundo del hockey, que todo era mentira y que estábamos fingiendo ser pareja para limpiar tu imagen.

—Vaya. —Se giró hacia mí y, por la forma en que me miró, me quedó bien claro que lo había tomado por sorpresa—. ¿En serio serías capaz de hacer algo así?

—A ver, no me gustaría tener que llegar a eso —repuse, encogiéndome de hombros, y me sentí como si fuese la mayor capulla del mundo, pero sabía que aquella era la única manera de que todo saliese bien.

—Ajá —soltó, antes de volverse de nuevo hacia la carretera, y por un momento deseé poder leerle la mente.

¿Lo vamos a hacer o no?

Cuando por fin llegamos al instituto y nos encaminamos hacia la entrada, Alec todavía no me había dado una respuesta. Y eso me estaba matando. ¿Estaba de acuerdo con mis condiciones?

Pero entonces, cuando rodeó el pomo, obtuve mi respuesta.

—Déjame preguntarte algo —me dijo en un susurro, echando un vistazo a su espalda para asegurarse de que no había nadie cerca que pudiese oírnos—. ¿Quieres que demos la noticia poco a poco o de golpe y que vayamos a saco?

—Entonces, ¿vamos a hacerlo de verdad? —le pregunté, y el viento frío del invierno me provocó un escalofrío.

—Sí —repuso, con esos ojos oscuros clavados en los míos—. Así que dime, ¿cómo va a ser?

No tenía ni idea de qué era lo que me estaba queriendo preguntar, porque solo íbamos a entrar en el instituto juntos, tampoco es como si fuésemos a publicar la noticia en los periódicos o algo así, ¿no?

—Supongo que tú decides.

—Muy bien. —Me fijé en cómo apretaba ligeramente la mandíbula al mirarme, y entonces abrió la puerta y me hizo un gesto para invitarme a entrar yo primero.

—¿Y bien…? —le dije, volviéndome a mirarle al tiempo que me adentraba en el instituto, mientras él me sujetaba la puerta—. ¿Qué quieres hacer?

—Lo que siempre hago —repuso—. Ir a saco a por todas.

Bajé la mirada cuando noté cómo me agarraba la mano, entrelazando nuestros dedos. Después alcé la vista hacia su rostro y me encontré con que él ya me estaba mirando, como si estuviese esperando a que diese yo el siguiente paso. De alguna forma, supe que si le decía que aquello no me gustaba, se alejaría de mí sin rechistar, pero no sabía qué hacer.

Porque la forma en que me estaba dando la mano me asustaba.

El corazón comenzó a latirme acelerado al darme cuenta de lo que estábamos haciendo, rodeados por todos nuestros compañeros que estaban entrando en el instituto al mismo tiempo, juntándose por los pasillos con sus amigos y formando pequeños grupos, con los ruidos de sus conversaciones resonando a nuestro alrededor. ¿Qué iban a pensar cuando nos viesen? ¿Qué iba a pasar? ¿De verdad quería hacerlo?

El pánico comenzó a apoderarse de mí.

Pero entonces Alec me dio un ligero apretón en la mano, como si estuviese tratando de darme ánimos.

Asentí con la cabeza, en un intento silencioso por hacerle saber que me parecía bien que fuésemos a saco con eso de anunciarle a todo el mundo que estábamos juntos.

—Hagámoslo, Collins —murmuró, y entonces echó a andar, tirando de mí para que caminase a su lado. Nerviosa, dejé que me arrastrase por el pasillo, siendo demasiado consciente de que todos nos estaban mirando.

Porque Alec me estaba dando la mano como si fuese mi novio, no como un simple amigo.

Aquella era toda una declaración de intenciones.

—Por cierto —dijo, tirando de mí para pegarme un poco más a él. Fue un gesto juguetón, incluso coqueto, y después me lanzó una mirada burlona—. Me encanta este abrigo. Es muy mono.

—¿Te gusta mi abrigo? —le pregunté, bajando la mirada hacia él.

—Sí. Me recuerda al que llevabas puesto en la foto que os sacasteis las navidades que vivíais en Utah.

—¿Me estás diciendo que mi abrigo te recuerda a la chaqueta *de borrego* que solía usar en tercero de primaria? —le pregunté, con una carcajada—. Me había olvidado de ese abrigo. De pequeña *me*

encantaba.

—Parecen igual de suaves —comentó, antes de soltarme la mano para agarrarme de la manga y tirar de mí hacia su pecho—. Pero esa bufanda que llevas es ridícula. —Señaló con la cabeza la enorme bufanda de punto que me rodeaba cuello—. Te vistes como si estuvieses en la Antártida.

—Porque me *siento* como si estuviese en la Antártida del frío que hace —repuse—. Creo que mi cuerpo lleva congelado desde el mismo instante en que cruzamos el cartel del pueblo.

—Es que eres muy blandita —dijo, negando con la cabeza, como si le pareciese ridículo.

—¿Qué es muy blandito? —oí que preguntaba Vinny, cuando Richie y él aparecieron de repente junto a nosotros.

—Ella —respondió Alec, dándome un golpecito con el hombro y esbozando una sonrisa—. Dani se viste siempre como si hiciesen menos cuarenta y cinco grados fuera y siempre que le toca salir a la calle, por ejemplo para bajarse del coche, echa a correr para ponerse a cubierto cuanto antes y resguardarse del frío. Es súper blandita y delicada —eso último lo dijo en un susurro, en tono burlón, con su aliento haciéndome cosquillas en la oreja.

Por Dios.

—Te acabarás acostumbrando —comentó Vinny, observándonos con una ceja enarcada, mientras que Richie se mordía el labio inferior para tratar de contener una sonrisa divertida al ver a su amigo ligar conmigo tan abiertamente.

Alec me lanzó una mirada cargada de… *algo* que me hizo sonrojar. Sabía perfectamente que aquello no era más que una actuación, pero aun así cientos de mariposas alzaron el vuelo en mi interior solo por la forma en que me estaba mirando.

Dios, está claro que Alec, cuando coquetea, va a por todas, y no sé si voy a poder soportarlo.

—Escucha —solté, de repente (quizás demasiado alto)—. Tengo que irme a buscar un par de cosas en mi taquilla, y no quiero llegar tarde a clase, así que, nos vemos luego. —No estaba segura de si se lo estaba diciendo solo a Alec o a los tres.

—¿Quedamos en la biblioteca para almorzar? —me preguntó él,

mirándome fijamente a los ojos al tiempo que subía una mano hacia mi cuello y tomaba el extremo de mi bufanda con delicadeza. Ninguno de los dos pudo apartar la mirada del otro mientras me la quitaba lentamente, rozándome la piel con los nudillos al desenrollarla.

¿Qué está haciendo?

Un escalofrío me bajó por la espalda. Un escalofrío que, o bien se debía al aire gélido que de repente me acarició la garganta o a la forma en que parecía estar quitándome descaradamente una capa tras otra sin dejar de mirarme de *esa* manera. No lo sabía.

Pero lo que sí tenía claro era que Alec me estaba desafiando con la mirada, retándome sin mediar palabra a que hiciese algo, porque habría reconocido esa expresión en cualquier parte. Puede que ahora fuese *Zeus*, pero mi antiguo mejor amigo, mi Alec, me había mirado así cientos de veces.

Normalmente después de retarme a hacer algo, como si quisiese decirme: «no hay huevos», pero sin decirlo en voz alta

Así que alcé la cabeza, orgullosa, y le arrebaté la bufanda de las manos antes de decir:

—Tenemos una cita, *Zeus*.

CAPÍTULO VEINTE

Alec

Yo: He oído que últimamente las chicas guais quedan en la biblioteca. ¿Es cierto?

Vi a Dani sacar su teléfono del bolsillo y bajar la mirada hacia la pantalla para leer mi mensaje, y entonces… *Dios*… sus labios brillantes se curvaron al esbozar una sonrisa mientras me respondía.

Dani: Yo he oído el mismo rumor, así que voy a decir que ES CIERTO.

No debería gustarme tanto verla sonreír, al fin y al cabo, *seguía siendo* mi ex mejor amiga de mierda, pero hoy me tenía que concentrar solo en convencerla como fuera de que me ayudase, así que eso era lo único que me importaba.

Hasta la graduación.

Todavía no me podía creer que hubiese sugerido eso, aunque supongo que su razonamiento tenía sentido.

Pero también me parecía increíblemente triste.

Si yo hubiese estado en su lugar, jamás se me habría ocurrido que la gente podría volverse en mi contra después de romper con mi novia falsa. Nunca habría pensado tan a largo plazo porque, según mi experiencia, la gente no solía ser borde con alguien así porque sí, al menos, no en la mayoría de los casos.

Pero estaba claro que ella había tenido una experiencia completamente distinta.

Respondí: También he oído que a los tíos buenos les gusta pasarse por allí de vez en cuando…

Dani seguía sonriendo cuando me escribió: Solo los imbéciles creídos se llaman a sí mismos tíos buenos.

Ahí está, la antigua Dani.

Le respondí: OYE. COLLINS. Yo solo estaba comentándote algo que he oído por los pasillos. Jamás me llamaría a mí mismo un tío bueno. Además… y aunque esto no tiene nada que ver… acabo de entrar en la biblioteca.

Aquello la hizo alzar la cabeza al momento y, cuando nuestras miradas se encontraron, esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

Y vaya… su sonrisa seguía siendo tal y como la recordaba.

Me puse un tanto… *nervioso* al acercarme a su mesa.

—¿Ya has comido? —me preguntó, subiéndose las gafas al tiempo que yo me dejaba caer en la silla que había frente a ella.

No sé, ¿qué es eso de comer?

—No tengo hambre.

Dani frunció el ceño, probablemente porque eso en realidad tampoco respondía a su pregunta.

—¿Y *te apetece* pasar la hora del almuerzo en la biblioteca en vez de en la cafetería?

Eso creo, sí.

—Sí. Tengo ganas de encontrar un buen libro.

—Un buen libro. —Aquello la hizo dejar a un lado *El hombre invisible*—. ¿Es que los de historia que sacaste el otro día no te han gustado?

¿Los que saqué sin siquiera mirar de qué iban porque lo único en lo que estaba pensando era en qué podías estar haciendo tú en la biblioteca?

—Esos eran para clase. Me apetece sacar un libro para leer por diversión, para pasar el rato.

Me observó con los ojos entrecerrados.

—¿Quieres que te ayude? —me preguntó.

Solté una sonora carcajada al acordarme de todas las mañanas de verano que habíamos pasado en la biblioteca. Ella siempre se emocionaba muchísimo ante la posibilidad de encontrar una nueva lectura, mientras que yo solo la acompañaba para jugar al *Fornite* en uno de los ordenadores públicos.

Pero, para complacer a mi madre, Dani siempre acababa encontrándome algún libro para que pudiese llevarme yo también a

casa.

—Adelante, Collins, encuéntrame un libro.

—Ven. —Dejó todas sus cosas sobre la mesa y me pidió que la acompañase con un gesto de la mano. El aroma de su perfume era como la cuerda que me mantenía atado a ella, arrastrándome a su espalda, guiándome por el olfato, y tuve que carraspear con fuerza para sacarme esa imagen de la cabeza, porque no podía permitirme el lujo de perder la concentración en este momento.

—*Billy Summers* —dijo, mientras se deslizaba entre las estanterías como si tuviese un objetivo en mente.

—En realidad me llamo Alec Barczewski —repliqué mientras la seguía.

—Anda, déjate de chistes malos —murmuró, sin detenerse hasta que llegamos a la que era claramente la sección de Stephen King. Entonces Dani se paró frente a una de las estanterías y sacó un tomo bastante grueso—. *Billy Summers* es uno de los mejores libros que he leído en mi vida. Tienes que leerlo. Sé que te encantará.

—Vale —repuse—. Lo empezaré esta noche.

—¿Ni siquiera vas a leer la sinopsis? —me preguntó, como si pensase que me había vuelto loco—. ¿Para ver si te llama la atención?

Era ridículo lo muchísimo que me gustaba el sacarle toda una cabeza ahora. Era como una especie de prueba física de que nuestra dinámica había cambiado, un recordatorio de que ya nada era igual.

—No, confío en ti —dije—. Eres la única en la que siempre he confiado para que me elija los libros de la biblioteca.

Aquello la hizo fruncir ligeramente el ceño.

—Vamos a leer un rato.

Regresamos a la mesa y me costó todo un mundo concentrarme en la lectura y no en su aroma, que me estaba volviendo loco, o en sus rizos rubios, que podía ver de reojo. Su perfume me recordó al olor del zumo de manzana, con un ligero toque floral, y aquella combinación me estaba haciendo perder la cabeza.

Era increíblemente molesto.

Probé a ponerme uno de los AirPods para concentrarme en cualquier cosa que no fuese ella, pero cada canción que empezaba a

reproducirse de forma aleatoria hablaba de esa chica de la casa de al lado («Famous», «Gateway Drug», «Picasso»), así que al final acabé quitándomelo.

Pero en cuanto logré concentrarme en el libro que tenía delante, la historia me enganchó.

Dani tenía razón.

—Psss —susurró unos minutos más tarde y, cuando alcé la mirada, me la encontré tendiéndome una barrita de cereales—. Cómete esto.

—¿Por qué? —le pregunté, porque no entendía por qué me estaba dando algo para comer.

—Porque he oído cómo te rugía el estómago y luego tienes un partido que jugar, y estoy bastante segura de que te has saltado el almuerzo por estar aquí conmigo —repuso.

—No te lo tengas tan creído, Collins —dije, dedicándole una sonrisa exagerada—. Jamás me saltaría el almuerzo por ti ni por nadie. Pero aceptaré la barrita que me ofreces y me la comeré porque, por algún extraño motivo, me muero de hambre.

Aquello la hizo reír, una carcajada suave que no hizo nada para ayudarme a volver a concentrarme en el libro y no en ella.

—¿Sabes? —comentó, bajando la voz e inclinándose hacia mí sobre la mesa—. Aquí no hay prácticamente nadie, así que no tienes por qué malgastar tu hora del almuerzo conmigo cuando no pueden vernos.

Quiere que me vaya.

—Lo sé, pero si vamos a hacer esto, nuestra relación debe tener cierto toque de autenticidad, ¿no crees? —le pregunté—. Tenemos que pasar tiempo juntos si queremos que esto funcione.

—¿Supongo…? —Se encogió de hombros—. No tengo ni idea.

—Yo tampoco —repuse, y aquello nos hizo sonreír a los dos porque *pues claro* que ninguno teníamos ni idea de cómo se suponía que debíamos fingir que estábamos saliendo juntos. Porque, ¿quién hacía algo así?—. Pero, confía en mí, aunque nadie nos esté viendo ahora mismo, todos están pendientes de nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno —dije, dándole un mordisco a la barrita—. Richie y Vinny no se podían creer que fuese a saltarme el almuerzo para pasar el

rato en la biblioteca, así que te aseguro que en cuanto se sentaron a la mesa a comer empezaron a hablar sobre el hecho de que prefiero pasar esta hora contigo en la biblioteca, donde está prohibido comer, que con ellos en la cafetería.

—Ah. —Se mordió el labio inferior, y fui plenamente consciente de que en ese momento su cabeza iba a mil por hora.

—Sé que de normal se dice que las chicas con mucho más cotillas que los chicos —comenté—. Pero, créeme, a nadie le gusta más un cotilleo jugoso que a esos dos. Siempre quieren estar al tanto de todo y de la vida de todos.

—Entiendo. Por cierto —dijo, inclinándose un poco más hacia mí y bajando la voz hasta que no fue más que un ligero susurro—. ¿Has oído algún rumor sobre lo del vestuario? ¿A alguien hablando del tema?

Me observó con los ojos bien abiertos mientras esperaba a que respondiese, pero yo no sabía qué decir.

Porque, para empezar, el que me estuviese hablando en susurros, tan cerca, con su aroma a zumo de manzana y flores frescas impregnándolo todo, estaba haciendo que me costase concentrarme en nada más. Pero también porque, en realidad, tampoco me había parado a pensar demasiado en eso y, si era completamente sincero, estaba empezando a creer que *quizás* lo que los entrenadores creían haber visto en el vestuario jamás iba a convertirse en un rumor.

Pero, si Dani lo supiera, ¿se echaría atrás con nuestro plan?

—Estoy seguro de que algunos de los chicos ya se han enterado, pero todavía no ha empezado a correr el rumor por todo el instituto.

Lo que *en realidad* no era mentira, al menos, no del todo, porque Gordy y los entrenadores también eran chicos, ¿no?

—Gracias a Dios —repuso, y después volvió a tomar su libro y retomó la lectura.

El resto de la hora del almuerzo se me pasó volando, y he de admitir que el venirme a estar en la biblioteca con Dani resultó ser un agradable respiro del caos que siempre reinaba en la cafetería y al que ya me había acostumbrado, por eso también estaría mintiendo si no dijese que también me sentí un tanto decepcionado cuando sonó el timbre, marcando el fin del descanso.

Esperé a Dani mientras ella guardaba los libros en su mochila, para que pudiésemos irnos juntos a clase.

—¿Vas a pasar por tu taquilla antes de clase? —le pregunté en cuanto salimos al ruidoso pasillo, porque yo necesitaba ir a buscar algo a la mía.

—No, en realidad voy para allá —dijo, señalando hacia el pasillo sur.

Me incliné hacia ella porque ahora era muy bajita y me costaba oírla por encima del ruido y los gritos que reinaban en el pasillo abarrotado.

—Mierda —solté—, voy a tener que aprenderme tu horario, ¿verdad?

Dani me miró como si se muriese de ganas por sonreír, con las comisuras de los ojos arrugándosele, pero se contuvo.

—No le des más trabajo a ese cerebro tuyo y concéntrate solo en el hockey, Zeus. Confía en mí, yo me encargaré de decirte dónde tienes que estar y cuándo.

Al final, quedamos en reunirnos frente a su taquilla después de clase y cada uno nos fuimos por nuestro lado pero, cuando bajé la mirada hacia el papelito que llevaba en la mano, donde me había dejado escrito su número de taquilla, se me ocurrió una idea brillante.

La mejor manera de asegurarme de que no fuese a echarse atrás con nuestro trato era demostrarle que nos lo íbamos a pasar muy bien juntos, ¿no? Que no solo conseguiría que la aceptasen en Harvard, sino que también lograría hacer amigos que le durasen toda la vida, algo que el tener que mudarse constantemente le había impedido hacer.

Tenía que esforzarme por hacerle ver que esto podía ser muy divertido.

Cuando éramos pequeños, Dani siempre estaba dispuesta a apuntarse a cualquier plan en el que pudiese pasárselo bien, y quizás podría ser divertido ver si lograba que Zeus también acabase cayéndole bien, y no solo Alec.

Le mandé un mensaje a la prima de mi madre, que resultaba ser también la técnico de mantenimiento del instituto.

Yo: Necesito un favor. ¿Estás en tu despacho?

CAPÍTULO VEINTIUNO

Dani

Así que no estoy segura de si debería ir o no.

Cassie estaba a mi lado, junto a mi taquilla, mientras yo metía el código en el candado, intentando que la ayudase a decidir si debería salir con un chico al que yo no conocía de nada. No sabía qué decirle, pero por lo menos había dejado de hacerme preguntas sobre por qué no estaba *segura* de si había conseguido el puesto como segunda encargada del equipo o no, así que solo por eso estaba más que dispuesta a seguir hablando de alguien a quien no conocía, incluso todo el santo día si hacía falta.

Y, además, en cierto modo me gustaba que me estuviese pidiendo consejo.

Como si fuésemos amigas de toda la vida.

—Por lo que me has dicho parece un chico bastante simpático —comenté, mientras levantaba el pestillo de mi taquilla—. Pero ¿tenéis química cuando estáis juntos? ¿Cuando os quedáis a solas os acabáis sumiendo en un silencio incómodo o es alguien con quien…?

Ositos de gominola.

Dejé de hablar de golpe porque, cuando abrí la puerta de la taquilla, una bolsa de ositos de gominola se cayó de repente de la balda superior, colgando de lo que parecía una especie de cordel.

—¿Qué narices es eso? —Cassie alargó la mano y tomó la bolsa de gominolas para poder leer mejor la nota que alguien le había pegado encima.

Collins:

No sé si aún sigues devorando los ositos de gominola como si alguien fuese a robártelos, pero

los he visto en la máquina expendedora y me he acordado de ti.

—A

P.D.: Mi libro huele a ti y soy incapaz de concentrarme en nada más que en tu olor

Oh, vaya.

Me quedé mirando fijamente aquella nota y no pude creerme lo que estaba viendo. Cientos de pensamientos confusos y caóticos se agolparon en mi cabeza, porque aquello no tenía ningún sentido.

Todavía se acuerda de que me vuelven loca los ositos de gominola.

Está claro que el Southview tiene serios problemas de seguridad si Alec ha podido abrir mi taquilla sin que le diese el código.

Tiene una letra bastante bonita.

¿En serio le gusta cómo huelo?

Esto es un detalle increíblemente considerado.

Esto no es más que una actuación.

—Vale, Dani —soltó Cassie, al tiempo que dejaba caer la bolsa de ositos de gominola y se volvía a mirarme con los ojos y la boca abiertos de par en par—. ¿Qué narices está pasando aquí? ¿Quién te ha metido esto en la taquilla?

—Yo… eh… creo que…

—Porque, vamos a ver, todavía no conoces a mucha gente aquí, salvo a Zeu… por Dios, *¿Zeus?* —gritó, en cuanto se dio cuenta de quién era el responsable de aquello, agarrándome con fuerza de los hombros—. ¡Creía que solo erais antiguos amigos! Pero si tú misma me dijiste que ahora erais prácticamente un par de desconocidos, ¿no?

No sabía qué se suponía que debía hacer. Por una parte, me gustaba que estuviese siendo tan sencillo convencer a todo el mundo de que Alec y yo estábamos juntos y, por otra, estaba aterrada, porque en realidad no quería tener que engañar a nadie.

—Shhhh —dije, al tiempo que descolgaba la bolsa de ositos de

gominola e intentaba no sonreír, aunque no lo conseguí—. Tampoco es para tanto —añadí, bajando la voz—. Sí que *éramos* prácticamente un par de desconocidos, pero entonces empezamos a hablar y… reconectamos, supongo. Solo somos, eh… dos viejos amigos que están poniéndose al día, nada más.

—Ya, claro.

—Lo digo en serio.

—Pero *joder*, tía —soltó, sacudiéndome por los hombros—. ¿Ya le has dado el código de tu taquilla?

—No —respondí, encogiéndome de hombros y negando la cabeza, porque el que Alec tuviese el código de mi taquilla me resultaba ciertamente preocupante—. No tengo ni idea de cómo ha podido conseguirlo.

—Qué bonito —repuso Cassie, sonriendo.

—O menudo delincuente, más bien. Ha forzado la cerradura de mi taquilla.

—Pero solo porque quería asegurarse de que tuvieses tus ositos de gominola —añadió con voz cantarina—. Ese chico va por ahí cometiendo delitos por ti.

Aquello me hizo reír y, por un momento, deseé poder contarle la verdad.

Pero no confiaba en ella lo suficiente como para estar segura de que fuese a guardarme el secreto, aún no.

¿Y por qué me había puesto tan nerviosa y feliz porque Alec se hubiese acordado de lo de los ositos de gominola si lo nuestro ni siquiera era real?

Justo en ese momento sonó el timbre, lo que significaba que teníamos dos minutos antes de que empezase nuestra siguiente clase.

—Te veo luego —dijo Cassie, antes de salir corriendo en dirección contraria, al tiempo que yo sacaba mi teléfono móvil del bolsillo.

Yo: Gracias por los ositos de gominola.

Le escribí a Alec.

Él no tardó nada en responderme.

Alec: Es imposible que yo vea una bolsa de gominolas de cualquier tipo y no me acuerde de ti.

El hecho de que todavía se acordase de aquello me hizo sonreír.

Después de eso me resultó muy difícil concentrarme en nada más, porque tenía los nervios a flor de piel. Jugar a esto con Alec estaba resultando ser bastante divertido, y no había esperado que fuese así. Cuando nos sumíamos en ese pequeño mundo en el que fingíamos ser pareja, el nuevo Alec me recordaba demasiado al antiguo, y una pequeña parte de mí quería recuperar a ese Alec, porque echaba de menos a mi mejor amigo.

Pero necesitaba recordar que ese Alec ya no existía.

Que sí, puede que el nuevo Alec también fuese divertido, pero ahora era Zeus, el dios del hockey, un chico en el que jamás podría confiar.

Sin embargo, no olvidarme de ese pequeño detalle resultó ser más complicado de lo que pensaba, porque era bastante entretenido coquetear con él, aunque todo formase parte de una actuación. Después de la sexta clase del día, apareció junto a mi taquilla acompañado por Vinny y Richie, solo para saludarme y ver si ya me había comido toda la bolsa de ositos de gominola (evidentemente, sí, lo que le hizo sonreír como si creyese que era adorable), y cuando nos encontramos allí también después de clase, me quitó la bufanda de las manos y se encargó de ponérmela él personalmente, como si fuese un padre preocupado por su hija, antes de que esta saliese a jugar con la nieve.

No pude evitar soltar una sonora carcajada ante aquel gesto, y después me reí un poco más cuando sacó su gorro de Southview del bolsillo de su abrigo y me lo puso en la cabeza con ambas manos.

—Se pierde mucho calor por la cabeza, Collins —me dijo—, así que una debilucha como tú necesita un gorro calentito.

Puse los ojos en blanco y entonces cientos de mariposas alzaron el vuelo en mi estómago cuando Alec se agachó hasta quedar a mi altura y me dedicó una sonrisa ladeada.

—El mío te queda muy bien —comentó—, creo que deberías quedártelo.

Me quedé sin aliento, porque a Alec se le daba demasiado bien eso de coquetear conmigo, tanto que me costaba no quedarme sin palabras.

—Gracias —respondí, mirándolo a los ojos.

—No hay de qué —respondió, tirándome con delicadeza de un mechón de pelo suelto. Recorrió mi rostro con la mirada antes de añadir en un susurro—. Danigirl.

Por el amor de Dios.

Me resultaba de lo más confuso estar mirando a la cara a ese chico tan atractivo, ancho y atlético, con una mandíbula cuadrada y perfecta y, sin embargo, ver pequeños destellos del antiguo Alec Barczewski cuando sus labios se deslizaron hasta esbozar una diminuta sonrisa.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —preguntó Vinny, con una sonrisa socarrona y… por Dios, me había olvidado de que él también estaba allí.

—Sí, buscaos una habitación o algo —añadió Richie, y me sorprendí al percatarme de que me no me había dado cuenta de que estábamos acompañados, porque solo tenía ojos para Alec.

—Bueno, buena suerte esta noche, ya sabes, en el partido —solté, como una tonta, antes de ponerme a parpadear con fuerza para asegurarme de que no lo estaba mirando como una idiota enamorada o algo así.

Aunque estaba bastante segura de que la mayoría de la población femenina lo miraba de esa forma porque, *joder*.

Excelente servicio con este de aquí, Madre Naturaleza.

—Gracias —respondió, con voz ronca, guiñándome un ojo con picardía al tiempo que me subía la bufanda para taparme la barbilla, como si pretendiese echarme una mano para que no me quedase helada (otra vez).

Me sentía un tanto… hipnotizada al tenerlo dentro de mi espacio personal. Todo él era *enorme* ahora. Era alto, ancho de hombros, con las manos grandes… y también estaba claro que le encantaba el contacto físico, porque siempre estaba dándome con el hombro, o tirando de algún rizo suelto, y yo iba a tardar un tiempo en acostumbrarme a ello.

Sobre todo cuando me miraba de esa forma, como si esos ojos oscuros suyos fuesen su mejor arma en esta guerra.

Tenía que empezar a recordarme que debía seguir respirando cuando estábamos tan cerca, o si no iba a acabar desmayándome más de una vez en lo que durase nuestra farsa.

—¿Me llamas luego? —le pregunté.

Por la forma en que parpadeó rápidamente cuando le hice aquella pregunta, supe que lo había tomado por sorpresa, pero recobró rápidamente la compostura.

—Intenta detenerme, Collins.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Alec

No pude sacármela de la cabeza en todo el camino a la pista de hielo.

Incluso con los cascos puestos y la lista de reproducción que había creado específicamente para mantener la calma antes de los partidos, con canciones como «The Black Dog» o «In the Kitchen» sonando en aleatorio, no pude quitarme la imagen de sus enormes ojos marrones de la cabeza, tanto que incluso llegué a cabrearme conmigo mismo por ello.

Aquello iba a resultar mucho más difícil de lo que pensaba.

A ver, podría soportarlo, pero *joder*. Por mucho que no quisiese admitirlo, lo cierto era que una pequeña parte de mí seguía pensando en ella como en la Dani de siempre.

Los chicos se pusieron a meterse conmigo en cuanto nos dejó solos porque, aparentemente, siempre que estaba con ella parecía un «perrito faldero enamorado», lo que me hizo ponerme a la defensiva durante medio segundo, acordándome de que ese era justo el aspecto que quería aparentar.

Entonces fue como si se me aclarasen las ideas de golpe, *porque sí*, aquello no era más que una farsa.

Ella estaba haciendo su papel y yo el mío.

Y ya está. No había nada de lo que preocuparse.

Me tomé un par de ibuprofenos cuando llegué al vestuario y me eché un montón de crema de efecto frío en el hombro antes de ponerme el equipo de hockey.

Y entonces todo lo demás desapareció.

En realidad, aquello no tenía ningún sentido. Cuando no estaba jugando al hockey, me pasaba cada minuto de cada día pensando en ello. Los carteles, los artículos, el reconocimiento… todo me recordaba que iba a defraudar a muchísima gente si no jugaba como

el mejor.

Si no jugaba mejor que el mejor.

Esa misma tarde había recibido un mensaje de mi agente solo para comprobar qué tal me iban las cosas y para desearme buena suerte en el partido.

Así como para recordarme que esta noche habría un par de ojeadores pendientes de mí entre el público.

Como si fuese a olvidarlo.

Sobre todo cuando no solo tenía que preocuparme por *mi* futura carrera, sino también por Southview, no solo por el instituto, sino por el pueblo en sí. Los Packers habíamos llegado a los cuartos de final muchas más veces que cualquier otro instituto de Minnesota y, sin embargo, nunca habíamos logrado traernos el trofeo a casa.

No teníamos ningún cartel de ganadores del campeonato colgando de las vigas del Doug, ni ningún trofeo de campeones estatales dentro de la vitrina de trofeos.

El año pasado habíamos llegado incluso a la final, pero habíamos perdido contra la Academia St. John (y contra el maldito Ben Worthington), así que, aunque hubiese marcado un gol en el maldito Xcel Energy Center, aquella había sido la peor noche de mi vida.

Porque habíamos estado tan cerca de lograrlo…

Me había pasado toda la noche llorando como un bebé, de verdad.

Y este era mi último curso, y estaba jugando mejor que nunca. También era bastante guay que todo el pueblo se hubiese volcado por completo con nosotros pero, al mismo tiempo, tenía la sensación de que todos contaban *conmigo* para que trajese el título de campeones a casa de una vez por todas.

Para que liderase al equipo y juntos lográsemos algo inigualable.

Aquello no me dejaba dormir (cuando no era mi hombro el que no me dejaba pegar ojo) la mayoría de las noches.

Pero en cuanto las cuchillas de mis patines rozaban el hielo, era como si todo lo demás desapareciese, en serio.

Me olvidaba de la presión, del dolor, de esos rizos rubios y esos ojos marrones. Mi cerebro hacía a un lado todo aquello que no fuesen mis patines, mi palo, el disco y el hielo que tenía enfrente.

—¿Qué narices es eso que he oído sobre ti y la nieta de Boche? —

me preguntó Kyle en cuanto pasé patinando a su lado durante el calentamiento antes del partido.

Mierda.

Kyle era de esos a los que les gustaba vaguear un poco antes de los partidos, hablar de cualquier cotilleo del que se hubiese enterado, pero yo necesitaba dar al menos un par de vueltas a la pista y estirar para asegurarme de calentar bien antes de cada partido, y lo último que me apetecía en ese momento era que me distrajese con sus tonterías.

—Si consigues alcanzarme, te lo cuento todo —respondí, sabiendo que con esa respuesta me acababa de asegurar el no tener que hablar de Dani al menos de momento, porque Kyle no iba ni a intentarlo siquiera. Me olvidé de todo lo que no fuese el hielo y el partido y, en cuanto el disco tocó la pista, todos nos volcamos en el juego.

Tuvimos la suerte de nuestra parte desde el principio del partido, porque el disco se estrelló contra las protecciones y el equipo contrario lo perdió justo detrás de su portería. Kyle se apoderó de él de inmediato, pasándoselo a Richie, que se encontraba junto al poste derecho, quien consiguió marcar gol sin que el portero tuviese tiempo para lanzarse a detenerlo.

Todo fue demasiado fácil, incluso desde el primer minuto de partido, y en ningún momento perdimos la ventaja.

Esa noche, todo salió a pedir de boca, y acabamos con el otro equipo sin sudar ni una gota.

Después de que el autobús nos llevase de vuelta a casa, pasé por el despacho de Kuhn, uno de los ayudantes del entrenador, que se encontraba dentro del Doug, para asegurarme de que estaba de acuerdo con que Dani fuese la segunda encargada del equipo. Lo dejé caer como si nada, como si aquello no me importase en absoluto, tipo: «¿Te parece bien si una chica nueva le echa una mano a Cassie como segunda encargada?», y él, por supuesto, accedió sin rechistar.

A ver, tampoco era tonto.

Si hubiese ido a preguntárselo al entrenador Oz, después de lo que había visto el día anterior, me habría acabado metiendo en un buen

lío.

—¿Le parece bien? —me preguntó Richie de camino a mi coche.

—Sí —respondí, aunque admito que yo también estaba un tanto sorprendido.

—A ver, es la nieta de Boche —repuso Vinny—. Pues claro que le parece bien. ¿Es que pensáis que quiere que Mick se pase por aquí para patearle el culo por haberle dicho que no a su nieta?

—Boche no le va a patear el culo a nadie —dijo Richie—. O eso creo.

—Pues claro que no —añadí, aunque he de admitir que el antiguo defensa daba bastante miedo.

Después de dejar a mis amigos en sus casas y de comerme un buen pedazo de pastel de carne que mamá me había dejado en la nevera, subí a mi cuarto para ponerme a hacer los deberes, porque necesitaba asegurarme de mantener una buena nota media, y ahora más que nunca. Mis padres todavía no estaban en casa, lo que me vino de perlas, porque necesitaba un poco de paz y tranquilidad.

Pero primero tenía que mandarle un mensaje a Dani para asegurarme de que todo iba bien entre nosotros. Me dejé caer en la cama y me estiré sobre el colchón, y decidí llamarla por FaceTime en vez de mandarle un mensaje de texto.

Dani respondió la llamada al segundo tono.

—Pero ¿qué haces? —me preguntó nada más descolgar, frunciendo el ceño tras esas enormes gafas suyas—. ¿Es que no sabes que es de lo más maleducado llamar a alguien por FaceTime sin preguntarle antes?

Por la imagen parecía que ella también estaba sentada en la cama, porque estaba apoyada en un cabecero blanco.

—Lo siento —repuse, antes de tumbarme de lado, apoyándome sobre el hombro bueno—. Es que se me ha ocurrido que tardaría menos en decirte que eres oficialmente la segunda encargada del equipo de hockey por llamada que por mensaje de texto. Así que mañana deberías hablar con Cassie para ver a dónde tienes que ir y de qué te tienes que ocupar en el entrenamiento.

—¿Qué dijo el entrenador cuando se lo planteaste? —me preguntó, con los ojos abiertos de par en par—. ¿De verdad le pareció bien

después de… ya sabes…?

La forma en que me estaba mirando, como si fuese tan inocente que no se atrevía siquiera a pronunciar el final de la pregunta en voz alta, me dio ganas de reír, porque me parecía adorable, y los dos sabíamos perfectamente que en realidad no había pasado nada escandaloso entre nosotros en aquel vestuario.

—Le pareció bien.

—Oh, gracias a Dios —soltó, llevándose una mano al pecho, tan aliviada que por un momento me sentí un tanto culpable—. Así que soy oficialmente una de las encargadas del equipo de hockey.

—Así es. —Carraspeé con fuerza y añadí—: Eres oficialmente una de las encargadas del equipo de hockey y mi, eh… no sé cómo llamarte… ¿mi «persona de interés»…?

—Eso suena como si el FBI me estuviese buscando —bufó.

—¿Mi amante?

—Qué asco.

Oí cómo se cerraba la puerta de la entrada en la planta baja así que, o mis padres ya estaban en casa, o mi abuela ya había vuelto con los mellizos.

—¿Mi amorcito? —sugerí.

Dani suspiró con fuerza pero, por la cara que puso, me quedó claro que estaba tratando de contener una sonrisa.

—¿Qué te parece la chica brillante que te vuelve loco?

—Nah, no me gusta cómo suena —repuse, y entonces *sí* que esbozó una sonrisa—. No puedo ir por ahí diciendo que eres brillante cuando esta mañana has confundido a Kronwall con un caracol.

—¿Me guardas un secreto? —me preguntó, esbozando una pequeña sonrisa burlona.

—Sabías perfectamente que tu abuelo me había comparado con Kronwall, pero querías sacarlo de sus casillas —dije.

Dani soltó una sonora carcajada.

—Pero solo un poquito.

—¿Qué tal va eso, por cierto? ¿Lo de vivir con él?

Se encogió de hombros.

—No habla mucho conmigo. Más allá de ladrarme de vez en cuando alguna pregunta o comentario cuando nos cruzamos, y poco

más.

—Menudo partidazo… ah, lo siento —dijo mi padre desde el umbral, y alzó una mano para disculparse al ver que estaba hablando por teléfono.

No sabía si Dani estaba lista o no para que les hablásemos a nuestros padres de lo nuestro pero, a la mierda. Lo mejor sería ir dejando algunas pistas para que se fuesen haciendo a la idea y no se sorprendiesen cuando les diésemos la noticia. Me fijé en la cara que puso cuando me vio incorporarme en la cama y decirle a mi padre:

—No te preocupes, estoy hablando con Dani.

Ella me lanzó una mirada inquisitiva, pero su expresión cambió por completo al darse cuenta de con quién estaba hablando, entonces ladeó la cabeza y me observó con los ojos entrecerrados, como si supiese perfectamente qué era lo que estaba tramando.

—¡Danigirl! —la saludó mi padre, haciéndome señas para que le pasase el teléfono de una vez. Él la *adoraba*, así que esto iba a ser de lo más interesante—. ¿Qué tal va todo, pequeña? ¿Te está gustando este sitio? ¿Al te está enseñando todo lo que tienes que saber sobre cómo ser una buena Packer?

—Bueno —repuso ella, esbozando una sonrisa que me dejó bien claro que sabía perfectamente cómo jugar a este juego—. En realidad, al principio pensaba que me estaba ignorando, pero de repente se ha vuelto de lo más servicial.

—¿Ah, sí? —dijo mi padre.

—Ah, y, John, te quería preguntar, ¿qué narices le ha pasado a tu hijo blandito y adorable? A ver, no es que me queje —añadió—, pero está claro que ha cambiado mucho.

Mi padre echó la cabeza hacia atrás y se carcajeó con fuerza ante aquel comentario. Su risa seguía siendo mi sonido favorito en el mundo.

Era extraño cómo una tragedia podía cambiar tu vida para siempre.

Mi padre llevaba (bastante) bien desde hacía ya un tiempo pero, después de lo que había tenido que pasar, valoraba muchísimo más su risa, porque por un momento había llegado a pensar que ya

jamás podría volver a oírla.

—Sí, supongo que creció y, de repente, dejó al niño torpe y adorable atrás —repuso mi padre.

—¿Te ha contado que voy a ser la segunda encargada del equipo de hockey? —le pregunté.

—¿Ah, sí? Creía que no tenías ni idea de hockey —comentó mi padre, lanzándome una mirada confundida.

—Ah, y no tengo ni idea, pero parece que cuando a tu chico se le mete algo entre ceja y ceja, no hay quien lo detenga.

Por Dios, esto se le da demasiado bien.

Estaba dejando caer pequeñas pistas sobre nuestra posible relación sin decir directamente que quizás ahora fuésemos algo más que amigos.

—Así que supongo que no me va a quedar más remedio que aprender —añadió.

—Yo te enseñaré —le prometió mi padre, y sabía que eso le haría muchísima ilusión—. Pásate por aquí cuando quieras y te enseñaré todo lo que necesitas saber para ser la mejor encargada del mundo.

—Sí, Collins —dije—. Deberías venir ahora mismo.

La forma en que me miró al oírme decir aquello, el cómo se le sonrojaron las mejillas como si se sintiese avergonzada, me hizo sonreír a pesar de lo agotado que estaba.

—Creo que lo mejor será que te pongas a estudiar, Barczewski —repuso, con un perfecto tono burlón—. Por cierto, mi madre dijo que iba a pasarse por un sitio llamado el Crow para celebrar que le han dado el trabajo y han pasado varias horas desde entonces y todavía no ha vuelto. ¿Debería preocuparme?

—Nah, estaba con nosotros —comentó mi padre—. Nos pasamos por allí a celebrarlo con ella después del partido.

—¿Supongo que ese Crow es un bar o algo así? —preguntó.

—Es el salón social croata —respondí—. También conocido como el Cro.

—Ah —murmuró, aunque parecía igual de confundida, y la forma en que estaba parpadeando, tan rápido, como si estuviese intentando comprender de qué demonios estaba hablando, estaba logrando distraerme.

Porque tenía los ojos más bonitos del mundo.

—Es básicamente como un bar —añadí, con un carraspeo, para tratar de centrarme de nuevo—. Todo el mundo va allí.

—Entiendo. Oye, debería ponerme a estudiar —comentó, dedicándole una sonrisa a mi padre—. Pero ¿os veré a Sarah y a ti pronto? ¿Estaréis en el próximo partido?

—Son mis padres, Collins —dije—. Pues *claro* que estarán allí.

—Estaba hablando con tu padre, no contigo —repuso, de forma adorable.

—Sí, estaremos allí. Y te has perdido todo un partidazo; Al se movía rapidísimo por la pista, como una bala, ha sido increíble.

Aquello la hizo volverse a mirarme y esbozar una sonrisa burlona.

—Así que sabe cómo moverse, ¿eh?

Mi padre soltó otra carcajada y se puso a hablarle del partido, describiéndoselo todo, sin darse cuenta de que Dani no estaba comprendiendo ni una sola palabra de lo que decía.

Entonces ladeó la cabeza y su sonrisa burlona se transformó en una sonrisa de oreja a oreja.

—Entonces… ¿marcaste un gol?

Y entonces fue cuando mi padre se puso a reírse sin parar, a carcajada limpia, al tiempo que le decía a Dani que tenía que mover su trasero de listilla y venir a casa cuanto antes para que pudiese enseñarle todo lo que necesitaba saber sobre el hockey.

—Lo haré, lo prometo —dijo ella—. Al, ¿el lunes me recoges para ir a clase?

No lo había pensado, porque en ningún momento habíamos hablado del tema pero, por la forma en que me lo había preguntado me quedó bien claro que ella también sabía que ahora no me quedaba otra opción más que decir que sí.

—Pues claro —repuse, negando con la cabeza lentamente porque se estaba comportando como una niñata malcriada.

—Le daré una bolsa de cecina de corzo para que te lleve —dijo mi padre—. Y unos cuantos rollitos de canela de El.

—Eso sería genial. Nos vemos el lunes, Zeussy —se despidió, con una sonrisa de oreja a oreja, y no pude evitar reírme porque estaba claro que me la había jugado pero bien con ella. Yo había hecho un

trato con una chica tímida e inofensiva, no con la Dani descarada de siempre.

—Adoro a esa chica —comentó mi padre en cuanto colgué la llamada—. Así que ahora va a ser una de las encargadas del equipo, ¿eh? ¿Y eso?

Le hablé de lo de Harvard y de cómo Dani necesitaba añadir una actividad extracurricular a su solicitud para la universidad.

—Bueno, pues me alegro de que hayas podido echarle una mano —repuso—. Es una buena chica y, por lo que he oído, ha tenido que pasar por un montón de cosas bastante horribles, así que espero que estar aquí, en Southview, le venga bien.

—¿Qué clase de cosas horribles? —le pregunté—. Aparte de lo del divorcio.

—Creo que todo tuvo que ver con unas chicas malas que la acosaron en uno de sus antiguos institutos —dijo—. Pero, por lo que he oído, lo que quiera que le hiciesen la cambió por completo y la volvió mucho más desconfiada y tímida. Dios, me encantaría darle una paliza a las chicas que se metieron con mi Danigirl. Pero ahora parece que está mucho mejor.

—Sí —repuse, y en ese momento todas las piezas del rompecabezas empezaron a encajar, y comprendí por qué se había mostrado tan desconfiada conmigo y con mis amigos.

Entonces llamaron al timbre y mi padre lanzó una mirada cómplice.

—Parece que tu abuela ya ha vuelto con los mellizos, así que yo que tú cerraría la puerta para poder estudiar tranquilo un rato.

—Buena idea —dije, y observé cómo mi padre ponía una mueca de dolor mientras salía de mi habitación.

Se le daba tan bien seguir viviendo como si nada, incluso aunque sintiese un dolor constante, que a veces me olvidaba de lo del accidente, lo que era una locura, porque aquello había puesto nuestro mundo patas arriba.

Pero luego, cuando caminaba y ponía una mueca de dolor, me acordaba de todo de golpe.

De aquella horrible llamada. «Dijeron que un camión chocó de frente con la camioneta de tu padre».

Cuando le habían llevado al hospital, tenía el bazo roto, una

hemorragia interna y una inflamación cerebral, y aquello fue solo lo que los médicos nos dijeron que podría haberlo matado. Pero también se había roto la columna, el fémur, la muñeca y cuatro costillas, claro que aquello no fue nada comparado con las lesiones críticas.

Su cuerpo había quedado aplastado con la fuerza del impacto.

Así que, el hombre que ponía muecas de dolor al caminar era todo un milagro.

También era el vivo recordatorio de que Dani había desaparecido en el momento en que más la había necesitado. Cuando mi mundo se había vuelto patas arriba.

Y aquello sirvió para recordarme por qué le guardaba tanto rencor, sobre todo ahora, que su sonrisa estaba empezando a hacerme perder la cabeza.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Dani

Fingir estar saliendo con Alec resultó ser rápidamente una de las cosas más sencillas que había hecho en toda mi vida.

¿Mi parte favorita? Que todos los días pasásemos juntos la hora del almuerzo en la biblioteca.

Porque lo cierto era que en realidad no me *gustaba* estar sola, pero me daba demasiado miedo la cafetería como para pasarme por allí.

Así que, el verle aparecer por la biblioteca me hacía sentir… de forma distinta.

Más segura.

¿Más feliz…?

No tan sola.

—¿Ese libro es nuevo? —me preguntó un día, cuando apareció junto a mi mesa, con su metro ochenta de altura cerniéndose sobre mí.

—Sí —respondí, al tiempo que empujaba de una suave patada la silla que tenía enfrente, invitándolo a sentarse—. ¿Y *tu* libro?

Me dedicó una pequeña sonrisa al tiempo que bajaba la mirada hacia la silla, antes de tomar asiento y abrir su mochila.

—Aquí, pero mi libro es mucho más gordo que el tuyo, así que todavía no lo he acabado.

—No tienes por qué poner excusas, puedes decir que lees lento y ya —bromeé—. No pasa nada.

—Por favor, podría darte una paliza si participásemos en una competición para ver quién de los dos lee más rápido —repuso, sacando *Billy Summers* de su mochila—. Aunque no es que nadie fuese a crear una competición tan friki como esa.

—Toma. —Saqué un sándwich de mi mochila y lo coloqué sobre la mesa, justo frente a él.

—¿Qué narices es eso? —me preguntó, frunciendo el ceño con fuerza al bajar la mirada hacia él.

—¿A ti qué te parece que es? Un sándwich —dije, poniendo los ojos en blanco.

—En primer lugar, ¿qué clase de sándwich?, porque tiene bastante mala pinta —comentó, con una sonrisa burlona—. Y, en segundo lugar, ¿por qué me has traído un sándwich?

—Porque un niño grande como tú se va a morir de hambre y probablemente a desmayar si no almuerza algo.

—¿Es que estás preocupada por mí, Collins? —me preguntó, bajando ligeramente la voz, lo que hizo que el corazón me diese un vuelco.

—En absoluto, pero si te desmayas como una anciana y te das un golpe en la cara, Sarah se pondrá triste, y no quiero que eso pase —repuse, poniendo los ojos en blanco—. Y es un sándwich de jamón y queso.

—No parece un sándwich de jamón y queso —comentó, frunciendo el ceño y sosteniendo la bolsa de papel en alto.

—Probablemente porque en la cocina del abuelo Mick no encontré los ingredientes que andaba buscando para prepararlo, así que al final te lo acabé haciendo de queso y Spam. Y pepinillos.

—¿Lo dices en serio? —Se quedó mirando la bolsa fijamente—. ¿Me has preparado un Spamwich?

—Fue una idea de última hora y eso era lo único que había en la nevera —repuse, sin poder evitar soltar una carcajada ante aquella ridícula palabra inventada.

Volví a bajar la mirada hacia mi libro pero, de reojo, pude verle sacando el sándwich de la bolsa y llevándoselo a la boca con desconfianza.

—Tiene un sabor… interesante —comentó con un tono bastante extraño, al tiempo que masticaba el pequeño mordisco que acababa de darle.

—Me alegro de que te encante —respondí, sin apartar la vista de las páginas del libro.

—Yo no he dicho eso exactamente —repuso.

Entonces abrió el libro y se puso a leer él también, y no pude

evitar fijarme en que se acabó todo el sándwich mientras leía. El hecho de que se lo hubiese comido tan rápido me hizo pensar que, o era mucho más educado de lo que creía, o se estaba muriendo de hambre.

Nos pasamos el resto de la hora del almuerzo leyendo en silencio pero, cuando sonó el timbre y alcé la mirada, me lo encontré observándome atentamente, de brazos cruzados y con una sonrisa traviesa dibujada en su rostro.

—¿Qué? —le pregunté, al tiempo que cerraba el libro y me subía las gafas. Me resultaba imposible no sonreír cuando me miraba de esa forma.

—Cuando estás leyendo, es como si el resto del mundo desapareciese, ¿verdad?

—Sí, y menos mal —respondí, asintiendo con la cabeza mientras abría la mochila para guardar el libro—. Es mágico.

—No me cabe ninguna duda —dijo, y me fijé en que él ya había guardado su libro y se había colgado la mochila a la espalda.

—Ah, ya has recogido todo —solté, un tanto avergonzada por haber estado *tan* distraída que no me había dado ni cuenta. Me apresuré a guardar el libro y la botella de agua en la mochila, antes de cerrarla de un tirón y levantarme—. Lo siento.

—No te preocupes —repuso, y después rodeó la mesa para darme la mano.

Lo natural que me resultó aquel gesto, la forma en que estaba empezando a acostumbrarme a que Alec me diese la mano constantemente, aunque no llevásemos tanto tiempo con nuestra farsa, me hizo volverme a mirarlo a los ojos.

Quería saber en qué estaba pensando.

—Es raro, ¿verdad? —me preguntó en un susurro, observándome atentamente, como si pretendiese leerme el pensamiento, como solíamos hacer cuando éramos pequeños.

Me limité a asentir con la cabeza como respuesta, demasiado absorta en su mirada como para decir nada.

El instante pareció extenderse en el tiempo, y por un segundo el mundo que nos rodeaba desapareció, como por arte de magia.

Me fijé en cómo la nuez se deslizaba por su cuello al tragar con

fuerza.

—Deberíamos irnos ya —dijo, rompiendo el silencio.

—¿Qué? —Parpadeé con fuerza y me di cuenta de que el mundo que nos rodeaba no se había detenido. La bibliotecaria llevaba una pila de libros en brazos para recolocarlos en sus correspondientes estantes, los alumnos ya habían empezado a llenar los pasillos, de camino a sus siguientes clases, y el corazón me latía acelerado en el pecho—. Sí —solté, quizás demasiado alto, antes de carraspear con fuerza y asentir de nuevo—. Deberíamos irnos.

Salimos de la biblioteca y justo cuando Alec me soltó la mano, porque teníamos que ir en direcciones contrarias, se agachó hacia mí y me dijo:

—Por cierto, gracias por el sándwich.

Esbozó una sonrisa radiante que hizo que se le entrecerrasen ligeramente los ojos.

—Por cierto, gracias por comértelo —respondí, devolviéndole la sonrisa.

—Ya nunca podré ver una lata de Spam de la misma manera.

Después de aquello, no lo volví a ver en todo el día, ni tampoco después de clase, porque Cassie me obligó a que fuésemos juntas a la pista de hielo para el entrenamiento.

Hasta ahora, el ser una de las encargadas del equipo había sido pan comido y lo cierto era que me lo estaba pasando bien con este trabajo.

Aún tenía un millón de cosas sobre el hockey que descubrir y memorizar, pero Cassie estaba consiguiendo que aprender me resultase hasta divertido.

Qué raro, ¿verdad?

—¿Te apetece encargarte de grabar el entrenamiento o tienes deberes que hacer?

—Yo me encargo de grabar —dije, sobre todo porque sabía que iba a ser incapaz de concentrarme en las tareas de clase mientras Alec estaba sobre la pista de hielo.

Y eso se estaba convirtiendo rápidamente en un problema. Cada día, cuando colocaba la cámara sobre el trípode me quedaba hipnotizada viéndolo jugar.

No podía dejar de mirarlo.

Alec siempre lo daba todo en cada jugada, en cada movimiento, jugaba como si su vida dependiese de ello y la única forma que tuviese de sobrevivir fuese robándole el disco a su rival.

Era increíblemente impresionante.

Cuando terminó el entrenamiento y apagué la cámara, Cassie se acercó para hablar conmigo.

—¿Te veo luego donde Vinny…? —me preguntó.

—¿Donde Vinny? —repetí, porque no tenía ni idea de qué estaba hablando.

—Esta noche tenemos la cena del equipo en su casa.

—¿Qué? ¿Las encargadas también *tenemos* que ir? —le pregunté, porque no me apetecía nada cenar con el resto del equipo. ¿Tener que pasarme toda una cena rodeada de una panda de odiosos jugadores de hockey a los que no conocía?

No, gracias.

—Sí, es obligatorio —repuso, y noté cómo me lanzaba una mirada de desaprobación por parecer tan reacia—. Para todos los jugadores, los entrenadores, los encargados y los preparadores físicos.

—Ah… no tenía ni idea —murmuré, como una tonta, como si no fuese obvio.

Pero la cosa era que no me sentía preparada para esa clase de interacción social, y aquello me ponía nerviosa.

Necesitaba tiempo para prepararme mentalmente antes de juntarme con tanta gente.

—Es una tradición del equipo —comentó, al tiempo que se ponía el abrigo—, y no es para tanto, de verdad. Normalmente solo nos juntamos a cenar un plato de pasta o una sopa, y puedes simplemente comer e irte nada más acabar, no tienes por qué quedarte. De hecho, creo que yo nunca me he quedado más de una hora.

—Ah —solté, aunque se me estaba empezando a revolver el estómago por culpa del miedo.

—Zeus ha comentado antes que irías con él.

—Ah, sí. —Le seguí el rollo, aunque sabía que probablemente habíamos hablado del tema, pero yo no me había enterado bien. Se

me revolvió un poco más el estómago al pensar en tener que pasarme *toda* la cena fingiendo que Alec y yo estábamos saliendo—. Se me había olvidado.

Como si estuviese escuchando nuestra conversación a hurtadillas, me llegó un mensaje de mi madre justo en ese mismo instante.

Mamá: Sarah dice que tenéis cena del equipo esta noche, después del entrenamiento, ¿vas a ir?

Le respondí: Literalmente me acabo de enterar. Y parece que es obligatorio.

Mamá: ¡Tú quédate con Alec y seguro que te lo acabas pasando genial!

Antes de que nos mudásemos a Southview, siempre me había dado la sensación de que no le importaba que me negase a salir por ahí o que no me gustase ir a sitios con mucha gente, pero ahora era como si alguien hubiese encendido un interruptor en su interior, y se pasaba todo el rato animándome a salir de mi zona de confort con comentarios del tipo:

«¡Deberías ir!».

«Quizás deberías preguntarle a Cassie si le apetece quedar contigo en el Starbucks para estudiar juntas».

«¿Te apetece invitar a alguien a casa para ver el partido?».

En cierto modo, me hacía sentir como si creyese que era un bicho raro, que estaba rota y necesitaba su ayuda antes de que arruinase mi vida para siempre. Podía *notar* lo estresada que estaba porque no tuviese ya un grupo de amigos con los que salir por ahí, pero lo cierto era que prefería estar sola a tener que participar en todas esas tonterías típicas del instituto, porque hacía tiempo que había descubierto que no merecían la pena.

En realidad no.

En el pasado, *sí* que solía ser esa clase de chica a la que le gustaba participar en todas las salidas o acontecimientos sociales en los que pudiese. Siempre que me cambiaba a un nuevo instituto me *esforzaba* por hacer nuevos amigos y celebrar fiestas de pijamas,

como si todo fuese a salir bien, siempre y cuando encontrase a gente con la que conectase de verdad.

Y, lo admito, me *gustaba* ser esa Dani.

Pero entonces, cuando tenía trece años, todo cambió. Ese curso, tuve que soportar las burlas constantes de chicas malas de clase, que parecían divertirse metiéndose conmigo y haciéndome la vida imposible, y justo por eso me había hecho tanta ilusión el tener que cambiarme de instituto de nuevo, después de que volviesen a trasladar a mi padre a otra base y, aunque el curso siguiente empezó mejor, terminó siendo incluso peor que el anterior.

Pero todo ocurrió *después* de que me mudase.

Porque algo que descubrí con los años es que duele mucho más que tus supuestos amigos te olviden, que el que las chicas malas del instituto se burlen de ti.

No era que todos se olvidasen de mí de forma intencionada, pero siempre acababa ocurriendo.

En algún momento, esos que habían sido mis «mejores amigos» en mi último instituto se acababan olvidando de mí, y el ciclo volvía a empezar.

Y lo más probable era que hubiese seguido haciendo amigos en cada instituto al que me cambiase, incluso aunque supiese que después tendría que soportar el dolor que acarreaba consigo el olvido, de no haber conocido a Jackson Ford.

Estuvimos saliendo durante seis meses cuando tenía quince años. *Seis* meses. Yo había estado loca por él, y me sentía como la protagonista de una comedia romántica siempre que estábamos juntos. Dormía con su sudadera de COIN todas las noches (antes de que su madre le obligase a pedirme que se la devolviese porque le había costado cien dólares en el concierto) y siempre recorríamos los pasillos del instituto dados de la mano.

Éramos inseparables.

Vi cómo se le anegaban los ojos de lágrimas cuando nos despedimos cuando yo tuve que volver a mudarme.

Durante una temporada, hablamos por teléfono y nos mandamos mensajes todos los días. Y nos llamamos por FaceTime siempre que podíamos.

Pero después de un mes, más o menos, siempre que lo llamaba, empezó a sonar distante. Al principio, me convencí de que solo eran imaginaciones mías, de que estaba paranoica, pero en el fondo sabía que algo no iba bien.

Y, de repente, de un día para otro, dejó de llamarme, y pasamos a hablar solo si era yo quien lo llamaba.

Supongo que eso debería haberme dado una pista de que lo nuestro se había acabado, pero aun así me quedé atónita cuando vi que subió una foto con Olivia Lowell a sus redes anunciándole a todo el mundo que estaban juntos.

En la foto, salían en el cine, sonrientes y dados de la mano, y él llevaba puesta la sudadera de COIN que solía ser mi pijama favorito.

Estaban juntos.

Aquello me destrozó. Porque me di cuenta de que ni siquiera se había molestado en romper conmigo, porque no le importaba, y eso fue lo que acabó rompiéndome el corazón en mil pedazos. Me había olvidado y ni siquiera se le había pasado por la cabeza que debía acabar con lo nuestro antes de empezar a salir con otra persona.

Me convertí solo en una chica más a la que conoció en el pasado.

Carraspeé con fuerza y me obligué a volver al presente, porque el rememorar toda esa mierda nunca me servía para nada.

Sin embargo, *sí* que sirvió para recordarme de que toda esa gente con la que estaba pasando tiempo últimamente no eran mis amigos, en realidad no, solo se juntaban conmigo porque creían que Alec y yo estábamos juntos.

Y justo en ese momento, oí como Alec me llamaba, devolviéndome al presente.

—¿Lista para irnos, Collins?

Claro. Las relaciones dolían, y no pensaba dejar que ni Alec, ni esa sonrisa encantadora suya que siempre parecía animarme a responderle con una igual, me hiciesen olvidarlo.

—Claro.



Alec aparcó justo frente a una preciosa casa amarilla. Había varios

coches aparcados en la calle, así que estaba claro que no éramos los primeros en llegar.

Respiré hondo por la nariz y deseé haberme negado a venir. Era lo bastante nueva allí como para escaquearme sin arriesgarme a que nadie me echase de menos.

—¿Qué se supone que debería saber antes de entrar ahí dentro? —le pregunté a Alec, con el estómago revuelto al solo pensar en que estaba a punto de adentrarme en una casa llena de gente a la que no conocía de nada.

—Tienes que comer —repuso, encogiéndose de hombros—. Y ya.

—Vaya, gracias por la aclaración, genio. —Abrí la puerta y me bajé del coche, preguntándome si algún día dejaría de contener el aliento cuando el frío me acariciase la piel.

Y además estaba nevando, *con ganas*. Cientos de copos grandes y gruesos me golpearon la cara.

—No es más que una tontería de tradición que nuestros padres se inventaron para asegurarse de que cenásemos bien la noche antes de un partido —dijo, mientras recorríamos el camino de la entrada—. No tienes nada de lo que preocuparte.

Pero lo que Alec no sabía era que aquello era lo único que hacía últimamente.

Preocuparme por todo.

—Me temo que quizás mi sándwich de hoy te haya gustado tanto que nada de lo que pruebes después estará jamás a la altura —bromeé, para tratar de llenar el silencio de la noche y ocultar lo nerviosa que estaba en realidad.

—Para que conste, el sándwich de hoy no estaba tan mal —mintió. Estaba segura de que me tenía que estar mintiendo.

Cuando llegamos a la entrada de la casa, Alec no se molestó en llamar o en tocar el timbre, simplemente se limitó a entrar.

Yo lo seguí, sin tener ni idea de qué esperar cuando nos adentramos en el recibidor.

Ahhhh, calor, por fin.

—¡Alec! —Una mujer, probablemente la madre de Vinny, se volvió a mirarnos desde donde estaba, de pie frente al fregadero, y esbozó una sonrisa radiante antes de dejar el trapo que tenía en la mano a

un lado y acercarse a nosotros. Llevaba puestos unos vaqueros y una sudadera de los Packers, y el cabello castaño recogido en una coleta, y sonreía como si nos quisiese como a sus propios hijos—. Los chicos y Cassie, ya están en el garaje. Tú debes de ser Dani.

—Hola —la saludé, asintiendo con la cabeza, un tanto sorprendida porque supiese quién era cuando yo acababa de enterarme hace nada de que tenía que venir a esta cena.

—¿Ya te has acostumbrado al clima? —me preguntó—. Big John comentó el otro día que no te gustaba demasiado el frío.

¿Conoce a Big John y han hablado de mí?

Todo aquello me resultaba demasiado confuso. ¿Por qué narices la gente de este pueblo podría querer hablar *de mí*?

—A ver, es que el frío aquí es insoportable —comenté—. Ha nevado todos los días desde que llegamos.

—Lo creas o no, te acabarás acostumbrando, tanto al frío como a la nieve —dijo con calidez, como si de verdad quisiese lo mejor para mí—. ¿Y qué te parece todo lo del hockey hasta ahora?

—Creo que lo único que opina es que estoy buenísimo con los pantalones cortos del uniforme —comentó Alec con una sonrisa traviesa, antes de pasarme un brazo por los hombros y tirar de mí hacia su pecho—. ¿A que sí?

Puse los ojos en blanco al tiempo que mi cuerpo se quedaba completamente helado.

—Nadie ha estado nunca tan sexy con unos pantalones cortos acolchados tan horrendos —repuse, y me sorprendió lo despreocupada que soné.

Eso hizo que la madre de Vinny se echase a reír a carcajadas y, antes de que pudiese añadir nada más, Alec me dio la mano y me arrastró lejos de allí, hacia lo que parecía ser la puerta del patio.

Ahora también me da la mano delante de los adultos.

Me había dado la mano por los pasillos del instituto pero, por algún motivo, sentía que aquello era distinto.

Más importante. Más físico.

—No crees que quizás nos estamos pasando… —le dije.

—También tenemos que venderles lo nuestro al público mayor de dieciocho años, cariño —me susurró al oído y su voz, grave y ronca,

por algún motivo hizo que el corazón me latiese un poco más acelerado.

Probablemente porque me tomó por sorpresa.

Y… «cariño».

—Ah —solté, volviéndome a mirarlo, al tiempo que en mi cabeza se repetía una y otra vez: *Te está dando la mano como si fueseis algo más te está dando la mano como si fueseis algo más Alec Barczewski te está dando la mano como si fueseis algo más.*

Como si fueseis algo más.

—Vamos. —Abrió la puerta de cristal y me soltó en cuanto salimos al patio frío, nevado y oscuro, bajo la tenue luz de la tarde. Era como si la nieve crease una burbuja a nuestro alrededor que nos aislase del resto del mundo y, cuando Alec cerró la puerta a nuestra espalda, fue como si todo se sumiese en el más profundo silencio.

Hacia un frío que pelaba, así que carraspeé con fuerza antes de hablar.

—¿En serio vamos a cenar en el garaje? ¿No nos vamos a morir de frío allí dentro?

—Ay, Dani —soltó, negando con la cabeza como si acabase de hacerle una pregunta ridícula—. Es como si nunca hubieses estado en el garaje de una casa de Minnesota.

Lo seguí a través del patio trasero, hasta un enorme garaje amarillo que se alzaba a un lado de la casa principal, completamente aislado. Cuando Alec abrió la puerta pequeña que se encontraba justo al lado de una puerta basculante por la que podrían entrar hasta dos coches a la vez, una oleada de calor me acarició la cara, tomándome por sorpresa.

Al igual que las luces brillantes que lo iluminaban todo.

Y los ruidos que reinaban en su interior.

Nos adentramos juntos en aquel garaje que no parecía en absoluto un garaje.

Tenía suelos brillantes y las paredes pintadas, así que aquel lugar parecía más una especie de sala de juegos que un sitio donde aparcar coches para protegerlos del frío. Había tres televisores colgados de una pared cubierta con pósteres deportivos, con dos frigoríficos justo debajo.

En la otra pared habían colgado letreros de neón que publicitaban distintas marcas de cerveza, sobre una hilera de mesas que alguien había llenado de cientos de platos de comida distintos, para que pudiésemos servirnos lo que quisiésemos a modo bufé, y por un momento casi esperé encontrarme también a toda una serie de camareros dando vueltas por la estancia para comprobar que los comensales estuviesen servidos.

Justo en el centro habían montado varias mesas de plástico y las habían juntado para formar una especie de mesa gigantesca (con manteles con el logo de PACKERS HOCKEY, por supuesto), alrededor de la cual estaba sentado todo el equipo.

El entrenador Osman estaba de pie junto a las neveras, hablando con los demás entrenadores y con unos cuantos hombres que supuse debían ser los padres de algunos de los jugadores del equipo, y me dio la sensación de que todos se volvían a mirarnos al oírnos entrar.

Probablemente solo sean imaginaciones mías.

—¡Danigirl!

Big John estaba de pie al otro lado de la estancia, con un par de los hombres que había conocido en su casa durante la cena en mi primera noche en el pueblo.

Solo con verlo me sentí un poco más cómoda y me apresuré a devolverle el saludo.

Oí a varias personas gritar «¡Zeus!» para llamar a Alec, pero él me estaba mirando solo *a mí*.

—¿Vamos a por algo de comer? —me preguntó.

Asentí con la cabeza y le eché un vistazo a los tres tipos de guisos que habían preparado, a los cuatro tipos de pasta, a las tres distintas salsas y a las dos lasañas que había sobre la mesa.

Ah, y también había tres tipos de pan.

Estaba claro que esas madres no habían venido a jugar, sino a *ganar*.

Nos llenamos los platos de comida y nos sentamos a la mesa al lado de Cassie, al mismo tiempo que Kyle decía:

—No, esas son las albóndigas de venado de mi padre.

¿Albóndigas de venado?

No dije nada, pero debí de poner cara de asco, porque entonces Alec se inclinó hacia mí para decirme:

—Te prometo que están buenas.

Me encogí de hombros, como si no tuviese ningún problema en comer albóndigas de Bambi porque, técnicamente, sabía que en realidad daba igual, ¿no? Ya fuesen de ternera o de ciervo, seguían siendo de carne, por lo que me estaba comiendo a un animal igualmente.

—Seguro que sí.

Pero el que los ciervos fuesen animales tan adorables, por algún extraño motivo, me quitó las ganas de probarlas.

—Si las ha hecho *tu* padre —le dijo Cassie a Kyle—, entonces el mío le ha tenido que ayudar.

—Cierto —repuso Richie.

—¿Es que les gusta cocinar juntos? —pregunté—. Qué bonito.

—En realidad no es eso *exactamente*, y tampoco es tan bonito —comentó Alec, esbozando una sonrisa divertida.

—No, en realidad no —le interrumpió Cassie, negando con la cabeza—. Nuestros padres tienen esta especie de pequeño… mierda, no sé ni siquiera cómo llamarlo, ¿cadena de contactos, quizás…?

—Una especie de grupo de guardia —la corrigió Kyle, asintiendo con la cabeza.

—Exacto —añadió Alec.

—Durante la temporada de caza, si uno de ellos consigue cazar un ciervo, avisan al grupo para que, cuando lleguen a casa, los demás miembros ya estén allí esperándolo para ayudar a despiezarlo —me explicó Cassie.

—Big John aún sigue contando la historia —dijo Richie— de cuando Cassie apareció un día en la casa donde estaban despiezando un ciervo y se acabó haciendo pis encima del susto.

—*Cierra el pico* —soltó, aunque se estaba riendo—. En primer lugar, tenía tres años. En segundo lugar, nadie me avisó de que me iba a encontrar con una escena digna de película de terror, porque si no habría pasado por el baño antes.

—Claro que sí —repuso Kyle, con una sonrisa divertida.

—Y *en tercer lugar* —añadió, haciéndole una peineta—, Big John

me dio veinte pavos para que dejase de llorar, así que creo que aquel día salí ganando.

—¿Estás diciendo que se puede olvidar un trauma infantil con solo veinte pavos? —le preguntó Alec.

—Lo que estoy diciendo es que con esos veinte pavos me compré dos Barbies chulísimas.

Los cuatro se echaron a reír a carcajadas, bueno, y yo también, pero sentí una punzada de envidia atravesándome el pecho al verlos así, porque yo no tenía lo que ellos sí, y me daba la sensación de que nunca lo tendría. Ellos compartían una larga historia, se conocían desde pequeños y sus vidas estaban inevitablemente entrelazadas, más como si fuesen primos que amigos.

Me pregunté qué se sentiría al compartir esa clase de conexión con alguien.

Qué se sentiría al sonreír con gente que conocías de toda la vida, al contar las mismas historias que habíais contado cientos de veces. Era calidez, sol, y yo les tenía envidia.

Justo mientras estaba pensando en eso, la cesta que contenía los tenedores de plástico se volcó cuando Big John se tropezó con la mesa, llevándose una mano a la rodilla con una mueca de dolor.

—¡Papá! —Alec se levantó de un salto y se colocó junto a su padre al instante, al tiempo que otro de los hombres se le unía para ayudar a Big John a incorporarse. No se había llegado a caer, pero le había faltado poco. Cada uno le agarró de un brazo, y se me encogió el corazón al ver cómo Big John esbozaba una sonrisa y rechazaba su ayuda.

—Esta maldita pierna se me bloquea cada vez que me pongo de pie. Estoy bien —dijo, como si aquello ocurriese constantemente.

Espera un momento. ¿Es que eso *ocurría* constantemente?

—Tú avísanos si necesitas que uno de estos chicos te lleve a caballito —comentó la madre de Vinny.

Y después se rio.

Y Big John se rio también.

Todos se echaron a reír.

Todos, menos Alec.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Alec

Bueno, creo que lo de fingir que estamos juntos se nos está dando bastante bien, ¿no te parece? —me preguntó. Su voz sonaba suave, y sabía perfectamente que estaba tratando de romper la tensión que se había extendido entre nosotros.

Asentí con la cabeza mientras conducía, porque no sabía muy bien qué decir.

Sí, la cena de equipo había ido bastante bien (*¡salvo cuando mi padre casi se desploma del dolor!*), y el entrenador parecía haberse alegrado de vernos juntos. Y en el instituto todos también se habían tragado que éramos pareja. Todo estaba saliendo a pedir de boca, salvo por el hecho de que la presencia de Dani no dejaba de distraerme constantemente, aunque ella no fuese consciente del efecto que tenía siempre que estaba a mi lado.

Lógicamente, sabía que en realidad no era nada, que en realidad no *éramos* nada, pero cuando nos quedábamos a solas, no dejaba de olvidarme de ese maldito detalle.

Nada de esto es real.

Por eso agradecí la pequeña llamada de atención de esa noche. La dolorosa dosis de realidad que me cayó encima como un cubo de agua helada al ver cómo a mi padre le fallaba la rodilla había sido justo lo que necesitaba. El verle así me llevó de vuelta a uno de los peores momentos de mi vida, cuando la que yo pensaba que era mi mejor amiga había decidido no estar a mi lado cuando más la necesitaba y, en cambio, había optado por llevarse a mi maldita némesis, a ese imbécil, a nuestro sitio.

El que mi padre hubiese estado presente en la cena me había ayudado a mantener los pies en la tierra.

—Sí, bastante bien —repuse.

—¿Estás bien? —me preguntó, con las manos extendidas frente a

la rejilla de la calefacción—. Lo digo por lo de tu padre. No tenía ni idea de que…

—Solo estoy cansado —solté, lo que en realidad no era mentira, al menos, no del todo, pero tampoco tenía ganas de hablar de mi padre. Y menos *con ella*. Siempre que se pasaba demasiado tiempo sentado, la pierna le acababa dando problemas. Ocurría bastante a menudo, aunque eso no lo hacía menos horrible.

—¿Te suele costar dormir la noche antes de un partido? —me preguntó, evitando claramente el tema de mi padre—. Yo nunca he jugado a ningún deporte de equipo, pero he pensado que quizás, como tampoco se te da tan mal el hockey, te pongas un poco nervioso la noche antes de un partido.

—No más que cualquier otra noche —respondí.

—¿Qué quieres decir? ¿Es que *no* duermes bien en general? —me preguntó.

—No eres mi novia de verdad, Collins, no tienes por qué preocuparte por cuántas horas duermo, ¿vale?

Quizás soné un poco más cortante de lo que pretendía, pero necesitaba poner algo de distancia entre nosotros.

Aquello la hizo fruncir el ceño con fuerza, como si mis palabras le hubiesen hecho daño.

—Solo era una pregunta, nada más —dijo.

Aparqué en el camino de entrada de su casa y abrí la puerta para salir.

—No tienes por qué acompañarme hasta la puerta —soltó—. Aquí no hay nadie que pueda vernos.

—Está oscuro, así que te pienso acompañar digas lo que digas —repuse, sintiéndome como un auténtico imbécil. Pero cuando rodeé el coche hasta su puerta, vi al maldito Benji Worthington en el porche de la casa de su padre, con un vapeador en la boca.

Nunca dejará de ser un imbécil.

—Maldito Worthington —siseé.

—¿Por qué os odiáis tanto? —me preguntó Dani en un susurro, al tiempo que se bajaba del coche y se volvía hacia Benji—. Quiero decir, vale que de pequeños no nos caía bien porque siempre ha sido un poco idiota, pero está claro que las cosas entre vosotros han ido

a peor.

—Sí, porque es un capullo.

—Ah, estupendo, eso lo explica todo —repuso con sarcasmo.

Suspiré con fuerza.

—Es solo que es mi enemigo y lo odio, ¿vale?

—¿Tu *enemigo*? —repitió, con un tono que me dejó bastante claro que pensaba que estaba siendo un exagerado.

—Vale, puede que no sea exactamente mi enemigo, pero sí que es un capullo bocazas al que le gusta inventarse rumores absurdos como una vieja cotilla —dije, y me moría de ganas por asestarle un puñetazo a Benji en la cara por el simple hecho de estar allí sentado, observándonos como un halcón—. Te aseguro que fue él quien difundió mi foto con la pipa de agua.

—¿En serio? —Dani se volvió hacia la casa de Worthington.

—Oh, ya lo creo. Juega para el equipo de la Academia St. John…

—¿Los que os ganaron el año pasado en la final del campeonato estatal? —me interrumpió con un jadeo.

—No me puedo creer que sepas eso —comenté.

—Y yo no me puedo creer que marcases dos goles en ese partido —repuso, cerrando la puerta del coche—. Al parecer, eso es impresionante, sobre todo para un defensa.

—Mírate, estás aprendiendo muy rápido —dije, al tiempo que bajaba lentamente la mirada hacia sus labios.

Dani esbozó una sonrisa, y las ganas que tenía de besarla me estaban matando.

Espera un momento.

¿Qué? ¿A qué viene eso?

Era una locura y una estupidez a partes iguales.

Contrólate.

—Ahora nos está mirando —comentó en un susurro—, así que voy a reírme como si acabases de hacer algún comentario graciosísimo y encantador.

Y, dicho eso, soltó una risita suave y, sí, el imbécil nos fulminó con la mirada.

Toda su atención estaba puesta en nosotros, pero todavía no se había dado cuenta de que nos habíamos fijado en que estaba ahí,

observándonos.

—Joder, eso es —solté, con la cabeza yéndome a mil por hora—. Con lo que le gusta ir por ahí esparciendo rumores, deberíamos besarnos.

—*¿Qué?* —soltó Dani entre risas, como si creyese que lo había dicho de broma.

Pero entonces eché un vistazo rápido a su espalda y me fijé en que Benji todavía no había dejado de mirarnos, nos estaba observando como un auténtico psicópata, y si tenía que suplicarle a Dani para que aceptase, lo haría.

Porque estaba seguro de que, si el capullo de Worthington nos veía besarnos, no solo se encargaría personalmente de difundir el rumor de que Dani y yo estábamos juntos por todo Minnesota, sino que *además* se pondría verde de celos, así que, ¿qué mejor manera de matar dos pájaros de un tiro?

—Por favor, déjame besarte, por favor, déjame besarte, por favor, déjame besarte, por favor, déjame besarte, Dani —le supliqué en un susurro, mirándola directamente a los ojos—. Odio a ese capullo de mierda y sé que, si nos ve besarnos, se pondrá verde de celos, joder, por favor, déjame besar…

—Vale —me interrumpió en voz baja.

No me había dado cuenta de lo seguro que había estado de que iba a negarse hasta que me dijo que sí.

—*¿Qué?* —Tenía que haberla oído mal. Bajé la mirada hacia su rostro—. ¿En serio?

—Si crees que besarnos va a servir para que se extienda el rumor de que estamos juntos —repuso en apenas un susurro, antes de echar la cabeza un poco más atrás para mirarme directamente a los ojos y acercarse a mí para que Benji no pudiese oírnos—, entonces, ¿por qué no? Ya lo hicimos una vez solo por diversión, para pasar el rato, así que ¿por qué no hacerlo ahora para que todo el mundo se entere de lo nuestro?

Solo por diversión, y una mierda.

—¿Estás segura? —Daba igual lo que sintiese por ella, jamás la presionaría para que accediese a hacer algo que no quisiese.

Aunque, de repente, *solo* podía pensar en besarla.

Lo de controlarte se te da como el culo, colega.

—Estoy segura —respondió en un susurro, asintiendo con la cabeza—. Hazlo, *Zeus*.

Fue ese maldito brillo divertido en sus ojos el que hizo que me flaqueasen las rodillas. Y la forma en que levantó la barbilla, orgullosa, e inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado, como si se estuviese preparando para que la besase, por *Dios*. De repente, el corazón comenzó a latirme acelerado y se me entrecortó la respiración y el aroma de su perfume, *a zumo de manzana y flores*, me sobrecogió por completo, robándome el aliento.

Porque ahí estaba ella, en medio de aquella noche oscura, junto a mi coche, mirándome *exactamente* como siempre había deseado que lo hiciese.

«Hazlo, Zeus».

Me olvidé de Benji en cuanto deslicé las manos entre sus mechones, como si estas tuviesen vida propia. La sostuve con delicadeza, deleitándome de la sensación de tener sus rizos suaves entre mis dedos, y bajé los labios lentamente hacia los suyos, al tiempo que una palabra reverberaba una y otra vez en mi cabeza, como una especie de cántico.

Dani, Dani, Dani, Dani.

Los mechones rubios enredados alrededor de mis dedos, el aliento entrecortado que se deslizaba entre nuestros labios, las largas pestañas que se cerraron con delicadeza… lo cierto era que todo le pertenecía *a ella*, y en ese momento me sentí como si alguien me hubiese dado un puñetazo en el estómago y la fuerza del impacto me hubiese robado el aliento, dejándome sin sentido.

Es Dani, joder.

Entonces nuestros labios se encontraron (*ese brillo de labios de sabor cereza, por Dios*) y fue como si me acabase de fulminar un rayo. Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo cobraron vida al mismo tiempo en cuanto Dani abrió la boca lentamente para darme acceso, y una corriente eléctrica me recorrió de la cabeza a los pies cuando se aferró con fuerza a mi abrigo y su lengua…

—¿Qué *cojones* estáis haciendo?

Dani se apartó de un salto y, cuando abrí los ojos, quise que la

tierra se abriese y me tragase, porque el maldito Mick Boche estaba de pie en el porche de su casa, fulminándome con la mirada.

Mierda.

Iba vestido de negro, como una especie de ángel de la muerte, y tenía su enorme brazo extendido hacia nosotros, y nos estaba señalando con un dedo acusador.

—Mueve el culo y entra en casa. Ahora mismo.

Mierda, mierda, mierda.

Dani se dio la vuelta y se encaminó hacia el porche.

—¡Me refería a ti, Barczewski! —soltó Mick.

Joder, joder, joder.

—Sí, señor —respondí, con el corazón latiéndome tan acelerado que era bastante probable que fuese a desmayarme como una ancianita en cualquier momento. Seguí a Dani hasta el porche y entré en casa de su abuelo, donde seguramente estaba a punto de sufrir una muerte de lo más dolorosa y lenta a manos del antiguo jugador de hockey.

Pero, al entrar, me di cuenta de que, aunque Mick estuviese a punto de asesinarme, lo bueno era que en ese mismo instante a Benji Worthington lo estaban matando sus celos. Siempre había estado colado por Dani, así que había sido sencillamente fantástico que hubiese tenido un asiento en primera fila para ver cómo le volvía a ganar.

Chúpate esa, capullo.

Puede que Ben estuviese demasiado celoso como para felicitarme por mi victoria, pero también había sido testigo de cómo Mick Boche me pillaba besando a su nieta y me gritaba para que entrase de inmediato en su casa. Así que lo más probable era que a estas alturas ya se hubiese ido corriendo a contárselo a todo aquel que conocía, porque el capullo era un maldito cotilla.

—No es culpa de Alec… —dijo Dani.

—No quiero saberlo —bramó Mick, interrumpiéndola—. Sube ahora mismo a tu cuarto y déjanos solos, tenemos mucho de lo que hablar.

—*¿Qué?* —exclamó ella con incredulidad.

Su abuelo señaló la escalera que llevaba a la segunda planta.

—Ya me has oído, vete.

—No puedes…

—Oh, pues claro que puedo, y lo haré, y sé perfectamente en qué estás pensando, Danigirl. Crees que, como no soy tu padre, no me compete a mí hacer esto. Pero te equivocas, esto *sí* que es cosa mía. Porque soy yo el que está aquí, el que sigue presente en tu vida, al que le importa lo que hagas o dejes de hacer. Así que, ahora, sube a tu cuarto y ya hablaremos tú y yo más tarde.

Dani lo observó anonadada, como si no pudiese creerse lo que acababa de oír, y después me susurró un «lo siento» antes de darse la vuelta y hacer lo que Mick le había ordenado.

Traidora.

—Siéntate —me ladró Mick, señalando la mesa de la cocina.

Lo obedecí de inmediato y me dejé caer sobre una de las sillas que había a su alrededor, agradecido por tener la oportunidad de sentarme, aunque solo fuese por un momento, porque me temblaban las piernas de miedo y era menos probable que Mick me asestase un puñetazo si estaba sentado que si me quedaba de pie, ¿no?

—Por lo que tengo entendido, no eres un mal chico. —Mick se cruzó de brazos y me fulminó con la mirada—. Pero ¿en serio creías que podías salir con Dani y abalanzarte sobre ella enfrente de mi propia casa sin que hubiese consecuencias? ¿Me tomas el pelo?

—Yo…

—¿Es que estabas intentando demostrar algo? ¿Que eres un tipo duro que no tiene miedo de faltarle el respeto a la nieta de Boche en su puñetero jardín o algo así?

—Por Dios, no —solté—. Si ni siquiera…

—¿En serio? —Estaba claro que no me creía—. ¿En serio no os habíais dado cuenta de que cabía la posibilidad de que yo me asomase por la ventana y os viese?

—*No* —insistí, negando con la cabeza.

—¿En serio?

—*No* —repetí, esta vez más alto—. Con el debido respeto, señor, en ese momento en lo último en lo que estaba pensando era en usted. Besé a Dani porque me gusta mucho y me olvidé de todo lo demás, sobre todo de dónde estaba. Esto no tiene *nada* que ver con

usted.

—Así que me estás queriendo decir que solo estabas pensando en Dani cuando te lanzaste a besarla.

¿No hace mucho calor aquí? Tironeé de la bufanda que seguía llevando alrededor del cuello.

—*Sí* —solté—. Quiero decir, también lo hice con la esperanza de que Worthington nos viese, porque odio a ese capullo, pero sí, solo estaba pensando en Dani.

—Yo también odio a ese mierdecilla. ¿Sabes que conduce un Maserati?

¿Qué narices está pasando?

—Sí —dije, negando con la cabeza—. El año pasado tenía un Cayenne, pero lo estampó contra una farola.

—No me extraña —repuso Mick asqueado—. Menudo idiota.

—¿Verdad? —asentí.

—Escucha, voy a ser sincero contigo —dijo, ladeando la cabeza y observándome como si no fuese más que un insecto molesto—. No me gusta que estéis saliendo.

—No le gusta. —No sabía por qué, pero por algún motivo aquello me molestaba. Aunque nuestra relación fuese falsa, saber que alguien a quien tenías en tan alta estima pensaba que eras poco más que un mierdecilla era… bueno, una mierda.

—No, no me gusta. Ni un pelo. Dani y su madre se han pasado los últimos diecisiete años teniendo que vivir con un manipulador de pacotilla. Ahora, cuando la miro, no la reconozco, no es la misma niña que conocía.

No sé qué era lo que esperaba que dijese pero, desde luego, no era *eso*. Mick se volvió hacia la ventana y siguió hablando, aunque más como si estuviese hablando consigo mismo que conmigo.

—De vez en cuando, me responde con algún comentario mordaz o sarcástico, como solía hacer antes, y en ese momento me dan ganas de ponerme a dar saltos de alegría y aplaudir, porque me encanta verla así, pero sé que no es eso lo que ella quiere. Y tampoco debería quererlo, porque… bueno, da igual, el caso es que tiene derecho al estar enfadada conmigo, pero lo que quiero decir con todo esto es que lo único que deseo es que descubra quién es en

realidad, que encuentre su propia voz, sin que ningún chico se interponga en su camino.

—Yo… yo no pretendo interponerme en su camino —repuse, y no pude evitar avergonzarme al oír cómo se me rompía la voz, como si no fuese más que un crío nervioso y asustado—. Le prometo que quiero lo mismo que usted. Y yo también odio al coronel.

—¿Lo odias? —me preguntó Mick, sorprendido.

—Por Dios, pues claro que sí, pero eso da igual porque Dani todavía lo adora —repuse, aunque en cuanto aquellas palabras abandonaron mis labios me di cuenta de que quizás había hablado demasiado.

Lo más probable era que Dani se cabrease muchísimo conmigo si me oía decir aquello.

—Lo sé —dijo Mick con un suspiro—. No quiere oír ni una sola crítica sobre él, pero sigue siendo su padre, por mucho que me moleste, y eso tengo que respetarlo.

—Incluso después de que la llamase la otra noche y se pusiese tan triste que me la encontré después llorando a lágrima viva en el vestuario, ella siguió defendiéndolo.

—¿Te comentó qué le había dicho para hacerla llorar así?

Negué con la cabeza.

—No, pero tampoco pude hablar mucho con ella.

Mick soltó un gruñido y se volvió de nuevo hacia mí, para mirarme como si estuviese tratando de decidir dónde iba a enterrar mi cadáver después de acabar conmigo.

—Señor Boche —le dije—, no quiero ponerme en su contra. Lo que ocurre es que me gusta muchísimo su nieta, eso es todo.

—Bueno, puede gustarte, me parece bien —repuso, cruzándose de brazos—. Pero deja de meterle mano y dale un momento para respirar.

—Vale —dije, asintiendo con la cabeza, porque lo más probable era que tampoco fuese a volver a «meterle mano» de todos modos. Todavía no comprendía cómo era posible que Dani me hubiese dejado besarla, pero estaba seguro de que, después de esto, no iba a tener la oportunidad de repetir lo que apenas acabábamos de empezar.

—Por cierto, ¿qué piensas hacer con ese hombro? —me preguntó.

—*¿Qué?* —respondí, quizás demasiado alto, pero es que me estaba mirando como si me tuviese calado, y eso era imposible.

—Me he fijado en cómo lo dejas caer un poco cuando estás cansado, en la forma en que te lo masajeas de vez en cuando mientras hablas. Tienes el hombro jodido, ¿a que sí?

Sus palabras me helaron la sangre porque, ¿a qué demonios venía eso? *¿De verdad dejo caer un poco el hombro cuando estoy cansado?*

¿Alguien aparte de Mick se habría fijado también en ese pequeño detalle? Mierda, ¿y si los ojeadores también lo habían notado?

Mierda, mierda, mierda. No podía dejar que nadie pensase que estaba lesionado.

—*No* —respondí, negando con la cabeza y tratando de aparentar que pensaba que se había vuelto loco—. Solo tengo un moratón enorme de cuando me placaron la semana pasada, pero estoy…

—Ya, ya —me interrumpió, negando con la cabeza, como si se sintiese decepcionado conmigo—. Ahórrame el discursito lleno de mentiras. Es tu cuerpo, no el mío. ¿Cómo te sientes respecto al partido de mañana?

Me encogí de hombros, porque aquello era una locura y también porque nunca sabía cómo responder a esa pregunta. Siempre tenía la sensación de que íbamos a ganar el siguiente partido, incluso aunque luego acabásemos perdiendo.

—Vamos a ganar —repuse.

—Sí, probablemente —asintió, antes de señalar la puerta con el pulgar—. Anda, vete a casa ya.

Prácticamente me levanté de un salto, porque me alegraba de que Mick me hubiese dejado marchar sin despellejarme vivo. Si hubiese podido largarme corriendo a toda velocidad en ese mismo instante, lo habría hecho.

Pero, cuando llegué a la entrada, me detuve y me volví de nuevo hacia él, porque sentía que todavía me quedaba algo que decir.

—¿Señor Boche?

—Mick —me corrigió.

¿Mick?

—Gracias, eh… por no matarme —dije.

—De nada —repuso, y juro por Dios que me pareció verle esbozar una especie de sonrisa divertida—. Por cierto, si por algún casual le das por accidente al Maserati que hay aparcado en la casa de al lado con esa chatarra que conduces, yo no he visto nada.

—Entendido —respondí, antes de largarme de allí como alma que lleva el diablo.

Cuando por fin llegué a casa y le eché un vistazo a mi teléfono, me di cuenta de que Dani me había enviado varios mensajes preocupada.

Dani: ¿Estás bien?

Dani: Lo siento muchísimo.

Dani: ¿Qué te ha dicho?

Dani: Por favor, dame alguna señal de que sigues vivo.

Me saqué un selfi y se lo mandé.

Yo: Estoy bien y en realidad ha sido bastante majo. Solo quería asegurarse de que no me estaba comportando como un capullo contigo.

Recordé lo que había dicho sobre ella. Resultaba bastante interesante que Dani hubiese asumido que su abuelo no era más que un viejo cascarrabias cuando, en realidad, me había dado la sensación de que la echaba de menos y estaba preocupado por ella.

Como si tan solo estuviese tratando de ayudarla a su manera.

Le envié otro mensaje: Puede que esto te parezca una locura, pero en realidad creo que solo está intentando arreglar las cosas contigo.

Dani: ¿Y cómo se supone que lo está haciendo exactamente? ¿Respondiéndome siempre a base de gruñidos?

Podía entender que ella no se hubiese dado cuenta. Al fin y al cabo, la comunicación no era exactamente el punto fuerte de su abuelo. Pero, por mucho que quisiese echarle una mano a Mick, tenía que hablar con Dani sobre el beso, y *cuanto antes.*

Le escribí: Bueno… cambiando de tema.

Dani: ¿Sí…?

Yo: Sobre lo otro que ha pasado antes frente a tu casa.

Dani: ¿El qué otro?

Vale, estaba claro que ella no estaba por la labor de hablar del tema. Y, sin embargo, yo no podía dejar de pensar en ese beso.

Yo: Está bien. Nos vemos mañana.

Dani no respondió, pero justo cuando enchufé el teléfono al cargador y encendí la lámpara, vibró sobre la mesilla de noche.

Dani: Mi abuelo acaba de subir a mi habitación y me ha pedido que te diga que te pongas hielo en el hombro antes de meterte a la cama, incluso aunque estés muy cansado.

Me quedé mirando aquel mensaje con incredulidad. No sé por qué, pero logró que se me formase un nudo tenso en la garganta, y tampoco tengo ni idea de por qué en ese momento me sentí muchísimo más cansado de lo que ya estaba.

Le respondí: Dale las gracias de mi parte.

Y después bajé a la cocina a buscar una bolsa de hielo.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Dani

El día del partido ocurrió toda una sucesión de acontecimientos sorprendentes.

Para empezar, cuando vino a recogerme para ir a clase, Alec tenía un aspecto increíble. Abrí la puerta de la cocina para dejarlo entrar y casi me da un infarto nada más verle. Y no pude evitar quedarme mirándolo boquiabierta.

—¿Y tus lentillas? —le pregunté en cuanto recobré la voz.

—Estaba demasiado cansado y no me las he puesto —repuso, con cara de desconcierto—. ¿Por qué?

¿Cómo que «por qué»?

Sabía que los jugadores del equipo tenían que vestirse de traje *algunos* días de partido, pero en el último no habían tenido que hacerlo. Por el amor de Dios, si en el último día de partido había ido vestido con unos pantalones de chándal y una sudadera. Por eso no estaba preparada para *el Alec* que estaba en este momento ante mí.

Nunca se me había pasado por la cabeza que un traje pudiese sentarle tan… *bien*.

Llevaba unos pantalones negros perfectamente entallados que, de alguna forma, lograban resaltar lo musculosas que eran sus piernas (o quizás todo eran imaginaciones mías, porque mi cerebro estaba demasiado desconcertado por el cambio). Se había puesto también un cinturón elegante para sujetarlos que iba a juego con sus *elegantísimos* zapatos de vestir, y un jersey gris de cachemira que se le ceñía al pecho a la perfección, marcándole los pectorales y resaltando lo duro y ancho que era.

Y llevaba gafas… Por el amor de *Dios* estaba guapísimo con esas gafas con montura carey. Todavía me acordaba de cuando había empezado a ponerse lentillas, con once años pero, al parecer, también seguía poniéndose las gafas a veces.

No estaba exagerando (de verdad que no) al decir que con ese aspecto podría salir perfectamente en un artículo de revista que hablase sobre jóvenes empresarios buenorros y, bueno, supongo que eso me dejó un tanto anonadada.

No me *gustaba* que me resultase tan atractivo, y me di cuenta de que Alec se había fijado en cómo me lo estaba comiendo con los ojos.

Mierda.

—Tu madre tiene un gusto *impecable* —solté, para tratar de distraerlo.

—¿Qué?

—Me gusta cómo vas hoy —comenté, con una buena dosis de condescendencia—. Tu mami hizo un trabajo excelente al comprarte ese traje tan elegante para ir a misa.

Aquello le hizo esbozar una sonrisa burlona y negar con la cabeza.

—Ya sé que estoy guapísimo, no hace falta que seas tan capulla.

—Qué humilde —murmuré, antes de rodearlo al salir de casa porque no podía soportar el tener que mirarlo ni un segundo más. Sentía las mejillas acaloradas y estaba demasiado nerviosa sin motivo aparente, y la sensación no hizo más que empeorar cuando casi rompí la manija de la puerta de su coche.

Tiré de ella con fuerza, pero el coche seguía cerrado.

—¿Te importaría abrir el coche de una vez? —le pregunté con un suspiro, girándome para mirarlo de reojo.

Salvo que, cuando lo hice, me lo encontré *justo ahí*, mucho más cerca de lo que pensaba. Nuestras miradas se encontraron y el recuerdo del beso que habíamos compartido anoche en ese mismo lugar me sobrecogió de golpe.

Puede que solo hubiese durado unos segundos pero, por Dios, todavía podía *sentir* sus enormes manos enredadas en mi cabello y su mirada intensa y oscura observándome al acercarse a mí lentamente.

Al tiempo que nuestros labios se encontraban.

Alec carraspeó con fuerza, devolviéndome al presente.

¡Agh!

—Dios, aquí fuera hace un frío que pela —comenté, pegando

saltitos como si estuviese intentando entrar en calor.

—Sí, vámonos ya —repuso, antes de abrirme la puerta y rodear el coche.

Podía *sentir* la incomodidad que se extendía entre nosotros.

Como si cada segundo que pasásemos juntos estuviese cargado de tensión.

De electricidad.

Y no tenía ni idea de qué se suponía que debía hacer al respecto.

—¿Tienes ganas del partido de esta noche? —le pregunté, para tratar de encontrar algún tema del que hablar y que acabase con ese silencio tenso e incómodo.

—¿Estás de broma? —me preguntó, al tiempo que arrancaba el coche.

—No, lo digo en serio —repuse, volviéndome a mirar por la ventana mientras él arrancaba el coche y salía a la carretera. Se tomaba el hockey tan en serio que estaba segura de que *debía* de estresarle muchísimo—. ¿Cómo te sientes los días de partido? ¿Nervioso o emocionado? ¿Eres de los que escucha música motivadora mientras toca una guitarra imaginaria en el vestuario antes de un partido o algo así?

Alec no solía ponerse nunca tan serio conmigo, siempre se comportaba como el típico deportista capullo o como el pequeño y graciosillo Alec, así que me sorprendió cuando, en ese momento, le vi tragar con fuerza y apretar los dientes, con un brillo *extraño* en su mirada oscura.

—Creo que en realidad estoy mucho más estresado cuando *no* es día de partido —respondió

—¿Qué? ¿En serio?

—Sobre el hielo, sé que soy bueno y sé perfectamente lo que tengo que hacer, así que siempre estoy deseando que llegue el momento de que suene el silbato y empiece el partido —comentó—. Todo lo demás se escapa por completo de mi control pero, cuando estoy ahí fuera, en la pista, todo depende de mí, así que en los días de partido cuento las horas que faltan para que llegue el momento de salir por fin al hielo.

Parecía incómodo, como si su cabeza estuviese llena de

pensamientos confusos o tristes, y me di cuenta de que quizás era porque le había dado la impresión de que había empezado a interesarme muchísimo por todo lo que tenía que ver con él.

Y no podía permitir que pensase que era alguna especie de *groupie* del hockey o algo por el estilo.

—Esta mañana mi madre me ha comentado que va a venir a ver el partido esta noche y, cuando le he preguntado por qué, pensando que quizás se sentía obligada a ir porque yo iba a estar sentada en el banquillo grabando o algo así, ¿sabes lo que me ha respondido? —solté.

—Seguro que algo brillante —murmuró, lo que me hizo poner los ojos en blanco, porque Alec siempre había adorado a mi madre, desde que éramos unos críos.

—Me ha dicho que iba a venir a ver el partido para apoyar al equipo. Y que tiene pensado ir a *todos* los que quedan esta temporada —dije, negando con la cabeza—. Y que también va a ir al Cro antes del partido porque, al parecer, todos los padres se juntan allí a pasar el rato antes de ir al Doug.

Aquello le hizo esbozar una pequeña sonrisa divertida.

—¿Y por qué me da la sensación de que te molesta? Eso es exactamente lo que hacen todos los padres de los jugadores del equipo antes de cada partido.

—Pero es que ella no es la madre de ninguno de los jugadores —repuse—. Su hija solo es una de las encargadas, una que, además, se apuntó al equipo para conseguir un puñado de créditos extra para su solicitud para la universidad.

—¿Te has parado a pensar que quizás no tenga nada que ver contigo? —me preguntó.

Le hice una peineta.

—No, lo digo en serio —dijo, sacudiendo ligeramente la cabeza—. Lo de quedar en el Cro e ir a los partidos de hockey es algo típico de Southview. Todo el mundo lo hace. Y tu madre creció aquí, así que estoy seguro de que probablemente se pasó toda la vida yendo a los partidos.

—Supongo —repuse, preguntándome por qué no había caído yo en eso.

Todo *esto* era lo que ella había vivido desde pequeña, aunque a mí me estuviese costando imaginármelo.



El Doug estaba muy cambiado las noches de partido.

La pista estaba cargada de electricidad, llena hasta los topes, con música sonando con fuerza por los altavoces, y adolescentes y adultos animando a gritos, todos vestidos de granate y blanco.

Alec tenía razón, aquello era algo típico de Southview.

Coloqué la cámara para grabar el partido y, mientras esperaba a que empezase, eché un vistazo a mi alrededor, y me sorprendió encontrarme con unas cuantas caras conocidas entre la multitud. *Acabábamos* de mudarnos así, por eso me parecía una locura ser capaz de reconocer a gente en las gradas.

Pero ahí estaban los hombres que había conocido en casa de Alec durante mi primera noche aquí, sentados junto a quienes supuse serían sus esposas e hijos. Y los adultos que habían estado en casa de Vinny ayer por la noche, los padres de los jugadores, estaban todos juntos, y me daba en la nariz que probablemente fuesen a animar incluso con más ganas que la sección de los alumnos de Southview, que se encontraba justo a su lado.

Localicé a mi madre entre la multitud, sentada junto a Sarah, Big John y los mellizos (que llevaban unas camisetas del equipo adorables, con el número siete a la espalda), y encajaba a la perfección allí, sentada a su lado, como si nunca se hubiese llegado a marchar de aquel pueblo.

Tuve que apartar la mirada, sin lograr comprender cómo me sentía yo al respecto.

Porque, siendo sincera, me gustaba ver a mi madre así de feliz, como si allí, junto a sus amigos en las gradas del Doug, fuese justo donde *debiese* estar, pero tenía la sensación de que, al pensar aquello, estaba traicionando a mi padre, al que la había alejado de todo eso.

Mi padre, que me había escrito un par de veces desde la otra noche y a quien aún no había respondido.

Papá: Aún tenemos una conversación pendiente, por favor, avísame de cuándo vas a tener tiempo para hablar, hija.

Papá: Te agradecería que me respondieses. Soy yo quien paga las facturas de tu teléfono, Daniella.

Sabía que tenía que responderle pero, cada vez que lo intentaba, le escribía todo lo que pensaba solo para acabar borrándolo una y otra vez porque sabía que, como le mandase eso, él me diría que estaba siendo demasiado dramática.

Y me daba demasiado miedo llamarle.

Dios, me estoy volviendo loca.

Por suerte, en cuanto el disco tocó el hielo, no me quedó más remedio que volver al presente y olvidarme de todo lo demás.

Porque los chicos estaban jugando increíblemente bien. El partido era un ir y venir vertiginoso de ese pequeño disco negro que me tuvo en vilo todo el tiempo, con la vista clavada en la pista para tratar de seguirles el ritmo.

Y Alec era un espectáculo digno de ver.

Si era intenso en los entrenamientos, en los partidos era *sublime*. Se lanzaba a por los jugadores del equipo contrario sin miedo alguno, metiendo el palo sin reparos para tratar de robarles el disco como si su vida dependiese de ello. Le mandaron al banquillo de los sancionados *dos veces* en todo el partido, aunque estaba claro que el público pensaba que la segunda vez fue injustificada.

Tenía el corazón en la garganta, porque me emocionaba (en el buen sentido) ver cómo lo daba todo sobre la pista de hielo.

Estaba orgullosísima de mi pequeño amigo Alec, que ahora era un auténtico dios del hielo.

Southview acabó ganando por dos goles, y Alec hizo dos asistencias, además de marcar un gol que me hizo ponerme a gritar tan fuerte que por un momento tuve la sensación de que me iba a quedar afónica.

Nunca me lo había pasado tan bien en un evento deportivo.

¿En quién me estaba convirtiendo?

Después del partido, me encontré a mi madre cerca de la zona de

vestuarios, con Sarah, Big John, los mellizos y un par de amigos de John.

—¿Qué te ha parecido tu primer partido, pequeña? —me preguntó Big John, y me pareció adorable la enorme sonrisa que me dedicó. Toda mi vida me había recordado a un Papá Noel demasiado feliz, y aquella vez no fue una excepción—. Ha sido un partido increíble.

—Me ha gustado mucho —admití—. Y Alec ha estado genial. Me cuesta comprender que el chico que solía echarse tres siestas al día sea ahora este fantástico jugador de hockey.

—Un día se pasaba la vida echando a perder las horas jugando a videojuegos —comentó Sarah, con una manta enorme en brazos—, y al siguiente lo único que quería hacer era pasar cada minuto de cada día sobre la pista de hielo.

—¿Así que tú eres su amuleto de la suerte?

Me preguntó una mujer menuda, con unos preciosos ojos marrones y el cabello negro y rizado, y el acento del norte más adorable que había oído jamás, al tiempo que me dedicaba una dulce sonrisa.

Me volví hacia el hombre que había a su lado y entonces los reconocí: *Ellen y Gary*. Los padres de Big John, los abuelos de Alec.

—Hemos estado hablando de que esta temporada está jugando mejor que nunca —añadió—. Así que nos preguntábamos si quizás es gracias a ti.

Vaya, allí las noticias volaban, eso estaba claro. Estaba bastante segura de que la abuela Ellen se estaba equivocando con los tiempos, pero eso nos venía de perlas para nuestra farsa, así que no iba a ser yo quien la corrigiese.

Me volví a mirar a Sarah, John y mi madre, y *los tres* me estaban observando con unas sonrisas de lo más cursis dibujadas en sus rostros.

—Creo que simplemente es muy bueno jugando al hockey, nada más —repuse, encogiéndome de hombros, porque no sabía qué otra cosa hacer.

—Sí, eso también —comentó mi madre, guiñándome un ojo.

En ese momento, los jugadores comenzaron a salir del vestuario, y no pude evitar pensar que era muy bonito ver cómo sus padres se

habían quedado esperando para decirles que habían hecho un «muy buen trabajo» esta noche.

También había unos cuantos reporteros de las noticias entre la multitud, apostados al margen, que se pusieron a grabar en cuanto Alec salió del vestuario.

Pero, por *Dios*, el corazón me dio un vuelco al verlo salir, porque, de alguna forma, se las había apañado para estar incluso más guapo que esa mañana, con el pelo todavía húmedo por la ducha que se acababa de dar, y vestido con esa ropa tan elegante. Nuestras miradas se encontraron de inmediato, y esbozó una sonrisa que hizo que casi hasta me flaqueasen las rodillas.

Oh, no.

¿Qué me está pasando?

No se volvió a mirar a nadie más mientras se me acercaba directamente, con sus ojos marrones oscuros clavados en los míos.

¡Contrólate, Collins!

—¿Quieres que te lleve las cosas? —le preguntó John, y su voz me trajo de vuelta al presente, sacándome de la burbuja en la que solo existíamos Alec y yo, en la que me había sumido en cuanto nuestras miradas se habían encontrado.

—Nah, voy a pasar por casa para cambiarme antes de salir —repuso Alec.

Entonces todos se pusieron a hablar de hockey, elogiándolo por lo bien que había jugado y criticando a los árbitros por sus decisiones, mientras que yo me limitaba a escuchar atentamente.

Siempre había juzgado con desdén a los deportistas de todos los institutos en los que había estudiado, porque iban por ahí como si fuesen los reyes del mundo solo por saber lanzar una pelota un poco más lejos que los demás.

Pero nunca me había parado a pensar en lo que debían de sentir sus padres al verlos jugar.

O sus tíos.

O sus vecinos.

En ese momento, cuando eché un vistazo a mi alrededor, fijándome en los pequeños grupos que se habían reunido en el interior del Doug, en todas esas familias que estaban hablando con

sus respectivos jugadores. En todas esas madres vestidas de los pies a la cabeza con la equipación de Southview, en todos esos padres que se estaban riendo de cualquier tontería con sus amigos… me di cuenta de que aquello no era en absoluto como me lo había imaginado.

¿Era cosa del hockey o tan solo de Southview?

—¿Vas a ir a casa de Richie? —le preguntó Big John a Alec.

—Sí —repuso él, antes de que esos profundos ojos marrones se encontrasen de nuevo con los míos—. Deberías venirte, Collins. Seguro que Cassie también estará allí.

Todos sus amigos me habían aceptado desde el principio, y Cassie era la mejor de todos ellos, pero ¿por qué de repente tenía la sensación de que aquel no era mi sitio? *¿Por qué tengo ganas de vomitar?*

—Creo que mejor voy a volver a casa contigo —le dije a mi madre —. Quizás la próxima vez.

—Bueno, pero nosotros teníamos pensado parar en la PNA antes de volver a casa —repuso ella, en un claro intento por convencerme de que me marchase con Alec—, y puede que nos quedemos allí un buen rato.

—¿Qué es la PNA?

—La logia polaca —respondió mi madre.

La logia polaca. Primero lo del salón social croata y ahora la logia polaca.

Estoy bastante segura de que nuestros antepasados eran irlandeses y alemanes, mamá.

Pero no hice ninguna pregunta más mientras me subía a una camioneta llena de adultos, viendo cómo Alec se alejaba hacia Burrito, y una parte de mí quería ir con él, a donde quiera que fuese, pero me daba miedo arrepentirme si lo hacía.

En cambio, unos minutos más tarde me tocó arrepentirme de mi decisión cuando seguí a Big John hasta una casa que parecía hecha de estuco.

Pero ¿qué…?

Tenía mis dudas, pero entonces mamá me agarró con fuerza del brazo y dijo:

—Prepárate para sorprenderte.

Seguimos a Big John a través de una puerta lateral y bajamos unas escaleras y… bueno, aquello era como una especie de bar de mala muerte.

En un sótano.

Había una barra con grifos de cerveza a un lado y varios televisores colgados por las paredes, una mesa de billar y unas dianas de dardos, pero… seguía siendo un sótano.

Un sótano *lleno hasta los topes* de gente.

Al menos aquí no hace frío, pensé, mientras cruzaba la estancia junto a mi madre, al tiempo que Sarah y Big John nos llevaban hasta una mesa libre y se quitaban los abrigos para ponerse cómodos.

—¿Es legal que esté yo aquí? —les pregunté—. ¿Al ser menor?

—Siempre y cuando no te pongas a beber alcohol o a servirlo —repuso John—. Dile a Sarah qué te apetece tomar y mientras ella va a buscar algo para beber yo me encargaré de contártelo todo sobre este lugar.

—¿En serio tengo que saberlo? —bromeé.

—Ahora eres una chica de Southview, pues claro que tienes que saberlo —respondió, también de broma.

No soy una chica de Southview, pensé. *Soy una chica de ninguna parte*.

Pero una pequeña parte de mí *deseaba* ser una chica de Southview.

John se acercó un poco más a mí para que pudiese oírlo por encima del barullo y se puso a contarme la historia de aquel lugar, como si no estuviésemos en un *simple* bar, como si fuese algo más. Me habló de que, a principios del siglo XX, un montón de inmigrantes polacos se mudaron al pueblo, atraídos por la cantidad de ofertas de trabajo que había en las enormes plantas envasadoras de carne que se habían construido a las afueras. Crearon aquel bar para tener un lugar donde reunirse todos a tomar algo después de una dura semana de trabajo, y para tener un sitio propio donde poder celebrar bodas y funerales.

—El Cro tiene una historia bastante parecida —comentó y, por como hablaba, me quedó bastante claro que aquella historia le

parecía muy importante, y no pude evitar preguntarme si Alec pensaría lo mismo.

A ver, le *gustaba* leer libros de historia por diversión, al fin y al cabo.

—Pero en vez de inmigrantes polacos fueron los inmigrantes croatas quienes lo fundaron, ¿no?

Aquello le hizo esbozar una sonrisa.

—Veo que lo has entendido, pequeña.

Lo más gracioso fue que la pequeña historia de Big John logró que, desde ese mismo instante, viese aquel bar de forma distinta, como a través de otro prisma. Había pasado mucho tiempo desde 1911 y estaba bastante segura de que, a esas alturas, ya no quedaba ninguna de las plantas envasadoras de carne que solía haber a las afueras de Southview.

Lo que significaba que toda esa gente que estaba reunida en ese momento en la PNA fueron quienes habían mantenido este lugar con vida.

En una metrópolis llena de bares modernos y restaurantes, esta pequeña comunidad había escogido celebrar su pequeña victoria en un bar diminuto en medio de su pequeño vecindario en un pueblo a las afueras.

¿Por qué eso me parece tan adorable?

—Anda, hola, Dani —oí que alguien me saludaba y, cuando me di la vuelta, me encontré a Jessie Osman, la mujer del entrenador, a quien había conocido en la cena del equipo la otra noche, pero con quien no había tenido mucho tiempo para hablar.

Y de pie a su lado, aunque estuviese hablando con otra persona en ese momento, estaba en propio entrenador Oz.

Entré en pánico al momento, porque había estado evitando a aquel hombre por activa y por pasiva desde el mismo instante en que me había pillado abrazada a su defensa estrella mientras este estaba medio desnudo en el vestuario.

—Hola —la saludé, carraspeando con fuerza.

—¿Qué tal te va todo? —me preguntó—. ¿Ya te estás acostumbrando a la vida en Southview?

—Sí —respondí, aunque más bien se lo grité, porque aquel sitio

estaba tan lleno que era imposible mantener una conversación a un volumen normal.

—Alec ha jugado muy bien esta noche —comentó, cruzándose de brazos e inclinándose hacia mí—. Por cierto, ¿dónde se ha metido?

Mierda. ¿Había dicho que iba a ir a casa de Richie o de Kyle? No me acordaba, pero su novia debería saber esa clase de cosas ¿no?

—Eh… se ha ido a celebrar la victoria con sus compañeros.

—¿Dónde está Zeus? —me preguntó el entrenador a gritos.

Estaba claro que no había oído lo que le acababa de decir a su mujer, y me daba mucho más miedo tener que responderle *a él* que a ella. No tenía ni idea de quién sabía qué, pero como se suponía que debíamos convencer a todo el mundo que estuviese *relacionado* con el mundo del hockey de que Alec y yo estábamos juntos, no quería meter la pata.

—En casa de Richie —respondió su mujer, quien al parecer estaba mucho mejor informada sobre a dónde solían ir los jugadores después de cada partido.

—Ah —soltó el entrenador, asintiendo con la cabeza.

—Bueno, admito que me pica la curiosidad —dijo ella entonces, observándome con los ojos entrecerrados y una sonrisa enorme en la cara—. He oído que Alec y tú erais viejos amigos, pero ¿cómo acabasteis saliendo juntos?

—Eh… —Carraspeé de nuevo y deseé saber qué le había contado Alec a su entrenador sobre nuestra relación falsa.

—Sí, a mí también me gustaría saberlo —comentó Big John, con una sonrisa de oreja a oreja y una mirada traviesa que me recordó muchísimo a la de Alec, al tiempo que se cruzaba de brazos, a la espera de mi respuesta—. Porque un día llevabais años sin veros y al siguiente os pasasteis hablando por FaceTime casi toda la noche.

—¡Collins!

Me volví hacia la entrada del local para ver cómo Alec, junto con sus amigos, se adentraba en el bar.

Gracias a Dios.

Tenía una sonrisa de oreja a oreja dibujada en la cara mientras se abría paso a través de la gente que llenaba el local, riéndose de algo que le había dicho un hombre con una camiseta en la que ponía «Yo

SOY MÁS DE SOUTHVIEW QUE TÚ» al pasar, y mientras lo observaba dirigirse directamente hacia nosotros, se me pasó por la cabeza la idea de que él sí que *encajaba* perfectamente en aquel bar subterráneo.

Era como si formase parte de esa comunidad, como si de alguna manera estuviese relacionado con todas esas personas que habían decidido pasar su noche de viernes juntas en un sótano donde había pintado un mural de Polonia en una de las paredes de cemento.

Y le envidiaba por ello.

En cierto modo siempre les había tenido algo de envidia a todos aquellos que habían pasado todas sus vidas viviendo en un mismo sitio y que no habían tenido por qué mudarse constantemente de un lugar para otro, pero los celos que sentí en ese momento eran completamente distintos.

Porque yo me había pasado casi toda la vida *aislada*, en una familia formada por solo tres miembros.

Me *gustaba* que solo fuésemos nosotros tres (y por eso también me estaba costando tanto aceptar que ya jamás volveríamos a estar solo los tres), pero el ver a Alec moverse entre los miembros de aquella comunidad, donde parecía que todos los adultos allí presentes eran sus tíos divertidos, que bromeaban con él como si hubiesen estado presentes en su vida desde el mismo día en que nació y parecía que de verdad se preocupaban por él, me dio ganas de saber qué era lo que se sentía al llevar esa vida.

—Hola —me saludó en cuanto llegó a mi lado, dedicándome una sonrisa interrogante, como si se estuviese preguntando de qué podía estar hablando con su entrenador.

—Hola —respondí, antes de tomarle con suavidad del brazo y dedicarle lo que esperaba que pareciese una sonrisa enamorada, como la que le dedicaría una novia a su novio—. Has llegado en el momento justo, porque la señora Oz me estaba preguntando cómo pasamos de ser viejos amigos de la infancia a salir juntos.

—¿Ah, sí? —Esbozó una sonrisa divertida, como si aquello le encantase, aunque no estaba del todo segura de *qué* era exactamente lo que tanto le gustaba.

—Sí —repuse—. Y me apetece mucho oír tu versión.

—Seguro que sí —comentó, antes de guiñarme un ojo—. Pero creo

que las mejores cosas de la vida deben mantenerse en secreto.

Me entraron ganas de poner los ojos en blanco al ver cómo todos los adultos que nos rodeaban se echaban a reír ante su respuesta, pero no lo hice.

Y entonces Alec me dio un suave beso en la coronilla.

Contuve el aliento porque, *¿qué narices?*, pero por suerte, había tanto ruido en aquel bar que nadie me oyó jadear.

La mirada indescifrable de Alec se encontró con la mía, y carraspeé con fuerza para tratar de aparentar que aquello no me había afectado en absoluto.

Pero me sorprendió el hecho de que ese estúpido beso, que formaba parte de nuestra farsa, me hubiese parecido tan natural.

Como si hubiésemos hecho eso mismo cientos de veces antes.

Pero no era así, ¿verdad?

Dios, ¡me estoy volviendo loca!

—Me pregunto si aún se te da de pena jugar a los dardos —comenté de repente, porque necesitaba desesperadamente alejarme un poco de él para poder respirar.

—De pequeños erais unos cabroncetes, me solíais dejar la pared del sótano llena de diminutos agujeros cuando se os metía entre ceja y ceja que queríais jugar con los dardos con la punta metálica —comentó Big John entre risas.

—Y yo me pregunto si tú sigues siendo igual de mala perdedora que cuando éramos pequeños —respondió Alec, al tiempo que el brillo cauteloso de su mirada desaparecía por completo—. Vamos.

Me dio la mano y me llevó a donde estaban las dianas.

—¿De verdad te apetece jugar a los dardos o solo necesitabas que alguien fuese a rescatarte? —me preguntó.

—Por Dios, Alec, te juro que estaba a un segundo de un ataque de nervios —le confesé, soltando todo el aire que había estado conteniendo hasta ese momento—. Cuando la mujer del entrenador se puso a preguntarme acerca de nuestra historia, me di cuenta de que no tenía ni idea de qué era lo que le habías contado tú a su marido, y estaba convencidísima de que como se me ocurriese abrir la boca iba a meter la pata hasta el fondo y a fastidiarlo todo.

—Bueno, entonces me alegro de haber llegado justo a tiempo —

repuso.

—Sí. Por cierto, ¿qué estás haciendo tú aquí?

—El hermano de Richie nos ha echado.

—Ah —solté.

—¿Te apetece echar una partida? —Señaló las dianas.

—Yo me apunto —dijo Richie, que apareció de repente a nuestro lado.

—Y yo —soltó Cassie, colocándose junto a él.

—Sí, yo también —dijo Kyle, así que estaba decidido.

Al parecer, íbamos a jugar a los dardos.

Me quité la chaqueta y la colgué del respaldo de una silla, sintiéndome un tanto incómoda porque de repente tenía que socializar con los demás. Por el amor de Dios, si me había marchado con mi madre después del partido para evitar precisamente aquello.

Pero, en cuanto empezamos a jugar, me lo pasé sorprendentemente bien.

Ridículamente bien.

A los amigos de Alec parecía encantarles hacer apuestas, porque eran incapaces de echar ni una simple partida a los dardos sin apostarse algo. Empezaron apostándose tan solo unos cuantos dólares, además de no parar de comprar papeletas para una rifa de carne (una extraña forma de recaudar fondos que, al parecer, era bastante común en Minnesota, en la que la gente intenta ganar un paquete de carne) cuando el vendedor pasaba junto a nuestra mesa, pero pasado un rato todos estuvieron de acuerdo que no tenían tanto dinero como para andar tirándolo así como así.

Así que empezaron a apostarse cosas cada vez más absurdas.

«El perdedor de la siguiente partida tiene que darle un sorbo a la bebida de alguien sin que lo descubran».

«El perdedor de la siguiente partida tiene que hacer una voltereta lateral».

«El perdedor de la siguiente partida tiene que hacer un baile ridículo durante dos minutos sin parar».

Alec perdió esa última ronda, justo cuando mi abuelo entró en el bar.

Y sí, se quedó mirándolo como si creyese que era un idiota.

No pude parar de reír mientras Alec seguía bailando, con la cara tan roja como un tomate, mientras mi abuelo lo fulminaba con la mirada.

—Solicito oficialmente que alguien me mate —dijo en cuanto regresó a la mesa donde estábamos todos sentados—, porque mi alma acaba de abandonar mi cuerpo y ya no hay vuelta atrás.

—No me puedo creer que acabes de bailar para el maldito Mick Boche —comentó Richie.

—Sí, y desde luego me encantaría que se olvidase de lo que acaba de ver —repuso Alec, negando con la cabeza.

En ese momento, mi teléfono se iluminó en el centro de la mesa, y todos se volvieron hacia allí al tiempo que aparecía el nombre de Ben Worthington en la pantalla.

—¿Worthington te acaba de mandar un mensaje? —me preguntó Vinny, volviéndose a mirarme como si acabase de recibir un mensaje del mismísimo Ted Bundy.

—¿A qué narices ha venido eso? —añadió Kyle, girándose hacia Alec.

—No… es que es mi vecino —respondí, a la defensiva—. A veces me escribe. Quiero decir, suele pasar la mayor parte del tiempo en casa de su madre…

—Eso no explica por qué *te escribe* —dijo Vinny.

—La verdad es que no —añadió Alec, volviéndose a mirarme… muy serio de repente.

—Espera un momento… ¿*vosotros* de qué le conocéis? —le pregunté a Vinny—. Si estudia en…

—El St. John. Ya, lo sabemos, es un puñetero Cadete —me interrumpió Richie.

—Todos odiamos a Ben —repuso Cassie, como si aquello lo explicase todo.

—Puedes leer el mensaje, si quieres —me dijo Alec, con una mirada inescrutable (aunque desde luego para nada feliz)—. Adelante.

Todos me estaban mirando como si sospechasen de mí… *por algo*.

—Chicos, mi madre me obligó a guardarme su número, pero nunca hablo con Benji…

—Deberías leerlo —repuso Cassie—, para que estos no se pongan como locos. Créeme, *odian* a Ben. En realidad, todos lo odiamos, sobre todo después de lo que hizo.

—¿Qué hizo? —pregunté.

—*Nada* —soltó Alec—. Eso da igual.

En realidad, estaba claro que *no* daba igual, pero también me di cuenta de que nadie me lo iba a contar porque Alec les acababa de prohibir decir nada al respecto. Tomé mi teléfono y se lo tendí a Cassie.

—Puedes leerlo tú. Sinceramente, tampoco me interesa, apenas le conozco.

Cassie me dedicó una mirada que venía a decir algo como «bien pensado» antes de quitarme el teléfono de las manos y leer el mensaje en alto.

—«Para que lo sepas, esta noche va a haber un fiestón en Mendota Heights. Te mando la dirección por si te apetece pasarte por allí con tus amigos».

—Qué asco —soltó Kyle.

—¿Puedo responderle? —me preguntó Richie con una sonrisa traviesa—. ¿Porfi?

—Ya estoy en ello —repuso Cassie, mientras leía en voz alta lo que acababa de escribir—. «No, gracias, estoy demasiado ocupada celebrando nuestra victoria con mis chicos del hockey». Y… enviar.

Y eso fue todo. Después de aquello retomamos nuestros juegos tontos y todos volvieron a comportarse como siempre y no como si estuviese conspirando con el mismísimo Satán.

—Vale, nos lo jugamos todo a una ronda —dijo Cassie—. El perdedor de esta partida tendrá que hacer todo lo que le pida el ganador.

Todos soltamos un «oooh» a la vez, como si aquello fuese algo *extremadamente* importante.

Lo único que sabía era que *no* podía permitirme perder.

Y no lo hice.

Pero mi novio falso no tuvo tanta suerte.

Alec acabó perdiendo la partida, y Richie fue el odioso ganador.

—Zeus, Zeus, Zeus —canturreó Richie, observando a Alec con una

sonrisa traviesa.

Me reí.

Lo que hizo que Richie se volviese a *mirarme*.

Su sonrisa traviesa se ensanchó aún más mientras pasaba la mirada de uno a otro, y una punzada de inquietud me atravesó el pecho.

—Te reto a que la beses durante treinta segundos —le dijo a Alec, señalándome—. Aquí y ahora.

—*¿Qué?* —solté, o más bien grité, en realidad.

No. No. No. No. No. NO.

—¿Y eso se supone que es un castigo? —preguntó Alec, despreocupado, como si *de verdad* fuese mi novio y no comprendiese a qué venía aquel reto tan estúpido—. La verdad es que me *gusta* besarla y, aunque agradezco que pienses en mí, no entiendo por qué has elegido eso como castigo.

Parecía tan tranquilo que casi hasta me lo creí.

Pero aaaaaggggghhhhh ¿¿qué narices, qué narices??

Aún no me había recuperado del todo del beso que habíamos compartido la otra noche frente a mi casa, y ese tan solo había durado un segundo.

No estaba segura de que mi corazón fuese a poder soportar un beso *de verdad*.

Y, además, *no* me gustaban nada las muestras de cariño en público.

Así que, no gracias.

—Te he retado a que la beses aquí mismo… —dijo Richie.

—Sí, eso lo he entendido —le interrumpió Alec.

—… donde estás justo en la línea de visión de cierto individuo.

Todos nos volvimos al unísono hacia donde Richie estaba mirando y nos encontramos con mi abuelo sentado en una mesa que se encontraba justo detrás de nosotros, mirando hacia aquí.

—Donde Mick Boche pueda veros —añadió Richie, esbozando una sonrisa como si se sintiese extremadamente orgulloso de sí mismo.

—Ni de broma —soltó Alec, cortante, como si la mera sugerencia le ofendiese—. No me apetece morir esta noche.

—Pero has perdido —dijo Richie—. Y las reglas son las reglas.

—Me importan una mierda las reglas, no pienso hacerlo —insistió Alec, lo que entendía perfectamente, pero también me sentí un tanto rechazada, aunque en realidad no tuviese ningún motivo para sentirme así.

—Vamos, cobarde —le animó Kyle en un susurro—. ¿Qué crees que va a pasar? ¿Que te va a dar un puñetazo en la cara? Esta noche te has dejado el culo en la pista, y te necesitamos para ganar los partidos que nos quedan esta temporada. No te va a hacer nada.

—Entonces, ¿por qué quieres que lo haga, Kyle? —le preguntó Alec —. ¿Por qué *te* importa tanto si lo hago o no?

Esperaba que Kyle soltase algo como: «para demostrar que tienes cojones» o algo por el estilo, pero respondió con total sinceridad:

—Porque nunca has dicho que no a un reto. Y no puedes empezar ahora. Si te soy sincero, no entiendo ni por qué te lo estás planteando siquiera.

Kyle lo observó con las cejas enarcadas y Alec cerró la boca de inmediato, como si lo que su amigo acababa de decir tuviese todo el sentido del mundo.

—Zeus nunca se echa atrás, en nada. *Jamás*. Y punto. ¿Es que no te da miedo acabar con la buena racha del equipo si te niegas a hacerlo? —insistió Richie.

Por si aquella reacción no me pareciese ya lo bastante extraña, el resto del grupo se puso a asentir con la cabeza, como si aquello fuese algo de vital importancia que debíamos tener en cuenta antes de tomar una decisión.

—Ooh —soltaron todos al unísono.

—Esperad un momento. ¿Qué queréis decir con eso? —les pregunté.

—Zeus, aquí presente, nuestro *capitán*, no ha dicho que no a un reto en todo el tiempo que llevamos invictos —me explicó Kyle—. No puede empezar a renegar ahora que cabe la posibilidad de que lleguemos a la final de nuestra sección. Y mucho menos cuando tenemos una oportunidad de llegar a la final del campeonato estatal en el X por fin.

—Es cierto —añadió Cassie—. Hemos llegado a los cuartos de final más que cualquier otro equipo del estado. Durante *años*. Y esta vez

tenemos la suerte de nuestra parte.

¿Por qué de repente siento que me falta el aire? Eché un vistazo a mi alrededor, y me fijé en que todos estaban más serios que nunca.

—Lo estáis diciendo en serio, ¿verdad? —les pregunté, volviéndome de vez en cuando hacia a Alec, que se negaba a mirarme, y fijándome en sus amigos, que me estaban observando atentamente como si mi decisión fuese de suma importancia.

—Dani no tiene por qué hacerlo —les dijo Alec a sus amigos, pero no estaba sonriendo. Parecía… *incómodo* al ofrecerme aquella salida —. Lo digo en serio.

Me entraron ganas de reír, porque se estaban comportando como una panda de idiotas supersticiosos, como si aquello fuese una preocupación muy lógica y real. Pero no lo hice, porque cuando Alec por fin se volvió a mirarme, estaba tenso, y cientos de mariposas salvajes alzaron el vuelo en mi estómago al pensar en lo que tendría que hacer si queríamos cumplir ese reto.

Besar a Alec.

Durante treinta segundos

Aquí y ahora.

Debí de tardar demasiado tiempo en responder, porque entonces Alec bajó la mirada hacia el suelo y tragó con fuerza.

—No vamos a hacerlo —repuso.

La cabeza me iba a mil por hora y el corazón me latía igual de acelerado. Alec alzó la mirada hacia mí y me observó suplicante, y noté cómo se me encendían las mejillas de la vergüenza. Pero, antes de que mi cerebro pudiese impedirlo, mis labios se abrieron y comenzaron a moverse.

—Creo que no nos queda otra opción —solté, antes de darme cuenta de a qué estaba accediendo.

Ohhhhhhh, joder, vamos a hacerlo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Alec

Joder.

Si había algo que conocía bien, eran las expresiones de Dani Collins.

O, al menos, solía hacerlo.

Y, cuando se volvió a mirarme con las cejas enarcadas, reconocí ese brillo desafiante en su mirada. Me estaba retando a que lo hiciese, como si se estuviese preguntando a qué estaba esperando.

Mierda, mierda, mierda.

La cabeza me daba vueltas porque… ¿cómo era posible que estuviese ocurriendo aquello? Todavía no había conseguido olvidarme del beso de anoche frente a su casa, de la sensación de tener sus labios pegados a los míos y la forma en que se había aferrado a mi chaqueta como si su vida dependiese de ello y, sin embargo… ¿ahí estábamos de nuevo?

Tragué con fuerza y traté de sonar lo más despreocupado posible.

—Vale —repuse, volviéndome hacia Richie—, pero aquí no.

—¿Qué? Pero si eso formaba parte del reto —soltó, indignado—. El reto es que la beses donde Mick pueda veros.

—Lo entiendo —dije—. Pero quiero que al menos ella tenga un poco de intimidad. Puede que tú seas una especie de mirón rarito que quiere que su abuelo nos vea besarnos, pero no tiene por qué vernos también el resto de la gente que hay en la PNA esta noche, ¿no crees? De ese modo, tú consigues lo que quieres aunque a mí me acojone que Mick vaya a levantarse de su asiento para asesinarme lentamente, pero Dani no sale perdiendo.

—De acuerdo, me parece bien —repuso Kyle, como si formase parte del órgano rector de los retos estúpidos.

Le volví a dar la mano a Dani, esta vez para alejarla de mis amigos y guiarla hacia el fondo de la sala. Técnicamente, desde allí

estábamos incluso más en el campo de visión de Mick que antes, pero al menos podría colocarme estratégicamente para que mi cuerpo hiciese las veces de escudo del suyo.

—¿Me estás acorralando contra la pared, Zeus? —me preguntó, en un susurro que logró que cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo cobrase vida.

Me observó con los ojos entornados, como si me estuviese desafiando, y sus preciosos labios se deslizaron hasta formar una pequeña sonrisa divertida, pero sonaba un tanto jadeante, como si estuviese nerviosa.

Lo que me hizo sentir un poco mejor, porque yo tenía la sensación de que estaba a punto de desmayarme. Me fijé en las pecas que le surcaban los pómulos cuando echó la cabeza ligeramente hacia atrás para poder mirarme a los ojos, porque estábamos demasiado cerca el uno del otro, aunque no lo suficiente.

—Solo pretendo hacerte de escudo —repuse, quizás demasiado cortante, y no sé por qué la voz me salió tan ronca o por qué la letra de «No One's Ever Kissed You» comenzó a resonar a todo volumen en mi cabeza—. Escucha, eh… —Carraspeé con fuerza, tratando de darle una última oportunidad para echarse atrás. Aunque yo me moría de ganas por besarla y, de repente, tuve la sensación de que *necesitaba* hacerlo, más que nada en el mundo, pero una pequeña parte de mí no paraba de recordarme que debía dejarle bien claro que podía negarse si no era eso lo que quería—. No pasa nada si no…

—Te juro por Dios que te voy a dar un puñetazo como no cierres el pico —soltó, esbozando una sonrisa falsa, antes de llevarme las manos a los hombros y echar un vistazo rápido a mi espalda—. Acabemos con esto de una vez, ¿te parece?

—¿«Acabemos con esto de una vez»?

Por qué aquel comentario me dio incluso más ganas de besarla.

El corazón me latía acelerado en el pecho, y quise gritarle a todo el mundo que se callase de una puta vez para poder pensar sin tanto ruido de fondo.

—Tú solo olvídate de que soy yo y *hazlo* —siseó.

Como si fuese a poder olvidarme de eso, pensé.

El que Dani me hubiese siseado «*hazlo*» encajaba a la perfección con la chica a la que conocía.

¿Y su «acabemos con esto de una vez»?

Sí, a la mierda. Fue como si sus palabras me despertasen de golpe, impulsándome a que me asegurase de que lo que estaba a punto de hacer fuese algo que ella jamás podría olvidar.

Al igual que había hecho ella la primera vez que nos besamos.

En nuestro sitio, antes de que todo se fuese a la mierda.

—Pues hagámoslo, entonces —solté, prácticamente en un gruñido, al tiempo que tomaba su rostro con delicadeza.

Bajé los labios lentamente hacia los suyos y, no sé qué era lo que estaba esperando que hiciese pero, desde luego, no era que tirase de mí *de inmediato* para estampar nuestros labios. El ruido, la gente… todo desapareció en cuestión de segundos, transformándose en tan solo un levísimo ruido de fondo cuando me acerqué a ella, agradeciendo en silencio la pared sólida que había a su espalda y que nos obligaba a pegarnos aún más.

Por Dios, Dani, pensé cuando su cuerpo amortiguó el mío, mientras deslizaba los dedos por la suave piel de su cuello, al tiempo que recorría su delicada mandíbula con los pulgares en una caricia.

Por Dios, Dani.

¿Por qué siempre es así con ella? Me pregunté mientras mi mundo se veía reducido al dulce sabor a cereza de sus labios. Besarla fue un alivio intenso y afilado, como si nos hubiesen negado miles de besos perfectos a lo largo de nuestras vidas y por fin nos hubiesen dado la oportunidad de saciar nuestra sed, de devorarnos. Me dejé llevar por aquel beso, hambriento, y fue como si hasta ese momento me hubiesen privado de sentir lo que era vivir de verdad, pero, en cuanto nuestros labios se rozaron, el resto del mundo dejó de existir y pude sentirlo todo, hasta el más mínimo detalle, con tanta intensidad que no fui capaz de pensar en otra cosa que no fuese en ella.

La forma en que se aferró a mis hombros, la manera en que me mordió el labio inferior con suavidad, la forma en que sus rizos se enroscaron alrededor de mis dedos, por el amor de *Dios*.

Nunca voy a superar este beso, pensé mientras lo profundizaba,

fascinado por cómo Dani me lo devolvía, como si estuviese intentando superarme. *Esta vez no vas a ganar, Collins*, fue lo que pensé mientras le mordía con delicadeza ese labio inferior con sabor a cereza antes de ladear ligeramente la cabeza y…

—Ya basta —oí que gruñía alguien a mi espalda, tirando de mi camiseta con fuerza.

Me di la vuelta, dispuesto a plantarle cara a quienquiera que nos hubiese interrumpido, pero cuando lo hice me encontré a Mick fulminándome con la mirada, antes de soltarme, con tanta fuerza que me hizo tropezar.

Prácticamente me *lanzó* lejos de su nieta.

Mierda…

En ese momento fue como si alguien me hubiese echado un cubo de agua helada encima.

Un cubo de agua helada que iba a *asesinarme*.

—Dios, Mick, lo…

—Ni se te ocurra —soltó, alzando una mano, para ordenarme que cerrase el pico, aunque puede que yo lo interpretase como que estaba a punto de darme una paliza.

»Necesito una cerveza —gruñó, antes de alejarse de allí, con la multitud abriéndose a su paso mientras se encaminaba hacia la barra.

Dios, Dios.

Me volví hacia Dani cuando el corazón comenzó a latirme a un ritmo un poco más normal, y deseé poder saber en qué estaba pensando en ese momento. Cuando esos preciosos ojos marrones recorrieron mi rostro, me fijé en que tenía la mirada perdida, como si estuviese dándole vueltas a *demasiadas* cosas a la vez.

Mierda, mierda, mierda. Hubo algo en aquella mirada que me puso nervioso.

—Vamos —le dije, tendiéndole la mano—. ¿Te apetece salir a tomar el aire un momento?

Se mordió el labio inferior (*ay, cariño, ese beso no ha sido más que un ligero aperitivo, esto aún no ha acabado*) y asintió con la cabeza.

—Vamos. —Entrelacé nuestros dedos y me encaminé hacia las escaleras, ignorando las risas de mis amigos (que ya habían pasado

al siguiente reto de la noche), la mirada de su abuelo, que nos observaba fijamente desde la barra, y el lado del bar donde sabía que se encontraban nuestros padres, quienes seguramente también nos estuviesen mirando en ese momento.

Subimos las escaleras en silencio y, cuando le solté la mano y abrí la puerta, fue como si saliésemos a un mundo completamente distinto.

La luna llena iluminaba el firmamento, la nieve formaba un manto tan espeso a nuestro alrededor que nos aislaba del resto del mundo. Allí fuera hacía frío y reinaba el silencio y, aunque era casi medianoche, la luz de la luna me dejaba ver el ceño fruncido que se había dibujado en su frente.

—¿Qué pasa? —me preguntó en voz baja y, de alguna forma, lo supe. Sabía que se estaba obligando a aparentar que estaba muy tranquila, mientras me observaba como si lo que acabábamos de hacer no fuese para tanto, pero me fijé en cómo tragaba con fuerza, y supe que tenía tanto miedo como yo.

Porque, aunque nos interrumpiesen constantemente, esos segundos en los que nuestros labios se encontraban siempre acababan llevándonos a la locura.

Eran increíbles.

—Solo quería asegurarme de que estamos bien —dije—. Me he dejado llevar ahí abajo un poco por todo lo de… por todo, y…

—No, no, yo también me he dejado llevar —repuso, llevándose un dedo al labio inferior distraídamente (*mía*) como si estuviese recordando el beso que acabábamos de compartir. Parecía distraída cuando añadió—. Estamos bien.

Gracias a Dios, pensé. *Gracias a dios que estamos bien y gracias a Dios que ella parece tan aturdida como me siento yo.*

—A ver, ninguno de los dos ha sido capaz de rechazar nunca un reto —dijo, encogiéndose de hombros—. Así que ¿por qué íbamos a hacer una excepción ahora, con un beso?

Espera un momento.

Dani me dedicó una sonrisa divertida que me hizo pensar que quizás ese beso tan solo había vuelto *mi* mundo del revés. En realidad, ella no parecía… nada nerviosa.

Totalmente tranquila.

—Bueno, me alegro de que estemos de acuerdo —solté, incapaz de mirarla a la cara por las ganas que tenía de acercarme a ella y volver a besarla.

Maldita sea.

—Lo mismo digo —repuso, asintiendo con la cabeza y colocándose un mechón rebelde tras la oreja—. No hemos puesto en peligro la buena racha del equipo y todo va bien.

Zumo de manzana y flores.

—Sí, gracias por eso, por cierto.

—Deberíamos volver con los demás antes de que nos congelemos, ¿no crees? —me preguntó con una sonrisa despreocupada—. A ver, seguro que *tú* jamás te congelarías por más frío que hiciese, por eso de que eres de aquí y todo eso…

—Sí, por supuesto, yo jamás me congelaría con este frío, en realidad, tengo tanto calor como en verano ahora mismo —comenté, antes de seguirla, mientras ella se encaminaba de vuelta al edificio, irracionalmente decepcionado porque aquel beso no hubiese significado tanto para ella como para mí.

A ver, daba igual. Porque eso significaba que todo iba bien entre nosotros.

Pero… *joder*.

Me temblaban las manos, literalmente, y no sabía qué se suponía que debía hacer al respecto. Había besado a mucha gente desde que Dani y yo compartimos nuestro primer beso en el cobertizo. Ahora sabía cómo hacerlo y se me daba *bien*.

Así que no tenía ningún sentido que me temblasen las manos como si fuese un crío que acababa de dar su primer beso.

¿Verdad? No.

No. todo iba bien.

Salvo que… espera un momento.

¿¿Por qué narices te está escribiendo Benji??

CAPÍTULO VEINTISIETE

Dani

Qué narices, qué narices?

Recorrí mi habitación de arriba abajo, con los nervios de punta e incapaz de calmarme, porque ya habían surgido un montón de problemas con toda esta farsa.

Como el hecho de que ya nos habíamos besado dos veces.

Vale que los dos besos encajaban perfectamente con nuestro plan, porque las dos veces que nos habíamos besado lo habíamos hecho para que la gente de dentro del mundo del hockey difundiese el rumor de que estábamos juntos pero, si era sincera conmigo misma, los había disfrutado mucho.

Demasiado, de hecho.

Tal vez era solo porque hacía mucho tiempo que no besaba a nadie, pero mi cerebro era incapaz de olvidar la forma en que los ojos marrones de Alec se habían oscurecido antes de que se inclinase hacia mí y nuestros labios se encontrasen.

Dios.

—Niña —oí que decía alguien al otro lado de la puerta.

Supuse que estaría hablando conmigo, porque *pues claro* que el abuelo Mick era incapaz de llamar como una persona normal.

No, él se limitaba a ladrar y a esperar a que le abriesen la puerta.

Cuando abrí me lo encontré ahí de pie, en medio del pasillo.

—Hola, abuelo —dije, temiéndome lo que se avecinaba.

Porque ¿la idea de que el abuelo Mick fuese a darme una charla por haber besado a Alec?

Eso sí que era una pesadilla.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó—. Te he oído caminar en círculos y es la una de la mañana.

De momento, estoy perfecta.

—Lo siento, ¿te he despertado? —Recorrí su pijama de franela de

Snoopy con la mirada antes de añadir—: Se me había olvidado que tu habitación está debajo de la mía.

—No, ya estaba despierto, leyendo —repuso—. Pero al oírte pasear de un lado a otro me he dado cuenta de que estabas despierta y se me ha ocurrido que quizás querrías hablar de algo.

¿A qué venía eso? ¿Es que había leído más artículos sobre cómo mantener una conversación con un adolescente?

Por una parte quería decirle que no, que todo iba bien, porque esa era la respuesta sencilla, pero después de lo que me había comentado Alec sobre mi abuelo, quizás debía darle una oportunidad.

Claro que lo haría a *mi* manera.

Allá vamos…

—Me gustaría jugar a las veinte preguntas contigo —solté.

Mi abuelo soltó un gruñido.

—¿Qué significa eso?

—Significa que tengo un montón de cosas sobre las que me gustaría preguntarte.

No había tenido planeado jugar a esto con él, pero *sí* que había un montón de preguntas que quería hacerle.

Él me observó con los ojos entrecerrados, como si estuviese esperando a que el universo le tradujese lo que le acababa de decir.

—Muy bien —repuso al final—. Dispara.

—Ah. Vale —solté, sorprendida. Carraspeé con fuerza para aclararme la garganta antes de seguir—. Primera pregunta. ¿Echas de menos jugar al hockey?

—Sí —respondió.

Vaaaleee. Esto no estaba saliendo como yo esperaba…

Volví a intentarlo.

—Segunda pregunta. ¿Cuál es tu recuerdo favorito de la abuela?

Suspiró y me miró incómodo, lo que me hizo pensar que iba a marcharse y a abandonar el juego. Pero entonces me sorprendió respondiendo:

—Cuando todavía jugaba, siempre solía sentarse junto al banquillo de los sancionados en todos y cada uno de mis partidos.

—¿Qué? —Me costaba imaginármela yendo a ver un partido de

hockey, para ser sincera. Para mí siempre había sido la mujer que olía a la loción de cereza y almendra de Jergens, que tenía todo un armario lleno de vestidos de flores y que se reía como una niña escandalizada cada vez que mi abuelo soltaba alguna palabrota en su presencia—. ¿No se sentaba con los demás?

—No.

—¿Por qué no?

Por un momento, me dio la sensación de que mi abuelo iba a esbozar una sonrisa (pero, por supuesto, no lo hizo).

—Decía que era porque sabía que en algún momento acabaría allí metido, y creía que, si la veía ahí sentada, no me quedaría más remedio que calmarme por cojones y concentrarme en el partido.

—¿En serio la abuela dijo «por cojones»? —le pregunté entre risas, porque no me imaginaba a mi abuela diciendo algo así.

—Quizás esté parafraseando sus palabras un poco.

—O no —repuse y, por algún motivo, quería saber más sobre esa otra versión de la abuela, esa otra a la que nunca había llegado a conocer—. ¿Y funcionó?

—Vaya que si funcionó… —respondió, y entonces, *por fin*, sonrió.

—Era una mujer muy inteligente —comenté.

—La más inteligente de todas —repuso, y en ese momento me sentí culpable por haberle preguntado por ella.

—Lo siento —le dije.

—¿Por qué…?

Me encogí de hombros.

—Por haberte preguntado por ella, supongo.

—No lo sientas —repuso en un susurro—. Me encanta poder hablar de ella.

Por un momento, su expresión se dulcificó y una pequeña parte de mí se murió de ganas por darle un abrazo.

—Vale, tercera pregunta —solté, porque no creía que fuese a gustarle que le abrazara—. ¿Cuántas veces te dijo que no cuando le pediste salir?

De pequeña, me encantaba aquella historia.

—Doce —respondió, con una sonrisa engreída—. Le pedí salir todos los días durante doce días seguidos. Me presenté en casa de

su madre todas las mañanas con un dónut del Kriz para invitarla a ir al cine. Y durante doce días seguidos tu abuela aceptó el bollo y me respondió: «Gracias, pero no», antes de volver a meter su precioso trasero en casa.

Aquello me hizo reír, aunque ya conocía la historia, y siempre me había parecido increíblemente romántica.

—¿Y en el decimotercer día…? —le animé a que siguiese hablando, porque me encantaba aquella parte.

—Y en el decimotercer día, cuando abrí la puerta de casa aquella mañana, me la encontré de pie en medio del jardín, con un *dónut* en la mano. Me dijo que había roto con su novio, con el que había mantenido una relación a distancia, un novio que hasta ese momento yo no había sabido siquiera que existía, y se estaba preguntando si me gustaría ir a pasear al lago con ella.

—¿Y el resto es historia? —Me recosté contra el marco de la puerta y me pregunté qué se sentiría al ser capaz de hacer que un hombre tan duro como mi abuelo se enamorase tan perdidamente de ti.

—El resto fue una jodida leyenda —repuso con una sonrisa—. ¿Alguna pregunta más?

—En realidad… —dije, porque no quería que se marchase ahora que parecía estar abriéndose conmigo de verdad—. Cuarta pregunta: ¿Alguna vez te llegaste a llevar bien con mi padre?

Como por fin estaba siendo sincero (o, al menos, en cierto modo), quería saber más sobre por qué odiaba tanto a mi padre. El abuelo Mick era, en general, un viejo gruñón, pero ahora que había pasado un poco más de tiempo con él, sabía que no era así con todo el mundo.

Así que ¿por qué siempre se comportaba de esa forma con mi padre?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —repuso, bajando la voz, como si no quisiese despertar a mi madre.

—No sé. Solo me lo preguntaba, porque mis padres se casaron cuando estaban en la universidad, pero no fue hasta bastantes años más tarde que tú… —Por un segundo dudé si debía decirlo o no, y acabé bajando la voz antes de seguir hablando—. Que tú… te pusiste hecho una furia con él.

Siempre me había dado miedo sacar ese tema tabú. La herida que había me dejado aquello todavía no había cicatrizado del todo, pero tuve la sensación de que, si no hablábamos de eso ahora, no lo haríamos nunca.

—¿Sí…?

—Así que supongo que solo quiero saber si te llevabas bien con él cuando se casaron o si siempre lo has… odiado.

Mi abuelo suspiró con fuerza.

—Quizás deberías preguntárselo a tu madre.

—No —repuse, antes de agarrarlo con fuerza de la manga y tirar de él para obligarlo a entrar en mi habitación. Cerré la puerta a su espalda antes de seguir hablando—. No quiero oír su versión de los hechos. Si te soy sincera, creo que eres demasiado injusto con mi padre, pero quiero saber por qué. Toda historia tiene dos versiones, ¿no? Creo que quizás sea justo escuchar la tuya.

Él soltó un suspiro.

—No pienso ponerme a criticar a tu padre, niña. Creo que es un capullo y no lo soporto, pero sigue siendo tu padre.

—¿Sabes que el decir que es un capullo es criticarle, verdad?

—Bah —soltó, como si no estuviese de acuerdo.

Aquello me hizo esbozar una pequeña sonrisa.

—Vale, pues háblame entonces del día en que lo conociste.

Sabía que no iba a estar de acuerdo con nada de lo que pudiese decirme sobre él, pero me picaba la curiosidad por saber cómo habían sido las cosas entre ellos al principio. O si siempre se habían llevado así de *M-A-L*, con mayúsculas.

—Solo voy a exponer los hechos —repuso, como si estuviese a punto de hacer una declaración ante un tribunal.

Se acercó a mi cama y se dejó caer encima.

—La primera vez que vi a tu padre, me comporté como un auténtico imbécil.

—Vaya, por lo menos lo admites —comenté, y mi sonrisa se ensanchó, divertida.

—¿Quieres que te lo cuente o no?

—Lo siento.

Carraspeó con fuerza para luego seguir.

—El caso es que tu madre nos llamó para contarnos que había conocido a un chico en una de sus clases y que habían empezado a salir. Por aquel entonces él estaba destinado en una base a una hora de distancia del campus, y se había apuntado a la universidad para terminar un máster. Parecía un chico decente, pero a mí nunca me dio buena espina, porque tu madre acababa de empezar la universidad por aquel entonces.

Quería explicarle que aquello no era motivo suficiente para odiar a mi padre pero, en cierto modo, lo entendía. El hecho de que él fuese cinco años mayor que mi madre ahora ya no parecía gran cosa, pero ¿cuando ella tenía solo dieciocho años?

Por aquel entonces esa diferencia de edad debía haberles parecido todo un abismo. Sobre todo a sus padres.

Como si me hubiese leído el pensamiento, el abuelo siguió hablando.

—Vale que aquello no es motivo suficiente para odiarlo, lo sé. Pero entonces, cuando tu madre nos llamó unos meses más tarde para decirnos que iba a dejar la universidad para casarse con él…

—Espera, *¿qué?* —Fue como si alguien me hubiese echado un jarro de agua helada encima. Sabía que se habían casado cuando estaban en la universidad porque ella se había quedado embarazada de mí, pero no me había dado cuenta de que había sido *entonces*, tan de repente. *Tan* pronto, después de conocerse desde hacía tan poco tiempo.

—De repente, un día cualquiera, nos llamó para decirnos que quería tirar por la borda la beca que le habían dado para estudiar en la universidad solo para ser la esposa de un militar de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Se había esforzado muchísimo en el instituto para conseguir la beca Fricklinhauger pero, un día, de la noche a la mañana, decidió que quería lanzarlo todo por la borda. —Mi abuelo negó con la cabeza—. Aún sigo sin poder creérmelo.

Si antes me había sentido como si me hubiesen echado un jarro de agua helada por encima, en ese momento fue como si me estuviese ahogando. Me costaba respirar.

—¿Tenía una beca Fricklinhauger? —Era la primera vez que oía hablar de ese tema, en toda *mi vida*—. Eso no puede ser verdad.

Vale que sabía que mamá era muy inteligente y que había conocido a mi padre cuando aún estaba en la universidad, pero ¿me estás diciendo que tenía *una beca Fricklinhauger*?

¿Qué narices? ¡Eso era *increíble*!

Solo se otorgaban *cinco* becas Fricklinhauger al año, y cubría todos los gastos que los alumnos becados pudiesen tener en todos sus años de universidad, porque solo se las daban a alumnos que eran, literalmente, unos genios.

Tuve la sensación de que todo mi mundo se venía abajo. ¿Cuántas cosas más no sabía sobre mis padres? ¿Y *por qué* nadie me había hablado de eso nunca?

Uno podría pensar que, dado que me había pasado casi toda la vida sin dejar de hablar de mi sueño de ir a Harvard, mi madre podría haberlo mencionado.

—Tu madre es una mujer brillante —comentó el abuelo Mick, esbozando algo muy parecido a una sonrisa—. Solía ponerse a hacer ecuaciones matemáticas en las gradas durante mis partidos, cuando no tenía más que seis años, solo porque decía que era mucho más divertido que ver un tonto partido de hockey.

Me quedé muda, porque mi cerebro todavía no había logrado procesar aquella información. Mi madre era un genio. Y nunca habíamos hablado de ese tema. *Jamás.*

¿Qué más no sabía sobre ella…? ¿Y por qué se me había encogido el corazón ahora que me había enterado?

—Pero renunció a la beca después del primer semestre.

No pude evitar pensar en Harvard, en lo mucho que deseaba estudiar allí, en lo mucho que me estaba esforzando con la esperanza de que me admitiesen.

¿Mi madre también se había sentido así… antes de tener que renunciar a todo lo que había conseguido?

Me quedé mirando fijamente a mi abuelo, y me di cuenta de que mamá había renunciado a todo eso *por mí*.

Por mí.

El silencio me oprimió los pulmones.

Yo le había robado su Harvard.

El miedo y la ansiedad contra los que había estado luchando los

últimos años amenazaron con sobrecogerme, robándome el aliento como siempre hacían, hasta que una mano callosa se posó sobre la mía.

—Y ni se te ocurra pensar por un momento que fue culpa tuya —me dijo con firmeza. En tono protector.

Mis ojos llenos de lágrimas se encontraron con los suyos.

—Podría haber elegido quedarse y seguir estudiando —añadió—, tu abuela se ofreció a mudarse allí para ayudarla. Lo teníamos todo planeado para que no tuviese por qué dejar la universidad.

—¿En serio? —Recordé cómo había sido mi abuela y, sí… aquello tenía sentido. Siempre había sido la mujer más dulce y cariñosa del mundo, así que *pues claro* que estaría dispuesta a mudarse a otro estado completamente distinto solo para cuidar a su hija y a su futura nieta.

—Pero tu madre se obcecó con que la única opción que tenía era casarse con tu padre y mudarse con él. Y a él le acababan de destinar a otra base cuando se quedó embarazada.

—¿Y por qué mamá no…?

—Ahora ya no importa —me interrumpió.

—Ah. —Pensé en lo persuasivo que podía ser mi padre siempre que pensaba que llevaba la razón, en cómo era incapaz de comprender que su manera de hacer las cosas no era la única posible—. *Él* le dijo que no tenía elección.

Mi abuelo se encogió de hombros, lo que fue confirmación más que suficiente de que estaba en lo cierto, pero sin tener que admitirlo él en voz alta. Se me revolvió el estómago.

—Pero las cosas fueron a peor después de aquello —dijo, y una sonrisa triste se dibujó en su rostro arrugado—. Un día, me presenté por sorpresa en la residencia de tu madre para decirle que no podía hacer eso y que se iba a volver a casa conmigo.

—¿En serio?

—Sí. Estaba diciéndole que guardase sus cosas cuando su novio apareció en la puerta y me pidió que me marchase.

—¿Mi padre te pidió que te *fueses*?

—Y yo le hice una llave para que se callase y me escuchase atentamente, y tu madre se echó a llorar, y la pequeña asistente

residente de la residencia nos dijo que, como no nos calmásemos, nos prohibiría volver a entrar allí.

Observé cómo mi abuelo bajaba la mirada hacia sus manos y las cerraba en puños tan tensos que se le pusieron rojas.

Espera un momento… ¿Es que estaba *nervioso*?

—Pensándolo ahora, en retrospectiva, sé que debería haberme parado a pensar antes de hacer nada, porque lo más probable es que, con mis acciones, empujase a tu madre a obcecarse aún más con su decisión, pero yo tenía muy claro qué era lo que iba a pasar si se casaba con él. Tu padre era militar. Y su trabajo lo obligaba a trasladarse constantemente de base en base, por lo que se iba a llevar a mi hija, y a mi nieta, con él allá donde fuese.

Por la forma en que lo estaba contando, supe que en ese momento estaba reviviendo el dolor que había sentido la noche en que se enteró de que iba a perder a su hija para siempre.

—Creo que ya te he hecho responder suficientes preguntas esta noche, dejaremos el juego para otra ocasión —dije, porque de repente me sentía agotada.

—Pero si solo me has hecho cuatro —soltó, volviéndose a mirarme fijamente.

—Sí, pero creo que han sido suficientes. —No quería que me viese asimilarlo todo. No quería que se fijase en el pánico que se estaba apoderando de mí lentamente, oprimiéndome los pulmones.

Respira.

Se quedó allí sentado unos minutos más, observándome fijamente, antes de asentir y ponerse de pie.

—Deberías irte a dormir y descansar un poco.

—Sí —accedí, asintiendo con la cabeza—. Estoy bastante cansada.

—Bien —repuso, antes de acercarse a la puerta—. Eso significa que por fin voy a poder dormir porque estarás metida en la cama y no dando vueltas por tu cuarto.

—Creía que habías dicho que ya estabas despierto por otro motivo.

—A veces miento —dijo, y después se marchó.

Y yo me quedé allí, sentada en la cama, sumida en la oscuridad, tratando de digerir todo lo que acababa de contarme.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Alec

Dónde narices se ha metido?

Estaba esperándola en el Café de la Jungla, nervioso por nuestra «cita».

Había sido idea suya eso de tener una cita falsa en el centro comercial, donde todo el mundo pudiese vernos y, sobre el papel, me había parecido una idea fantástica. Al menos así podríamos tomar algo y hacer algo «típico de una cita», mataríamos dos pájaros de un tiro, y además también podríamos sacarnos unas cuantas fotos de pareja para nuestras redes sociales antes de volver a casa.

Pero ese beso me estaba impidiendo pensar con claridad.

¿Cómo era posible que un estúpido beso que no había durado más que unos segundos me estuviese volviendo loco?

Sí, vale que nos habíamos besado solo para cumplir un reto y que habíamos dicho que todo formaba parte de nuestra farsa y bla, bla, bla, pero, si era sincero, en el mismo instante en que mis labios habían rozado los suyos, me había olvidado por completo de quién era, de dónde estaba y de que se suponía que lo nuestro no era más que una enorme mentira.

Lo único que había sabido era que quería más.

Y juro por Dios que me dio la sensación de que ella también deseaba lo mismo.

Lo que había entre nosotros parecía demasiado bueno como para ser tan solo fingido.

Lo que me recordó una cosa sobre Dani que era incapaz de olvidar, un pensamiento peligroso pero innegable.

Me había abandonado durante el peor momento de mi vida. Ese maldito día que comenzó conmigo decepcionado al no verla aparecer en el hospital y que acabó conmigo en la comisaría.

—Hola, tú —oí que me saludaba alguien y, cuando alcé la vista, fue como si una fuerza inamovible me oprimiese el corazón.

No, fue como si alguien me hubiese dado un puñetazo en el estómago.

Estaba preciosa, *joder*.

Tragué con fuerza y traté de mantener la calma, pero esa falda corta que se había puesto dejaba al descubierto unas piernas increíbles, y el jersey azul oscuro de punto que llevaba parecía realzar el tono rosado de sus mejillas, y su cabello refulgía con fuerza cada vez que se colocaba bajo la lámpara de la pared.

Me dedicó una sonrisa nerviosa, como si estuviese deseando que me gustase su aspecto, y aquello hizo que me flaqueasen las rodillas.

Contrólate, idiota.

—Collins —la saludé, al tiempo que se sentaba en la silla que había frente a mí—. ¿Puedo decirte que estás muy sexy sin que me des un puñetazo o te enfades conmigo?

—Supongo que esta vez te lo dejaré pasar —repuso, con una pequeña sonrisa traviesa—. Y tú también estás muy, muy guapo, Alec. Como si fueses una versión adulta de Zeus.

—Vaya, gracias.

—Uh, parece que a alguien no le gusta demasiado ponerse otra cosa que no sea su chándal de siempre —bromeó en voz baja, antes de tomar la carta que había sobre la mesa, justo frente a ella.

—Si estuviésemos saliendo juntos de verdad —dije—, ¿en serio querrías que me vistiese así cuando tuviésemos una cita?

¿A qué narices ha venido eso?

No estaba seguro de por qué quería saberlo, pero lo quería.

—A ver, así estás muy guapo —repuso, con una suave carcajada ahogada, como si le diese vergüenza admitirlo—. Pero si estuviésemos saliendo *de verdad*, me daría igual lo que te pusieses.

—¿Os traigo algo de beber?

Dani se volvió hacia la camarera con una sonrisa amable, como si le quisiese dar las gracias por haberla salvado de… *lo que fuese.*

Sí, yo siento lo mismo.

Pedimos una cocacola cada uno.

—¿Te importaría sacarnos una foto? —le preguntamos a la camarera.

—Claro que no —respondió ella, antes de tomar mi teléfono y retroceder un poco para sacarnos una foto.

Le pasé a Dani un brazo por los hombros, y el aroma de su perfume y la sensación de su cabello acariciándome el cuello me volvió loco.

—Decid patata —nos dijo la camarera, pero yo estaba demasiado hipnotizado por el aroma a manzana y a flores que me impregnaba la nariz como para decir nada. Antes de que pudiese recuperar mi teléfono, Dani se me adelantó y se puso a preparar una publicación para redes.

Ella misma se había encargado de crearme un nuevo perfil público donde poder ir subiendo nuestras fotos juntos.

—Vale, ¿qué te parece? —me preguntó, tendiéndome el teléfono.

La foto era increíble. Yo salía bastante guapo, con mi camisa de Ralph Lauren, y además iba bien peinado, pero Dani estaba impresionante. Parecíamos dos niños buenos en una cita adorable, que era justo lo que queríamos aparentar.

Pero el pie de foto era la guinda sobre el pastel.

Cenando en el Café de la Jungla porque le encanta el sonido de las tormentas, y después nos iremos a comprar libros a Barnes & Noble. #citaperfecta

Esto de fingir que estábamos juntos se le daba demasiado *bien*.

—Espera un momento —solté, echándole un vistazo a mi perfil—. ¿Cómo es que ya tengo cientos de seguidores en esta cuenta?

—He seguido a Cassie y a unos cuantos de los chicos del equipo y, como eres tú —repuso, poniendo los ojos en blanco, aunque por primera vez no me pareció que me estuviese juzgando—, todo el mundo quiere ser tu amigo.

—Ahora sí que piensas que soy un capullo integral, ¿verdad?

—No —respondió, negando con la cabeza—. Puede que al principio lo pensase, sobre todo cuando me llamaste «una tía» al tirarme aquel día en el pasillo con tu bolsa de deporte después de la

concentración, pero ahora creo que todo el mundo está loco por Zeus porque no se te da nada mal jugar al hockey, y tampoco hay mucho que puedas hacer por evitarlo.

—Vaya, eso es todo un cumplido, sobre todo viniendo de ti —comenté.

—No soy idiota —repuso ella a la defensiva—. Lo que pasa es que has cambiado mucho desde que éramos niños, y eso me tomó un poco por sorpresa.

—Créeme, tú también has cambiado —dije, preguntándome si todavía tenía tantas cosquillas como antes. Cuando éramos críos, era capaz de derribarla con solo rozarle la nuca—. Has vuelto convertida en una chica callada, tímida y estirada, pero de vez en cuando también logro entrever a la Dani de siempre, así que no logro entenderte, al menos, no del todo.

—Bueno, me alegro de que sea así, porque no me gusta que nadie me entienda del todo —comentó de forma burlona, y en ese momento deseé no saber que su brillo de labios sabía a cereza.

De repente, me han entrado unas ganas tremendas de probar algo dulce.

La camarera regresó a nuestra mesa y apuntó en una pequeña libreta lo que queríamos tomar, antes de marcharse.

—Bueno, cuéntame qué ha sido de tu vida desde la última vez que nos vimos hasta que te mudaste de vuelta aquí —le pedí

Dani estaba tomando su vaso de cocacola y su mano se detuvo a medio camino de su boca.

—Eso es, eh… mucho tiempo.

—Sí —repuse, porque de repente me moría de ganas por saberlo todo.

—Bueno —dijo, encogiéndose de hombros—. Poco después de que nos marchásemos, después del funeral de mi abuela, nos mudamos a Texas, y aborrecí ese lugar.

—¿Por qué lo odiaste? —le pregunté.

Por mucho que no quisiese hacerle revivir el trauma, quería que me hablase de esos años tan horribles por los que había tenido que pasar. Por algún motivo, quería que *quisiese* hablarme de ello.

—No me apetece entrar en detalles —repuso—. Pero digamos que

cuando tu padre trabaja en la Fuerza Aérea, a veces te toca cambiarte a institutos y colegios que están bien, y a veces te toca cambiarte a otros que *no* están tan bien. No porque el instituto o el colegio en sí esté mal, sino porque quizás haya gente que te haga la vida imposible, ¿sabes?

—Ya —repuse, agradeciendo en silencio no haber tenido que pasar por eso nunca.

Dani bajó la voz y clavó la mirada en sus manos durante un momento antes de volver a alzarla hacia mí.

—Así que digamos que mi instituto de Texas no fue de los buenos. Me gustaría poder decir que todos eran malas personas, quizás porque eso me haría sentir un poco mejor, pero lo cierto es que nunca llegué a hacer amigos allí. Lo único que sé es que, desde el mismo instante en que puse un pie en aquellos pasillos, un grupo de chicas decidió que no les caía bien y se dedicaron a hacerme la vida imposible.

—Menudas zorras —solté, porque de verdad lo pensaba. Odiaba que alguien pudiese hacerle poner la cara que estaba poniendo en ese momento al recordarlo.

—Da igual, hay que pasar por esa clase de situaciones para madurar y volverse más fuerte, al menos, eso es lo que mi padre siempre decía —repuso, con una sonrisa falsa, encogiéndose de hombros.

—¿Y tu madre qué dijo?

—Ah, mi madre llamó al director del instituto y a las madres de todas esas chicas hecha una furia —dijo Dani, sonriendo—. Así que al final dejé de contarle lo que ocurría en el instituto, porque, *por supuesto*, aquello solo hizo que todo fuese a peor.

—Mierda —solté.

—Mierda, sí.

—¿A dónde fuisteis después de eso? Si no recuerdo mal mi madre me comentó que os mudasteis a Dakota del Norte…

—Sí, nos mudamos a Minot, y después a Alemania, y ahora estamos aquí.

—¿Te gustaba vivir en Alemania? —le pregunté.

—A ver, el país en sí me encantaba —repuso—. Si nos hubiésemos

mudado allí cuando yo hubiese sido adulta y hubiese podido explorar Alemania libremente, me habría encantado la experiencia, pero al ser una adolescente que todavía tenía que ir al instituto y que vivía en una base de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, sin poder salir de allí, digamos que no fue una experiencia demasiado satisfactoria. Aparte de eso, también me di cuenta de que mi madre no era feliz allí, y fue entonces cuando su relación con mi padre se fue a pique del todo. Las dos nos sentíamos como si estuviésemos encerradas en la base, aisladas del resto del mundo, y era horrible.

—Siento mucho lo de tus padres, por cierto —comenté.

—¿Lo sientes? ¿En serio? —me preguntó, con una sonrisa divertida —. Nunca te cayó bien mi padre.

—Pero adoro a tu madre, y no me gusta que no fuese feliz —expliqué—. ¿Tú sabías que se acabarían separando?

—Sí y no —repuso—. Me di cuenta de que discutían mucho más que de costumbre, aunque sus peleas se basaban más bien en comentarios pasivo-agresivos y gritos, pero también sabía que últimamente mi madre era más infeliz que nunca. Aun así yo seguí pensando durante mucho tiempo que todo iba bien, que ellos eran así. No esperaba que fuesen a divorciarse.

—Siento mucho haberte sacado el tema. ¿Tú estás bien?

—Sí —dijo, encogiéndose de hombros—. Mi madre es mucho más feliz ahora, pero también me siento mal por mi padre, y lo echo de menos. Incluso aunque a veces pueda ser un capullo. No tiene sentido, ¿verdad?

—Sí que lo tiene —comenté, sorprendido, porque nunca me había planteado lo que se sentiría al ser hijo de padres divorciados—. Yo no puedo imaginarme una vida en la que no viese a mis padres todos los días, aunque fuesen unos capullos integrales. Al final del día, sigue siendo tu padre.

Dani se limitó a asentir como respuesta, antes de seguir hablando.

—Por cierto, tus temas de conversación para citas son una mierda, se cargan por completo el ambiente.

—Ya —repuse y, cuando sus tristes ojos marrones se encontraron con los míos, me entraron ganas de hablar sobre nuestro pasado. El haber descubierto una parte de por lo que había tenido que pasar

durante esos años que habíamos estado alejados, me hizo querer entender qué era lo que había ocurrido *en realidad* entre nosotros por aquel entonces.

Pero justo cuando estaba a punto de preguntarle al respecto, algo me detuvo.

¿Por qué me seguía doliendo tanto que hubiese dejado de responderme de un día para otro? ¿Después de tantos años?

—Bueno, háblame de cómo fue tu vida durante todo ese tiempo —me pidió—. A menos que prefieras no hablar de ello. Sé que lo del accidente fue una auténtica pesadilla. Y lo siento muchísimo, creo que nunca te lo había dicho.

Ahí estaba. La oportunidad que había estado esperando. De poner todas las cartas sobre la mesa. Ella había abierto la puerta, lo único que tenía que hacer era cruzarla. Pero…

—Sí, en realidad no me apetece hablar del tema —dije—. En resumen, Big John acabó demostrándonos a todos que es una maldita fuerza de la naturaleza y salió adelante.

—Gracias a Dios —repuso, sacudiendo la cabeza—. Bueno, pues háblame del hockey. Por lo que recuerdo, la última vez que te vi todavía no jugabas al hockey, eso o no me hablaste de ello durante los meses de verano que estuve aquí. ¿Cómo pasaste de no hablar de ello a que toda tu vida girase en torno al hockey?

Me sentí como si me hubiesen quitado un peso de encima, y agradecí en silencio aquel cambio de tema.

—Llevo jugando al hockey desde que tenía cuatro años —repuse—, pero hasta los quince se me daba de pena. Entonces di el estirón y crecí como un metro y medio, y no sé si es que mi cuerpo necesitaba crecer o algo así, pero de repente dejé de caerme cada dos por tres y gané muchísima coordinación. Y me volví mucho más rápido que los demás.

—¿Y el resto es historia? —me preguntó.

—Más o menos —respondí, porque en cierto sentido sí que me había parecido que todo había sido así de sencillo.

Dani tenía un millón de preguntas más sobre hockey que quería hacerme, y a mí me encantó respondérselas todas y cada una de ellas, y para cuando sacó su teléfono móvil y se puso a tomar notas

(«La jaula del portero es un semicírculo de color azul que se encuentra delante de la portería») para «no olvidarse de nada», yo me estaba riendo a carcajadas.

—¿Te he dicho alguna vez que tienes unas piernas preciosas, Collins? —le pregunté cuando salimos de la cafetería porque, según Dani, todavía teníamos que ir a comprar libros.

—No, creo que no —dijo, mordiéndose ese precioso labio inferior que me estaba volviendo loco, como si estuviese tratando de contener una sonrisa.

—¿Puedo decírtelo? —le pregunté, al tiempo que alargaba una mano para entrelazarla con la suya.

Me observó con el ceño ligeramente fruncido por un momento, lo que me recordó que lo nuestro no era real, que solo era una farsa.

—¿Sabes? —repuse, encogiéndome de hombros—. Estamos en un espacio público. Muchos de nuestros compañeros y profesores también podrían estar por aquí.

—Sí, claro —dijo, antes de esbozar una sonrisa mucho más relajada y observarme de reojo.

Y, de repente, quise mandarlo todo a la mierda. Porque quería más.

—Pues entonces déjame decirte que tienes unas piernas increíbles.

Me observó con una ceja enarcada. ¿Me había pasado?

¿Ya era tarde para cerrar el pico?

Justo en ese momento, me fijé en que un grupo de chicas de mi clase de cálculo estaba bajando por las escaleras mecánicas, lo que me salvó de tener que inventarme alguna excusa. *Sí*. Las señalé con un gesto de la cabeza para que Dani también se fijase en ellas.

—Ha llegado la hora del espectáculo —comenté en un susurro, antes de tirar de ella hacia mí—. ¿Puedo decirte también que tienes un culo estupendo?

—No —repuso, pero una sonrisa tímida se dibujó en su rostro, y se le sonrojaron las mejillas.

Dios, ¿qué me está pasando? Necesitaba alejarme un poco de ella.

—Vale, vale —dije, alzando la mano que tenía libre en un gesto de fingida inocencia—. Pues entonces no te diré que tienes un culo increíble al que, desde luego, no le echo un vistazo de vez en

cuando constantemente.

—Para —me pidió, sin dejar de sonreír y, de repente, todo me dio igual.

Me dio igual que supuestamente aquello no fuese más que una farsa porque lo cierto era que estaba teniendo la mejor cita de toda mi vida.

Estaba muy jodido.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Dani

Hoy me toca *a mí* elegirte un libro *a ti*, Collins.

—Vale —accedí, porque sentía curiosidad por ver qué escogería.

—Y ni se te ocurra echarle un vistazo a la sección de romance —dijo, antes de tirar de mí hacia el interior de la librería—. Vamos a ir directamente a la sección de historia.

—No pensarás obligarme a leer un libro de no ficción, ¿verdad? —le pregunté, fijándome por enésima vez desde que lo había visto en el Café de la Jungla en lo guapísimo que estaba.

Esas gafas, esa camisa… estaba demasiado guapo, tanto que dolía mirarlo.

—Vas a estudiar en Harvard el año que viene, un libro de no ficción no te hará daño.

Ojalá no hubiese sacado ese tema. Seguía esforzándome todos los días por hacer destacar mi solicitud por encima de las demás, porque me negaba a renunciar a ese sueño, pero la presión me estaba matando. Llevaba queriendo estudiar allí desde hacía tanto tiempo que, como no entrase, tenía la sensación de que no sabría quién era en realidad.

Lo que me parecía de lo más extraño, sobre todo porque no tenía ni idea de *qué* era lo que quería estudiar en la universidad, pero solo me importaba poder hacerlo en Harvard, así que el fracaso no era una opción.

—No he dicho que no fuese a poder —repliqué—. Solo que prefiero evadirme de la realidad con la lectura.

—Pero los libros de historia son tan interesantes que muchas veces parece que estés leyendo un libro de ficción, créeme —dijo—. Vamos.

—Esa es tu opinión.

—Exacto, esa es *mi opinión* —repuso, tirándome ligeramente del brazo.

Dios.

Cuando usaba ese tono burlón y me arrastraba por todas partes de esa forma, me dejaba hecha un lío.

Porque la mayor parte del tiempo Alec se comportaba como Zeus, el sabelotodo engreído que hablaba con sarcasmo y que se aseguraba de siempre mantenerme a cierta distancia. Ese era el chico que había dejado de hablarme de la noche a la mañana, al que toleraba por el bien de nuestra farsa mutuamente beneficiosa.

Pero, a veces, esa fachada del dios del hockey se deslizaba ligeramente a un lado, y podía vislumbrar tras ella a alguien que me recordaba demasiado al chico que solía ser mi mejor amigo.

Y aquello me dejaba aturdida.

¿A quién había besado? ¿A Zeus, en quien jamás podría confiar, o a Alec?

Me llevó hasta la sección de historia y se puso a actuar como si fuese un profesor universitario, dándome una lección, familiarizado con casi todos los temas de los que trataban los libros que llenaban las estanterías. Dio una vuelta por toda la sección, sacando un libro tras otro a su paso, como si se pasase todos los fines de semana comprando en Barnes & Noble, y aquello me resultó un poquito *demasiado* atractivo.

¿Un jugador de hockey que además llevaba gafas y que era increíblemente inteligente?

Cualquier chica se moriría por sus huesos.

—Admito que estoy impresionada, Barczewski —comenté, porque *lo estaba*.

—Y eso que pensabas que solo era un deportista estúpido que no sabía ni leer —repuso.

—Sí, ahora pienso que eres un deportista estúpido y nada más —bromeé.

—Eso no es verdad, no mientas, Collins —me dijo, guiñándome el ojo.

Y aquel guiño hizo que me diese un vuelco al corazón.

¡Ya basta!

—¿Sabes las ganas que me entraron de darte un puñetazo en la nariz cuando me guiñaste el ojo en mi primera clase de oratoria?

—*¿Qué?* —Soltó una carcajada, sorprendido—. ¿En serio?

—Sí —repuse. Todavía me sentía un tanto ofendida al recordarlo—. Después de que el día anterior fingieses que ni siquiera me conocías y te paseases por los pasillos como un capullo integral, vas y tienes el descaro de mirarme con desprecio y guiñarme el ojo nada más entrar en clase. Tienes suerte de que no me lanzase a por ti en ese momento.

—Solo estaba intentando ser encantador —dijo, esbozando una sonrisa que demostraba que no se arrepentía en absoluto de lo que había hecho.

—Estabas siendo un capullo —le corregí.

—Vamos, no discutamos, nena —bromeó, en un susurro grave, con una sonrisa divertida.

—*¿Nena?* —solté con una carcajada, con cientos de mariposas en el estómago mientras él me observaba como si pensase que podía llamarme «nena» sin que hubiese consecuencias.

—¿Es que prefieres que te llame «cariño»? —me preguntó, bajando un poco más la voz—. ¿Cuál es tu apodo cariñoso favorito, Ricitos de Oro?

¿Qué está pasando?, pensé, mientras trataba de recordar cómo me llamaba *en realidad*.

—¿Qué te parece si nos quedamos con Collins? —dije, avergonzada por lo jadeante que sonaba mi voz.

Su sonrisa coqueta desapareció de golpe y carraspeó con fuerza.

Antes de asentir con la cabeza.

—Sí, Collins está bien —repuso, apretando los dientes antes de volver a asentir—. Vamos a sacarnos otra foto aquí, *Collins*. Cuanto antes acabemos con esto, mejor.

—Buena idea —dije, obligándome a esbozar una sonrisa al tiempo que sacaba mi teléfono móvil para hacernos un selfi. En cuestión de segundos, la tensión y la incomodidad volvieron a reinar en el ambiente, y quizás por eso no me di cuenta de que detrás de nosotros había tres escalones que bajaban hacia la cafetería de la librería.

Retrocedí y me tropecé, pero Alec tuvo muy buenos reflejos. Alargó un brazo y tiró de mí con fuerza para evitar que me cayese pero, un segundo después, soltó un gruñido grave y se llevó el brazo con el que me había agarrado al pecho.

—¿Qué te pasa?

—Nada —siseó, negando con la cabeza—. Dame un momento. Estoy bien.

—No lo parece —repuse lentamente—. ¿Estás seguro de que estás bien?

—Sí —ladró, era evidente que estaba sufriendo. Se estaba apretando el hombro derecho con la mano izquierda, como si pretendiese sostenerlo.

—¿Te duele todo el brazo o solo el hombro? —le pregunté, acercándome un poco más a él, que seguía agarrándose el brazo con el rostro sumido en una mueca de dolor.

—*Joder* —maldijo por lo bajo—. Es el hombro, pero te prometo que en un segundo se me pasará.

Tenía la cara roja como un tomate, como si aquel dolor lo estuviese matando, y me fijé en que algunas de las personas que había en la cafetería se habían vuelto a mirarnos.

Le posé una mano con suavidad sobre el brazo sano y tiré de él con delicadeza hacia el pasillo que llevaba a la parte de atrás de la librería.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté en cuanto nos alejamos del bullicio.

—No es nada —repuso, pero estaba apretando los dientes con fuerza, como si el mero hecho de hablar le doliese—. Me hice daño en el hombro hace unos partidos y, a veces, si levanto el brazo demasiado o lo giro de mala manera, me da por culo.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte? —le pregunté, porque seguía hablando entre gruñidos en vez de como una persona normal—. ¿Necesitas un antiinflamatorio o quieres que vaya a buscarte una bolsa de hielo?

—Se me pasará en un segundo —dijo—. Pero, gracias.

—¿Es un desgarro muscular, un esguince o algo completamente distinto? —En ese momento, me acordé de cuando el abuelo Mick

me había pedido que le recordase que se pusiese hielo en el hombro. ¿Era por esa misma lesión?—. ¿Qué te dijo el médico?

—Que tiene que curarse solo… *joder* —siseó, apretando los dientes —. Lleva unos días un poco más sensible de lo normal.

Apenas podía hablar, así que a mí me parecía que decir que estaba «un poco más sensible de lo normal» era quedarse muy corto, lo que, a su vez, era decir mucho, porque Alec siempre había tenido el umbral del dolor muy alto.

Por el amor de Dios, si cuando no éramos más que unos críos y aquella estúpida pelota de béisbol le había dejado el ojo morado se había echado a reír.

Pero en ese momento parecía estar sufriendo muchísimo, y odiaba tener que verlo así.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte? —le pregunté, porque necesitaba hacer algo, lo que fuese, para que se sintiese menos… *así*. Se me revolvía el estómago solo de verlo tragar con fuerza para tratar de contener el dolor—. Mi abuela solía echarse Aspercreme cuando le dolían las rodillas por la artrosis.

—Yo a veces uso una crema de efecto frío —dijo, y por su forma de hablar me di cuenta de que ya había empezado a pasársele el dolor. Ya no gruñía tanto como hace un momento—. No sé si sirve para algo o si tan solo me convenzo a mí mismo de que me ayuda con el dolor.

—Vale, pues tú quédate aquí, yo voy a ir corriendo a la farmacia que hay cerca de la zona de restauración para ver si tienen algo que te pueda servir.

—Solo me duele el hombro —repuso, y casi me dio la sensación de que tenía ganas de sonreír—. Puedo caminar.

—¿Estás seguro?

—*Sí* —dijo, y entonces *sí* que esbozó una sonrisa—. Esto no es nada nuevo para mí, así que no tienes por qué asustarte tanto, de verdad. Tengo que lidiar con este dolor casi todos los días.

—Por Dios, ¿lo dices en serio? —Eso era horrible—. ¿Desde cuándo lleva dándote problemas el hombro?

—Desde hace unas semanas —repuso—. Pero no pasa nada.

—*Sí* que pasa —espeté, al tiempo que le agarraba con cuidado del

brazo sano y tiraba de él con delicadeza para que me siguiese. No tenía ni idea de qué clase de lesión era, pero lo que sí que sabía era que no debería estar soportando tanto dolor. Algo no iba bien, y a mí me iba a dar un ataque de nervios como le volviese a ver… *así*—. Vamos a ir a buscarte una crema de efecto frío para ese hombro, pero que lleve molestándote desde hace semanas no es normal, Alec.

¿Y si era una lesión seria? ¿Y si tenía algo roto?

Nos pasamos todo el camino hasta la farmacia, que menos mal que estaba bastante cerca, en completo silencio. Una vez dentro, fuimos directamente hacia la sección donde estaban las cremas de efecto frío, porque obviamente Alec sabía perfectamente dónde encontrarlas, y yo le señalé otro producto.

—¿Has probado estos?

Leí lo que ponía en la parte de atrás de la caja de los parches con lidocaína.

—No solo alteran la temperatura del músculo para engañar a tu cerebro como la crema de efecto frío, sino que también sirven para calmar el nervio, así que quizás te vengan mejor —comenté.

—No —dijo él, sin siquiera pararse a considerarlo.

—¿Cómo que «no»? ¿Por qué no lo pruebas? ¿Es que te gusta sufrir dolor?

—Por el amor de Dios, Dani, confía en mí.

—Pero es que no tiene ningún sentido —solté. No quería ser pesada, pero tampoco quería verlo sufrir—. ¿Por qué no pruebas las dos cosas a la vez? ¿Te pones el parche donde más te duele y te echas un poco de crema de efecto frío alrededor…?

—No puedo ponerme el parche, ¿vale? —espetó.

—¿Por qué no?

—Cuando me duele tanto —me explicó en un susurro—, podría seguir moviéndolo de lado a lado que el dolor no iría a peor. Ahora mismo podría jugar todo un partido de hockey y el dolor sería soportable, pero el tener que levantar el brazo por encima de la cabeza para quitarme la camisa me dejaría hecho polvo otra vez. La crema de efecto frío me la puedo echar sin tener que quitármela, solo metiéndome la otra mano por el cuello de la camisa, pero para

ponerme un parche tengo que quitármela del todo y levantar el brazo.

Aaaahhhh. Carraspeé para aclararme la garganta.

—Yo te ayudo —solté.

Alec se limitó a observarme con una ceja enarcada, lo que me hizo poner los ojos en blanco.

—Ya te he visto sin camiseta en el vestuario —repuse—, y me controlé perfectamente. Te prometo que no voy a perder la cabeza o a lanzarme a por ti en cuanto te vea sin ella. Así que vamos a comprar los parches también y no hay más que hablar.

Me impresionó lo despreocupada que soné, porque por dentro estaba de los nervios.

En serio, la cabeza me iba a mil.

Por un lado, tenía un nudo en la boca del estómago, porque el verlo así era… demasiado. La forma en que había apretado los dientes, cómo la nuez se había deslizado por su cuello al tragar con fuerza y cómo se le había fruncido el ceño del dolor. Estaba sufriendo muchísimo y yo necesitaba solucionarlo como fuese. Tenía que ayudarlo.

Pero, al mismo tiempo, al mismo maldito tiempo, estaba ahí soltándole cosas como «Yo te ayudo» y ofreciéndome a curarle ese hombro desnudo y musculoso (y lesionado) cuando aún no había conseguido quitarme de la cabeza el beso que habíamos compartido en la PNA.

Porque no me había dado un beso normal.

Ya me *habían dado* besos normales antes, y lo que fuera que hubiese sido aquello era de todo menos normal.

Había sido competitivo, atlético y sexi dominante y autoritario, y en cierto modo me molestó, porque me había encantado cada segundo terrible, mágico y *jodidamente increíble* de ese beso.

¿Qué narices me pasa?

Clavé la mirada en el suelo mientras nos encaminábamos hacia la caja para pagar pero, cuando alcé la vista, me fijé en que Alec seguía sufriendo. Tenía la mandíbula tensa, tan dura como una roca, y las mejillas ligeramente sonrojadas.

Aunque, en comparación con cómo había estado cuando había

impedido que me cayese de culo por las escaleras, estaba claro que el dolor había menguado.

En cuanto salimos de la farmacia, el corazón comenzó a latirme acelerado.

Tan solo le vas a poner un parche para ayudarle con el dolor, cálmate.

Me fijé en la sala de lactancia que había al otro lado del pasillo así que, aunque no habíamos hablado de *dónde* le iba a poner el parche, tiré de él en esa dirección y, una vez dentro, cerré la puerta con pestillo a nuestra espalda.

—Eh, eh, eh, Collins —bromeó, pero me observó con seriedad—. No sé qué es lo que tenías en mente, pero no me interesa…

—Muy gracioso, ahora cierra el pico —le interrumpí, antes de sacar la caja de parches y la crema de efecto frío de la bolsa de la farmacia. Por un segundo la sala se sumió en un silencio ensordecedor—. Bueno, eh… creo que deberías desabotonarte la camisa, pero ni se te ocurra intentar quitártela tú solo, ¿entendido? No quiero que el dolor del hombro te vaya a peor, así que avísame cuando hayas terminado y yo me encargaré de bajártela lo suficiente como para ponerte el parche. ¿De acuerdo?

Me recorrió el rostro con la mirada, como si cientos de pensamientos distintos estuviesen surcando su mente en ese mismo instante, y yo contuve el aliento mientras esos oscuros ojos marrones me observaban atentamente.

—De acuerdo.

Bajó la mirada hacia su camisa mientras se la desabotonaba, y yo me mordí el labio inferior y me puse a abrir la caja de los parches, con la vista clavada en mis manos, como si no fuese demasiado consciente de que se estaba desnudando justo delante de mí.

—Vale, ya está abierta —dijo, lo que *me hizo* tragar con fuerza y carraspear para aclararme la garganta.

Menuda forma de decirlo.

—Bien —repuse, con la voz un tanto… *temblorosa*, al tiempo que alzaba la mirada hacia su camisa abierta y esa franja de piel desnuda que había dejado al descubierto—. Vale, eh… ahora voy a bajarte un poco el cuello de la camisa —le expliqué, dolorosamente

consciente de lo cerca que estábamos, al tiempo que bajaba la mirada hacia él. El ambiente estaba cargado y tenía la sensación de que aquella sala era demasiado pequeña.

Y sentía la cara acalorada.

—Avísame si te hago daño —le pedí.

Me fijé en cómo su nuez subía y bajaba al tiempo que tragaba con fuerza.

—No me vas a hacer daño.

Alargué las manos hacia el cuello de su camisa, tomándola por ambos lados, y la deslicé con cuidado por sus hombros, bajándosela un poco. Intenté no tocarle, pero se me cortó la respiración cuando rocé su piel sin querer.

Él no dijo nada, tan solo respiró hondo y con fuerza.

¿Tiene frío? ¿O…?

De repente, se me quedó la garganta seca.

Mi delicadeza fue en vano, porque en cuanto solté el cuello de su camisa, esta se deslizó por su piel hasta caer al suelo, dejándolo medio desnudo frente a mí, tan cerca que nuestros cuerpos casi se rozaban.

—Mierda —murmuré. Estaba tan nerviosa que me sentía incluso mareada.

—Déjala. —Todo su rostro estaba en tensión, como si estuviese apretando tanto los dientes que en cualquier momento fuesen a rompérsele por la fuerza que estaba haciendo.

Asentí y tragué saliva, y después volví a asentir, intentando no fijarme en el pecho ridículamente musculoso que tenía enfrente, por *Dios.*

—Quiero asegurarme de que te lo coloco en el punto justo —le dije —. Avísame cuando te roce donde te duele, ¿vale?

Él volvió a tragar con fuerza, sin relajar la mandíbula.

—Vale.

Entonces se dio la vuelta y, por algún motivo, el tenerlo de espaldas no ayudó a que me sintiese menos… *nerviosa*. Su espalda era angulosa y dura, como si toda aquella piel tersa cubriese tan solo una capa de músculo. Sostuve el parche con la mano izquierda y alcé la derecha hacia su hombro. Deslicé los dedos con delicadeza

por su piel, con el corazón latiéndome acelerado, al tiempo que recorría su omóplato.

—¿Aquí? —le pregunté en apenas un susurro.

—Un poco más arriba —respondió. Y, de repente, fue como si los dos nos moviésemos a cámara lenta. Deslicé los dedos por su espalda con lentitud, y sentí cómo se estremecía bajo mis caricias, al tiempo que subía poco a poco por su piel.

—¿Aquí? —logré preguntarle, con voz ronca.

—Sí —respondió.

Despegué el plástico protector del parche y se lo pegué en el hombro, presionándolo con suavidad sobre su piel con la palma de la mano, trazando movimientos circulares.

—Puedes apretar más —me dijo con voz grave—. No vas a hacerme daño.

—Bien —repuse, aunque mi voz sonó más bien como un jadeo, al tiempo que presionaba un poco más para pegarle bien el parche—. Ahora, date la vuelta para que pueda echarte un poco de crema.

Él obedeció sin rechistar, observándome atentamente con esos ojos oscuros suyos, que refulgían con cientos de preguntas en su interior, al tiempo que yo volvía a alzar la mano hacia su hombro, después de echarme un poco de crema en los dedos.

—¿Así está bien? —le pregunté, fijándome en cómo me temblaban ligeramente las manos cuando las coloqué de nuevo sobre su piel. No tenía ni idea de qué se suponía que estaba haciendo, lo único que sabía era que me encontraba como *en un trance* mientras esparcía aquella crema resbaladiza por su hombro.

—Sí, pero no tienes por qué hacer todo esto por mí —dijo, apretando y relajando la mandíbula varias veces. Tenía la sensación de que algo intenso se cernía sobre nosotros, algo denso y pesado que nos robó el aliento a los dos.

No sabía qué estaba pasando, pero de repente empezó a costarme respirar.

—Qui… quiero hacerlo —logré decir, aunque cuando me miraba de esa forma era incapaz de pensar en nada. Ni siquiera estaba segura de que fuesen mis labios los que se hubiesen movido cuando añadí —. No me gusta verte sufrir.

Alec alzó la mano izquierda hacia mi rostro y me acunó la mejilla, observándome con una mirada imposible de descifrar, al tiempo que sus enormes dedos me acariciaban la piel. No sé cómo pero, de repente, tuve la sensación de que estábamos compartiendo un momento mucho más íntimo e intenso que el beso de anoche, el mismo del que todavía no había conseguido olvidarme.

Nuestras miradas se encontraron, y los dos estábamos respirando con dificultad cuando se inclinó hacia mí, acercándose lentamente…

—¿Hay alguien ahí dentro? —El pomo de la puerta se sacudió al tiempo que alguien preguntaba—: ¿Está abierta la sala?

—S-sí —respondí a gritos, mirando a Alec fijamente, al tiempo que me alejaba de él de un salto y me limpiaba las manos en la falda a toda prisa, con el corazón latiéndome acelerado en el pecho—. ¡Salgo en un momento! —añadí.

Por Dios, por Dios, por Dios.

Alec no había dejado de mirarme en ningún momento, con una expresión indescifrable, y por un segundo deseé saber qué era lo que había estado a punto de hacer. Me agaché y tomé a toda prisa su camisa, le ayudé a volver a ponérsela y después volví a agacharme para recoger las bolsas de la farmacia que había dejado en el suelo, mientras él se la abotonaba.

—Vale, ya estoy listo —soltó y, cuando me di la vuelta, ya estaba visible de nuevo.

Pero me seguía mirando con la misma intensidad de antes, una que no sabía cómo interpretar.

¿Qué narices acaba de pasar?

CAPÍTULO TREINTA

Alec

Después de aquella cita todo había cambiado. No solo entre nosotros, sino también *lo nuestro*.

Y me estaba volviendo loco.

De repente, en el instituto todos sabían que éramos pareja. Dani pensaba que era por la cuenta de Instagram, pero a nadie parecía sorprenderle vernos juntos, era como si todo el mundo lo hubiese aceptado y ya.

Lo que era genial.

Además de eso, el equipo estaba que se salía en cada entrenamiento. De repente, *todos* empezamos a jugar a otro nivel, y la superstición generalizada era que tenía algo que ver con que Dani fuese mi amuleto de la suerte. Era una tontería que todos fuésemos así de supersticiosos, pero incluso yo me lo acabé creyendo un poco.

Porque desde que Dani y yo habíamos empezado a «salir» estábamos jugando mejor que nunca.

Y, como si eso no fuese ya de por sí lo bastante bueno, parecía que las cosas también iban por buen camino en cuanto al tema de limpiar mi reputación.

En la *Tribuna* publicaron un artículo sobre mí y mi familia y, por mucho que odiase que hubiésemos tenido que llegar a eso, mis padres respondieron con total sinceridad todas y cada una de las preguntas del reportero que vino a entrevistarnos, y eso dio lugar a una historia fantástica con la que los lectores podían verse también identificados. Y supe que el trabajo que estábamos haciendo Dani y yo para limpiar mi reputación estaba dando sus frutos cuando el reportero también me preguntó por mi vida sentimental.

—Sé que aún estás en el instituto, pero corre el rumor de que Zeus, el mismo chico que parecía ir por la vida como una bala perdida, está empezando a sentar un poco la cabeza y a centrarse

en las cosas importantes. ¿Te gustaría hacer algún comentario al respecto?

—Ya veo por dónde vas —bromeé—. Lo único que voy a decir es que este año he reconectado con una vieja amiga de la infancia que es diez veces mejor de lo que yo podría ser jamás, en todos los sentidos. Y ella me inspira todos los días a ser mejor.

Y, para ser sincero, no lo decía de broma. Tenía la sensación de que aquello era… *totalmente cierto*.

Y también me gustaba ver cómo Dani empezaba a salir poco a poco de su caparazón. Me fijé en que últimamente se vestía menos… monocromática y con ropa menos holgada, y tuvo que dar un discurso informativo en clase de la señora Sykes y no me dio la sensación de que fuese a desmayarse en cualquier momento.

Lo único que no *era* genial (más allá de mi hombro que, desde luego, estaba jodido de verdad y probablemente estuviese empeorando más y más con cada día que pasaba) era el hecho de que me Dani me estaba volviendo loco.

Porque aquello no era más que una farsa, ¿no? Se suponía que lo nuestro no era más que una mera actuación pero, por algún motivo, sentía que en realidad era algo más, como si… *no* estuviésemos fingiendo del todo.

Empezando por el maldito incidente del parche con lidocaína que no me conseguía quitar de la cabeza por más que lo intentase. Juro por Dios que me pasaba cada hora debatiéndome entre convencerme de que solo lo había hecho por mí, para ayudarme, y pensar que habíamos estado *muy cerca* de hacer algo más dentro de esa pequeña sala.

Mi cerebro no dejaba de torturarme recordándome aquel momento una y otra vez.

Pero desde que habíamos salido de la sala de lactancia, había tenido la sensación de que Dani se estaba alejando de mí. Probablemente solo eran imaginaciones mías, porque aún seguía comportándose como si fuese mi novia de verdad, al igual que antes, pero tenía un brillo en la mirada que me dio la impresión de que estaba alzando un muro entre nosotros.

Y no sabía cómo sentirme al respecto.

Porque ¿no se suponía que yo también debería *querer* que existiese ese muro?

Ya no me acordaba de qué era lo que se suponía que debía querer o cómo se suponía que debía sentirme.

Y entonces, para complicar aún más las cosas, todos los días me traía algún almuerzo extraño a la biblioteca, lo que me parecía jodidamente encantador porque, al igual que con los parches, hacía que me diese la sensación de que se preocupaba por mí.

¿Ves?

Me estoy volviendo loco.

En esta ocasión me trajo un wrap de mantequilla de cacahuete con jalapeños encurtidos, una loncha de beicon y un puñado de patatas fritas trituradas.

—Así que me estás queriendo decir que fumas *mucha* hierba —comenté, mientras observaba ese almuerzo, el cual no me apetecía en absoluto probar—. Y esto es algo que descubriste un día que estabas colocadísima, ¿verdad?

Aquello le hizo poner los ojos en blanco, pero se rio, soltó una carcajada suave y dulce que me dio ganas de hacerla reír de nuevo, fuera como fuese.

—Tú confía en mí, ¿vale? Por extraño que parezca, la combinación de sabores *funciona*.

—No te creo.

—El abuelo Mick solía comerse uno de estos antes de cada partido —me mintió, con la mirada brillante, como si aquello le pareciese graciosísimo, al tiempo que me retaba a comerme aquel wrap asqueroso—. Dice que son su arma secreta.

—Estás monísima cuando mientes, porque se te da de pena.

Aquello hizo que su suave risita se convirtiese en toda una sonora carcajada. *Dios, debería reírse así todos los días*. La Dani que conocía se pasaba *los días* riéndose por todo, y hasta ese momento no me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos su risa.

—Por cierto, ¿qué es exactamente eso del hockey de calle? —me preguntó, antes de darle un mordisco a su wrap.

—Básicamente es una especie de versión del hockey sobre hielo en la que, en vez de jugar con patines, se juega con zapatos de calle, y

la gente suele echar partidillos en el parque por diversión —respondí, tomando mi wrap de dudosa calidad—. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que Cassie y Lillie estaban hablando antes de ello. Cuéntame todo lo que sepas, ponme al día —me pidió, antes de darle otro bocado.

¿Siempre me ha parecido tan adorable su forma de comer?

Le di un mordisco a mi wrap. *¿Qué narices…?*

—En el bar del final de la calle tienen hasta una liguilla y todo, pero por aquí la mayoría de la gente tan solo juega por diversión, como quien echa un partido de baloncesto improvisado en el parque con sus amigos. Los que participan en un equipo de liga suelen llevar botas con crampones en las suelas para tener mejor tracción sobre el hielo, pero cuando mis amigos juegan, lo hacen con los mismos zapatos de siempre.

—Por el amor de Dios, ¿qué narices son los crampones? —me preguntó con una suave risita, como si aquello fuese lo más gracioso que hubiese oído en su vida—. Suena a algo navideño, o a algo que se podría utilizar en un partido de fantasía, como en el *Quidditch* de Harry Potter o algo así. ¡Creo que eso se me podría dar muy bien!

¿Está siendo así de adorable a propósito?

Empecé a describirle en qué consistía el juego, tratando de centrarme en cualquier cosa menos en lo que tenía en la boca, pero Dani me interrumpió en cuanto tragó el bocado que acababa de tomar, negando con la cabeza.

—Ah, así que no tiene nada que ver con el *Quidditch*. Entiendo. Pero ¿en serio juegan con crampones? Supongo que tiene tanto sentido como darle golpes a una pelotita con un palo de hockey.

—¿De verdad acabas de llamar «pelotita» al disco?

—*No* —dijo, abriendo los ojos de par en par y esbozando una sonrisa divertida, al tiempo que deslizaba una servilleta sobre la mesa hacia mí—. Yo *jamás* haría algo así. Soy la nieta del maldito Mick Boche, ¿por quién me tomas?

—Ajá… —*Tiene que estar haciéndolo a propósito. Por Dios.*

De repente, bajé la mirada hacia sus labios, fijándome en ellos durante demasiado rato. *¡Contrólate!*

Carraspeé con fuerza.

—En realidad, algunos de nuestros amigos han comentado antes que mañana van a echar un partidillo —comenté, antes de darle otro mordisco a aquel wrap, aunque era *imposible* que fuese a terminarme aquella atrocidad culinaria que me había preparado.

—Lo sé —repuso, con una sonrisa divertida—. Te estaba preguntando todo esto porque probablemente me apunte yo también.

—¿En serio quieres *jugar*? —le pregunté, increíblemente sorprendido, porque aquello era lo último que esperaba que dijese.

Pero si odiaba el frío, por el amor de Dios.

—A ver, no puede ser tan difícil, solo hay que correr por el hielo y darle al disco con el palo, ¿no?

—Ay, mi dulce e inocente niña.

—Que te den, ahora sí que voy a jugar —soltó entre risas—. A ver, si Cassie puede hacerlo, yo también. Y probablemente sin ninguna ayuda.

—Cassie jugó al hockey hasta el año pasado —la corregí—. No es lo mismo.

—Eso lo dices tú —repuso, haciendo un gesto displicente con la mano, como si aquello no fuese para tanto, antes de terminarse el wrap y retomar su lectura.

Pero *a mí* me costó un mundo volver a concentrarme en mi libro.

Porque el verla leer acabó con la poca concentración que tenía.

Dani se estaba mordiendo ese precioso labio inferior, absorta en la lectura, mientras mi estúpido cerebro entraba en colapso al observarla, como si mi mundo se hubiese visto reducido a ella.

Solo podía pensar en qué haría si me inclinaba en ese mismo instante sobre la mesa y la besaba.

Esas pestañas largas, esos labios con sabor a cereza, ese aroma a zumo de manzana.

En todo lo que *podríamos* hacer entre esas altas estanterías llenas de libros que había al lado de los ordenadores.

Esos rizos suaves, esas uñas pintadas de rosa, ese olor floral.

En cómo…

—¿Es que no vas a leer?

—¿Eh…? —Parpadeé con fuerza para volver al presente y me encontré a Dani observándome de una forma extraña, lo que tenía mucho sentido, porque me había perdido en mis pensamientos y me había quedado mirándola como un idiota enamorado.

—¿No tienes ganas de leer? —me preguntó, al tiempo que esos labios brillantes se curvaban hasta formar una sonrisa divertida—. ¿O es que el pequeño Alec tiene sueño?

Me mesé el cabello con frustración. *Menudo imbécil estás hecho*.

—Las dos cosas —repuse.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Dani

Todo es cuestión de anticiparse al rival, niña.

—Vale —repuse, asintiendo, aunque en realidad no sabía qué quería decir con eso.

—No tienes ni idea de qué estoy hablando, ¿verdad? —me preguntó el abuelo Mick, observándome con los ojos entornados, porque el sol se estaba poniendo en el horizonte, justo a mi espalda.

Aunque tampoco es que estuviese haciendo demasiado bien su trabajo.

Hace un frío que pela.

—Ni pajolera idea —admití, al tiempo que unas densas nubes de vaho se formaban frente a mis labios, mientras me calaba un poco más el gorro de Alec.

Había cometido la imprudencia de mencionarles como quien no quiere la cosa lo del partido de hockey de calle a mi madre y a mi abuelo por mensaje, y antes de que pudiese asimilar lo que estaba ocurriendo, el abuelo Mick había aparecido frente a la puerta del instituto después de clase para recogerme y estábamos de camino a la casa de un desconocido para poder entrenar en el estanque helado que había en su patio trasero.

Al parecer, según ellos, necesitaba «no avergonzar a la familia».

Lo que me hizo poner los ojos en blanco, pero también sentir algo muy extraño al respecto, porque hasta ese momento jamás había sentido que tuviese una «familia» que avergonzar.

Así que ahora me estaba congelando el culo en el patio trasero de Bilch pero, sorprendentemente, me lo estaba pasando muy bien corriendo de un lado a otro sobre el estanque helado bajo la luz del atardecer con mi abuelo.

—Muy bien, piénsalo de este modo —dijo, apoyándose en su palo de hockey—. En el hockey, cuentas con la velocidad que te aportan

los patines, pero en el hockey de calle no. Es un juego sin valor alguno, lento y un poco torpe.

—Así que es el deporte más sexy del mundo —comenté, sonriendo.

—Claro —repuso, poniendo los ojos en blanco—. Así que no tienes que ir demasiado rápido o lanzarte a atacar de inmediato. Si no calculas bien el momento para deslizarte por el hielo, lo más probable es que acabes arriesgándote *demasiado*.

—Yo jamás me arriesgaría demasiado, abuelo, te lo juro.

—Sí, de eso ya me había dado cuenta —dijo, dedicándome una de sus esquivas medias sonrisas—. No te vendría mal que el chico de los Barczewski te enseñase a arriesgarte un poco. Porque él siempre se entrega en cuerpo y alma y sin miramientos en todo lo que hace, siempre va a por todas.

El chico de los Barczewski.

Agh.

Me había estado esforzando todo el día por no pensar en él, recordándome constantemente que lo nuestro no era más que una farsa.

Porque me había enamorado de él, y que *Dios se apiadase de mí*.

Sentía un montón de cosas que eran de todo menos fingidas por él, y necesitaba mantener todos esos sentimientos a raya.

Ese beso que habíamos compartido en la PNA, el que siempre estuviese dándome la mano a cada instante que se le presentaba, el momento cargado de tensión que habíamos compartido cuando le había colocado el parche en el hombro en aquella sala de lactancia… todo *eso* formaba parte de nuestra farsa, pero *todos* aquellos recuerdos increíbles se deslizaban por mi memoria como si fuese mi novio de verdad.

Pero nada había sido real, y él no era mi novio de verdad.

Puede que *diese la sensación* de que sentíamos algo el uno por el otro, pero no era cierto, era todo una farsa.

Así que había pasado a intentar ser mentalmente proactiva. Cuando estábamos juntos, tenía que recordarme una y otra vez que todo era mentira. Y, cuando me daba la mano, tenía que convencerme de que solo estaba actuando.

Porque incluso aunque no estuviese actuando (*que por supuesto está actuando*), yo me iba a marchar a la universidad, lejos de allí, en solo unos meses, y él se iría a jugar al hockey de forma profesional a alguna parte.

Solo una idiota empezaría una relación que no tenía futuro.

—Deja de soñar despierta —me dijo el abuelo Mick, lanzándome la pelota.

—Para que conste, me siento muy decepcionada porque estemos jugando con una pelota. Tenía muchas ganas de golpear un disco de verdad.

—Y yo tengo muchas ganas de verte golpear *algo* —bromeó.

Blandí el palo con ambas manos y golpeé la pelota con todas mis fuerzas.

El abuelo Mick ni siquiera se movió.

Se limitó a extender su palo y pararla.

—Mira que eres malo —dije entre risas.

—No, mira que eres mala *tú* —respondió, riéndose también.

Me obligó a hacer algunos ejercicios más para ayudarme a mejorar el manejo del palo, pero lo cierto era que *sí* que era malísima, y entonces sus amigos (Kris y Mel) aparecieron para vernos practicar.

—¿Por qué no hacéis algo útil y movéis vuestros culos hasta aquí? —les dijo mi abuelo.

—¿Dos contra dos? —preguntó el de la larga barba blanca, sonriendo de oreja a oreja, como si aquello fuese justamente lo que siempre hubiese querido.

Un minuto después, así, de repente, estábamos en medio de un partido, con mi abuelo y yo enfrentándonos a sus dos viejos amigos.

—Controla el disco —me gritó mi abuelo desde el otro lado del estanque helado.

—Eso intento —respondí, también a gritos, mientras Mel y Kris corrían por el hielo como si *no fuesen* dos personas mayores.

—Si lo consigues, corre hacia la portería y mira siempre hacia arriba, nada de bajar la vista a tus pies —me explicó el abuelo Mick mientras yo intentaba hacerme con el control de la pelota con mi palo.

—Pero no puedo ver la pelota si clavo la vista al frente —respondí.

—Ni se te ocurra volver a decir algo así en voz alta, por Dios —me gritó entre risas.

—Y no llames pelota al disco —añadió Mel, indignado.

Corrí por el hielo, persiguiendo a aquellos hombres, pero no pude hacer nada para vencerlos.

Lo que significaba que tampoco iba a poder hacer nada contra Alec y sus amigos.

—Tampoco lo has hecho tan mal, pequeña —soltó mi abuelo en cuanto salimos del hielo.

—Eso es mentira y lo sabes —repuse, negando con la cabeza—. Unos ancianos me acaban de dar una paliza.

—Y tu abuelo también —añadió, con una sonrisa sincera en los labios.

Dios, cuánto he echado de menos esas sonrisas.

—Eh, chicos —llamé a sus amigos—, ¿os importaría sacarnos una foto?

—¿Para qué? —me preguntó el abuelo Mick, sorprendido.

—Es que quiero mandársela a Alec. Se va a quedar alucinado cuando vea quien me está enseñando a jugar al hockey de calle.

Aquello le hizo reír, y una oleada cálida se extendió por mi pecho cuando le pasé un brazo por los hombros y los dos sonreímos para la foto.

Después se la mandé a Alec y escribí: Mira quién me está enseñando a jugar al hockey de calle.

Él me respondió casi de inmediato.

Alec: Joder, Collins. ¡ESO SÍ QUE ES TENER NIVEL!

Yo: ¿¿A que sí??

Alec: Ah, y me encantan las trenzas.

Estaba segura de que eso solo lo había dicho para seguir con nuestra farsa (*solo está fingiendo, solo está fingiendo*) pero, aun así, aquel comentario hizo que me diese un vuelco al corazón.

Yo: Pues prepárate para ver cómo te adelantan mañana cuando te robe el disco y te haga comer nieve.

No estaba segura de haber pillado del todo la jerga del hockey, porque él se limitó a responder:

Alec: Eso es lo más adorable que me has dicho en toda tu vida.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Alec

Pues no da tanta pena como creía —comentó Kyle a mi lado, sentado en el banco del parque.

—Deben de ser los genes de Mick —repuse, de acuerdo con él.

—¿Sabéis que puedo oíros, verdad? —gritó Dani desde la pista de hielo, deslizándose sobre la superficie helada a toda velocidad, y me encantó que nos respondiese cortante. No les dejaba pasar ni una a mis amigos y se reía constantemente con ellos, y estaba adorable con una de las viejas camisetas de hockey de Mick, que llevaba a modo de vestido, mientras corría por el hielo como la pequeña gamberra que era.

—Ya que puedes oírme, Collins, respóndeme a esta pregunta —le dije, también a gritos—. ¿Por qué no paras de chocarte contra las vallas?

Nada más empezar el partido había echado a correr y a deslizarse por el hielo como toda una profesional hasta que, de repente, ¡bum!, se había lanzado a toda velocidad contra las vallas antes de darse la vuelta y salir corriendo de nuevo hacia el centro de la pista.

—Porque siempre que quiero cambiar de dirección me acabo cayendo —repuso, sin dejar de correr, sujetando su palo de hockey con ambas manos, como si fuese un bastón y estuviese en una carrera de relevos—. Creo que es por mis botas. Me resulta mucho más sencillo estamparme contra las vallas para girar.

—¿Mick te enseñó ese truco? —le preguntó Kyle entre risas.

—No, pero te aseguro que lo aprobaría. Es de los que hacen lo que sea necesario por ganar, y prefiero chocarme contra las vallas cada vez que voy a girar que seguir cayéndome de culo cada dos por tres.

—Y yo lo respeto —repuso Richie.

—Yo también —coincidió Kyle.

—Sí, porque seguro que lo está haciendo justo por eso —comentó

Cassie, al tiempo que golpeaba el disco con fuerza—. Para ganarse vuestro respeto.

—Creo que todos los que no estén jugando deberían cerrar el pico —dijo Dani, jadeando un poco, al tiempo que se erguía y nos fulminaba a los tres con la mirada.

—Uuuh —soltó Richie, dedicándome una sonrisa traviesa.

Por algún motivo, Dani había pensado que *nosotros* también íbamos a jugar.

Pero estábamos en plena temporada de hockey, así que, de *ninguna manera* pensábamos arriesgarnos a lesionarnos cuando todavía teníamos unos cuantos partidos que disputar sobre la pista de hielo antes de llegar a la final estatal en el X. Incluso aunque fuésemos tan estúpidos como para *querer* jugar, el entrenador nos asesinaría lentamente se enterase.

Evidentemente, al equipo de Dani le acabaron dando una paliza.

Pero he de admitir que me sentí bastante impresionado.

Dani no se dejó amedrentar, incluso aunque perdiese de forma estrepitosa.

Cuando salió de la pista de hielo, se estaba quejando con Cassie de lo mucho que le dolían las piernas, con uno de los palos de hockey de Mick en la mano (por el cual todos nos habíamos quedado mirándola atónitos cuando la habíamos visto llegar).

—¿Quieres que te lleve a caballito? —le pregunté.

Ella se volvió a mirarme y, por la forma en que frunció ligeramente el ceño, supe que mi pregunta la había tomado por sorpresa. Pero lo ocultó bastante bien.

—Sigo enfadada contigo.

—No puedes enfadarte conmigo —opiné, distraído por el brillo que cobraban sus preciosos ojos marrones siempre que bromeaba conmigo—. Solo ha sido un malentendido. En ningún momento te dije que nosotros también fuésemos a jugar.

—Pero estaba implícito.

—Pues claro que no —repuse.

—Vale, te dejo que me lleves a caballito, pero solo porque me arden las piernas —respondió, con una sonrisa relajada que últimamente esbozaba mucho más a menudo, como si por fin se

estuviese empezando a sentir cómoda aquí—. Pero me reservo el derecho de seguir enfadada contigo.

—Buena chica. —Me di la vuelta y me agaché, invitándola a subirse a mi espalda—. Sube.

—Espera, mejor no… tu hombro —dijo a toda prisa, deteniéndose justo detrás de mí—. No quiero hacerte daño.

Mierda, mierda, mierda. Me erguí de nuevo y me volví no solo para encontrarme a Dani observándome con preocupación, sino también a los demás.

—¿Qué le pasa a tu hombro? —me preguntó Kyle.

—¿Zeus? —Richie me observó con las cejas enarcadas, a la espera de una respuesta.

—Se hizo daño en un partido —les explicó Dani—, y está…

—Bien —la interrumpí, con una sonrisa—. Está bien.

—No, no lo está —repuso, mirándome como si creyese que me había vuelto loco—. Le está matando…

—Cariño —la interrumpí, consciente de que todas las miradas estaban puestas en mí—. Puede que exagerase *un poco* lo del hombro.

Dani entrecerró los ojos.

—¿Qué?

No sabía si se lo estaba creyendo o no, pero tampoco comprendía por qué estaba tratando de ocultarle la verdad a todo el mundo.

—Es que estabas haciendo tan buen trabajo de enfermera… —dije, con la esperanza de que no se enfadase por mentirle—. Puede que lo exagerase un poco para que siguieses tocándome.

Richie se echó a reír a carcajadas al tiempo que yo volvía a darme la vuelta y agacharme.

—Sube, anda —le pedí.

—Vale —repuso, antes de tenderme su palo de hockey y observarme con recelo—. Pero hablaremos de esto más tarde.

Y, dicho eso, se subió a mi espalda de un salto.

—¿Tenemos que hacerlo? —le pregunté, lo que hizo que Richie se riese con más ganas.

—Oh, ya lo creo —me susurró al oído, y juro por Dios que me rozó la oreja con los labios a propósito al decirlo, lo que hizo que una

corriente eléctrica y placentera me bajase por la espalda.

—Eres diabólica, mujer —murmuré entre dientes, al tiempo que rodeaba sus piernas con las manos, lo que la hizo reír.

—¿Por qué les ocultas a tus amigos lo de la lesión del hombro? —me preguntó en un susurro, mientras la llevaba hasta mi coche.

No pienses en cómo su aliento te acaricia el cuello al hablar.

Lo intenté, pero fue imposible.

—No les oculto nada —mentí, tratando de sonar lo más despreocupado posible—. Te prometo que no es para tanto.

Dani bajó un poco más la voz antes de seguir hablando.

—Pues *claro* que se lo estás ocultando. Les acabas de mentir al decir que no es nada. ¿Por qué no se lo cuentas?

Sus labios están demasiado cerca de mi cuello.

—No es que no quiera contárselo, es que…

—Entonces no te importará que les diga que no puedes levantar el brazo por encima de…

—Por favor, déjalo —le supliqué, echando un vistazo a mi espalda y agradeciendo en silencio que el grupo se hubiese dispersado de camino al aparcamiento—. ¿Por favor?

—Alec. —Me recorrió el rostro con la mirada, preocupada—. *Pues claro* que te voy a guardar el secreto. Pero ¿no puedes explicarme por qué?

Lo dijo como si hubiese herido sus sentimientos al mentir y, en ese momento, me recordó tanto a la vieja Dani que acabé mandándolo todo a la mierda. La senté con cuidado sobre el maletero de mi coche y opté por serle totalmente sincero.

—No quiero que nadie se entere, ¿vale? —le expliqué en un susurro, antes de alargar una mano hacia su cabeza para recolocarle el (mi) gorro—. Ya lo tengo un poco mejor, lo noto, pero si los ojeadores o los reclutadores piensan que estoy lesionado, eso podría cambiarlo todo.

Dani parpadeó con fuerza, mirándome fijamente, como si estuviese sopesando mis palabras.

—*Todo* —repetí, desesperado porque lo comprendiese.

—Bueno, entonces —repuso en un susurro—, vamos a tener que pasar a comprar unos cuantos parches más de camino a casa, ¿no te

parece?

En ese momento, me entraron ganas de abrazarla, pero me contuve.

—Ya lo creo.



—No jodas.

Richie bajó la mirada hacia la pantalla de mi teléfono y se echó a reír a carcajadas mientras rodeábamos la casa de Bryce de camino al patio trasero. Su padre se había ido a pescar al lago Mille Lacs, así que por eso había invitado a unos cuantos amigos a su casa.

—No sabía que Mick supiese cómo sonreír.

La fotografía de Dani y Mick era tan graciosa que no podía dejar de mirarla y enseñársela a todo el mundo, incluso un día después de que me la hubiese mandado. Dani salía adorable, sonriendo de oreja a oreja, con su gorrito de lana y sus largas trenzas, estaba exactamente igual que cuando era mi mejor amiga.

—Normalmente estaría de acuerdo contigo —comenté, con una carcajada—, pero cuando está con ella es un Mick completamente distinto.

Entramos por la puerta trasera y bajamos directamente al sótano, porque siempre pasábamos allí el rato cuando los padres de Bryce estaban fuera. Y, joder, la fiesta ya estaba en pleno apogeo para cuando llegamos, parecía un maldito casino, con todas las partidas a los distintos juegos de cartas que se estaban echando allí abajo. Estaban jugando a la Copa del Rey en la mesa que había junto a la lavadora, al *Fuck the Dealer* (mi favorito) en la barra del bar del padre de Bryce, y a una especie de cerveza pong en la mesa de ping-pong.

Y todo aquel que no estaba jugando a nada, se encontraba de pie a un lado, hablando con los demás o viendo a los Minnesota Wild en la televisión. Al tiempo que «Sleep When We’re Dead» sonaba a todo volumen por un altavoz.

Richie tomó unas cervezas para todos menos para mí, y acababa de darle un sorbo a mi botella de agua cuando Kyle dijo:

—Eh, parece que Dani se nos ha adelantado.

—*¿Qué?*

—Está allí, con Lillie y Cassie.

De haber estado en una película, en ese momento habría escupido la bebida en cuanto me volví hacia donde señalaba Kyle. Seguí su mirada hasta un rincón de la sala y, efectivamente, allí estaba mi Dani, sonriendo de oreja a oreja por algo que Lillie le estaba diciendo, con un vaso rojo en la mano.

Y esta noche estaba jodidamente *sexy*.

Llevaba el pelo suelto, los labios pintados de rojo y se había puesto una camiseta corta debajo de la camisa de franela abierta que dejaba al descubierto unos cuantos centímetros de piel desnuda desde el dobladillo de la camiseta hasta la cinturilla de sus vaqueros, una franja de piel desnuda de la que fui incapaz de apartar la mirada.

Su ropa no era para nada extravagante, y apenas se había maquillado, pero a mí me pareció que estaba increíblemente guapa.

Porque Dani parecía estar cobrando vida lentamente, día a día. Se estaba riendo mientras Lillie hablaba, y la melodía de su risa me hizo cerrar las manos en puños. Aquella versión híbrida de Dani Collins, que era en parte la chica a la que conocía y, a la vez, una completamente distinta, era alguien a quien *deseaba*, y que Dios se apiadase de mí, porque de repente me asaltaron las ganas de acercarme a ella corriendo, antes de que alguien se me adelantase.

Ni siquiera me había dado cuenta de que había echado a andar en su dirección hasta que nuestras miradas se encontraron, como si la hubiese obligado a fijarse en mí, porque de repente estaba *allí*, justo frente a ella.

—¡Al! —gritó, sonriéndome, antes de lanzarse a mis brazos.

Le pasé los brazos por la cintura y la abracé con fuerza.

—¿Estás borracha, Collins? —le pregunté en un susurro al oído.

Ella se apartó de mí y me dedicó una sonrisa coqueta.

—Solo porque me alegre de verte no significa que esté borracha.

—En mi caso sí que suele ser por eso —comentó Richie.

Richie, de quien me había olvidado por completo.

—Pero supongo que tú nunca lo has besado —respondió,

dedicándole una sonrisa divertida a mi amigo, como si lo dijese totalmente en serio, antes de alejarse de mí—. Eso es lo que le ha hecho subir de la categoría de «me da igual tu presencia» a «me alegro muchísimo de verte».

Vaya, esta noche iba *a por todas*.

Era evidente que mi chica estaba borracha.

—Qué asco —soltó Richie, aunque por la forma en que la estaba mirando me di cuenta de que le sorprendía que estuviese siendo tan extrovertida—. Supongo que tendré que fiarme de ti en eso.

—Por cierto, quería habértelo dicho después del último partido, Richie —dijo—. Buen trabajo. Te vi darle muchos golpes al disco, así que… ya sabes… ¡vamos, hockey!

Él sacudió la cabeza con incredulidad pero se echó a reír a carcajadas, divertido.

—Juro por Dios que las enfermeras debieron confundirse en el hospital y te cambiaron por otro bebé, porque la nieta del maldito Mick Boche jamás diría algo así.

—Oh, pues ya lo creo que sí… de hecho, acaba de hacerlo —repuso Dani, con una sonrisa burlona—. Ah, sí, y muy buena *apple*.

—¿Qué? —dijo, mirándola como si se hubiese vuelto loca.

—Hiciste una asistencia muy buena —repuso—. Lo que en la jerga del hockey a veces se conoce como una *apple*.

—Ah, veo que tenemos a toda una experta del hockey entre nosotros —comentó Richie, riéndose a carcajadas.

—Eso es, *Richard* —bromeó, y una sensación cálida se extendió por mi pecho al verla meterse así con mi mejor amigo. Estaba feliz, orgulloso y *aliviado* a partes iguales de que por fin se sintiese lo bastante cómoda con ellos como para ser ella misma.

—Aunque hoy no parecías precisamente una experta en el parque —dijo Vinny, uniéndose a nosotros—. ¿Cuántas agujetas tienes? El chocar contra las vallas tantas veces tiene que doler. ¿Estás muy magullada, Boche?

Por un momento, pensé que lo corregiría por haberla llamado por el apellido de su abuelo y no el suyo pero, en cambio, se limitó a sonreír como si le acabasen de hacer un enorme cumplido.

—Probablemente no tanto como tu ego después de haber

apostado en mi contra, *Vincent el Flow*.

Entonces ya no pude seguir conteniéndome más y me eché a reír a carcajadas, antes de agarrarla por la espalda de la camisa de franela y tirar de ella hacia mí sin dejar de reír.

—Qué graciosa —murmuró Vin, negando con la cabeza, aunque sonriendo.

—¿Le has contado a Mick que marcaste un gol? —le pregunté, inclinando la cabeza ligeramente hacia ella para que pudiese oírme bien, al tiempo que intentaba respirar lo menos posible, porque su aroma me resultaba embriagador—. ¿Se puso como loco cuando se lo contaste?

—Tanto como podría ponerse como loco mi abuelo —respondió entre risas—. Creo que su respuesta a «he marcado un gol» fue «enhorabuena, pero ¿cuántos has conseguido parar?».

—Tiene sentido —dije—. Es un hombre muy inteligente.

—Oye, ven aquí —me pidió Dani, agarrándome de la manga—. Vamos a sacarnos una foto.

Se acercó un poco más a mí y alzó el teléfono para hacer una foto. Estaba sonriendo de oreja a oreja cuando la sacó, con la espalda pegada a mi pecho y la fiesta de fondo.

—Sabes que no puedes subir esa foto por la cerveza —le recordé, intentando no pensar en lo bien que olía su pelo.

—Pues entonces supongo que esta me la tendré que quedar solo para mí —repuso, antes de tenderme el teléfono para enseñármela.

Me encantaba aquella fotografía.

Me gustaba cómo *salíamos*.

Y, en ese momento, también me gustaba ella. La distancia que había habido entre nosotros después de lo ocurrido en el centro comercial había desaparecido, y aquella noche Dani estaba coqueteando conmigo descaradamente. Probablemente fuese culpa de lo que quiera que estuviese bebiendo, pero no me disgustaba ese cambio, en absoluto.

—¿Te lo estás pasando bien, Collins? —le pregunté, disfrutando también de la forma en que seguía recostada contra mi pecho, con la cabeza apoyada bajo mi barbilla.

—Sí —respondió, con una sonrisa, y tuve que tragar con fuerza

cuando se dio la vuelta para mirarme.

Estoy perdidísimo.

—Bueno, Alec. —Se metió un mechón rebelde tras la oreja y se mordió con suavidad el labio inferior, como si no supiese muy bien qué hacer, antes de seguir hablando—. ¿Te apetece ir a ver a los que están jugando a Reto o Bebida?

—Claro —dije, siendo plenamente consciente de que era una estupidez que me encantase lo nerviosa que parecía. Porque yo me sentía igual de nervioso, y llevaba sintiéndome así desde que me había quitado la camisa en aquella sala de lactancia en el centro comercial. El recuerdo de sus dedos suaves deslizándose por la piel desnuda de mi hombro no se me iba de la cabeza, sin importar lo mucho que intentase olvidarlo, y la electricidad que había surgido entre nosotros en el interior de aquella pequeña sala no nos había abandonado ni siquiera después de salir de allí.

Y, durante la siguiente hora, todo fue jodidamente perfecto.

Me senté en una silla, para observar y juzgar a todos los que estaban jugando a Reto o Bebida, sin tomar ni una sola gota de alcohol, y Dani se dejó caer con suavidad sobre mi regazo, como si no hubiese sillas disponibles. Mentiría si dijese que no aproveché aquella oportunidad para pasarle un brazo alrededor de la cintura y así acercarla más a mí, sujetándola con fuerza y pegando su espalda a mi pecho.

Lo que la hizo volverse a mirarme.

—Sí que te gusta tocar, Zeus.

—¿Alguna queja al respecto? —dije, preguntándome qué haría si bajaba mis labios hacia su cuello y la besaba con suavidad. Porque esa franja de piel expuesta me estaba volviendo loco desde que la había visto de cerca en el vestuario.

Me recorrió el rostro con la mirada.

—No, solo estoy constatando un hecho.

—Me parece bien —repuse, guiñándole el ojo, lo que la hizo reír y pellizcarme la pierna con suavidad.

Puede que el corazón me dejase de latir en un par de ocasiones, pero todo iba bien.

Pero entonces la llamó su padre.

Dani se quedó mirando fijamente la pantalla de su teléfono, mordiéndose el labio inferior como si estuviese nerviosa.

—Debería contestar —soltó.

—¿Ahora? —le pregunté, porque era un egoísta y no quería que se levantase de mi regazo.

—Bueno, deben de ser las cinco de la mañana en Alemania, y sigue siendo… ya sabes… —repuso, encogiéndose de hombros.

—¿Tu padre?

Asintió.

—Sí. Ahora vuelvo.

Subió a la planta de arriba para contestar, pero tardó *mucho* en volver. Tanto que empecé a preocuparme porque le hubiese pasado algo.

Pero, cuando subí a ver cómo estaba, ya había colgado la llamada y estaba hablando con Cassie y con Lil en la cocina desierta.

De verdad que no pretendía escuchar su conversación a escondidas, pero me quedé helado en cuanto me adentré en el vestíbulo.

—Así que, no sé qué hacer —dijo Dani, con la voz entrecortada, como si estuviese a punto de echarse a llorar—. Por una parte, no quiero volver a mudarme pero, por otra, quizás debería marcharme, ¿sabéis?

—De eso ni hablar —soltó Cassie—. No te puedes ir, este es tu último año de instituto.

—A ver, probablemente no me vaya —dijo Dani—, pero solo quedan unos meses de clase y *acabo* de mudarme aquí. Así que, a estas alturas, ¿qué más da un instituto que otro?

Regresé al sótano, porque no era ningún imbécil que se escondía en un rincón oscuro a escuchar conversaciones ajenas. Pero me sentía muy confuso, y no podía evitar preguntarme qué narices estaría tramando su padre ahora.

¿Es que Dani iba a mudarse de nuevo? *¿Tan pronto?*

Fingí prestar atención a los chicos y a la partida de Reto o Bebida, pero una parte de mí seguía allí arriba, con ella, esperando a que volviese conmigo. Necesitaba saber qué estaba pasando.

¿Cómo podía su padre estar considerando siquiera el obligarla a

mudarse de nuevo?

Dani tenía que estar atacada.

Pero cuando regresó unos minutos más tarde, me sonrió como si nada hubiese pasado.

Y me mintió.

—¿Va todo bien con tu padre? —le pregunté, aunque lo que de verdad quería hacer era largarme de aquella fiesta para poder hablar con ella largo y tendido, a solas

Dani asintió y puso los ojos en blanco.

—Necesitaba mi número de la Seguridad Social para un asunto de la Fuerza Aérea y no se acordaba.

¿Y…?

Aguardé, pero no añadió nada más.

—¿Eso es todo? —le pregunté—. ¿Por eso te ha llamado a sus cinco de la mañana?

Dani volvió a asentir.

—Típico de mi padre, es demasiado impaciente como para esperar. ¿Qué me he perdido?

¿En serio no me lo vas a contar?

—Vin ha hecho una voltereta hacia atrás y se ha cargado la mesa donde estaban jugando a las cartas —solté, aunque la cabeza me daba vueltas porque, ¿qué narices?

¿En serio no pensaba contarme que cabía la posibilidad de que fuese a marcharse?

A ver, no me debía ninguna explicación, ¿no? Lo nuestro no era más que una farsa, así que no tenía por qué contarme todo lo que le pasaba. Eso era lo que hacían las parejas *de verdad*, y yo tenía que aceptarlo y aclararme las ideas de una vez.

Si quisiese decírmelo, me lo diría, y con suerte aquello no era más que alguna tontería del coronel, que se estaba comportando como el capullo de siempre.

Daba igual que se lo estuviese guardando para sí misma.

Pero cuando la oí hablar con Cassie y Lillie junto al barril de cerveza un poco más tarde, me volví mucho menos comprensivo.

Porque Lillie le preguntó por nosotros, por nuestra historia.

—¿Así que nunca llegasteis a salir juntos ni pasó *nada* entre

vosotros cuando erais pequeños? ¿Lo vuestro era estrictamente platónico?

—Sí y no —la oí decir, pero me negué a volverme a mirarla—. Siempre fuimos solo amigos, pero él *fue* mi primer beso.

Me encantó el tono que cobró su voz al recordar aquello, como si para ella también hubiese sido un momento especial y tierno, porque, bueno, *para mí también*. Clavé la mirada en el televisor y traté de concentrarme solo en el partido (*deja de escuchar a hurtadillas, pringado de mierda*), pero entonces, cuando la escuché reír y soltar el comentario más ridículo que había oído en mi vida, fue como si me hubiesen dado un puñetazo en el estómago.

—Pero ahora estamos juntos, lo que es surrealista, porque hasta hace poco creía que seguía enfadada con él por lo que hizo en su día —dijo entre risas—. Pero ¿cómo voy a seguir guardándole rencor por eso cuando está tan guapo con el uniforme de hockey?

¿Qué?

¿Qué *cojones*…?

¿Que ella estaba enfadada conmigo por lo que *yo* había hecho?

¿Lo decía en serio?

¿Qué narices se suponía que había hecho *yo* exactamente?

Quería levantarme y ponerme a discutir con ella, tener *esa* conversación de una vez por todas, porque probablemente *necesitábamos* hablar de lo que había ocurrido «en su día».

Pero cuando me volví a mirarla de reojo unos minutos más tarde, ella me dedicó una sonrisa cómplice y un maldito guiño.

Aquella era la sonrisa de mi mejor amiga.

De mi novia falsa.

Parecía estar pasándoselo en grande, reescribiendo nuestra historia mientras fingíamos ser pareja.

Así que, a la mierda, pensé.

Da igual.

Podía reescribir nuestra historia y guardar todos los secretos que quisiese.

Joder, no era mi novia, y tenía que aceptarlo de una vez.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Dani

De dónde has sacado esa sudadera, Ricitos de Oro? —me preguntó Alec, echándome un vistazo de arriba abajo mientras lo esperaba junto a Cassie, recostada contra su taquilla.

—Me la ha prestado tu madre —respondí, y deseé poder leerle el pensamiento cuando se detuvo frente a mí. Le había robado la sudadera del equipo porque se me había ocurrido que quizás le gustaría verme con ella puesta, pero en ese momento me estaba observando con una expresión inescrutable.

Lo que era de lo más decepcionante, sobre todo porque se había pasado toda la fiesta de Bryce coqueteando conmigo de forma adorable. Cientos de mariposas alzaban el vuelo en mi estómago cada vez que me acordaba de cómo me había pegado a su pecho mientras los demás jugaban a Reto o Bebida, la forma en que había bajado la voz para hablarme en susurros al oído y cómo había bromeado conmigo *entre sus brazos*.

Y sobre su maldito *regazo*.

Aquello me había puesto la piel de gallina.

Estaba bastante segura de que Alec debía de haber supuesto que me había mostrado así de coqueta en la fiesta porque iba borracha pero, al ser alguien que odiaba perder el control cuando estaba rodeada de gente, yo sabía que el vaso lleno de Pepsi Light del que había estado bebiendo toda la noche demostraba justo lo contrario.

—Te queda muy bien —comentó, pero había algo que no encajaba por *cómo* lo había dicho.

¿Qué le pasa?

—Vaya, gracias —respondí, batiendo las pestañas en un intento por aparentar naturalidad, aunque en realidad se me hubiese revuelto el estómago al oírle hablar así.

Porque estaba claro que algo no iba bien.

—¿Por qué no estás en la biblioteca? —me preguntó mientras metía el código de su taquilla y observaba a Cassie de reojo—. ¿No se supone que esta es tu hora de lectura?

—Hoy me apetecía pasarme por la cafetería —repuse, encogiéndome de hombros, aunque de repente dudé de si había tomado la decisión adecuada.

Alec abrió su taquilla.

—Así que ahora eres doña Sociable, ¿eh?

—Ya iba siendo hora —respondió Cassie—. Ahora, date prisa, Z, que las galletas de ostras de la barra de ensaladas siempre son lo primero que se acaba.

—Relaja —bromeó, y me sentí un poco mejor al ver cómo le dedicaba una sonrisa sarcástica y se parecía un poco más al Alec de siempre.

Uf.

Metió los libros en la taquilla y me sorprendió que, incluso aunque tuviese a sus amigos a mi lado y una cantidad sorprendente de rostros conocidos a nuestro alrededor, la cafetería del instituto durante la hora del almuerzo me siguiese resultando tan intimidante. Había demasiado ruido, demasiadas risas; siempre me había dado la sensación de que la cafetería de un instituto era el equivalente más cercano que se podría encontrar al patio de una prisión.

Todos los alumnos estaban entusiasmados por ser libres durante un rato, después de llevar todo el día encerrados, por lo que el ambiente estaba cargado de volatilidad.

Pero estaba lista para enfrentarme a ello. Había jugado al hockey de calle con esa misma gente. El sentarme a comer con ellos tampoco sería para tanto, ¿no?

Como si me hubiese leído el pensamiento y se hubiese dado cuenta de lo nerviosa que estaba, Alec me dio un suave apretón en la mano.

Y eso, combinado con que conocía a todos los que estaban sentados alrededor de la mesa frente a la que nos detuvimos, bastó para calmar mi acelerado corazón.

Porque Kyle, Richie y Vinny estaban sentados a un lado de la mesa, devorando sus respectivos almuerzos, y unos cuantos chicos

más del equipo, así como Liz y Lillie, estaban al otro lado.

Aquella era una mesa segura.

Rara, pero en el buen sentido.

Como si todos fuésemos amigos de toda la vida.

Claro que no tenía ni idea de qué ocurriría cuando Alec y yo pusiésemos punto y final a nuestro acuerdo. ¿Qué pensarían todos ellos de mí entonces?

Me estaba empezando a costar recordar la verdad sobre nuestra relación, sobre todo cuando mis sentimientos por Alec habían cambiado.

Como en los entrenamientos de hockey, por ejemplo.

De repente, todo me parecía distinto.

Ahora, cuando no estaba grabando los entrenamientos, me sentaba junto a Cassie en las gradas y nos poníamos a hacer los deberes *juntas* (cuando no se ponía a robar chocolatinas del puesto de comida de la pista). Veía a los chicos entrenar y me fijaba en todos ellos, no solo en Alec. Observaba cómo se dejaban la piel sobre el hielo y, al igual que todo el instituto, yo también rezaba porque llegasen a la final estatal.

Eso era lo único de lo que hablaban, lo único que parecía importarles.

Casi podías sentir la energía en el ambiente al entrar al Doug.

El mural que había en una de las paredes, en el que salía representada toda la historia del hockey de Southview, de repente parecía mucho más grande y visible que nunca, como si estuviese esperando a que se le añadiese la GRAN historia de una vez por todas.

Y el equipo estaba entrenando como nunca antes. Puede que aún me diese la sensación de que Alec se volcaba mucho más que los demás en la pista, pero todos estaban mucho más concentrados en el juego que nunca, y aquello era innegable. Ese sí que era el equipo que podría hacer lo imposible, aquello que nunca nadie había logrado, y todos parecían estar conteniendo el aliento porque eso ocurriese algún día, más pronto que tarde.

Pero a medida que se acercaba el fin de semana, comencé a notar que Alec parecía más tenso que otras veces.

Seguía siendo el mismo chico gracioso y divertido de siempre, pero parecía estar constantemente sumido en sus pensamientos, como si algo le rondase la cabeza.

Sonreía, pero la sonrisa no le llegaba a los ojos. Bromeaba con sus amigos, pero le costaba reírse. Era como si *no* pudiese dejar de pensar en la final estatal y en lo mucho que deseaba ganarla.

Solo les quedaba un partido antes de llegar a los cuartos de final del campeonato estatal en el X.

Y solo Dios sabía lo mucho que estaba sufriendo en realidad. Cada vez que le preguntaba por el hombro, me decía que estaba bien, pero yo sabía que no era verdad y que en realidad no quería hablar del tema.

Una parte de mí se moría por susurrarle al oído que todo iría bien, sin importar lo que ocurriese, pero sabía que no era eso lo que él quería.

Por una vez, desee poder ser yo quien lo *reconfortase.*

Quien supiese qué hacer para ayudarle a relajarse.

Porque lo único que quería era que fuese feliz.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Alec

Creo que puede que tenga una úlcera.

Probablemente no tenía nada, pero saber lo cerca que estábamos del día del partido, me robó el apetito y sentía una especie de ardor constante en el estómago.

Los cuartos de final. Solo nos quedaba un partido más y estaríamos en los cuartos de final del campeonato estatal.

Daba igual lo que hiciese, era incapaz de olvidarlo.

En primer lugar, por supuesto, porque quería ganar, porque *todos* nos moríamos por ganar el campeonato. Este era nuestro año y Southview estaba destinado a llevarse el trofeo a casa de una vez por todas.

Este año ese trofeo sería nuestro, y el entrenador Oz no dejaba de repetírnoslo en cada entrenamiento.

Pero tampoco podía dejar de pensar en todo lo demás.

Dani y yo habíamos hecho muchos avances, sobre todo con mi reputación, pero todo ese esfuerzo sería en vano si mi juego no estaba a la altura. Sabía que habría ojeadores en las gradas y reporteros junto al banquillo en el próximo partido, y mis padres iban a estar viéndolo todo con el corazón en un puño, así que tenía que encontrar la manera de hacerles felices a todos cuando el hombro no dejaba de darme problemas y, de hecho, el dolor había empeorado tanto que había tenido que empezar a tomar paracetamol e ibuprofeno, alternándonos cada pocas horas, junto con una dosis casi constante de crema de efecto frío.

Pero ¿y si no lo lograba?

¿Cómo iba a ayudar a mis padres a pagar todas las deudas que tenían si no me seleccionaban para algún equipo profesional?

Me volqué en comportarme como se comportaría Zeus y en actuar como si nada me afectase (lo que Dani había definido como mi

actitud de «puckboy»), pero lo cierto es que en el fondo solo era el pequeño Alec, asustado y nervioso por meter la pata al salir a la pista.

El jueves por la noche, mi madre preparó mi comida favorita, guiso de pepperoni, y durante la cena mis padres se pusieron a hablar de lo emocionados que estaban por el partido mientras yo comía lentamente, sintiendo cómo me faltaba el aliento, como si el peso que me oprimía el pecho no me estuviese dejando respirar.

Solo faltaban dos días, joder.

Esta semana, todos los equipos de hockey del estado tendrían que disputar la final de su sección, y estábamos todos de los nervios.

Solo tendríamos que ganar el siguiente partido para llegar a los cuartos de final.

Las ganas que tenía de ganar me estaban matando, de verdad.

Un partido de élite, un peinado de élite, unos compañeros de élite… a los cuartos de final en el X solo llegaban los mejores, la élite, y después todo el mundo quería llegar a la final estatal. Si a eso le sumamos la perspectiva de que estábamos a un paso de hacer historia de Southview, estaba *a punto* de ponerme a vomitar de los nervios.

—¿Te encuentras bien, hijo? —me preguntó mi padre, haciendo una pausa en su charla sobre el partido para llevarse una cucharada a la boca—. Llevas toda la semana muy callado.

—*Yo también* llevo toda la semana muy callada —soltó Ashton, en parte porque había entrado en esa fase en la que disfrutaba de robarles los temas de conversación a los demás constantemente. Si decías que ibas a dar un paseo, de repente Ashton también iba a dar un paseo. Si comentabas que estabas cansado, de repente Ashton se moría de sueño.

Ayer mi padre había comentado que Ed le estaba dando la lata para que vendiese de una vez uno de esos escondites portátiles para cazar patos, y Ashton se había vuelto a mirarme y había soltado como si nada: «Ed me está dando mucho la lata».

—Sí, estoy bien —dije—. Solo estoy cansado.

—¿Puede que te estés tomando todo esto del partido *demasiado* en serio? —me preguntó mi madre—. Me encanta que seas tan

competitivo, Al, pero tienes que relajarte un poco. No deberías agobiarte tanto.

—Lo sé —repuse, con el estómago cerrado a esas alturas.

—Y, al final, solo es un partido más, ¿no? —Mi madre me dedicó la misma sonrisa que me lanzaba siempre que intentaba hacerme sentir mejor por cualquier cosa, la misma que solía usar cuando era pequeño y me ponía una tirita sobre las heridas que me hacía por lo torpe que era.

—¿«Solo un partido más»?

Tuve que contenerme para no echarme a reír.

Todos sabíamos que no era *solo* un partido más.

El hockey no era *solo* un deporte.

Especialmente no en Minnesota y, desde luego, no en esta casa, donde todos dependíamos de ese deporte para salir del atolladero en el que estábamos metidos (aunque nadie lo admitiría jamás en voz alta).

Dios, *ojalá* el hockey *solo* fuese un deporte y el siguiente partido *solo* fuese un partido más.

Pero no era así. Y esa era la verdad.

—Sé que queréis llegar a la final del campeonato —dijo—, y este año estáis jugando tan bien que lo más probable es que lo logréis, pero… si no lo hacéis, tampoco será el fin del mundo, la vida sigue, ¿vale?

Claro.

—Sí, tu etapa en el instituto terminará, eso está claro, pero esto solo es el principio —me aseguró—. Así que, dalo todo en el partido, pero recuerda que tu carrera en el hockey no estará acabada sin importar si ganáis o perdéis.

Necesitaba que en ese momento cayese un rayo que atravesase el tejado de casa y me fulminase.

—Después de esto, empezarás un nuevo capítulo en tu vida, ya lo verás —añadió.

—Dios, ¿y si un día acabas llevando la camiseta de uno de los Original Six…? —soltó mi padre, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Qué?

¿A qué cojones viene eso, papá?

Era una locura comentar algo así, sobre todo en voz alta.

¿¿En serio esperaba que algún día llevase la camiseta de alguno de los equipos de hockey más legendarios de, bueno, toda la historia del hockey??

—A ver —añadió con una sonrisa, antes de tomar la cazuela y echarse un poco más del guiso en el plato—, no quiero gafarlo, pero soñar es gratis, ¿no?

¿Dónde narices se ha metido ese rayo?

No me fulminó ningún rayo, pero por suerte, alguien llamó al timbre justo en ese mismo instante, salvándome de tener que responder.

—Ya voy yo —solté, y me levanté prácticamente de un salto de mi asiento—. Seguramente será Kyle.

No tenía ningún motivo para pensar que fuese Kyle quien se encontraba al otro lado de la puerta, pero necesitaba salir de allí antes de que me diese un ataque al corazón. *Por favor, que sea Kyle, por favor, que sea Kyle.*

Pero, cuando abrí la puerta, me encontré a Dani al otro lado, abrigada hasta las orejas con una bufanda, un gorro de lana y unas botas altas.

Me quedé mirándola anonadado, con la mente en blanco.

—Hola —me saludó, con una sonrisa tímida.

—Hola, tú —respondí, sorprendido por verla ahí, delante de mí—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—¿Quién es? Ah, hola, Danigirl —la saludó mi padre desde detrás de mí—. Entra, antes de que te congeles.

—En realidad —repuso, con una sonrisa de oreja a oreja, como siempre que veía a mi padre, como si de veras se alegrase muchísimo de verle—, me preguntaba si tu hijo querría acompañarme a dar un paseo.

Espera, ¿qué?

—¿Has venido hasta aquí caminando? —le preguntó mi padre—. ¿Es que por fin se te está empezando a curtir la piel al frío de Minnesota?

—No, llevo tres pares de calcetines debajo de estas botas y me he puesto unos pantalones térmicos debajo de los vaqueros.

Mi padre se echó a reír, y Dani me observó con una ceja enarcada.

—¿Y bien? ¿Te apetece dar un paseo o no?

Estaba bastante seguro de que nunca había deseado nada tanto como deseaba ir a dar un paseo con ella en ese mismo instante. No solo había venido a rescatarme de la conversación que había estado manteniendo con mis padres durante la cena, sino que además estaba preciosa así de abrigada.

Y había pasado muchísimo tiempo desde la última vez que había ido a dar un paseo con Dani Collins.

Joder, esto es una idea horrible.

Porque, por mucho que hubiese intentado negarlo, lo que sentía por ella estaba empezando a parecerme demasiado real.

Y llevaba ya un tiempo sintiéndome así.

Quisiese admitirlo o no.

Eso no significaba que no tuviese ni idea de qué era lo que quería o que no supiese que hacer con todos sentimientos, lo único que quería decir era que aquella era mi realidad.

—Me apunto —respondí, poniéndome los zapatos y tomando mi abrigo.

En cuanto salí al porche y cerré la puerta a mi espalda, le pregunté:

—¿A dónde tenías pensado ir?

—¿Tal vez podríamos seguir la ruta de siempre…?

Cuando venía a pasar aquí los veranos, siempre acabábamos recorriendo la misma ruta cuando salíamos a dar un paseo. Nos alejábamos de mi casa, hablando de todo y de nada. Siempre acabábamos caminando hasta el final del vecindario, girábamos a la izquierda en la rotonda que había junto al colegio y después dábamos un rodeo por el parque antes de volver.

—Me parece bien —repuse—. Pero pégate a la hierba para no resbalarte.

Aquella noche hacía frío, pero no tanto como las dos últimas semanas.

Así que quizás Dani no se congelase del todo.

—Y dime, ¿qué querías? —le pregunté, al tiempo que me sacaba los guantes del bolsillo del abrigo y me los ponía—. Por mucho que

me gustaría pensar que has venido solo porque no podías vivir sin verme esta noche, algo me dice que no es ese el motivo.

—Vaya, menuda intuición tienes —soltó, dándome un golpe suave con el hombro en el brazo sano.

Aquel era un gesto que podrían compartir perfectamente dos amigos, que no significaba nada y, sin embargo, la forma en que Dani siempre parecía apoyarse en mí *despertaba* algo en mi interior.

Porque no se comportaba así con los demás.

Y lo sabía porque siempre estaba demasiado pendiente de ella.

—Lo sé —repuse.

—En realidad, quería pasarme a verte porque últimamente me ha dado la sensación de que estabas más estresado de lo normal —comentó, calándose un poco más él gorro (*mi* gorro) en la cabeza—. Y no me gusta verte así.

—¿En serio? —*No le gusta verme estresado*—. ¿A qué viene todo esto? ¿Es que te sigues preocupando por mi antiguo yo, por ese niño blandito y débil, o algo así?

—Supongo que sí, más o menos —respondió con una risa—. A ver, en cierto modo sigues siendo ese mismo niño.

—Capulla —solté, golpeando *su* hombro con el mío—. Mira que decir que soy blandito y débil… ya te vale.

—Creo que no lo estás entendiendo, Barczewski.

—No, yo creo que sí que lo he entendido, Collins —repuse—. Y te prometo que estoy bien. Lo que pasa es que estoy demasiado concentrado en el hockey últimamente, nada más.

Y en ti, y en lo que dijiste en la fiesta, y en que estoy empezando a querer pasar cada segundo de cada día a tu lado pero no puedo, y en que no sé qué narices va a pasar en el futuro, y en que no sé si te gusto o no, y en qué cojones está pasando…

—Lo entiendo —dijo, metiéndose las manos en los bolsillos del abrigo—. Pero… ¿eso es todo? Esta semana, cada vez que me he vuelto a mirarte, me ha parecido que sentías que tenías que cargar con todo el peso del mundo encima. ¿Me equivoco?

Clavé la mirada en la calle desierta, con los copos de nieve danzando a nuestro alrededor, y deseé poder decirle que se equivocaba y que todo iba bien, que lo tenía todo bajo control.

Pero entonces me volví a mirarla y puede que fuese por la forma en que me estaba observando, con esa expresión tan familiar, pero no pude evitar serle sincero.

—Lo que pasa es que esta semana estoy sintiendo la presión más que nunca.

En vez de mirarme como si aquello la sorprendiese, Dani mantuvo la vista clavada en la acera.

—¿La presión de asegurarte de que el equipo gane? —me preguntó.

Si hubiese sido cualquier otra persona, no sé si habría podido admitirlo en voz alta.

Porque tenía la sensación de que nadie más que yo lo comprendería.

—La presión de ser Zeus —me oí decir, sin poder dejar de mirarla.

Entonces Dani alzó la vista hacia mí y me observó con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir?

No podía hacerlo. No podía mirarla, sobre todo cuando ella me estaba observando de *esa forma*, y confesarle todas mis inseguridades. *No podía.*

Pero entonces me tomó la mano con delicadeza, entrelazando nuestros dedos enguantados, y esperó pacientemente a que siguiese hablando, como si tuviésemos todo el tiempo del mundo y pudiese aguardar lo que hiciese falta a que me armase de valor para contárselo.

Así que eso hice.

—Me encanta el hockey, pero hay mucha gente que cuenta conmigo, y eso me aterra, porque me da miedo decepcionarlos —admití y, en cuanto empecé a hablar, no pude parar—. Y, vale que no me lo han dicho directamente, pero mis padres necesitan que me fichen para algún equipo de la NHL. Le siguen debiendo toda una fortuna al hospital por las cirugías y la rehabilitación de mi padre, así que, si no consigo que me seleccionen para algún equipo importante, no podrán salir del atolladero en el que están metidos. Acabarán embargados y no habrá nada que podamos hacer para remediarlo.

No dejé de hablar mientras recorríamos la calle, y tampoco cuando giramos la esquina, y seguía hablando cuando pasamos frente al colegio. Era como si la libertad de por fin admitir en voz alta lo que llevaba atormentándome todos esos meses fuese demasiado embriagadora.

—Odio que haya tanta gente que dependa de mí para arreglarlo todo, porque ¿y si no soy capaz?

Dani se quedó callada durante un minuto, después de que yo dejase de hablar. Se limitó a caminar a mi lado, con la nieve cayendo a nuestro alrededor, y quise grabarme aquella imagen en la memoria porque tenía la sensación de que aquel era un momento importante.

Un momento muy *nuestro*.

Era la versión invernal de lo que habíamos hecho tantas tardes de verano, pasear y hablar sin parar.

—Sabes que tus padres estarán bien pase lo que pase, ¿verdad? Me refiero, te quieren y quieren que seas feliz —dijo—. No creo que tengas por qué ganar el campeonato estatal de hockey o entrar en algún equipo de la NHL para que sobrevivan.

—Dani, se han pasado media vida, y han gastado buena parte de sus ahorros, apoyándome. Y ahora se tienen que enfrentar a esta situación de mierda en la que mi padre no puede trabajar por mucho que quiera, y en la que los mellizos quieren jugar al hockey, un deporte que cuesta una fortuna, por eso *necesito* hacer esto por ellos.

—Lo sé —repuso con una sonrisa amable—. Y lo conseguirás, estoy segura. Pero, si no, todo irá bien de todas formas. Ya lo verás.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—No lo estoy —dijo, encogiéndose de hombros—. Pero lo sé.

—Menuda genio estás hecha —comenté, con una carcajada, dándole un suave apretón en la mano de forma burlona—. Una maldita genio, Collins. No estás segura pero lo sabes, menuda mente brillante de alumna de Harvard tienes.

—Que te den por culo —se rio, devolviéndome apretón.

—¿Te refieres a ese culo perfecto tuyo del que no se me permite decir nada?

Su risa se transformó en toda una sonora carcajada.

—He dicho que te den, Barczewski, en ningún momento nadie ha hablado de mi culo, deja de ser tan malpensado.

—¿En serio has venido solo para pedirme que diésemos un paseo y nada más? —le pregunté, en cuanto me di cuenta de que ya habíamos vuelto a mi calle.

Dani se encogió de hombros.

—Eso siempre funcionaba cuando éramos pequeños. Porque sentíamos que podíamos hablar de cualquier cosa siempre que siguiésemos caminando.

—Eres muy inteligente —comenté, balanceando el brazo izquierdo hacia delante para obligarla a adelantarse un poco, como cuando éramos pequeños.

—Es que aquí dentro se encuentra la mente brillante de una futura alumna de Harvard —repuso, tropezándose y apretándome la mano, antes de tirar de mí para que me pusiese de nuevo a su altura.

Salvo que en ese momento se resbaló con una densa capa de nieve helada y perdió el equilibrio. Soltó un gritito al caer y aterrizó de culo sobre la nieve, y yo me habría reído de su caída, de no haberme arrastrado al suelo con ella.

—*¡Mierda!* —solté, aterrizando a su lado (con medio cuerpo encima del suyo) y no pude evitar soltar una risita al tiempo que ella se echaba a reír a carcajadas.

Menos mal que el suelo estaba cubierto por tanta nieve que no nos hicimos daño al caer.

—¿Estás bien? —le pregunté, antes de incorporarme apoyándome en los brazos e inclinarme sobre ella—. ¿Dani?

Asintió con la cabeza y se incorporó sobre los codos sin dejar de reírse. Tenía las comisuras de los ojos arrugadas de sonreír.

—Eso ha sido algo que les podría haber ocurrido perfectamente a los antiguos Dani y Alec —comentó.

—Sí, ¿verdad? —repuse, observándola atentamente, cerniéndome sobre ella. Fijándome en ese rostro que estaba *justo* debajo del mío, como si me estuviese esperando.

Todo el mundo pareció sumirse en un silencio sepulcral, tanto que lo único que podía oír en medio de aquella noche oscura y nevada era el latido acelerado de mi corazón.

Lo único que podía ver eran esos preciosos ojos marrones, que me observaban atentamente desde abajo.

Lo único que deseaba eran esos brillantes labios, que estaban esbozando una sonrisa divertida, y su delicado aliento, tan cerca de mí, que me puso la piel de gallina.

Observé cómo me recorría el rostro con la mirada, como si estuviese buscando algo, tratando de encontrar alguna respuesta, pero en ese mismo instante todo dejó de importarme, excepto ella. Dejé de preocuparme por el pasado o por el futuro, porque solo me importaba el presente.

Ella.

Esto.

Nosotros.

Bajé la cabeza hacia su rostro y me apoderé de sus labios, necesitado. *Ansioso*. Me importaba una mierda si aquello era falso o no, porque para mí todo era real. Aquello no era ninguna actuación, y nadie nos estaba mirando.

No, ese beso era solo nuestro.

A Dani se le entrecortó la respiración por un segundo, como si estuviese tomando aire antes de sumergirse en el agua, y aquel sonido me volvió loco. Fue como si algo despertase de golpe en mi interior, como si alguien hubiese prendido una mecha que llevaba mucho tiempo apagada, ansiosa por cobrar vida, chisporroteando, y me hizo perder por completo la cabeza.

—*Joder*, Collins —murmuré contra sus labios, pero ¿cómo no iba a maldecir cuando era tan jodidamente perfecta?

Ella ladeó la cabeza, *mi genio*, profundizando así el beso, y me dejé llevar por el dulce sabor de su boca, perdiéndome en ella. Bajé las manos hacia su cintura (*odio los guantes, necesito tocarle la piel*), intentando consumirla. Nunca había sido alguien especialmente voraz pero, en cuanto probé sus labios, no tuve suficiente.

Más, más, más, más.

Dios, cuánto la deseo.

Sus labios, su lengua y ese aroma a zumo de manzana se convirtieron en todo mi mundo mientras cada molécula de mi ser se

centraba tan solo en ese beso. No porque quisiese demostrar algo, sino porque jamás había deseado algo tanto en mi vida como deseaba su boca en ese momento.

Dámelo todo, cariño, por favor, Dios.

Perseguí su lengua, le mordisqueé los labios, *devoré* su boca, porque necesitaba más. El hambre que tenía de ella era insaciable, voraz, *feroz* mientras Dani me devolvía el beso, y habría hecho cualquier cosa con tal de no dejar nunca de besarla.

Porque Dani me estaba besando como si sintiese lo mismo que yo.

Sus manos enguantadas no estaban posadas con delicadeza sobre mi rostro, no, estaban sosteniéndome con fuerza para poder besarme con fervor, gracias a Dios.

—Alec —susurró, sin dejar de besarme.

—Sí…

—La luz del porche —dijo, y juro que pude oírla sonreír.

—¿Eh?

—Alec —repitió con una risita suave, antes de apartarse de mí—. Acaban de encender la luz del porche en esa casa.

Abrí los ojos y su sonrisa aletargada me hizo sonreír.

—¿Y?

—Y básicamente tu vecino acaba de cortarnos el rollo totalmente —repuso, riéndose mientras apartaba las manos de mi rostro—. Tenemos que irnos.

—Pero no quiero irme —admití, porque me daba miedo que, si nos marchábamos, jamás volviésemos a estar como ahora.

—Vamos. —Dani se alejó de mí y se puso de pie antes de tenderme una mano—. Volvamos a casa, Barczewski.

Dejé que me ayudase a levantarme y que me llevase de vuelta pero, cuando se marchó, dejándome a solas en el porche, me di cuenta de que seguía sin saber nada. La observé alejarse por la calle, iluminada por la tenue luz de las farolas, siendo la viva imagen de todo lo que siempre había deseado, pero sin tener ni idea de qué significaba aquel beso que acabábamos de compartir, si es que significaba algo acaso, o en qué se suponía que nos convertía.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Dani

Empecé el viernes enfadada por culpa de un estúpido mensaje.

Ben Worthington: Si alguna vez necesitas que te lleven a clase, yo también tengo que ir en la misma dirección por las mañanas, así que avísame.

Ya, paso. Lo último que necesitaba era que Alec y sus amigos viesen que Benji seguía escribiéndome, así que esperaba de verdad que se olvidase de que tenía mi número y de mí de una vez.

Y después, de camino a clase, pasé de estar enfadada a estresada.

Porque entonces empezaron a llegarme mensajes de mi padre.

Papá: Daniella Grace, te agradecería que me llamases esta tarde.

Se me está agotando el tiempo y la paciencia.

Mierda. Me volví para mirar de reojo a mi madre, que conducía pendiente de la carretera, ajena a mi traicionero mensaje. Sabía que tenía que responderle, sobre todo después de que se hubiese mostrado tan inusualmente… *amable* conmigo cuando habíamos hablado durante la fiesta de Bryce. Vale que estaba impaciente por saber mi respuesta, pero también me había dado la sensación de que de verdad me echaba de menos.

Lo que solo servía para estresarme aún más porque hacía que la decisión fuese más difícil si cabe.

Le respondí: Vale. Lo siento.

El corazón comenzó a latirme acelerado cuando el teléfono me vibró con su respuesta.

Papá: No debería ser tan difícil.

Lancé el teléfono dentro de mi mochila, sintiéndome como una idiota por leer sus mensajes cuando estaba sentada junto a mi

madre. No pude dejar de pensar en ello durante el resto del trayecto. Me temblaban las manos, y el miedo que sentí al imaginarme los distintos escenarios posibles me oprimía el pecho.

Hacer lo que él quiere y romperle el corazón a mamá (y quizás incluso también a mí misma), o decirle que no y perder la oportunidad de arreglar nuestra relación.

Nada más llegar al instituto, tuve que ir directa al baño a echarme agua fría en la cara, porque no podía dejar de darle vueltas a aquello, y necesitaba despejarme y olvidarlo todo por un momento.

Pero a cada segundo que no estaba preocupándome por mis padres, estaba pensando en Alec, lo que hacía que el estómago se me *llenase* de mariposas.

Y no de las buenas, sino de esas que se volvían locas en mi interior cada vez que recordaba nuestro beso.

No, esas eran de las malas.

Porque no tenía ni idea de qué se suponía que estaba pasando entre nosotros.

O cómo debía sentirme al respecto… *aghhhhhh.*

¿Sentía algo real por él? Sin duda alguna.

¿Habíamos compartido el beso más increíble del mundo que no tenía absolutamente nada de falso?

Oh, ya lo creo.

¿Eso significaba algo para nosotros y nuestra relación?

No tenía ni la más remota idea.

Solo porque me gustase y me hubiese *encantado* haberle besado no significaba que (A) él sintiese lo mismo, o (B) tuviésemos que hacer algo al respecto. El año que viene yo iba a marcharme a estudiar a una universidad que se encontraba al otro lado del país, y él acabaría jugando al hockey en algún equipo profesional.

Así que, lo de salir juntos = no era una buena idea.

Sobre todo cuando él estaba lidiando con tanta presión por todo el tema del hockey. Lo mejor que podía hacer en ese momento era ser su amiga y apoyarlo, y *no* ser una distracción, ¿verdad?

Lo último que Alec necesitaba era que nuestra «relación» interfiriese en su concentración.

Pero, incluso mientras le daba vueltas a aquello, una parte de mí

se negaba a hacerle caso a mi conciencia.

Porque quizás… *Dios*, me aterrorizaba incluso pensar en ello. Pero quizás no pasase nada porque sintiese algo más por él. Quizás no pasase nada porque *fuésemos* algo más que amigos, porque quizás él era la excepción que confirmaba la regla.

Cálmate, cálmate.

Estaba dándole demasiadas vueltas a todo, con los nervios a flor de piel, porque además de lo que sentía por Alec, también tenía que preocuparme por bordar los exámenes finales de mañana. Y ahora que sabía lo estresado que estaba y la presión a la que estaba sometido, tenía la sensación de que había demasiadas cosas en juego.

Alec me dio la mano en cuanto lo encontré junto a su taquilla, y la mirada que me dedicó hizo que me diese un vuelco al corazón, pero no ocurrió nada fuera de lo común (dentro de lo que era normal en nuestra relación falsa) entre nosotros. Tuvimos clase de oratoria y pasamos la hora del almuerzo juntos, pero aquel día fue exactamente igual a los demás, como si el beso de la otra noche nunca hubiese ocurrido.

Lo que, por supuesto, no me dejó concentrarme en todo el día, porque no pude dejar de preguntarme qué significaba aquello.

Me alegré cuando por fin sonó el timbre que marcaba el fin de las clases, porque necesitaba un descanso de mis propios pensamientos.

Fui con Alec al Doug, donde el equipo hizo un repaso rápido de las distintas jugadas para el partido. Repasaron la estrategia y practicaron algunos ejercicios sobre el hielo, pero fue un entrenamiento bastante relajado y sencillo.

Cassie no vino ese día (porque tenía que ir al médico), así que me pasé todo el entrenamiento sola en las gradas, viendo a Alec practicar como una acosadora.

Me fijé en cómo su enorme cuerpo se deslizaba por el hielo sin esfuerzo alguno, en cómo controlaba el disco como si el palo fuese una extensión de su brazo, en el sonido grave de su voz al gritarles una orden tras otra a sus compañeros de equipo… ¿Alguna vez dejaría de quedarme absolutamente hipnotizada cuando lo veía

jugar?

No había podido sacarme aún a Alec de la cabeza cuando recibí un mensaje suyo mientras cerraba la puerta del almacén: Necesito tu ayuda.

Todos los demás se habían ido ya, pero estaba acostumbrada a que Alec siempre fuese el último en salir.

Le respondí: ¿Qué pasa?

Alec: Ya sabes lo supersticioso que soy, ¿no?

Aquello me hizo sonreír, porque se comportaba como un niño tonto siempre que había alguna estúpida superstición de por medio.

Le respondí: Sí.

Alec: Bueno, pues el caso es que después del entrenamiento que hubo antes del que fue el mejor partido que jugué en toda mi vida, una chica entró por sorpresa en el vestuario y las cadenas de nuestros colgantes se enredaron cuando la abracé. Y se montó un buen lío después de aquello.

Me reí y eché un vistazo a mi alrededor para asegurarme de que nadie hubiese aparecido de repente para verme comportarme como una idiota y reírse de mí.

Parece que no hay moros en la costa.

Yo: ¿Ah, sí?

Alec: Sí. Aquí no hay nadie y me consta que los entrenadores también se han marchado, así que… ¿te importaría…?

Contuve el aliento, quizás incluso me reí, mientras leía aquel mensaje.

Yo: Te has vuelto loco y NI DE COÑA.

Recordé su pecho desnudo y cómo había olido su piel cuando le había abrazado en aquel sofocante vestuario. Como a limpio.

Alec: POR FAAAAAAA. Ya sabes lo importante que es este partido para mí. Y necesito recrear lo que ocurrió en ese último partido

para asegurarme de que todo salga bien.

No podía hacerlo. A ver, *no podía.*

Entonces, ¿por qué estaba caminando hacia el vestuario? A ver, Alec estaba allí dentro, así que tenía más sentido hablar con él de esto en persona en vez de por mensaje de texto, ¿verdad? Por eso estaba yendo hacia allí. Iba hacia el vestuario para decirle en persona lo ridícula que me parecía su petición.

Eché un vistazo a mi alrededor cuando llegué al vestuario, y no vi ni un alma por los pasillos del Doug. Sabía que debía de haber gente por alguna parte, la misma gente que se encargaba de abrir y cerrar la pista todos los días, pero en ese momento no estaban por ningún lado.

—¿Alec? —lo llamé, al tiempo que abría la puerta del vestuario, con cientos de mariposas alzando el vuelo en el interior de mi estómago y el corazón latiéndome acelerado.

—Aquí —respondió y, si en ese momento me hubiese desmayado, no habría estado reaccionando de forma exagerada.

Allí. Estaba.

Esta vez podía verlo a la perfección, sin lágrimas en los ojos, y no pude evitar preguntarme si estaba cometiendo un terrible error. Porque el Alec que tenía enfrente en ese momento parecía estar *muy* lejos de mi alcance.

De alguna forma, parecía hasta peligroso.

Iba sin camiseta y, esta vez, pude fijarme en su pecho desnudo. Tenía unos pectorales, unos abdominales y unos bíceps marcados… *joder*, menudos bíceps. Tragué con fuerza y agradecí en silencio que esa vez se hubiese puesto al menos los pantalones de chándal, porque si me lo hubiese vuelto a encontrar solo en calzoncillos seguro que me habría dado la vuelta y habría salido corriendo de aquel vestuario como una colegiala escandalizada.

Probablemente también me hubiese dado un ataque de pánico o me hubiese derretido a sus pies hasta formar un charco en el suelo.

Y la canción que sonaba desde alguna parte del vestuario tampoco me estaba ayudando a mantener la calma.

Sweat, lose your breath

Any way you move, I'm into it[4]

—Tengo la sensación de que esto es una idea estúpida y horrible —comenté, acercándome a él.

—Ay, cariño —soltó, con un brillo travieso en los ojos—, la mayoría de las supersticiones lo son.

Me detuve frente a él, no demasiado cerca, pero sí lo suficiente.

—¿Ah, sí?

—Sí —repuso, y por cómo lo dijo supe que no estaba prestando atención a nuestra conversación. Sus ojos oscuros estaban clavados en los míos, y tuve la sensación de que los dos estábamos ardiendo por dentro, como el agua a punto de hervir.

—Vale. —Carraspeé con fuerza—. Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí *exactamente*?

—¿Por «exactamente» me estás preguntando cuál es el objetivo de que estemos inapropiadamente cerca el uno del otro dentro de un vestuario desierto cuando yo todavía estoy medio vestido?

—Sí, eso es justo lo que te estoy preguntando, gracias por la aclaración —repuse entre risas.

—Tal y como yo lo recuerdo —dijo—, aquel día te abracé y tú me devolviste el abrazo, y entonces las cadenas de nuestros collares se enredaron y tuve que desenredarlas.

—Yo también recuerdo lo mismo —jadeé, en apenas un susurro.

—Pues entonces, vamos a recrear ese momento —me pidió.

Incluso aunque supiese qué era lo que estaba a punto de ocurrir, de alguna forma me sorprendí cuando sentí cómo sus enormes brazos me rodeaban. Las mariposas de mi estómago alzaron el vuelo de nuevo, agitadas, y la adrenalina me corrió acelerada por las venas, al tiempo que deslizaba las manos por su piel desnuda y le devolvía el abrazo, como si estuviese jugando con fuego o algo así.

Cerré los ojos y dejé que su aroma me embriagase los sentidos, tratando de mantener la calma al tener sus enormes brazos rodeándome con fuerza.

Pero cuando me aparté, las cadenas de nuestros collares no se enredaron.

—Ven —me pidió, con una sonrisa que le hizo entrecerrar los ojos —. Supongo que tendremos que volver a intentarlo.

—Esto es ridículo —me reí—. ¿Estás seguro de que no estás haciendo todo esto con algún motivo oculto?

—¿Qué quieres decir con eso, Collins? —me preguntó, y su voz grave hizo que la pregunta sonase sugerente y traviesa—. ¿Es que crees que me gusta sentir tus manos recorriéndome el pecho? ¿En serio crees que *me gusta* hacer manitas contigo en el vestuario?

—Creo que es posible, sí —repuse, sin poder evitar preguntarme por qué de repente me costaba tanto hablar.

—Sí, la verdad es que no me importaría si tuviésemos que intentarlo diez veces más —dijo—. Ven, vamos a enredar esas cadenas.

Me atrajo de nuevo hacia él, esta vez rodeándome la cintura con los brazos, con tanta fuerza que casi sentí que estaba intentando aplastarme contra su pecho, pero en el buen sentido. Me levantó un poco del suelo y por un momento se me cortó la respiración y, cuando nos separamos, nuestros collares estaban enredados.

Noté cómo esbozaba una sonrisa pero no pude verle sonreír, porque tenía el rostro pegado a mi cuello.

—Lo conseguimos —murmuró, mientras desenredaba las cadenas con cuidado.

Cerré los ojos y sentí cómo su aliento me ponía la piel de gallina.

—Creo que la última vez también te di un beso en el cuello, ¿no? —dijo, en un susurro grave.

—Ah —jadeé, porque en ese instante era incapaz de articular palabra.

—Estoy bastante seguro de que lo hice —repuso, y sus labios estaban tan cerca de mi cuello que pude sentir cada vibración de su voz deslizándose por mi piel—. Y no queremos jugar con la superstición.

—Bueno, si eso es lo que recuerdas que pasó —logré decir, plenamente consciente de que los dos sabíamos que aquello nunca había ocurrido—, definitivamente no queremos jugar con la…

Me interrumpí en cuanto sus labios me rozaron la piel. Debía de haber toda una red de terminaciones nerviosas en ese punto en

concreto, porque fue como si cada célula de mi cuerpo cobrase vida y ardiese en cuanto sentí su boca sobre mi cuello.

—Y, si no recuerdo mal —dijo, arañándome el cuello con los dientes—, puede que también te diese un suave mordisco aquí.

Se me cerraron los ojos por sí solos y eché la cabeza hacia atrás. *¿Cómo narices sabe Alec cómo hacerme sentir así?*

—Sí, seguro que hiciste eso —jadeé, y noté cómo se me encogían los dedos de los pies dentro de los zapatos, al tiempo que una carcajada *de lo más* obscena me subía por la garganta.

—¿Esto te gusta, Collins? —prácticamente *me gruñó* contra el cuello.

—No estoy segura, quizás deberías intentarlo otra vez —suspiré, y después apreté los dientes con fuerza cuando lo hizo.

Por *Dios*, pensé mientras sus manos se deslizaban a toda prisa hacia mi rostro, mientras me hacía cosas increíbles en el cuello. En alguna parte dentro de mi cabeza estaba sonando una alarma porque aquello era una idea horrible, pero en cuanto Alec aplastó mi cuerpo con pasión contra las taquillas dejé de oírla.

—Probablemente deberíamos parar —dije, deslizando los dedos entre sus densos mechones, pero sin hacer nada por detenerlo.

Ni siquiera hice nada por bajar el ritmo.

—A ver —logré decir, aunque no intenté siquiera apartarme de él —, no queremos que la suerte se incline demasiado hacia el otro lado.

—Collins —murmuró contra mi piel, antes de alzar la cabeza y observarme fijamente con una sonrisa traviesa y una mirada somnolienta y sensual—. ¿Dejarás de hablar si te beso?

—Solo hay una forma de averiguarlo —repuse, sintiéndome de repente muy atrevida.

—Dios, sí, ahí está mi chica —murmuró, al tiempo que la sonrisa traviesa desaparecía y se transformaba en algo mucho más ardiente, antes de que sus labios se estampasen sobre los míos, y entonces me besó. Me besó como si le encantase que fuese así de atrevida, como si estuviese jodidamente *cautivado* por mí, como si quisiese devorarme entera.

Dios, besa como juega al hockey.

Sus labios cálidos y salvajes me devoraron, hambrientos, al tiempo que sus manos abandonaban mi cintura para estamparse contra las taquillas a mi espalda con fuerza, a ambos lados de mi cabeza, aprisionando mi cuerpo entre el suyo y las taquillas, pegándose a mí de una forma que me resultaba abrumadora.

Le agarré del pelo, deleitándome en aquel beso, pero entonces oímos un ruido que provenía de fuera del vestuario, lo que me devolvió de golpe a la realidad.

—Además, seguro que va a venir alguien pronto a cerrar el vestuario —solté, sabiendo que era cierto, pero incapaz de apartarme de él.

—Sí, tienes razón —dijo contra mis labios, antes de alejarse. Sus ojos oscuros y su sonrisa sensual no me ayudaron con lo mareada que me sentía, sobre todo cuando volvió a inclinarse hacia mí y me dio el beso más dulce del mundo en el cuello, donde todo había empezado, antes de enderezarse de nuevo.

—Eh, vale —murmuré, metiéndome un mechón tras la oreja y sin saber muy bien dónde me encontraba (*¿así es como se siente uno cuando va borracho?*), clavando la mirada en las taquillas.

—Vale —dijo él, divertido—. Dame cinco minutos para que me ponga una camiseta y salgo.

—Genial —respondí con calma. Y, de alguna manera, logré salir del vestuario incluso aunque me flaqueasen las piernas.

No vi a nadie por los pasillos de la fría pista mientras lo esperaba, recorriéndolos de un lado a otro y, cuando por fin salió del vestuario, Alec me sonrió y me dio la mano.

¿Qué narices estamos haciendo? Pensé, mientras entrelazaba nuestros dedos.

Y, sin embargo, en ese momento lo único que quería era que siguiese dándome la mano.



Esa noche, la cena del equipo fue en casa de Alec. En cuanto entré, me sentí como si estuviese volviendo a casa, sobre todo cuando vi a Sarah y a John en la cocina con mi madre a su lado.

—No sabía que ibas a estar aquí —le dije, al tiempo que dejaba el abrigo en el banco.

—Sarah me pidió que le echase una mano y me pareció divertido —comentó con una sonrisa.

—Salvo por el hecho de que te olvidaste de hornear una tarta —repuso el padre de Connor. Connor era el portero de primero que nunca jugaba, pero parecía bastante simpático.

—¿Es el cumpleaños de alguien? —pregunté.

—No, pero tu madre solía hornear dulces constantemente cuando estábamos en el instituto. Su tarta de chocolate alemana era la mejor.

—¿Hacías tartas para la gente en el instituto? —le pregunté, sorprendida. Porque, hasta donde yo sabía, mi madre nunca horneaba nada.

Pero, nada de nada.

Y, sin embargo, ahora no podía quitarme de la cabeza la imagen de una Hannah más joven, en el instituto, con una especie de negocio de pasteles, como un puesto de limonada casera pero con tartas de chocolate alemanas.

Eso no podía ser cierto, ¿no?

Me parecía algo totalmente inverosímil, al igual que lo de la maldita beca Fricklinhauger.

—A veces —respondió, encogiéndose de hombros, y por la forma en que sonrió me quedó claro que aquello era importante para ella.

—Me muero de hambre —soltó Alec, antes de posarme su enorme mano en el brazo—. Deberíamos comer algo.

—¡Dani! —me llamó Cassie desde el salón, donde todos estaban comiendo ya—. ¡Ven aquí ahora mismo!

—¡Sí, Collins! —añadió Richie, también a gritos—. ¡Mueve ese trasero tuyo hasta aquí y tráete contigo a tu chico grandullón!

Mi madre se carcajeó, con una cara de absoluta felicidad, y una parte de mí no pudo evitar preguntarse si era aquí donde siempre había estado destinada a estar.

En su pueblo natal, en la cocina de su mejor amiga.

Quizás incluso horneando pasteles.

De repente, un fuerte sentimiento de culpa me sobrecogió, porque

¿cómo habría sido su vida si no se hubiese quedado embarazada de mí? Al parecer, era una auténtica genio, además de tener un enorme talento culinario y, sin embargo, se había pasado *dieciocho años* siendo tan solo la esposa de un militar de la Fuerza Aérea.

Por mi culpa.

Dios, ¿cómo podía *considerar* siquiera la idea de arruinar la nueva felicidad que había encontrado aquí al marcharme?

—Necesito comer algo —dijo Alec, dándome un codazo juguetón—. ¿Podemos ir a comer ya, Collins, *porfi*?

—Vale —repuse, y dejé que Alec me sacase de la cocina a rastras y me llevase hasta el salón.

Y, por suerte, la cena del equipo consiguió sacarme de ese estado de ánimo deprimente en el que me había sumido hacía un momento, y me di cuenta de que me sentía *cómoda* con toda esa gente. En ese pueblo, sentada junto a Alec y preocupándome por un partido de hockey que deseaba con todo mi ser que mi equipo ganase.

Sentía que aquello era real, y me di cuenta de que, en realidad, quería que lo fuese.

—¡Vale, escuchad! —El entrenador Osman se subió a la mesa de la cocina y no pude evitar preguntarme si les habría pedido permiso a Sarah y a John antes de hacerlo—. Sé que no tengo por qué recordaros lo importante que es el partido de mañana o lo que significa.

Empezó a hablar y la casa se sumió en un silencio sepulcral, como si todos le estuviesen prestando atención. Incluida yo.

—Southview lleva queriendo hacerse con ese trofeo desde mucho antes de que yo naciese —dijo—. Sin embargo, siempre nos hemos quedado a las puertas. Pero este año no. Este es nuestro jodido año, chicos. Hemos trabajado muy duro para conseguirlo, y *vosotros* sois los únicos que vais a poder traer ese campeonato a casa. Así que, acabemos con esto de una vez, ¿sí? Mañana nos vamos a presentar en esa pista de hielo y vamos a ganarnos el billete a los cuartos de final que tanto merecemos, y entonces empezaremos a escribir nuestra historia.

Cuando terminó de dar el discurso tenía la piel de gallina porque, de alguna manera, aquello lo era todo para los que estaban en ese

momento en aquel salón. En ese pueblo. Tenían la oportunidad de hacer historia por primera vez, de traer a casa el trofeo que se uniría al enorme mural de la pista de hielo, al orgullo de Southview, y aquello parecía increíblemente importante.

—Este lugar te sienta muy bien —comentó mi madre cuando aparcamos en el camino de la entrada frente a la casa de mi abuelo —. Sé que últimamente te he estado volviendo loca, empujándote a probarlo todo, pero lo hice solo porque quería verte como te he visto esta noche.

Sonaba como si estuviese a punto de echarse a llorar, pero en el buen sentido, lo que hizo que a mí también me entrasen ganas de llorar.

—Sé que a veces puedo ser muy pesada… —dijo.

—No eres ninguna pesada —la interrumpí.

—No, sé que lo he sido, sobre todo con esto —admitió, sacando la llave del contacto—. Pero lo he hecho solo porque quiero que tengas amigos que se preocupen por ti. Amigos que te llamen a gritos cuando entres en una sala porque quieren que vayas con ellos y que se pongan un poco tristes cuando te marches. Solo tienes diecisiete años, así que no debería preocuparme por tu vida amorosa, porque todavía eres joven, pero si vas a salir con alguien, me gustaría que fuese alguien como Alec, que te mira como si supiese lo afortunado que es por tenerte a su lado.

Clavé la mirada en la casa de mi abuelo a través del parabrisas, dejando que sus palabras me reconfortasen.

Ojalá fuese cierto.

Cuando atravesamos la puerta de la cocina, nos encontramos al abuelo Mick frente a la batidora, preparando algo.

—Ya iba siendo hora —comentó, lanzándonos una mirada de lo más extraña por encima del hombro. Le brillaban los ojos, como si estuviese tramando algo.

—¿Es que se suponía que debíamos volver a casa antes, papá? —le preguntó mi madre, lanzándome una mirada de soslayo como si pretendiese decirme «¿Qué narices le pasa a tu abuelo?»—. ¿Es que ahora resulta que tengo un toque de queda del que nadie me ha informado?

—Anda, cállate y siéntate, listilla —le dijo.

—Sí, señor —respondió mamá.

—Muy bien —repuse, antes de dejar la mochila en el suelo y sentarme junto a mi madre a la mesa—. ¿Esto es una especie de reunión familiar o algo así?

—Ni se te ocurra arruinar mi momento especial comportándote como una mierdecilla, Dani —me advirtió, divertido.

—Tu constante habilidad para *no* morderte la lengua enfrente de tu nieta no deja de sorprenderme —repuso mi madre.

—Tampoco me mordí nunca la lengua delante de ti y no saliste tan mal —replicó.

—No siempre pensaste lo mismo —respondió mi madre.

—Ya, puede que haya cambiado de idea —dijo, encogiéndose de hombros—. Puede que ahora piense que saliste bastante bien.

—Menudo halago.

—Este festival del amor está empezando a darme arcadas —comenté.

—Vale, ¿qué estamos haciendo aquí, papá? —le preguntó mamá, haciendo su mejor intento por no sonar como una listilla, pero se le notaba que estaba feliz.

—Batidos. —Mi abuelo apagó la batidora y a mí me entraron ganas de llorar.

Batidos.

Me dedicó una sonrisa de oreja a oreja, la misma sonrisa que me dedicaba cada verano cuando veníamos a visitarlo.

La misma sonrisa que siempre reservaba para su Danigirl.

Su Danigirl, a la que volvían *loca* sus batidos de chocolate.

—¿Has preparado batidos? —pregunté, prácticamente a gritos, emocionadísima por esa sorpresa—. ¿Me estás tomando el pelo?

—No, no te estoy tomando el pelo. Mañana tienes un partido muy importante, así que se me ha ocurrido que deberíamos celebrarlo.

—¿Sabes que no soy más que una de las encargadas del equipo, no? —le pregunté.

—Sí, pero las encargadas son muy importantes. Tan importantes que te he preparado un batido y te he comprado un regalo.

—¿Me has comprado un regalo? —Esa vez *sí* que grité.

—Toma —dijo, antes de sacar una caja y lanzarla sobre la mesa, justo frente a mí—. Ábrelo.

—¿En serio? —Era una caja marrón mediana, la misma que solían utilizar para entregar cosas aburridas, como el filtro de una nevera o un detector de monóxido de carbono.

La abrí y saqué lo que parecía ser una prenda de color burdeos. Pero, cuando la levanté, me fijé en que era una camiseta del equipo de hockey de Southview.

—Es una tontería que no tuvieses una propia aún, así que tenía que arreglarlo —repuso el abuelo Mick.

Por un momento, me quedé sin palabras, sobrecogida por la emoción que surcó la expresión de mi abuelo, como si estuviese nervioso.

—Me encanta —dije, con una sensación cálida y preciosa llenándome el pecho mientras observaba aquella prenda, porque me di cuenta de que estaba empezando a sentir que Southview era mi hogar.

No, no, no era eso del todo. Decir que Southview se estaba empezando a convertir en mi «hogar» quizás era pasarse demasiado.

Era más bien que estaba empezando a sentirme *como en casa* en Southview.

El toro de los Packers que había impreso en la parte delantera de la camiseta me hizo pensar en mi instituto y en todos los falsos amigos que había hecho allí, unos falsos amigos que se parecían mucho a los amigos de verdad. Me sobrecogió una emoción estúpida al observar aquella camiseta, pero hacía mucho tiempo que no me sentía como en casa en ningún sitio.

—Ahora, dale la vuelta —me pidió mi abuelo, emocionado, y estaba claro que a él le gustaba aquel regalo incluso más que a mí.

Se me formó un nudo en la garganta al ver la sonrisa estúpidamente alegre que se había dibujado en el rostro del abuelo Mick.

Le di la vuelta a la camiseta y descubrí que la había personalizado.

Tenía el número que solía llevar él cuando aún jugaba, el nueve, cosido a la espalda, y mi apellido.

Justo al lado de *su* apellido.

Boche Collins.

Todavía no se había disculpado conmigo por lo que había ocurrido después del funeral de la abuela pero, cuando lo abracé, él no dudó ni un segundo antes de devolverme el abrazo con la misma fuerza, y entonces supe que habíamos dejado el pasado atrás.

Esa noche tardé bastante en quedarme dormida, porque estaba hecha un lío.

No podía dejar de recordar lo feliz que había sido al compartir ese momento con el abuelo, pero también me sentía confusa, porque mis amigos y Alec también me hacían muy feliz, y jamás había esperado encontrar algo así en ninguna parte, y, a la vez, estaba aterrada porque, en menos de veinticuatro horas, tendríamos que jugar la final de nuestra sección.

Recé como nunca antes en mi vida, allí, tumbada en la cama y a oscuras. Recé por esos jugadores, para que ganasen por fin el trofeo que tanto deseaban, por los viejos gruñones a los que quería con todo mi corazón, y porque un hombro destrozado no acabase con las posibilidades de un chico fuerte.

Por favor, Dios.

4. Suda, pierde el aliento / Muévete como quieras, me encanta cómo lo haces

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Alec

Al, despierta —dijo Ashton, y noté cómo se subía a mi cama de un salto.

—Sí, Al, despierta —oí decir a Cole entre risas, antes de que los dos se pusiesen a saltar sobre mi cama.

—Dejadlo ya, chicos —refunfuñé contra la almohada, dándome la vuelta lentamente, antes de entreabrir los ojos.

Hay demasiada luz.

Anoche me había sido imposible dormir. A las tres de la mañana seguía despierto, con la mirada clavada en el techo y repasando distintas jugadas en mi cabeza. Así que, el que mis hermanos pequeños me despertasen tan temprano, no me gustó nada.

Pero entonces la oí reír.

Me volví hacia la puerta de mi habitación y vi a Dani de pie junto a mi madre y a Hannah, sonriendo de oreja a oreja, como si el verme pelear con mis hermanos pequeños de buena mañana le pareciese lo más gracioso que hubiese visto nunca.

—¿Por qué estás aquí si aún es hora de dormir? —le pregunté, aunque era patético lo mucho que me alegraba de verla—. ¿Es que quieres que te lance un cojín a la cara? ¿Quieres que el sexy capitán de los Southview Packers rompa contigo? ¿Es que quieres verme llorar, Collins, es eso?

—¿Que si quiero que dejes de hacer preguntas de una vez? Eh, *sí* —repuso, lo que hizo que nuestras madres se riesen a carcajadas—. Te hemos traído el desayuno, así que saca el trasero de esa cama y baja a desayunar.

—Ha dicho «trasero» —comentó Ash entre risas.

—Ha dicho «trasero» —repitió Cole, riéndose también.

Solté un gruñido, porque no quería levantarme aún.

—No me gusta que la gente salte en mi cama y no me gusta

desayunar, y lo sabes, *Dan* —gruñí.

Nunca me había gustado desayunar. Más allá de tomarme un dónut de vez en cuando, no solía tener hambre nada más levantarme.

—Hemos pasado por el Kriz, llorica —dijo—, y te he comprado dos dónuts de chocolate. Así que técnicamente no es ningún desayuno, solo son dónuts.

Vale, eso lo cambia todo.

—Eso, llorica —se rio Ash.

—Llorica —repitió Cole entre risas.

—Ahora, baja ese trasero a la cocina antes de que me coma yo tus dónuts —dijo Dani, y después de aquello los mellizos repitieron la palabra «trasero» unas cinco veces más, antes de que todo volviese a quedarse en completo silencio por fin.

Me levanté de la cama y me encaminé hacia el baño entre tambaleos, respirando profundamente mientras pensaba en el día que me esperaba. Me tomé un par de ibuprofenos, me desabroché la chaqueta de chándal con la que había empezado a dormir todas las noches para no tener que levantar los brazos por la mañana, cuando sentía el hombro demasiado tenso como para moverlo, y me di una ducha rápida para luego bajar a la cocina.

Pero, casi como si hubiese sabido que ese día iba a ser difícil para mí, Dani estaba sentada a la mesa con toda mi familia (y su madre) para cuando entré en la cocina.

—Ya iba siendo hora, *Al* —me saludó de forma sarcástica, porque siempre le había parecido muy gracioso que la gente me llamase así.

Decía que era porque parecía que estuviesen hablando con un vendedor de zapatos de cincuenta años.

—No sabía que tenía que levantarme a una hora concreta en un día de partido —repuse.

—Bueno, si quieres desayunar estos dónuts, tenías que levantarte lo bastante temprano como para que el azúcar te haga efecto y después tener tiempo para reponer energías cuando el subidón se te pase.

—Siempre piensas en todo, ¿eh?

—Sí —respondió, con una sonrisa.

Una sonrisa que me hizo pensar: *hoy no*.

Estaba empezando a encariñarme demasiado con aquella relación, y en mi cabeza ya no quedaban dudas de que para mí todo era real.

Porque lo era.

Pero el caso es que Dani *siempre* había sido la chica perfecta para mí.

Ella había marcado el estándar.

Hasta ese momento no me había dado cuenta, pero se había pasado todos los veranos sentando las bases de lo que quería encontrar algún día en una novia, en una relación, creando el precedente de cómo era mi tipo.

Dani Collins. Ese era mi tipo.

Y punto.

Solo esperaba que yo también fuese *su* tipo.

Pero ahora no era el momento de pensar en mi confusa vida amorosa.

Tenía que concentrarme solo en ganar esa noche.

Y en nada más.

Dani y su madre se marcharon antes de que me hubiese acabado siquiera mi primer dónut y después bajé al sótano y me puse a ver algunas de las grabaciones de partidos antiguos del Edina, centrándome en analizar cada una de sus jugadas. Así me pasé horas, familiarizándome con todos sus jugadores, incluso aunque a esas alturas ya los conociese a todos, y fijándome en cada uno de sus puntos débiles y manías.

Y cuando por fin llegó la hora de ir al Doug a calentar, me sentía preparado.

¡Que empezase el partido!

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Dani

Estaba colocando la cámara cuando recibí un mensaje de mi padre.

Papá: Estoy aquí. Acabo de pagar la entrada. ¿Debería sentarme en alguna zona en concreto?

¿¿Qué?? Alcé la mirada hacia las gradas con el corazón acelerado, al tiempo que le respondía: Espera, ¿estás aquí? ¿En Southview? ¿En el partido de hockey?

No.

Era imposible.

No podía estar *aquí*, en el partido, ¿verdad?

¡¿Qué estaba haciendo en el pueblo para empezar?!

El pánico se apoderó de mí. *Esto no puede estar pasando. Todavía no he podido hablar con mamá sobre el tema.* Y, sin embargo, aquí estaba. Sin haberme avisado antes de que iba a venir.

No, no, no, no, no.

Me volví hacia donde estaban sentados los padres de los jugadores, y encontré a mi madre sentada junto a John, Sarah y los mellizos, justo en el centro de la grada.

Di un respingo cuando el teléfono me vibró en la mano, y pude oír los latidos acelerados de mi corazón reverberándome en los oídos cuando leí su respuesta: Como es casi imposible hablar contigo últimamente, he decidido venir para que podamos hacerlo en persona. ¡Y se me ocurrió que quizás podría darte una sorpresa!

¡Nonononononoonooooooooo!

Le respondí: Voy a estar ocupada durante el partido con cosas del equipo y esta noche ha venido mucha gente, así que quizás deberíamos quedar para hablar cuando acabe, más tarde. ¿En qué hotel te estás quedando?

Por favor, márchate, por favor.

Papá: Ya he comprado una entrada para ver el partido, Daniella. Me quedaré a verlo y hablaremos cuando termine.

Por Dios, no me podía creer que de verdad estuviese aquí.

Le escribí: Me parece bien.

Me temblaban las manos y se me había revuelto el estómago porque esta vez no tenía otra opción, iba a tener que hablar con él. Ya no podía seguir evitándolo, e iba a tener que contarle la verdad.

«Quiero seguir viviendo aquí con mamá, pero también quiero que te mudes de vuelta para poder verte más».

No quería decírselo, no al coronel, pero seguía siendo mi padre. Aunque aquello no fuese del todo lo que él quería, ¿estaría dispuesto a sacrificarse y mudarse de vuelta al país solo para pasar más tiempo conmigo?

Me volví de nuevo hacia la cámara y le di al botón de grabar cuando empezaron a anunciar a los jugadores por megafonía, decidiendo dejar todos aquellos pensamientos negativos a un lado hasta después del partido.

Ahora tenía que concentrarme solo en lo que ocurría sobre el hielo.

Observé a Alec patinar hasta el banquillo, tan serio que me costó asimilar que era él de verdad.

Parecía un jugador sin escrúpulos.

Su mirada oscura estaba clavada en el hielo, centrada, y tenía los labios apretados con fuerza, y me puse nerviosa *por* él, porque sabía lo mucho que deseaba ganar ese partido.

Lo mucho que *todos ellos* deseaban ganar ese partido.

Dios, si lo único que tenías que hacer para darte cuenta de lo muchísimo que *todo el pueblo* deseaba aquella victoria era echar un vistazo alrededor del Doug, se podía *sentir* la emoción en el ambiente.

—¡Estoy supernervioso!

Aparté la mirada de Alec y me volví hacia Cassie, que se acercaba corriendo hacia mí.

—Yo también.

—¿Te das cuenta de que, si ganamos, tendremos que quedarnos en un hotel de la ciudad en menos de una semana, saltándonos clases solo para pasarnos todo el día viendo a los chicos jugar al hockey?

—No puedes decir *si* ganamos —le reproché—. Tienes que decir *cuando* ganemos. Ahora, repítelo bien.

—Veo que alguien se está volviendo un poco supersticiosa —bromeó, sonriendo.

Nos quedamos calladas mientras anunciaban a los jugadores del Edina por megafonía (aunque la sección de estudiantes de la grada tenía *mucho* que decir al respecto), y entonces, cuando el presentador anunció: «¡Vuestros Southview Packers!», la multitud enloqueció, y Cassie y yo nos pusimos a gritar con todos ellos.

Y fuimos a peor.

Gritamos cuando anunciaron a Richie, chillamos cuando anunciaron a Vinny, y Cassie se puso a silbar con los dedos cuando anunciaron a Kyle.

Pero yo me dejé el alma cuando anunciaron a Alec.

La pista se llenó de gritos de «¡Zeus!» y noté cómo el corazón me latía acelerado en el pecho cuando lo vi salir a la pista de hielo. Había visto a varios periodistas deportivos sentados en las gradas y, según lo que me había dicho Alec, lo más probable era que también hubiese varios ojeadores de equipos de la NHL y equipos universitarios entre el público esa noche. Una parte de mí estaba demasiado nerviosa como para estar emocionada (en cierto sentido tenía ganas de vomitar) y otra parte de mí no podía apartar la mirada de él.

Y era una tontería que en ese momento tan importante de su vida no pudiese dejar de pensar en lo ridículamente atractivo que estaba con ese uniforme. Aunque me costaba muchísimo disfrutar de ese… *pequeño caramelito visual* cuando sabía todo lo que se estaba jugando en ese partido.

Por favor, gana, por favor, gana, por favor, Dios, déjale ganar.

Cuando el disco tocó el hielo, contuve el aliento.

Los de Edina jugaban muy *bien*, tanto que el corazón me estuvo latiendo a toda velocidad durante todo el partido. No nos lo estaban

poniendo fácil, jugaron con *mucha* dureza, con esos estúpidos uniformes verdes, pero Alec no perdió la concentración en ningún momento, y se pasó todo el partido placando a un jugador tras otro contra las vallas y robándoles el disco una y otra vez.

Probablemente en ese momento no podía ser objetiva, pero juro por Dios que si todavía no habíamos dado por perdido ese partido, era solo *por* él. Porque era como si Alec siempre estuviese en el sitio correcto, en el momento correcto, para detenerlos y no dejarlos marcar y, de alguna manera, siempre se las apañaba para pasar el disco a donde tenía que pasarlo, para que pudiésemos acercarnos a su portería e *intentar* marcar.

Por desgracia, los de Edina también tenían su propio Alec.

Cuando dejé de grabar durante el primer descanso, sentí que tenía la presión demasiado alta. Todavía no habíamos conseguido marcar, pero los de Edina tampoco, así que el marcador seguía a cero.

—Esto es una locura —comentó Cassie—. *Tenemos* que hacernos con el control del partido.

Me volví hacia donde estaban sentados los padres de los jugadores, y noté cómo me subía la presión arterial un poco más, preguntándome dónde se habría sentado el coronel.

—Oye, ¿te importa si voy a saludar a mi padre? Vuelvo en un segundo, lo prometo, pero es que acaba de llegar al pueblo.

—Claro —repuso—. Ve. Tienes que decírselo.

Le había contado a Cassie toda la situación con mi padre durante la fiesta de Bryce, cuando me había encontrado en la cocina con lágrimas en los ojos después de haber estado hablando con él por teléfono, pero desde entonces no había podido evitar temer que ella fuese a contárselo a alguien.

A Alec, en concreto, porque él no necesitaba otra distracción más, tenía que centrarse en el hockey.

—Lo sé, lo sé —repuse, siendo un poco vaga, como si no fuese para tanto.

Me encaminé hacia las gradas, pero me detuve en cuanto lo vi.

Mi padre estaba sentado en la última fila, justo frente al mural y estaba fulminando a alguien con la mirada.

A mi madre.

Tenía el cuello estirado y la mirada clavada en su nuca, sentada en el centro de las gradas junto a los padres de los jugadores. Y ella parecía feliz, como si estuviese justo donde debía estar, aunque él la estuviese observando asqueado.

Aquello me dolió e hizo que se me revolviese el estómago.

No tenía ni idea de qué se suponía que debía hacer yo en ese momento, así que hice lo único que se me ocurrió.

Regresé junto a Cassie y la cámara y recé porque no pasase nada.

—Qué rápida. ¿Qué tal ha ido? —me preguntó Cassie en cuanto me dejé caer en el banco a su lado.

—Me he echado para atrás —respondí, obligándome a no volverme hacia donde estaban mis padres—. No he podido ir a hablar con él.

Justo en ese momento, los chicos volvieron a salir al hielo y, en cuanto vi al número siete deslizándose por la pista, me olvidé por completo de mi padre. Porque cuando el árbitro pitó el comienzo de la segunda parte, el partido se volvió mucho más intenso que antes. Los de Edina marcaron casi nada más empezar pero, un minuto más tarde, *gracias a Dios*, Richie golpeó el disco con tanta fuerza que lo mandó directo a la portería contraria e igualó el marcador. Grité como una loca cuando vi a Alec alzar el palo y patinar hacia su amigo para celebrarlo.

Después de eso, el partido se volvió incluso más duro si cabe. Alec estampó al seis de Edina contra las vallas con todas sus fuerzas y lo acabaron mandando al banquillo de los sancionados por eso, pero mientras los aficionados del Edina lo abucheaban a través del cristal, él se limitó a sonreír como si le pareciesen adorables.

Por Dios, estaba guapísimo cuando se mostraba así de arrogante.

Marcamos de nuevo, aunque esta vez fue Kyle, pero los de Edina respondieron marcando también.

Nunca me habría imaginado que un partido de hockey podía resultarme tan increíblemente fascinante.

Me estaba empezando a quedar afónica de tanto gritar, sobre todo cuando Alec marcó un gol tres segundos antes de que terminase la segunda parte.

Cassie tiró la cámara cuando se levantó del banco de un salto, y nos pusimos a saltar juntas de alegría, abrazándonos y gritando, y ni

siquiera me agaché a recogerla hasta que vi a Alec rodeado por sus compañeros de equipo, y entonces hicieron eso de chocar el pecho contra las pantallas de plexiglás delante de la sección de estudiantes que vitoreaban enloquecidos, y la multitud se volvió loca.

Tenía un nudo en la garganta y el pecho hinchado de orgullo, estaba a punto de romper a llorar de felicidad mientras los veía salir del hielo, llenos de energía por su repentina ventaja.

No me moví de mi asiento durante todo el último tiempo de descanso porque no quería volver a ver *eso*, a mis padres, de nuevo.

Observé cómo la Zamboni se deslizaba por el hielo y me centré en pensar tan solo en lo que quedaba de partido, porque eso me parecía más entretenido.

Me olvidé de mis padres cuando los chicos volvieron a salir a la pista. Le di a grabar y me centré solo en Alec, *como siempre*, observando atentamente su rostro mientras se enfrentaba a ese tercer y último periodo del partido.

Southview solo tardó treinta y tres segundos en marcar esta vez. Kyle se hizo con el rebote de un tiro de Richie en una escapada de dos contra dos, lo que significa que Cassie y yo casi volvimos a tirar la cámara cuando nos pusimos a celebrarlo, saltando y gritando de alegría.

Después de eso, no pude seguir quedándome quieta porque tenía la sensación de que el reloj avanzaba muy lento. Sí, íbamos ganando, pero solo por uno y los de Edina estaban jugando demasiado bien como para sentirnos cómodos con esa pequeña ventaja. Aplaudí y me puse a gritar cosas sin sentido que nadie más que yo podía oír o entender, y entonces, cuando solo quedaba un minuto de partido, el público empezó la cuenta atrás… cinco, cuatro, tres, dos… ¡uno!

—¡Por Dios! —grité, levantándome de un salto.

—¡Joder! —gritó Cassie, antes de darle un abrazo al conductor de la Zamboni, que estaba justo a su lado.

Sonó la bocina que marcaba el final del partido y se acabó.

¡Íbamos a ir a los cuartos de final en el X!

—¡Por Dios! —me gritó Cassie al oído mientras me abrazaba con fuerza, y las dos nos volvimos locas, como el resto del público.

Estaba gritando y llorando y saltando, pero no podía apartar la mirada de Alec y del resto del equipo.

Estaba pasando, habíamos llegado a los cuartos de final del campeonato.

No podía ver nada a través de las lágrimas de felicidad que me anegaban los ojos cuando los jugadores del equipo formaron una especie de montaña humana justo delante de la sección estudiantil de las gradas, lanzándose los unos sobre los otros, y yo me quedé allí, con Cassie, observando la celebración y sabiendo que nada de aquello era falso. Por mucho que me hubiese esforzado en separarlo todo, todo lo que estaba sintiendo era muy real.

Ese equipo, Cassie, el Doug, Southview… Todo eso me encantaba, no como alguien que estaba usándolo como telón de fondo para su farsa, sino como alguien que real y sinceramente quería formar parte de todo ello.

—¡Estás tan feliz! —dijo Cassie mientras observaba mi rostro lloroso y sacudía la cabeza—. ¡Mírate!

Y entonces me abrazó con fuerza, lo que me hizo llorar de felicidad con más ganas.

Me volví hacia las gradas mientras me abrazaba y vi a mi padre de pie frente al mural, hablando con Big John.

Joder, está hablando con Big John.

De las pocas veces que recordaba que mi padre hubiese venido con nosotras a Minnesota, en algún viaje rápido para alguna boda o graduación (porque nunca se quedaba en el pueblo a pasar el verano), siempre se había llevado bastante bien con John. No diría que eran *amigos*, pero no se habían llevado nunca mal.

Así que, ¿es que él lo había *visto* y por eso estaban hablando, o mi madre ya se había enterado de que estaba allí? Le eché un rápido vistazo a mi teléfono después de que Cassie me soltase, y el que mi madre todavía no me hubiese escrito (y mi padre tampoco), me dejó claro que todavía no se habían encontrado.

Pero *mierda, mierda, mierda*, solo era cuestión de tiempo.

—¡Chicas!

Les sacaron el trofeo de ganadores de la sección y el entrenador Oz nos llamó a gritos para que saliésemos a la pista para las fotos.

Parece ser que las encargadas *sí* que formaban parte del equipo, para bien o para mal.

Tragué con fuerza y salí al hielo con Cassie, riéndome con ella mientras una sensación cálida se extendía por mi pecho, tan ardiente como si estuviese *en llamas*, demasiado intensa. Porque esa foto iba a salir en el anuario, quizás incluso la colgasen en el mural del Doug, y mi tiempo en Southview quedaría inmortalizado *para siempre*.

Seguí a Cassie hasta el centro de la pista, al tiempo que un adulto nos gritaba una serie de instrucciones, intentando que todos los jugadores del equipo se juntasen para la foto, pero mi mirada se encontró inmediatamente con la de Alec, con los ojos marrones oscuros de mi mejor amigo, de quien estaba tan orgullosa, y entonces supe que estaba perdida.

Salí corriendo hacia él y sus enormes brazos me rodearon la cintura al momento, alzándome y pegándome a su cuerpo en un fuerte abrazo.

—Lo has conseguido —le dije, echándome a llorar de felicidad de nuevo—. Has estado increíble, Barczewski.

—Gracias —respondió, antes de apartarme, y me encantó verle sonreír de oreja a oreja, porque aquella era la sonrisa de mi antiguo mejor amigo, la sonrisa radiante del chico más feliz que había conocido jamás.

—Vais a ir a los cuartos de final del campeonato —le grité, alegre, al tiempo que llevaba una mano hacia la cadena que le rodeaba el cuello.

—Joder, sí, vamos a ir a los cuartos de final —dijo, dándome un suave apretón en la cintura sin dejar de sonreír, como si quisiese ponerse a gritar de alegría de nuevo—. Sabes que eso significa que vamos a tener que recrear lo del enredo de las cadenas en el vestuario antes de todos los partidos, ¿verdad?

—Pues claro —repuse, sin aliento por lo feliz que me sentía.

Pero cuando observé fijamente su enorme sonrisa y la forma en que se le arrugaban las comisuras de los ojos al sonreír, mientras él me miraba atentamente desde arriba, lo único en lo que pude pensar fue en que aquel era el Alec al que siempre había querido, el

mismo chico friki al que había besado cuando no éramos más que unos críos en aquel cobertizo destartalado.

Allí no había ningún Zeus, ni ningún novio falso, solo estaba *mi* Alec.

Joder, le quiero.

En cuanto me di cuenta de aquello, sentí cómo una mezcla de sorpresa y absoluta tranquilidad se apoderaba de mí.

—Tu cara —comentó Alec, con un brillo divertido en esos preciosos ojos marrones—. ¿A qué viene esa cara?

Lo miré fijamente a los ojos con el corazón desbocado, y no pude seguir mordiéndome la lengua ni un segundo más.

—De verdad, de verdad que quiero que esto sea real.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Alec

Espera, ¿qué?

Me incliné hacia ella, pero Dani me estaba mirando con los ojos abiertos de par en par y la boca cerrada, como si no se pudiese creer lo que acababa de decir.

—Voy a necesitar que me lo repitas —le pedí con calma, lo que de por sí era graciosísimo, porque tenía la sensación de que estaba a punto de darme un infarto. Sentía una presión en el pecho, oprimiéndome con fuerza el corazón, mientras observaba aquellos preciosos ojos marrones y esos rizos rubios. La forma en que Dani estaba tratando de rehuir mi mirada, mordiéndose el labio inferior, hizo que la cabeza empezase a darme vueltas, y tuve la sensación de que estaba a punto de explotar.

Necesitaba oírselo decir de nuevo. Tenía las esperanzas por las nubes y, si la había oído mal, necesitaba saberlo de inmediato.

—Dani, cariño, deberías ponerte a este lado, porque Cassie va a estar en el otro extremo —le gritó la mujer de Oz, que estaba de pie delante del equipo, tratando de organizarnos a todos para la foto—. Y Zeus, tú tienes que colocarte en la fila de atrás, en el centro.

—Vale, un momento —le pedí, sin apartar la mirada del rostro de Dani, esperando a que lo repitiese.

—Deberíamos colocarnos en nuestro sitio —dijo ella, volviéndose a mirar con nerviosismo al resto del equipo. Cuando se alejó un paso de mí y me dio la espalda, no pude evitar aferrarme a su camiseta increíble y personalizada de Southview y tirar de ella de nuevo hacia mí.

Dani se volvió a mirarme, sorprendida.

—Necesito saber qué es lo que me estás queriendo decir con eso, Dani —repetí.

—Zeus, ven a colocarte para la foto —me gritó el entrenador.

—Sí, mejor lo hablamos luego porque… —dijo Dani.

—Esperaos un momento, ¿vale? —les respondí a gritos a todos aquellos que no eran Dani—. Solo necesito un minuto.

Suspiré y bajé la mirada de nuevo hacia ella, tratando de mantener la calma con todas mis fuerzas.

—Explícame qué quieres decir con eso, Collins —le pedí.

—Quiero que esto sea real —dijo—. Que lo nuestro sea real.

Sacudió la cabeza y se apresuró a explicármelo, como si estuviese intentando acelerar las cosas.

—Todo lo que he dicho desde el principio que formaba parte de nuestra farsa se siente muy real, y quiero que sea real, pero también me parece bien que no lo sea si tú no quieres y si prefieres que siga siendo falso.

«Quiero que esto sea real».

El corazón comenzó a latirme cada vez más acelerado mientras ella seguía hablando, diciendo palabras sin sentido.

—De hecho, probablemente sea mejor que lo nuestro siga siendo tan solo una farsa —continuó diciendo, sonrojada—, así que quizás deberíamos…

La interrumpí con un beso.

No pude evitarlo; me sentía como si fuese a explotar si no la besaba en ese mismo instante.

Dani me devolvió el beso de inmediato, aferrándose a mi camiseta, justo allí, en medio de la pista de hielo, con nuestros compañeros de equipo esperándonos y todo el instituto observándonos desde las gradas.

No pude evitarlo. Y tampoco pude apartarme de ella.

Porque lo nuestro por fin era real.

Me dejé llevar por ella, de nuevo, pero entonces oí los aplausos y los silbidos.

No sé quién de los dos se echó a reír antes, si Dani o yo, pero de lo que sí que estoy seguro es de que aquello fue lo que nos hizo apartarnos.

—Vale —repuse, carraspeando con fuerza y preguntándome cómo podía estar tan jodidamente preciosa en ese momento, sonriéndome de oreja a oreja con su camiseta de hockey personalizada y sus

gafas—. *Ahora* ya puedo posar tranquilo para la maldita foto.

Si en ese momento me hubiesen pedido que no sonriese, habría sido una misión imposible. Esa noche pasaría a los libros de historia como una de las mejores de mi vida. Habíamos ganado al Edina, habíamos llegado a los cuartos de final del campeonato estatal y Dani me había confesado que lo nuestro también era real para ella… ¿qué más podía pedir?

Vale, sería ideal si mi hombro me dejase de doler de una vez, pero eso me está empezando a parecer un poco misión imposible.

En cuanto terminamos con la sesión de fotos, me las apañé para volver con ella.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunté, porque me moría de ganas por celebrar esta victoria a su lado—. Porque no puedes irte a casa sin más.

—No lo sé —dijo, frunciendo ligeramente el ceño—. Mi padre está aquí, así que voy…

—No jodas, ¿el coronel está aquí? —Otra cosa que me habría gustado para que esta noche fuese perfecta: que su padre *no* estuviese aquí. ¿A qué narices había venido?—. ¿Por qué? ¿Sabías que iba a venir?

—Eh, no —respondió, con un gesto displicente de la mano, como si no tuviese importancia.

—¿Ha venido para verte o…? —le pregunté, porque necesitaba que fuese sincera conmigo.

—Supongo, no lo sé —dijo, y parecía incómoda, como si no quisiese hablar del tema—. Creo que…

—Nos vamos todos al Cro —oímos que decía alguien a nuestra espalda y, cuando nos dimos la vuelta, nos encontramos con mis padres y Hannah.

—Muy buen partido, hijo —me felicitó mi padre, antes de tirar de mí para darme un abrazo y una palmadita en la espalda—. Esta noche has jugado como todo un profesional.

—Gracias —le dije, devolviéndole el abrazo.

—Y esos placajes a Bodie… —añadió mi madre con una sonrisa—. A ver, quizás fuiste un poco duro, pero has estado genial.

Un poco duro era quedarse corto. Esos placajes me habían

mandado directo al banquillo dos veces. Pero adoraba a mi madre.

—Admito que he disfrutado un poco bastante de esa parte —confesé, tomándome un momento para disfrutar de lo felices que parecían todos.

—¿Sabéis… eh… sabéis dónde se ha metido mi padre? —les preguntó Dani, echando un vistazo a su espalda.

—Ha quedado en reunirse con nosotros en el Cro —repuso mi madre, lo que hizo que Dani se volviese a mirar a la suya preocupada. Parecía estar… procesando algo, como si hubiese algo a lo que no pudiera dejar de darle vueltas.

—Kendall ha comentado antes que habían contratado a una banda por si ganabais —dijo mi padre—, así que, para cuando lleguéis allí, habrá música en vivo en la planta de arriba y lo de siempre en el sótano.

—Pues entonces parece que tendremos que ir al Cro, ¿no? —comenté, aunque me moría por estar a solas con Dani, aunque solo fuesen cinco minutos.

A ver, tenía muchísimas ganas de celebrar esta victoria con los chicos, pero Dani me había confesado que ella también quería que lo nuestro fuese real, y aunque últimamente me había dado la sensación de que estaba mucho más cómoda con el resto del equipo y no solo con mis amigos, yo solo quería pasar tiempo con ella, con nadie más.

Porque Dani no formaba parte de mi vida solo de forma ocasional, no se había limitado a colarse en mi mundo y a *girar* con él, no, ella se había convertido en el centro de mi mundo desde mucho antes de que empezásemos con esta farsa.

Y eso me encantaba, joder.

—Eso parece —repuso Dani con una sonrisa, pero se le dibujó una pequeña arruga en la frente que no me gustó nada.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Dani

Para cuando salimos de la pista nos comportamos como siempre lo hacíamos, pero entonces Alec hizo algo que me tomó por sorpresa.

—Ven conmigo —me pidió en un murmullo, antes de tirar de mí en dirección contraria a donde estaba aparcada Burrito. En vez de ir hacia su coche, que se encontraba al fondo del aparcamiento, me llevó hasta un lateral del edificio, a través del suelo nevado, y no se detuvo hasta que estuvimos resguardados en un pequeño rincón oscuro, con mi espalda apoyada contra la pared del Doug.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —le pregunté en apenas un susurro. La luna de invierno se alzaba imponente en el horizonte, iluminando sus afilados rasgos mientras él me observaba atentamente desde arriba y, por un momento, sentí que me faltaba el aliento de lo mucho que deseaba que fuese mi novio *de verdad*.

—No tengo ni idea —repuso—. Solo sé que necesito besarte.

—Ah —solté, sin sentir ni una sola gota de frío cuando su enorme cuerpo me aprisionó contra la pared, pegándose a mí al tiempo que sus enormes manos se deslizaban entre los mechones de mi cabello.

—¿Te he dicho alguna vez que tu pelo me vuelve loco? —me preguntó, y la forma en que me estaba observando, recorriéndome el rostro con intensidad, me hizo perder la cabeza, como si estuviese borracha.

—No… no lo creo —logré decir, con voz apenas audible.

—No puedo mirarte y no pensar en cuánto tiempo tardas en secarlo después de darte una ducha —dijo, mientras enredaba unos cuantos mechones de mi cabello entre sus dedos—. O el aspecto salvaje que debe de tener cuando abres esos ojos marrones por la mañana. No te haces una idea de lo que haría por verlo.

Sus palabras no eran para nada sensuales de por sí pero, la forma

en que lo había dicho… por *Dios*…

—Habías dicho… algo sobre un beso —comenté, hipnotizada por el movimiento lento de sus dedos, enredándose en mi pelo.

—Veo que alguien está un poco impaciente… —Frotó su nariz contra la mía, provocándome un escalofrío.

—*Sí* —jadeé, antes de ponerme de puntillas para cerrar el espacio que nos separaba.

—Menos mal —soltó, abalanzándose *sobre* mí de una forma que casi me hizo desmayarme.

Porque en aquel momento, cuando se inclinó sobre mí y me besó como si fuese mi novio *de verdad*, fue completamente distinto a cualquiera que hubiésemos compartido antes. Por algún motivo, cuando se dejó llevar por el beso esta vez, me pareció mucho más intenso, más posesivo, más apasionado, de tal forma que tuve que aferrarme a su chaqueta para no perder el equilibrio o derretirme a sus pies.

Dios, él sí que sabe cómo hacerme sentir de verdad.

Cuando me besaba así, me hacía pensar que yo era justo lo que él siempre había deseado, como si necesitase pegarse más y más a mí.

Lo que ya de por sí era intenso, porque yo sentía lo mismo.

Deslicé los brazos alrededor de su cuello y tiré de él hacia mí, lo que le hizo soltar un gemido grave de aprobación, sin detenerse en ningún momento, besándome cada vez con más pasión.

—¡Zeus!

Me sobresalté al oír la voz de Vinny y me apresuré a separarme de Alec, sintiéndome un tanto culpable.

—¿Qué quieres, Vin? —le preguntó Alec, sin apenas alejarse de mí, observándome con una expresión que dejaba bien claro que no le gustaba *ni un pelo* que nos hubiesen interrumpido.

—¿Vais a venir al Cro?

Eché un vistazo por encima del hombro de Alec para ver a Vinny sentado en el asiento trasero de un coche que no reconocí, aparcado detrás del edificio.

—Sí. —Alec suspiró y dejó caer las manos a los costados—. En un rato.

—Vale, nos vemos allí —repuso Vinny, y después el coche se alejó

chirriando por el aparcamiento.

—Creo que deberíamos irnos nosotros también —me susurró Alec al oído, con voz grave, y un escalofrío placentero me bajó por la espalda.

Entonces me dio la mano y tiró de mí de vuelta hacia el aparcamiento con delicadeza, salvo que… *¿esos eran mis padres?*

Entrecerré los ojos y sí, joder, lo eran.

Mis padres, y el abuelo Mick, estaban de pie junto al coche de mi madre, a tan solo unos coches de distancia de nosotros.

—i… y no debería tener que vivir en *este sitio* solo porque tú quieras revivir tus años de juventud, Hannah!

Dios. Estaban discutiendo.

Mi padre, que nunca pierde los estribos, pase lo que pase, está gritando en medio del aparcamiento, pensé, mientras observaba la escena con incredulidad, con el corazón encogido en un puño, al tiempo que le daba la mano a Alec y tiraba de él para escondernos entre dos coches, donde mis padres no pudiesen vernos.

—Eso es mentira y lo sabes —le recriminó mi abuelo, señalándole con gesto acusador—. Si tu hija te importase lo más mínimo, aceptarías cualquier maldito trabajo en este país solo para estar cerca suya. Te mudarías a Offutt hoy mismo, incluso aunque odiases ese sitio, solo para poder verla de vez en cuando. Aceptarías cualquier migaja que te diese solo porque es tu hija y te importa. Pero no, tenías que comportarte como el capullo manipulador que eres y convencerla de que tiene que mudarse otra puñetera vez solo para ser digna de tu amor.

Alec me agarró con fuerza de la manga y se inclinó hacia mí.

—¿De qué están *hablando*? ¿Te mudas otra vez?

Por la forma en que me estaba mirando me di cuenta de que sabía perfectamente que aquello no iba bien, y también supe que estaba esperando a que le explicase lo que estaba pasando.

Pero no tenía ni idea de cómo hacerlo, porque sabía que no lo entendería.

Así como tampoco lo entenderían mi madre y mi abuelo.

Porque todos ellos pensaban que mi padre era un imbécil, y tampoco se equivocaban, al menos, no del todo, pero por eso jamás

comprenderían qué, en realidad, lo que él pretendía con ese comportamiento tan autoritario, propio de un coronel del ejército, era ser un buen padre.

Pasar más tiempo conmigo.

Estaba dispuesto a mudarse a un lugar donde no quería vivir *solo por mí*, lo que ya de por sí era un gesto enorme.

Sí, también quería que yo abandonase a mi madre, algo que no pensaba hacer, pero todo lo hacía porque me quería.

Y eso, para mí, significaba mucho.

Lo significaba todo.

Se me formó un nudo en la garganta y negué con la cabeza.

—Es complicado, pero no —respondí.

—Vaya, mira quién habla, el mismo hombre que literalmente las apartó de su vida durante *años* —le espetó mi padre a mi abuelo—. ¿Cómo puedes hablar sobre pasar tiempo con…?

—Por *eso* es exactamente por lo que puedo hablar de ello…

—Vámonos —le pedí a Alec, antes de darme la vuelta y tirar de él hacia donde habíamos venido, deseando olvidar lo que acababa de presenciar—. Demos un rodeo hasta tu coche.

—¿Estás segura? —me preguntó—. ¿Te encuentras bien?

Clavé la mirada en sus ojos oscuros y asentí.

—Lo estaré, en cuanto me olvide de todo esto y nos vayamos a celebrar el partido.

De repente, me observó con una ceja enarcada y un brillo travieso en los ojos, antes de sacar las llaves de su coche.

—¿Qué te parece si pasamos del Cro?

—¿*Tú* quieres pasar del Cro? —le pregunté, sorprendida porque quisiese saltarse la fiesta, pero aliviada al mismo tiempo, porque necesitaba algo de espacio.

—Allí va a haber mucho ruido y mucha gente —repuso, encogiéndose de hombros—. Y me apetece algo un poco más relajado.

—¿A dónde quieres ir, entonces? —le pregunté, observándolo fijamente mientras cruzábamos el aparcamiento hasta donde estaba aparcada Burrito, al otro lado—. Todos los que podrían tener la casa disponible están ahora mismo *en el Cro*.

—Cierto —repuso.

—Espera… ¿y si vamos a nuestro sitio? —le pregunté, porque la curiosidad por saber si seguiría tal y como lo recordaba me estaba matando desde el mismo instante en que me había bajado del camión de la mudanza—. ¿Todavía sigue en pie?

Alec bajó la mirada hacia mi rostro como si no pudiese creer que de verdad hubiese sugerido aquello.

—¿*Nuestro* sitio?

Me encantaba que él también pensase en aquel lugar como si fuese solo nuestro.

—Sí.

—Sí, sigue en pie —dijo, pero hubo algo extraño en su tono de voz al decirlo, como una especie de deje reservado.

—¡Me encantaría volver a verlo! A menos que no quieras que siga siendo nuestro sitio secreto.

—Me da igual que Cassie, Lillie o los chicos lo descubran también pero, por el bien de la preservación histórica del lugar, creo que deberíamos seguir manteniéndolo en secreto aunque solo sea un poco.

—Sí, estoy de acuerdo —repuse, quizás demasiado emocionada, porque la idea de ir a nuestro sitio, esta noche, de entre todas ellas, me parecía mágica. Y necesitaba toda la magia que pudiese conseguir para olvidarme del desastre que había sido la repentina aparición de mi padre.

Alec sacó su teléfono móvil y mandó un mensaje al grupo de nuestros amigos, antes de volver a guardárselo en el bolsillo.

—Vámonos a nuestro sitio.

—Creo que es una muy buena idea —dije, dedicándole una sonrisa de oreja a oreja.

Él me devolvió la sonrisa.

—Y yo creo que *tú* eres la mejor idea que he tenido jamás, Collins.

CAPÍTULO CUARENTA

Alec

Cass, Liz y Lillie dicen que se quedan en el Cro —dijo Dani, con la mirada clavada en la pantalla de su teléfono—, pero Vinny y Richie ya vienen de camino. ¿Te parece bien?

Todo lo que pudiese ayudar a eliminar ese brillo preocupado de sus ojos me parecería bien.

Seguía estando feliz, pero estaba claro que todo lo que había pasado con el coronel seguía carcomiéndola por dentro.

—Mientras tú estés a mi lado, lo demás no me importa. Pero diles que traigan un par de sillas y algo de leña. —Le di la mano libre mientras conducía, decidido a hacerle olvidar todo lo que no fuese perfecto.

Porque aquella noche, para mí, estaba siendo perfecta.

No solo habíamos ganado el partido, sino que además yo había conseguido a Dani.

El Alec de nueve años se habría puesto a dar saltos de alegría de haberse enterado aunque, para ser sincero, mientras conducía, me sentía exactamente como se sentiría mi yo de nueve años.

Porque no podía *creer* que estuviésemos juntos *de verdad*.

Me estaba costando no sonreír como un payaso mientras recorría el camino que llevaba a nuestro sitio, porque, joder, por fin se había cerrado el círculo. La luna se alzaba en el firmamento nocturno, iluminándolo todo con su luz, para cuando nos bajamos del coche y sacaba un par de sillas plegables del maletero. Y cuando abrimos la puerta del cobertizo y nos adentramos en su interior, no pude apartar la mirada de Dani, que lo observaba todo embelesada.

—Dios, es como retroceder en el tiempo —comentó, asombrada, girando sobre sí misma y clavando la mirada en el agujero del techo —. Todo sigue oliendo tal y como lo recordaba, como si nada hubiese cambiado.

—Es una locura, ¿verdad? —comenté, abriendo las sillas y dejándolas en el suelo.

—¿Sabes?, incluso aunque mi padre se haya presentado aquí esta noche sin avisar, me siento mucho más feliz de lo que me he sentido en toda mi vida. Ni siquiera él y… *lo que quiera que pretendiese* puede arruinar este momento. —Se volvió a mirarme, con una sonrisa de oreja a oreja—. Por cierto —añadió—, no sé si te interesará, por eso de que ya no te gustan las fiestas ni lo de desmelenarte un poco, pero he traído esto por si acaso.

Sacó una botella de champán de su bolso.

—Incluso aunque solo le demos un sorbo y tiremos lo demás, creo que deberíamos brindar por la noche que has tenido —comentó.

—Por la noche que *hemos* tenido —la corregí, porque no sentía que esta noche hubiese sido solo mía. Había sido la noche del equipo, la noche de Southview, la maldita noche de Dani y Alec.

—Sí —susurró, con voz suave—. Me apetecía celebrar lo nuestro y olvidarme de todo lo demás.

En su mirada había un brillo triste, y el no poder preguntarle si quería hablar de lo de su padre y de la pelea que habíamos escuchado me estaba matando, pero sabía que en ese momento solo quería olvidarse de ello.

Y no me importaba ahogarme en la ignorancia durante un rato, siempre que fuese con ella.

—Ven aquí, listilla, déjame brindar por ti.

Se me aceleró el corazón al verla acercarse a mí, tan preciosa como siempre, con esos ojos risueños, y se me vino a la cabeza la letra de una canción de Alfie Jukes.

I'm loving you more
Than I have before
To see you with those eyes wide[5]

Le quité la botella de las manos, agarré el corcho con una mano y la botella con la otra, apuntando en dirección contraria a nosotros y ¡bum!, el corcho salió disparado.

—Joder —dijo, con las cejas enarcadas, sonriendo de oreja a oreja

—. Eso ha sido impresionante.

Me volví a observar sus ojos brillantes y la camiseta de los Packers que podía entrever debajo de su abrigo, y me entraron ganas de detener el tiempo y vivir para siempre en ese momento.

—Bebe, Collins —le pedí. Me sentía como si fuese a explotar de un momento a otro si no la besaba.

De inmediato.

No rehuyó mi mirada mientras se llevaba la botella a los labios y le daba un sorbo y, joder, no pude esperar más. Se la quité de las manos en cuanto se la apartó de la boca, la dejé en el suelo y me deleité en el sabor del champán en sus labios, deslizando las manos por su rostro al tiempo que mi lengua se embriagaba con su sabor.

Dani soltó un suave ruidito cuando la besé, puede que dijese mi nombre o tal vez no fuese más que un suspiro, pero lo sentí recorrerme columna como un escalofrío. Me olvidé del encanto y la delicadeza y me volqué tan solo en besarla con pasión, sumergiéndome en su dulce boca una y otra vez, mientras ella se aferraba a las solapas de mi chaqueta como si necesitase algo a lo que agarrarse.

Sí, maldita sea, pues claro que puedes aferrarte a mí. Agárrate con fuerza, Collins, y no me sueltes nunca.

Fue como si estuviésemos intentando devorarnos el uno al otro, como si estuviésemos echando una carrera para ver quién podía consumir al otro más rápido.

Fue demasiado intenso, demasiado bueno, y quise poder detener el tiempo y quedarme en ese momento para siempre.

—Ya están aquí —susurró contra mis labios, sin dejar de besarme, como si aquello le importase una mierda.

—Buu —solté al oír voces fuera, arrepintiéndome de haberles dicho a los chicos a dónde íbamos a ir. Oí cómo se cerraba la puerta de un coche, pero aquello no fue suficiente como para hacerme apartarme de Dani y no tomar su labio inferior entre los míos en una caricia.

»Eres jodidamente perfecta —jadeé, antes de volver a hacerlo.

Pero cuando se abrió la puerta del cobertizo, no fueron mis amigos los que aparecieron en el umbral.

No, fue el maldito Benji Worthington.

Ben se adentró en el cobertizo seguido de otros tres chicos de la Academia St. John: su portero, Adam; su delantero, Cody; y Austin Clark, el hijo de su entrenador.

Juro por Dios que en ese momento, cuando los vi aparecer en *nuestro* sitio, me empezaron a pitar los oídos.

¿Qué narices estaban haciendo ellos allí?

—*¿Benji?* —soltó Dani, y parecía muy sorprendida de verlo allí.

El portero soltó una risita divertida.

—¿Te acaba de llamar Benji?

¿Qué narices estaban haciendo ellos allí?

—¿Alguna vez te vas a acordar de llamarme Ben, cariño? —le preguntó Benji, con una sonrisa que me dio ganas de asesinarlo lentamente.

¿Qué narices están haciendo ellos aquí?

—¿En serio acabas de llamarme *cariño*? —le espetó Dani, pero no sonaba molesta. Parecía más bien confundida, como si no pudiese creerse que aquel imbécil tuviese tanto descaro.

—¿Qué estáis haciendo vosotros aquí? —les pregunté, tratando de mantener la calma.

—Vimos pasar tu *inconfundible* coche cuando estábamos repostando en la Concord, así que se nos ocurrió que podría ser divertido ver qué iban a hacer Zeus y sus chicos para celebrar la victoria.

—¿Nos has *seguido* hasta aquí? —le pregunté, pasando de la calma a la ira en cuestión de segundos—. Eres un maldito idiota, Worthington. Cómprate una vida de una vez.

—Ya tengo una vida —repuso el Rey Imbécil—. Pero tenía la sospecha de que Dani estaría contigo en esa chatarra y quería asegurarme de que estuviese bien.

—Pues claro que está bien —repuse, preguntándome de dónde había salido aquel capullo. Aquella era la segunda vez que se comportaba como si tuviese algún derecho sobre Dani, como para comprobar que se encontraba bien siempre que estaba conmigo—. ¿A qué cojones viene todo esto?

Hasta ese momento, mi día había ido genial, y no estaba de humor para aguantar las tonterías de Benji. Necesitaba que se marchase de

una vez.

—Es que como en el pasado te has comportado como un imbécil un tanto violento…

—Venga ya, *Benji* —solté, volviéndome hacia Dani, porque aquello era mentira y no quería que ella lo oyese—. Patearte el culo por ser un capullo no significa que sea un tío violento. Solo que no podía seguir soportando tus mentiras ni un segundo más.

—Y mira esto, la has traído a una choza que se cae a cachos en medio del bosque. Eso ya es de por sí un motivo de alarma, así que solo quería asegurarme de que mi vieja amiga se encontraba bien.

—¿Tu «vieja amiga»? —Clavé la mirada en su cara de hurón y me entraron ganas de darle un puñetazo—. Ella nunca fue tu amiga.

—Chicos —dijo Dani, claramente incómoda con todo eso—. Dejadlo ya.

—¿Ah, no? —repuso Benji—. Entonces, ¿cómo es posible que supiese dónde se encontraba este sitio?

—Acabas de admitir que me has seguido hasta aquí, imbécil.

—Dani me trajo a este lugar hace un par de años —dijo, con esa sonrisa engreída con la que había nacido—. Dimos un agradable paseo, nos pusimos al día y después me enseñó tus horribles obras de arte de las paredes. ¿Te acuerdas, Dani?

Me entraron unas ganas horribles de aplastarlo como si fuese un bicho en ese mismo instante, porque todavía me acordaba del momento en aquella fiesta cuando me había mostrado con una sonrisa socarrona la foto de Dani, en la que ella salía riéndose en nuestro sitio, con él.

—Benji —susurró Dani, aunque su voz sonó distinta y, cuando me volví a mirarla, no me gustó ni un pelo ver lo nerviosa que parecía—. Para, por favor.

—Parece que fue ayer —siguió diciendo él, con tono sugerente—. Fue una noche *estupenda*.

—Vete a la mierda, Worthington —le espeté, dándole un empujón —. Lárgate de aquí de una vez.

—Quizás deberíamos irnos *nosotros*, Alec —me dijo Dani, y en ese momento me recordó más a la chica que había sido incapaz de dar su primer discurso en clase de oratoria que mi novia, la que había

estado bebiendo champán conmigo hacía tan solo un momento para celebrar que estábamos juntos—. Vámonos.

—Dame un segundo —le pedí, no quería que fuésemos nosotros los que nos marchásemos de allí primero, porque no quería que esos imbéciles nos arruinasen nuestro sitio para siempre. Me iría en cuanto consiguiese que se largasen.

—Si no recuerdo mal, se suponía que debía llevarla al hospital a *verte* —comentó Ben, como si aquella idea le pareciese graciosísima —. Pero Dani prefirió pasar esa noche conmigo.

—Sabes que no fue eso lo que pasó —dijo ella, poniendo los ojos en blanco.

Y, al parecer, yo no había superado *del todo* el pasado, porque en ese momento lo vi todo rojo. Sentí cómo me invadía la misma rabia que había sentido aquella noche, cuando había descubierto que Dani lo había traído aquí.

¿Cómo había sido capaz de traerle *aquí?*

Pero tenía que mantener la calma, por lo que me limité a fulminarlo con la mirada y empecé a contar hacia atrás mentalmente.

Diez. Nueve. Ocho.

—El plan era que la llevase al hospital a ver a tu padre, pero nunca llegamos allí.

—*Déjalo ya*, Benji —le pidió, y no me gustó ni un pelo el tono que cobró su voz. Me volví a mirarla y me dio la sensación de que estaba a punto de desmayarse por un ataque de pánico.

Siete. Seis. Cinco.

—Lárgate, Worthington —le ordené de nuevo.

—Sí, vámonos —dijo Austin—. De todos modos, aquí hace muchísimo frío.

Cuatro. Tres.

—Escucha a tu amiguito, Benji —volví a intentarlo.

—Ya me voy —repuso, sacudiendo la cabeza y sonriendo como un auténtico lunático—. Pero, Dios, Dani, pasamos *mucho* tiempo aquí, ¿te acuerdas?

Dos.

—*Para*, Benji —espetó Dani.

Uno.

—No fue eso lo que me pediste aquella noche…

Alcé el puño y lo estrellé contra su nariz con todas mis fuerzas.

—¡Por Dios! —gritó Dani.

Pero en aquel momento lo único que podía oír era la maldita risa macabra de Worthington mientras la nariz le sangraba a borbotones, al tiempo que le asestaba un segundo puñetazo en el ojo derecho. Ese maldito *capullo*. Había oído hablar de la sensación de verlo todo rojo cuando la ira se apoderaba de ti pero, para mí, en ese momento fue como si la rabia me cegase.

Todo desapareció, y lo único que pude ver era el rostro repugnante de Worthington.

Él intentó devolverme el puñetazo, pero su mano tan solo me rozó la mejilla, porque mis reflejos fueron mucho más rápidos que su puño.

—¡Alec! —gritó Dani—. ¡Para!

Ben seguía sonriendo, por lo que lo estampé contra la pared del cobertizo con ambas manos.

—Eres un *capullo*.

Oí a Dani gritar, pero no logré comprender qué era lo que estaba diciendo, y tampoco quise hacerlo.

Porque, al observar a Ben Worthington, me acordé del día en que mi padre había tenido que luchar por su vida y la policía había venido a arrestarme al hospital.

Me acordé de la cara de mi madre al ver cómo me sacaban de allí a rastras.

De lo culpable que me había sentido cuando la había visto cruzar el umbral de la comisaría para ir a buscarme más tarde, sabiendo que había tenido que dejar a mi padre solo en el hospital para hacerlo.

Y ahora el maldito Ben Worthington le estaba provocando a Dani un maldito ataque de pánico. Volví a empujarlo, alzando un brazo hacia su cuello para inmovilizarlo contra la pared cuando…

—¡Para!

Dani se colocó justo delante de mí, interponiéndose entre mi puño y el rostro de ese capullo de mierda.

—Dani, aparta —le pedí, porque necesitaba acabar con ese capullo de una vez por todas.

Tenía que darle una lección que no olvidase jamás.

—¡No, Alec! —dijo, negando con la cabeza y observándome con los ojos desorbitados—. *Piénsalo bien.*

—¿En serio es aquí donde…? —Kyle se quedó callado en cuanto se adentró en el cobertizo junto a Vinny, y sus sonrisas relajadas se transformaron al momento en miradas de confusión.

—¡Ayudadme! —les pidió Dani a gritos, mientras yo esperaba a que se apartase de una vez para poder acabar con Benji.

—¿Qué narices está pasando aquí? —preguntó Vinny.

—Este hijo de puta —solté— está a punto de recibir la paliza que se merece.

—¡Para! —gritó Dani, dándome un empujón con todas sus fuerzas —. ¡Alec, piensa bien en lo que estás haciendo!

—*Ya lo hago* —siseé, fijándome de nuevo en ella por fin.

—Lo único que pretende es hacerte enfadar, ¿es que no te das cuenta? —Dani volvió a empujarme—. ¡Esto era lo que quería conseguir desde el principio!

—Pues entonces estaré encantado de darle justo lo que quiere —repuse, volviéndome de vuelvo hacia Worthington.

—Zeus —me llamó Vinny, agarrándome del brazo y apartándome del capullo de Ben—. Cálmate, joder.

—Austin, llama a la policía —dijo Benji, llevándose la manga de la camiseta a la nariz ensangrentada—. Diles que Alec Barczewski me acaba de agredir.

—Oh, deja de decir tonterías, Worthington —le espetó Vinny, aunque no tuviese ni idea de qué estaba hablando porque acababa de llegar.

—Llama y verás —añadió Kyle, frunciendo el ceño—. El resto del equipo llegará en cualquier momento, y estáis en clara desventaja, imbécil.

—Y *ese* parece borracho como una cuba —dijo Vinny, señalando al portero—. Seguro que a la poli le va a encantar descubrirlo.

—Ben —le llamó Cody—, larguémonos.

—Ni de coña —espetó Worthington—. No pienso dejar que

Barczewski se salga con la suya.

—Pues llama a la policía mañana por la mañana —dijo Adam, girándose hacia la puerta del cobertizo—. Yo me largo antes de que esta mierda me salpique.

Me zafé del agarre de Vinny, lo que hizo que Dani volviese a colocarse delante de mí para detenerme.

—¿Sabes qué? Está bien —repuso Ben, encogiéndose de hombros y llevándose una mano a la nariz, que estaba claramente rota—. Llamaré por la mañana. Aún tendré todas las pruebas que necesito en la cara, además de testigos, así que, ¿qué más da tener que esperar doce horas más?

—Lárgate, imbécil —le espetó Kyle, negando con la cabeza.

Vi cómo Cody abría la puerta del cobertizo de una patada y, mientras todos se largaban, Benji se volvió a decirme:

—Me muero de ganas por ver qué opinará la gente de Southview mañana cuando se enteren de lo que ha hecho su dios.

—Adiós, *Benji* —le grité.

—Nos vemos por la mañana, *Zeus* —me respondió.

5. Te quiero más / que nunca antes / al verte con los ojos tan abiertos

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Dani

Sigo diciendo que deberías ir al hospital.

—No —dijo Alec, con la mirada clavada en la entrada de mi casa, a través del parabrisas de su coche.

Todo estaba a oscuras, pero la luz de las farolas me permitía verle la cara.

—Tienes la mano *muy* hinchada y un corte con muy mal aspecto en la mejilla —espeté, sin saber qué hacer para que me hiciese caso. Llevaba enfadado y callado desde lo de la pelea, y no sabía cómo hacer que me escuchase.

—Solo porque ese capullo llevaba puesto un anillo —repuso con desdén.

—Eso no hace que la herida sea menos grave —repliqué—. Pero, vale. Al menos quédate quieto.

Le llevé la toallita empapada en agua oxigenada a la mejilla y presioné la herida con fuerza, lo que le hizo sisear de dolor.

—Lo sé —dije, con un nudo en el estómago, porque aquello debía de haberle dolido *mucho*. Benji llevaba puesto un anillo que le había rasgado la piel de la mejilla al esquivar su puñetazo, y le había dejado un corte bastante feo, algo que podía ver incluso a oscuras. De camino a casa, le había obligado a parar en una farmacia después de que me dejase claro que no pensaba hacerme caso e ir a urgencias para que le echasen un vistazo.

Pero era su mano lo que más me preocupaba. Porque estaba muy hinchada.

—Lo siento mucho —murmuré mientras le limpiaba la herida.

—¿Por qué? —me preguntó, y por fin, *por fin*, se giró a mirarme.

Desde que las cosas se habían salido de control había tenido la sensación de que Alec no podía ni mirarme. Como si estuviese enfadado conmigo.

—Por hacerte daño, por lo que ha pasado, porque Benji te haya arruinado la noche —susurré, en medio del silencio de su coche.

Me fijé en cómo apretó los dientes cuando mencioné a Benji y me arrepentí de inmediato de haberlo hecho. Todo lo que Benji había insinuado era mentira, y estaba bastante segura de que Alec lo sabía, pero aun así las cosas seguían bastante tensas entre nosotros.

¿Por qué no quiere hablar conmigo?

—Oye —dije—. No pasa nada. Acuérdate de que habéis pasado a los cuartos de final, vais a ir al X.

Alec volvió a apretar los dientes, como si estuviese conteniéndose.

Y permaneció callado.

—Alec. —No sabía si él quería que lo hiciese o no, pero le acaricié la mandíbula rígida con delicadeza, deseando que se relajase un poco—. Todo va a salir bien —le dije.

—¿De verdad? —me preguntó, con voz grave y un tanto ronca.

—Sí, ya verás que la gente se olvidará de esto también.

—Yo no estoy tan seguro, Dani —soltó, exasperado—. Ya he pasado por esta misma situación de mierda con Ben antes, y créeme cuando te digo que él siempre se lanza a la yugular. Puede que esta noche acabe de joderlo todo.

Se me encogió el corazón al oírle decir eso, porque sonaba como si en ese momento se estuviese conteniendo para no echarse a llorar y, Dios, no era justo que tuviese que preocuparse por algo *así* después de haber esta noche.

—No lo has hecho —le aseguré, llevando la mano izquierda hacia su otra mejilla—. Escúchame. Todos cometemos errores, pero todo va a salir bien. Ben solo es un capullo comportándose como un capullo, pasa constantemente.

Alec recostó la cabeza sobre el reposacabezas y suspiró con fuerza.

—Dios, espero que tengas razón. Porque estoy acojonado.

Aquella confesión, que admitiese en voz alta lo angustiado que estaba en realidad, hizo que el corazón se me encogiese en un puño.

—Porque, a ver, es posible que acabe de mandar a la mierda mi única oportunidad de jugar la final del campeonato estatal. Porque si Ben decide ir a por mí, es probable que esta noche lo haya

fastidiado todo.

—No lo hará —repuse.

—Claro que lo hará —dijo Alec, aunque me sentí un poco mejor cuando recostó la cabeza sobre mi mano, en busca de algo de consuelo.

Y al abrirse conmigo y no encerrarse en sí mismo.

—Es una sanguijuela y tenías razón —dijo, sacudiendo la cabeza, arrepentido—. He hecho justo lo que quería que hiciese. He perdido los estribos y ahora él tiene mi futuro en sus malditas manos.

—Tú confía en mí —le pedí, volviéndome a echarle un vistazo a la casa de Benji. Su coche no estaba aparcado en la entrada, menos mal, y tampoco había luz dentro de la casa—. Esta vez todo va a salir bien, lo sé.

—¿Esa es otra perla de sabiduría de la cerebrito de Harvard?

—Así es —respondí.

Entonces la luz del porche de mi casa se encendió, lo que me sacó una sonrisa, a pesar de todo lo que había ocurrido esta noche.

—Creo que mi abuelo me está queriendo decir que ya es hora de entrar —comenté, pero en aquel momento, en cuanto lo mencioné, recordé lo de la pelea de mis padres. Lo único bueno que tenía la pesadilla que había tenido lugar en nuestro sitio esa noche, era que me había hecho olvidar la situación con mi padre.

—Sí, deberías entrar —dijo Alec—. Siento mucho haberte arruinado la noche.

—¿Lo dices en serio? Vamos a ir a los cuartos de final y eres mi novio, esta vez de verdad. Ni siquiera tú y Benji juntos podríais arruinar eso.

Alec se aferró al pecho de mi camiseta y tiró de mí hacia él con delicadeza.

—Estábamos teniendo la noche perfecta *antes* de que todo eso ocurriese, ¿verdad? —repuso, inclinándose hacia mí y apoyando la frente sobre la mía.

—La más perfecta del mundo —coincidí, alzando mi boca hacia la suya, buscando un beso.

—Tenemos que ser rápidos, antes de que Mick nos vea —dijo, para luego juntar nuestros labios y darme el beso de tres segundos más

intenso y sensual que me habían dado en toda mi vida.

Me bajé del coche y me encaminé hacia la entrada y, aunque estaba nerviosa por él, tenía la sensación de que podía arreglar aquello. Benji era un idiota al que le gustaba presumir delante de sus amigos, pero siempre había sido bastante decente cuando estábamos los dos solos.

Gracias a Dios, siempre he sido amable con él.

Así que, a primera hora de la mañana, como a las siete o así, antes de que abriese siquiera la comisaría, pensaba hacerle una visita a mi querido vecino.

Y suplicarle como nunca antes le había suplicado a nadie.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Alec

Antes de que os asustéis…

—¡Dios mío! —exclamó mi madre, observándome boquiabierta cuando bajé a la cocina a la mañana siguiente.

—¿Qué demonios te ha pasado en la cara? —me preguntó mi padre, apartando la vista del periódico que estaba leyendo.

—No es más que un rasguño —dije, al tiempo que me acercaba a la nevera e intentaba actuar lo más despreocupado posible, aunque el mero hecho de estar despierto me estuviese costando porque anoche casi no había dormido. Cada vez que cerraba los ojos, me ponía a darle vueltas a todo lo que podía haber jodido solo por haber pegado a Ben.

—Esa no es una respuesta —repuso mi padre—. ¿Qué te ha pasado?

Suspiré y saqué el zumo de naranja de la nevera.

No quería contárselo (*Dios, no quiero contárselo a nadie*), pero era algo lo bastante gordo como para que no me quedase más remedio.

Lo más probable era que a esas alturas ya no pudiésemos ni hacer control de daños, pero tenían que saber lo que había pasado.

—Anoche me metí en una pelea —dije, cerrando la nevera—. Con Ben Worthington.

—*¿Cómo?* —gritó mi madre, con los ojos como platos.

—Tienes que estar de broma —repuso mi padre, antes de lanzar el periódico sobre la mesa y observarme con los ojos entrecerrados—. ¿Ese chico te atacó?

—¿Qué pasó? —me preguntó mi madre, poniéndose de pie de un salto y acercándose a mí para poder echarle un vistazo a la herida—. Este corte tiene un aspecto horrible.

Me senté a la mesa y me entraron ganas de vomitar. Me sentía como una mierda.

Siento mucho haberlo fastidiado todo.

—Fue una estupidez —admití, antes de mesarme el cabello—. Worthington apareció de repente y se puso a meter mierda sobre Dani.

—¿No le golpeaste, verdad? Por favor, dime que no…

—Sí, le pegué —dije, y tragué con fuerza para tratar de librarme del nudo que se me había formado en la garganta—. Le rompí la nariz.

—Oh, no —dijo mi madre, cerrando los ojos y llevándose una mano a la boca—. Otra vez no.

Me fijé en el miedo que se apoderó de su expresión y se me revolvió el estómago.

No me puedo creer que esté haciéndoles esto otra vez.

—¿Quién dio el primer puñetazo? —preguntó mi padre, con una expresión muy seria.

—Yo.

Mi madre contuvo el aliento.

—¿Qué narices es lo que no entiendes, hijo? —gritó mi padre—. Pegar a alguien es ilegal, ¿cómo es posible que se te olvide siempre que tiene algo que ver con ese chico?

—No lo sé —admití, encogiéndome de hombros, porque no lo sabía.

No era una persona violenta y tampoco me metía nunca en peleas (fuera de la pista de hielo).

Solo con Worthington, y por lo visto solo cuando tenía que ver con Dani.

Mierda.

—¿Qué más deberíamos saber? —me preguntó mi padre, negando con la cabeza y observándome claramente decepcionado—. Porque todos sabemos que su madre a va a ir a por la yugular. Así que cuéntanoslo todo.

Y eso hice.

Les conté todo lo que había ocurrido, y no pude evitar preguntarme qué sería peor que tener que mirarlos a los ojos en ese momento, que me observaban decepcionados, mientras les relataba cada detalle. Y se me anegaron los ojos de lágrimas al hacerlo,

porque estaba acojonado.

Si Ben me denunciaba, podrían suspenderme, lo que significaba que no podría jugar lo que quedaba del campeonato.

Y todo el mundo, incluidos los ojeadores, sabría el porqué.

—No te preocupes por los ojeadores —dijo mi madre—. No puedes controlar…

—¿Cómo puedes decir que no me preocupe por los ojeadores? —solté, tratando de mantener la calma, porque aquello me estaba matando—. ¿Lo dices en serio? Me he pasado media vida preocupándome por los ojeadores, porque tienen nuestro futuro en sus…

—Alec —me interrumpió mi padre, negando con la cabeza—. No. Tienes que dejar de pensar así. Lo único que estás consiguiendo con esto es echarte más presión a la espalda.

Me rasqué la frente, nervioso. Ojalá pudiese hacerlo.

—¿Cómo? ¿Cómo se supone que voy a poder dejar de pensar así?

—Tú limítate a jugar y ya —repuso—. Eso es lo único que tienes que hacer.

—Dicho así parece muy fácil —dije, con el corazón encogido en un puño.

—Porque lo es —espetó, encogiéndose de hombros—. Tú solo tienes que jugar y el resto ya vendrá si es que tiene que venir.

Carraspeé con fuerza, deseando que fuese así de fácil.

—A veces te miro y no me puedo ni imaginar lo que debes de sentir al tener un talento como el que tienes tú, ¿sabes? —dijo—. Incluso cuando me encontraba en mi mejor momento deportivo, yo no era más que un base suplente que no sabía tirar triples, pero aquí estás tú ahora, siendo el jugador de hockey que todo el mundo quiere en su equipo.

Bajé la vista hacia la mesa, porque me daba miedo echarme a llorar como un niño pequeño si lo miraba a los ojos. Ya estaba teniendo que parpadear con fuerza para contener las lágrimas, así que estaba seguro de que el contacto visual con mi padre acabaría con cualquier rastro de resistencia que me quedase.

—Y eso es genial, de verdad, está muy bien —siguió diciendo, antes de posarme una mano en el hombro con delicadeza—, pero

sigue siendo solo un deporte, hijo. El hockey no es más que *un deporte*. No es cuestión de vida o muerte, aunque a veces pueda parecértelo. Tú solo tienes que esforzarte al máximo para jugar lo mejor posible, nada más. Nadie se va a morir si ganas, y nadie se va a morir si pierdes. Estaremos bien, todos nosotros, sin importar lo que ocurra sobre la pista de hielo y, además, ¿a quién narices le importan los ojeadores? Que los ojeadores se preocupen por sí mismos.

Entonces sí que alcé la vista hacia mi padre porque, *joder*, solo él sabía cómo hacer que aquello pareciese tan sencillo, y yo me moría por creerle.

—El que te hayas peleado con Ben Worthington ha sido una idiotez, Al, pero todo saldrá bien. *Ya lo verás.*

Asentí con la cabeza, porque no me atrevía a decir nada.

Para empezar, no me merecía unos padres tan geniales. Siempre me apoyaban en todo lo que hiciese, por eso tenía ganas de darme una paliza a mí mismo por haber sido tan idiota y haberles causado más estrés del que ya tenían que soportar, porque ¿en qué narices había estado pensando?

Pero, además de eso, seguía acojonado por las consecuencias legales que se me avecinaban por lo que había hecho.

—Todo va a salir bien, Al —tranquilizó mi madre, acercándose a mí y abrazándome con fuerza—. Saldremos de esta, pase lo que pase.

—Lo siento —dije, sintiéndome de nuevo como un niño pequeño y asustado entre sus brazos, y ella me dio un beso en la coronilla para tratar de consolarme.

—No pasa nada, cariño. —Me revolvió el pelo y repitió—: No pasa nada.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Dani

Me estaba poniendo las botas tratando de no hacer ruido cuando mi madre salió de su habitación.

Y se detuvo de golpe al verme.

—¿A dónde te crees que vas a las…? —Bajó la mirada hacia su reloj—. ¿Seis y cuarenta y cinco de la mañana?

No podía mentirle cuando ya me había puesto el abrigo, el gorro y los guantes y prácticamente tenía una mano en el pomo de la puerta.

—Yo… eh… tengo que hablar con Benji sobre algo antes de que se vaya a entrenar —dije, como si aquello tuviese algún sentido.

—¿Es que ahora sois amigos? —me preguntó mi madre, claramente sorprendida.

—En realidad no, pero tengo que hablar con él —respondí vagamente, porque quería que lo dejase estar.

Y necesitaba marcharme cuanto antes si quería llegar a tiempo.

—Bueno, pues me alegro de que ya estés levantada porque tenemos que hablar de *todo este lío* con tu padre —dijo, mucho más seria que de costumbre.

Lo que no me sorprendió en absoluto, y supuse que era justo.

—¿Tú sabías que iba a venir, cariño? —me preguntó.

Por favor, aún no.

Necesitaba lidiar con una pesadilla antes de pasar a la siguiente.

—Eh, no —dije, negando con la cabeza—. Escucha, mamá, de verdad que tengo que hablar con Benji antes de que se marche a entrenar, ¿podemos hablar de esto cuando vuelva?

Suspiró con pesar.

—Vale. Yo tengo que pasarme por el Knowlan a comprar azúcar, pero en cuanto vuelva de la tienda, hablaremos.

—Gracias —dije, abriendo la puerta de un tirón y bajar las

escaleras a la carrera.

Afuera casi no había luz cuando rodeé el garaje y me deslicé sin hacer ruido a través de los arbustos que separaban nuestro jardín del de Benji. No tenía muchas ganas de despertar al padre de Benji cuando llamé al timbre, pero estaba demasiado desesperada como para preocuparme por ser educada en ese momento.

Aquello era una emergencia.

Pero la puerta se abrió unos segundos después de que hubiese llamado, y ahí estaba Benji, ya vestido con la sudadera y los pantalones de chándal de la Academia St. John.

Como si hubiese estado a punto de marcharse.

Y, Dios, su cara.

Desde luego tenía el ojo morado y su nariz *no* tenía buen aspecto. Estaba hinchada y se parecía un poco a la nariz de Mr. Potato.

Se me revolvió el estómago al mirarlo, y no estaba segura de si era por el aspecto tan desagradable que tenía o porque su rostro era una prueba irrefutable que podría usar contra Alec si quisiese.

—¿Dani?

Sí, a mí también me sorprende estar aquí a estas horas.

—¿Podemos hablar un momento, Ben? —le pregunté, echando un vistazo a su espalda para comprobar si su padre también estaba en casa.

—No está aquí —dijo Benji—. Entra.

Le seguí al interior, de brazos cruzados, sin saber por dónde se suponía que debía empezar.

—¿Qué pasa? —me preguntó mientras cerraba la puerta, pero los dos sabíamos perfectamente que aquello tenía que ver con su cara y con lo que había ocurrido la noche anterior.

Respiré hondo e intenté pensar algún argumento inteligente con el que convencerle, pero al final acabé soltando:

—Por favor, no le denuncies, Ben.

Él abrió la boca como si fuese a decir algo, pero lo interrumpí alzando una mano.

—Sé que os odiáis y estoy segura de que en este momento denunciarlo te parece una idea fantástica. Y sé que *no debería* haberte pegado. Pero lo único que pretendía, a su manera, era

defenderme, así que me siento responsable en parte de lo que ocurrió.

Estaba hablando de forma atropellada, mientras él me observaba con calma.

Y no tenía ni idea de en qué podía estar pensando en ese momento.

—No te merecías que te atacase pero, te lo suplico, como amiga que te conoce de toda la vida. —Le miré directamente a los ojos y recé porque tuviese algo de corazón—. ¿Podrías *por favor* fingir que todo esto no ha pasado?

—¿Y cómo se supone que voy a hacer eso? —me preguntó, al tiempo que señalaba su rostro magullado.

—A ver, juegas al hockey —dije—. Siempre podrías decir que te lo hiciste en la pista, nadie…

—No pienso permitir que Barczewski se salga con la suya, Dani —me interrumpió, negando con la cabeza.

—Pero ¿es que no entiendes que podrías arruinar su futuro…?

—*Él* se lo ha buscado, no yo —espetó, y me observó con los ojos entrecerrados—. ¿Y es que no *entiendes* lo injusto que es que *él* pueda seguir comportándose de este modo y aun así conseguir todo lo que siempre ha querido?

—Entiendo que puedas verlo así —me obligué a decir, aunque en realidad lo odiaba por ser tan vengativo.

—No es que yo lo vea así, es que *es* así. Voy a serte sincero, la idea de que toda esta mierda le estalle en la cara y acabe con su futuro no me importa en lo más mínimo. De hecho, me encantaría que eso pasase, joder. Pero *yo* no soy el culpable de que eso ocurra. Fue *él*, ese idiota impulsivo de clase media, quien decidió abalanzarse sobre mí.

—Por favor —le supliqué, y estaba a punto de echarme a llorar—. Te lo suplico, Benji, por favor no…

—*Ben* —espetó.

—Ben, vamos… —dije, asustada—. Confía en mí, si no lo denuncias tampoco va a conseguir todo lo que siempre ha querido.

—Oh, ya lo creo que lo hará —replicó, y estaba claro que aquello era lo único que le importaba.

—¿Qué puedo hacer para convencerte, Ben? —Parpadeé con fuerza porque no quería echarme a llorar en ese momento, pero sabía que no estaba consiguiendo convencerlo y aquello me aterraba —. Por favor, dime qué es lo que puedo hacer.

—No hay nada… En realidad... —Me observó con los ojos entornados, como el villano de una película de superhéroes al tramar su plan malvado. El corazón me latía acelerado cuando siguió hablando—: Ah. ¿Sabes? *Sí* que hay algo que podrías hacer.

—¿El qué? —pregunté, con el miedo apoderándose de mí.

—No es nada ilegal, relájate —me dijo, con una sonrisa socarrona, como si aquello le pareciese de lo más divertido—. Pero si no quieres que lo denuncie, vas a tener que romper con él.

—¿Qué?

Me quedé mirando fijamente su rostro magullado y cubierto de estúpido vello facial sin poder creerme lo que acababa de oír.

No me podía estar pidiendo en serio que rompiese con Alec.

Eso… era imposible, ¿no?

Pero entonces asintió y me observó alegre, casi emocionado.

—Tampoco es como si llevaseis juntos toda la vida, no te estoy pidiendo que te divorcies de tu marido y, además, él va a fichar por algún equipo profesional en cuanto se gradúe, así que de todos modos tampoco ibais a poder estar juntos mucho tiempo más.

Era mucho más capullo de lo que había imaginado.

—Pero… ¿por qué quieres que rompa con él? —Puede que Benji estuviese colado por mí cuando éramos críos, pero estaba claro que ya no sentía lo mismo, así que aquello no tenía ningún sentido.

—Porque *tú* eres lo que él siempre ha querido —repuso, encogiéndose de hombros como si fuese de lo más evidente—. Así que es perfecto.

—No, no pienso hacerlo, y esto… es ridículo —dije, con el estómago revuelto y ganas de vomitar, porque estaba claro que Benji lo decía en serio.

Me está ordenando que rompa con Alec.

—Es ridículamente *sencillo* —espetó—. Tú rompes con él y yo me olvido de todo esto. No lo haces y me voy a la comisaria a denunciarlo.

Sí que era el capullo arrogante que Alec siempre había dicho que era.

Pero también me había fijado en el brillo aterrado que había cobrado la mirada de Alec al darse cuenta de que con aquella pelea podía haber puesto en peligro su oportunidad de ser el pilar de su familia, de todo el maldito pueblo, y no quería volver a ver ese brillo en sus ojos nunca más.

Así que solo me quedaba una opción.

Tenía que romper con él.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Alec

El corazón casi me dejó de latir por un momento cuando escuché el timbre de mi casa.

Mis padres se habían ido a las ocho de la mañana a llevar a Ashton y a Cole al partido de baloncesto que tenían , así que yo me había dedicado a intentar ignorar al resto del mundo encerrado en mi cuarto y a ponerme al día con las clases, porque tenía muchas tareas que hacer. De veras que, cuando eché un vistazo a través de la ventana que había junto a la puerta, esperaba ver un coche de policía aparcado enfrente de mi casa así que, cuando abrí la puerta y me encontré a Dani, de pie ahí en medio, bajo la brillante luz de la mañana, me sentí increíblemente aliviado.

Aliviado de que no fuese nada malo, y también aliviado de que no hubiese decidido comportarse como si no me conociese de nada después de lo que había ocurrido la noche anterior.

Estaba allí de pie, en medio del porche, hecha un ovillo con su enorme abrigo y su cabello recogido en una trenza suelta, y yo nunca me había alegrado tanto de ver a una persona en mi vida.

—¿Es que esto se va a volver costumbre? ¿Lo de que te presentes por las mañanas en mi casa? —le pregunté, abriéndole la puerta del todo e invitándola a entrar.

—Tu cara… —dijo, parpadeando rápidamente y alzando una mano hacia mi rostro como si fuese a acariciarme la mejilla, con el ceño fruncido por la preocupación.

Pero entonces volvió a dejar caer la mano a un lado.

—¿Te duele mucho? —me preguntó.

—Más bien me escuece muchísimo —admití, a lo que ella asintió como respuesta antes de adentrarse en mi casa.

Cerré la puerta a su espalda y la seguí, antes de darme cuenta, cuando Dani se detuvo junto al sofá, pero sin llegar a sentarse, de

que estábamos solos en casa.

Interesante.

—Eh… ¿qué tal tienes la mano? —Se cruzó de brazos y me observó nerviosa—. ¿Sigue hinchada?

Bajé la mirada hacia allí y la cerré en un puño.

—No mucho.

—Ah. Genial. —Carraspeó con fuerza y volvió a asentir—. ¿Y el hombro?

—¿Estás… nerviosa? —le pregunté, acercándome a ella—. Pareces un poco tensa.

—*N-no* —repuso, al tiempo que retrocedía un paso.

Alejándose de mí.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté, al darme cuenta de que no me estaba mirando a los ojos y de que parecía increíblemente triste —. ¿Qué te pasa?

—Nada. —Apretó los labios con fuerza antes de seguir hablando—. Es solo que… la cosa es que…

¿Qué está pasando?

—Yo… eh… bueno… todo este asunto con mi padre es un poco complicado —dijo, y aquellas palabras surgieron de entre sus labios como si le estuviese costando un mundo hilarlas y expresar lo que quería decir—. Y no tengo ni idea de qué es lo que va a ocurrir. Puede que tenga que marcharme de nuevo, o puede que no, pero… creo que, ahora mismo, que tú tienes que preocuparte solo por tu carrera en el hockey y yo tengo todo mi futuro en el aire, lo mejor será… como que… que nos demos un tiempo.

Un. Tiempo.

¿¿Un tiempo??

—¿Qué quieres decir? —le pregunté, con calma, porque ¿qué narices quería decir con eso?

¿Quería que nos diésemos un tiempo de nuestra relación que no había durado ni veinticuatro horas?

Aquello no podía estar pasando.

—Lo que quiero decir es, como que… —repuso—, que tú no puedes permitirte ninguna distracción ahora mismo.

—No —solté, negando con la cabeza, porque necesitaba que

comprendiese que yo no quería eso—. Tú no eres ninguna una distracción…

—La pelea de anoche demuestra justo lo contrario —me interrumpió, crujiéndose los nudillos.

Nunca la había visto hacer eso.

—Sí, pero…

—Alec —dijo, interrumpiéndome de nuevo—. De verdad que creo como que no es el momento adecuado. Quizás deberíamos, como, esperar, como…

—Has dicho «como» unas quince veces desde que has entrado por esa puerta —repuse, sin querer sonar impaciente, pero es que no comprendía qué estaba pasando—. Tú no eres así, Harvard. ¿A qué narices viene todo esto?

—*No es por nada* —respondió, encogiéndose de hombros, antes de recorrer la estancia con la mirada—. Es que todo esto me supera ahora mismo. Entre lo de mi padre y el instituto y tú y el hockey, solo necesito algo de tiempo…

—Espera un momento. ¿Estás rompiendo conmigo?

Entonces, por fin, me miró a los ojos y, joder, había dado justo en el clavo.

Eso era exactamente lo que estaba haciendo.

Estaba rompiendo. Conmigo.

—A ver, yo… —dijo.

—Déjate de tonterías, Dani, vamos —dije, y me dolía el pecho de solo verla tartamudear. Aquello no podía estar pasando—. ¿Qué ha ocurrido entre anoche y esta mañana?

—¿No te acuerdas? —me preguntó en un murmullo.

—Espera… ¿esto es por la pelea?

Volvió a rehuir mi mirada antes de responder.

—A ver, me dio un poco de miedo verte así, tan enfadado…

—Mentira —interrumpí, porque cualquiera podría haberse dado cuenta de que estaba mintiendo—. Te lanzaste en medio de la pelea para detenerme y te pusiste a gritarme a la cara. Tú *nunca* me has tenido miedo, Collins, jamás, *venga ya*. ¿Por qué no me dices la verdad?

—Vale, bien —soltó, parpadeando rápidamente, como si estuviese

tratando de encontrar otro motivo razonable al ver que había desestimado el último. ¿A qué demonios venía todo eso? Respiró hondo antes de seguir—. Lo prometiste.

—*¿Qué?*

—Me prometiste que podría ser yo quien decidiese cuándo rompiésemos, que yo podría…

—Cuando lo nuestro era solo una farsa —la interrumpí, negando con la cabeza.

¿Qué narices está pasando?

—… decidir cuándo poner punto y final, y eso es lo que estoy haciendo. Estoy poniendo punto y final a lo nuestro.

Clavé la mirada en aquellos preciosos ojos marrones y me sentí completamente perdido, sobre todo cuando vi cómo una lágrima rebelde se escapaba de entre sus párpados y se deslizaba por su mejilla.

—Pero es que todo esto no tiene ningún sentido —espeté, antes de acercarme a ella y apartarle un largo mechón rizado que se le había escapado de la trenza. Tenía los ojos anegados de lágrimas (*¿qué demonios?*), por lo que me apresuré a suavizar el tono y me incliné hacia ella, y se me encogió el corazón al oírla respirar entrecortadamente—. Anoche me miraste a los ojos, en medio de la pista de hielo, y me dijiste que querías que lo nuestro fuese real, cariño. Fuiste *tú* quien lo dijo. Así que, por favor, explícame qué ha pasado entre entonces y ahora.

Dani se secó las lágrimas a toda prisa y negó con la cabeza.

—Es solo que…

—¿Por qué estás *llorando* si esto es lo que quieres de verdad? —le pregunté, porque aquello no tenía ningún sentido, nada de eso lo tenía. Parecía devastada, como si tuviese el maldito corazón roto mientras intentaba romperme también el mío, y no lograba comprenderlo.

Tomé su rostro con delicadeza entre mis manos para tratar de consolarla, pero ella se limitó a parpadear y a mirarme a los ojos, y entonces, de repente, bajé los labios hacia los suyos, necesitado, *desesperado* por convencerla de que no lo hiciese. Nuestras bocas se encontraron como si la estuviese retando a que me demostrase

que lo decía en serio, que quería romper de verdad conmigo, por ridículo que eso me pareciese.

La letra de «Lose Me Like You Mean It» comenzó a resonar en mi cabeza.

All I need is

For you to look me in the eyes, make me believe it[6]

Y *joder*.

Un roce. Un roce de nuestros labios fue lo único que hizo falta para que me devolviese el beso, tan desesperada y necesitada como yo, besándonos como si ninguno de los dos pudiese soportar lo que ella estaba diciendo. Llevó las manos hacia las mías, cubriéndolas, diez dedos temblorosos presionando mis palmas contra sus mejillas, mientras me devolvía el beso con desesperación, caricia a caricia, pero entonces ahogó un sollozo sobre mis labios y me apartó las manos.

—*No* —sollozó, sacudiendo la cabeza, antes de alejarse de mí—. Estás equivocado, Alec. Solo estoy llorando porque eres mi amigo y no quiero hacerte daño.

—Pues *no lo hagas* —repuse, luchando por respirar mientras el pánico comenzaba a apoderarse de mí—. Collins…

«No quiero hacerte daño».

Dejé la frase en el aire porque *joder, espera.*

«No quiero hacerte daño».

¿Es que se sentía *mal* por mí? ¿Es que estaba intentando rechazarme con delicadeza, por el bien del pobre y dulce Alec? ¿Era eso?

—Pero me lo prometiste —repitió, suplicante.

Como si estuviese desesperada porque me acordase de esa pequeña cláusula de nuestro trato.

Y, al mirarla a los ojos, me di cuenta de que no tenía otra opción.

Si Dani quería que lo nuestro se acabase, se acabaría.

Porque ya me había cansado de suplicarle que se quedase a mi lado.

If we're going out, we're going up in flames, baby[7]

Me dolía el pecho de la vergüenza cuando clavé la mirada en su precioso rostro y me di cuenta de que lo había vuelto a hacer. Joder, me había enamorado perdidamente de la única chica a la que siempre había querido, de la única que sabía lo que tenía que hacer para romperme el corazón en mil pedazos.

—Sigues siendo la misma Dani de siempre, ¿eh? —solté, apretando los dientes con fuerza para tratar de mantener a raya el dolor que me atravesó el pecho de repente, como el filo de un cuchillo. Retrocedí de una zancada, alejándome de ella todo lo posible—. Me vuelves a dejar atrás. Al menos esta vez no tienes por qué ignorar mis cartas para hacerlo.

—*¿Qué?*

—Por cierto ¿cómo pudiste? —le pregunté, enfadado porque me estuviese mirando como si no comprendiese de qué estaba hablando, porque estaba harto de sus mentiras. Tenía el corazón roto de nuevo, y todo era por su culpa, otra vez, y de repente necesitaba que respondiese a la maldita pregunta que llevaba años atormentándome—. ¿Cómo pudiste abandonarme cuando más te necesitaba? Te escribí cada maldita semana, incluso rompí nuestras estúpidas reglas y te supliqué que te quedases a mi lado, porque te necesitaba, pero a ti eso te dio igual, ni siquiera te importó lo suficiente como para responderme, aunque fuese para decirme que te dejase en paz. ¿Cómo…?

—¿De qué estás hablando? —me interrumpió, mirándome como si creyese que me había vuelto loco.

Y en ese momento me di cuenta, mientras me observaba atentamente, con su rostro desgarradoramente precioso bañado en lágrimas, que en realidad aquello ya *no me importaba*.

Porque Dani Collins era, y siempre sería, lo que había sido para mí toda mi vida.

La chica de la que yo me había enamorado pero que nunca me había llegado a querer.

—Nada, olvídalo —repuse, enfadado conmigo mismo por haber sido tan tonto. Cabreado con ella por haberme hecho esto otra vez

—. Me acabo de dar cuenta de que lo único con lo que siempre puedo contar es con que jamás puedo contar contigo.

Dani soltó una especie de gemido ahogado y ronco.

—Alec… —empezó a decir.

—*No*. —Negué con la cabeza, incrédulo (*¿cómo he podido ser tan estúpido?*), y bajé la mirada hacia la alfombra. No quería mirarla a la cara, no quería verla, porque estaba a punto de hundirme y suplicarle de rodillas que no me dejase.

De echarme a llorar.

—Creo que deberías irte —fue lo único que logré decir, con un dolor ardiente en el pecho.

—Alec, yo… —la oí sollozar.

—*Vete*.

—Vale —respondió en apenas un susurro y, unos segundos después, se había marchado.

6. Lo único que necesito / Es que me mires a los ojos, que me obligues a creerte
7. Si lo nuestro se va a acabar, que sea ardiendo en llamas, cariño

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Dani

Todo irá bien, es lo mejor que podías hacer.

No paraba de repetirme aquello una y otra vez mientras volvía a casa, helada de frío, tratando de justificar mi comportamiento, pero aquello no me servía para olvidarme de su rostro.

Dios, cómo me ha mirado…

¿Cómo se suponía que iba a poder parar de llorar si mi memoria no dejaba de recordármelo una y otra vez? Cada vez que parecía que iba a conseguir calmarme por fin, dejar de sollozar mientras avanzaba por la calle a trompicones de vuelta a casa, me acordaba de su rostro y de esa expresión de absoluta sorpresa y traición que se había apoderado de él al decirme: «¿Estás rompiendo conmigo?», y entonces me echaba a llorar de nuevo.

Cuando llegué a casa, hice todo lo posible por secarme las lágrimas y dejar de sollozar antes de entrar. Con suerte podría escabullirme hasta mi habitación para lamerme las heridas a solas antes de que mi madre volviese de la tienda.

Pero, en cuanto crucé la puerta, allí estaba ella, sentada en el sofá del salón, observándome con preocupación.

Por un momento pensé que lo sabía.

Pero entonces dijo:

—Cariño, ha habido un pequeño cambio de planes.

—No sé qué quieres decir con eso —solté, al tiempo que me quitaba las botas, porque estaba demasiado cansada incluso como para tratar de adivinar de qué estaba hablando.

—Oye, ¿estás bien? —me preguntó, recorriéndome el rostro lleno de surcos de lágrimas con la mirada.

Era imposible que no se diese cuenta de que había estado llorando, pero estaba demasiado cansada como para hablar del tema.

—¿Qué el cambio de planes? —le pregunté, porque no me apetecía hablar de lo mal que me encontraba.

—Bueno —dijo, frunciendo el ceño y observándome con preocupación—. Tu padre ha tenido que tomar un vuelo un poco más temprano de lo previsto, así que me ha pedido que te dijese que te llamaría en cuanto aterrizase en Alemania.

Entonces carraspeó con fuerza y la casa se sumió en un silencio ensordecedor mientras yo trataba de asimilar lo que me acababa de decir.

—¿Por qué ha tenido que tomar un vuelo más temprano? —le pregunté, dejando el abrigo sobre el banco que había junto a la entrada, aunque ya sabía la respuesta—. ¿Ha pasado algo?

—Eh… no sé los detalles —repuso, encogiéndose de hombros—. Creo que ha sido porque quería llegar a la base cuanto antes, ya sabes cómo son las cosas con los vuelos internacionales.

Asentí, sorprendida cuando volví a sentir esa pesadez oprimiéndome el pecho, el enorme peso de la decepción. Pensaba que, después de lo que había ocurrido en casa de Alec, ya no me quedaría nada que sentir.

—¿Ha dicho…? —Me costó terminar la pregunta, pero después la solté como quien se quita una tirita, de golpe, solo porque necesitaba que alguien me lo confirmase—. No va a aceptar el puesto en Offutt, ¿verdad?

Mi madre me observó como si no supiese qué responder.

—¿Verdad? —repetí—. Vamos, no hace falta que me mientas, no pasa nada.

—Se va a quedar en Alemania. —Se cruzó de brazos antes de añadir—: Lo siento mucho, cariño.

Asentí, y no pude evitar acordarme de lo que le había gritado el abuelo anoche en el aparcamiento.

«Si tu hija te importase lo más mínimo, aceptarías cualquier maldito trabajo en este país solo para estar cerca suya».

«Te mudarías a Offutt hoy mismo, incluso aunque odiases ese sitio, solo para poder verla de vez en cuando».

«Aceptarías cualquier migaja que te diese solo porque es tu hija y te importa».

—Así que se ha ido —repuse, tragando con fuerza, porque me sentía como si tuviese una piedra atorada en la garganta—. Sin siquiera llamarme o hablar conmigo antes de montarse a ese avión.

Era mi padre, y también era el coronel, pero por algún motivo tenía la sensación de que aquello era justo lo que haría un crío enfadado, marcharse sin despedirse después de no salirse con la suya.

—Ven aquí, cariño —me pidió mamá, dándole un par de golpecitos al sofá, justo a su lado.

Me acerqué y me dejé caer sobre los cojines, y entonces ella me abrazó con fuerza, tratando de reconfortarme. Ya no me quedaban lágrimas que derramar, *gracias a Dios*, pero cerré los ojos y me acurruqué contra su costado en busca de algo de consuelo.

—Tu padre te quiere muchísimo —me dijo, dándome un beso en la coronilla—. Y yo jamás lo odiaré, haga lo que haga, porque siempre será tu padre. Y *quiero* que forme parte de tu vida.

—Lo sé —dije, sintiéndome como una mierda por no haberle hablado antes de lo que papá tenía planeado.

—Pero esta vez se ha *pasado de la raya* al intentar que te mudases con él de *esa* forma. Lo sabes, ¿verdad?

—Siento mucho no habértelo contado —solté, y me sorprendí al descubrir que aún me quedaban lágrimas por derramar. Me las sequé a toda prisa antes de seguir hablando—. Me encanta vivir aquí contigo. Creo que me sorprendió tanto que él intentase que me mudase con él que… no sé, quizás tampoco quise rechazar su idea desde el principio para no ofenderle.

—Y lo entiendo —me dijo, acariciándome el brazo con delicadeza —. Pero créeme, todo se vuelve mucho más fácil cuando eres sincera con aquellos a los que amas. Sé que no siempre es divertido, pero sí mucho más sencillo.

Asentí, pero tenía un nudo en la garganta que me impedía hablar, porque aquello me hizo acordarme del rostro de Alec cuando me había dicho: «¿Por qué no me dices la verdad?».

—¿De *verdad* te gusta vivir aquí, hija? —me preguntó—. Porque el que a mí me guste no quiere decir que a ti tenga por qué gustarte también, ¿lo sabes, no?

—Sí que me gusta, de verdad —admití, pero no pude evitar echarme a llorar de nuevo.

—Ay, cariño, ¿qué te pasa? —me preguntó mi madre, llevándome las manos a las mejillas y examinando mi rostro con la mirada—. Dime qué es lo que te ocurre.

Solté un hipido entre sollozos y le conté vagamente que Alec y yo habíamos roto.

—¿No puedes llamarle y resolver lo que quiera que haya pasado? —me preguntó, lo que era una pregunta bastante razonable, porque yo había optado por omitir los detalles más importantes de la historia.

—No —respondí, sonándome la nariz.

Y el no poder salir corriendo de vuelta a su casa para contarle la verdad me estaba matando, pero si lo hiciese estaría siendo egoísta. Si lo hiciese, me estaría comportando como lo haría mi padre, anteponiendo lo que *yo* quería a todo lo demás, y no pensaba a hacerlo.

No *podía* hacerlo.

Cuando recordé la expresión asustada de Alec de anoche, al pensar que cabía la posibilidad de que acabase de arruinarlo todo con esa estúpida pelea, supe que había hecho lo correcto.

—Se acabó para siempre —repuse con firmeza, como si aquello fuese lo que de verdad quisiese—. Y me alegro de que sea así.

El lunes por la mañana le dije a mi madre que no me encontraba bien. Estaba bastante segura de que ella sabía perfectamente que era mentira, pero se limitó a quedarse mirándome preocupada por un momento antes de llamar al instituto para avisar de que no iba a poder ir a clase.

Me quedé encerrada en mi cuarto todo el día, hecha un ovillo bajo las sábanas, viendo un capítulo de un *reality* basura tras otro. Oí a mi abuelo trastear en la planta de abajo, pero no fue hasta que sonó el timbre a las seis de la tarde que se percató de que yo también estaba allí.

—Dani, baja —me pidió a gritos—. Han venido tus amigas a verte.

Contuve el aliento y me levanté de un salto de la cama para acercarme a la ventana a la carrera, y cuando vi el coche de Cassie aparcado en la calle me sentí aliviada y decepcionada a partes iguales por no ver a Burrito.

Te equivocas, abuelo, yo no tengo amigos propios, pensé. *En realidad todos son suyos.*

No quería enfrentarme a ellos, pero supuse que sería mejor que me gritasen aquí que en clase. Ni siquiera me molesté en echarme un vistazo rápido en el espejo antes de bajar porque sabía perfectamente lo que iba a encontrarme como lo hiciese. Tenía el pelo enredado y hecho un asco, y llevaba con el mismo pijama puesto veinticuatro horas; desde luego, guapa no estaba.

Pero me daba igual.

Bajé las escaleras con un nudo en el estómago.

Pero, cuando llegué abajo, me sorprendió encontrarme al abuelo Mick sonriendo.

—… así que hiciste un muy buen trabajo, pero tenía que parar constantemente cuando quería cambiar de dirección.

Cassie estaba hablando con mi abuelo del partido de hockey de calle que habíamos jugado, comportándose como la típica Cassie divertida de siempre, y parecía tenerlo comiendo de la palma de su mano.

—Bueno, chica —dijo Lillie, con una sonrisa, al volverse a mirarme desde donde estaba sentada en el sofá, junto a Liz—. Creía que solo estabas haciendo pellas porque no te apetecía ir a clase, pero lo cierto es que tienes un aspecto horrible.

Que empiecen las burlas…

—No tienes un aspecto horrible —repuso Cassie—. Tan solo pareces… *muy cómoda*.

—Estoy de acuerdo con Lillie —dijo el abuelo Mick—. Y menudo pelo me llevas.

—Vaya, gracias por el cumplido. —*Dios, no quiero tener que enfrentarme a ellos*. Estaba muy nerviosa por tener que quedarme a solas con ellas, porque me daba miedo que me odiasen. Porque seguro que a esas alturas ya se habían enterado de que Alec y yo

habíamos roto y probablemente se estaban preguntando qué clase de novia horrible rompería con su novio a estas alturas del campeonato.

Deben de odiarme.

Y aquello me dolió casi tanto como tener que dejar a Alec.

Siempre había sabido que aquello acabaría pasando, pero creía que el perderlas como amigas no me dolería tanto.

—Tienes que recuperarte para mañana —dijo Cassie, ordenándome con un gesto de la mano que me sentase a su lado en el sofá—. Me da igual si no puedes dejar de vomitar, vas a subirte conmigo en ese autobús.

—¿Qué? —Me dejé caer entre ella y Liz—. ¿De qué autobús estás hablando?

Aquello la hizo lanzarme una mirada extrañada.

—El partido es el miércoles, la segunda encargada del equipo debería saberlo, pero nos vamos mañana.

—¿Es que no lo sabías? —me preguntó el abuelo Mick, observándome con los ojos entrecerrados.

—Yo…

No llegué a terminar la frase, porque no sabía qué se suponía que debía decir, pero justo en ese momento comenzó a sonar el teléfono de mi abuelo, salvándome de tener que responder.

—Tengo que contestar —dijo, poniéndose de pie y saliendo de la habitación.

—Vale, habla, y rápido —murmuró Cassie, volviéndose a mirarme y bajando la voz.

—Kyle nos ha contado lo que ocurrió después del partido —explicó Lillie.

—¿En serio? —solté, sin poder evitar preguntarme qué les habría contado.

—No me puedo creer que Zeus le patease el trasero a Ben Worthington —habló, hablando rápido y quizás también demasiado alto—. Es lo único de lo que hablaban los chicos hoy. Kyle cree que, como nos tenemos que enfrentar a la Academia St. John en los cuartos de final el miércoles, lo más probable es que Ben hiciese todo eso a propósito, para obligar a Zeus a que le pegase y así

intentar que le prohibiesen jugar.

Espera. ¿Íbamos a tener que enfrentarnos al *St. John* en los cuartos de final?

¿Cómo era posible que se me hubiese pasado eso por alto?

Ahora el que Benji me hubiese pedido que rompiese con Alec tenía mucho *más* sentido

Dios, cuánto lo odio.

—Lo raro es que no ha pasado nada —comentó Cassie, antes de tomar el mando a distancia que había en la mesa de centro y encender la televisión—. Al final no lo denunció.

—Vin cree que es porque los chicos del St. John estaban borrachos cuando ocurrió todo. Lo único que sé es que todo el mundo lo odia, así que supongo que esto es lo mejor que podría haber ocurrido. Todos saben que le han dado una paliza, pero nadie tiene ni idea de quién ha sido.

—Ya. —Me sentía inquieta y a la vez aliviada por haber confirmado que Ben *no* había ido a comisaría a denunciar a Alec.

—Según Kyle, todo esto podría haberse vuelto un asunto grave muy rápido, porque Zeus ya tiene dieciocho años. La primera vez que lo arrestaron aún era menor de edad, así que, aunque se retiraron los cargos, la policía podría haber pensado que esta segunda vez demuestra una especie de patrón o algo así.

—Espera… ¿*arrestaron* a Alec? —repetí.

—Fue hace mucho tiempo —me aseguró Cassie, preocupada, como si le diese miedo haber revelado un secreto sin querer.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Cuando el padre de Z tuvo el accidente, así que un par de años, supongo. Se pelearon en una fiesta y, al día siguiente, la policía se presentó en el hospital para arrestarlo por un delito de agresión con agravantes.

—Espera. ¿Lo arrestaron cuando estaba *en el hospital*? —le pregunté, horrorizada.

—Ah, sí —dijo Cassie—. Los padres de Ben acabaron retirando los cargos, porque resultó que había sido Ben quien había dado el primer golpe, pero todos tuvimos bastante miedo por Alec durante una buena temporada. La madre de Ben y su marido son los dos

abogados, y se *negaban* a dejarlo pasar.

No me extraña que Alec lo odie tanto.

—Así que es un milagro que Ben haya decidido no ser tan Ben en esta ocasión —añadió Lillie.

Oh, pero el caso es que Ben sí que se ha comportado como el capullo de siempre.

—Creo que incluso a Alec le ha sorprendido, porque se niega a hablar de ello. Con nadie. Si alguien saca el tema, les dice que cierren el pico. Está súper borde sin ti, así que tienes que venir a clase mañana sí o sí.

No tenía ganas de admitirlo en voz alta, pero debía decírselo. Por eso carraspeé con fuerza y me armé de valor.

—En realidad, eh… —murmuré—, Alec y yo hemos roto.

—Sí, ese es el otro motivo por el que hemos venido a verte —repuso Cassie, esbozando una sonrisa triste y observándome con la cabeza ladeada—. ¿Estás bien?

¿Qué?

Asentí, porque no alcanzaba a comprender qué estaban haciendo aquí entonces y por qué estaban siendo tan buenas conmigo cuando sabían que Alec y yo ya no estábamos juntos.

—Escuchad —dije, con la voz tan ronca que parecía la rana Gustavo—. Sé que es vuestro amigo, así que entenderé si…

—Y tú también —me interrumpió Lillie.

—Sí, pero él fue vuestro amigo antes así que…

—¿Y eso qué más da? —repuso Liz, mirándome como si pensase que estaba siendo ridícula—. No nos vamos a poner de su parte solo porque él nos conociese primero o algo así.

—Lo sé, pero…

—Tú también eres nuestra amiga, y estaremos a tu lado pase lo que pase —dijo Cassie, señalándome con el mando a distancia—. Incluso aunque también queramos a Zeus.

Entonces… ¿esto es real?

Me quedé mirándolas un buen rato, a mis *amigas* de verdad, y me entraron ganas de echarme a llorar de nuevo.

Pero esta vez eran lágrimas de alegría.

Porque aquello nunca me había pasado. Nunca había encontrado

algo *así* en ninguna parte, en ninguno de los lugares en los que había vivido, por mucho que lo hubiese intentado.

¿Es que por fin he encontrado mi sitio?

Hice esa idea a un lado de inmediato porque, aunque fuesen mis amigas de verdad, eso no cambiaba el hecho de que quizás había arruinado todo lo demás.

—Y mañana nos lo vamos a pasar genial las dos juntas, tanto que te vas a acabar olvidando de él, ya lo verás —añadió Cassie con una sonrisa, antes de marcharse—. Mi padre me ha dicho que la policía se va a encargar de escoltar el autobús del equipo hasta las afueras de Southview, va a ser una maldita locura.

Sonreí porque, *pues claro* que ese pueblo le pondría una escolta policial al equipo de hockey del instituto.

Pero yo no iría montada en ese autobús.

No podía hacerlo.

Ya había hecho suficiente.

Así que, a la mañana siguiente, le dije a mi madre que me seguía doliendo el estómago (lo que no era del todo mentira). Ella volvió a llamar al instituto para avisar de que seguía enferma y yo pensé que con eso ya me habría librado, pero todo cambió cuando mi abuelo llamó a la puerta de mi habitación después de que mi madre se marchase a trabajar.

—Pequeña —le oí decir al otro lado de la puerta.

—¿Sí? —pregunté, bajándome de la cama y guardar la bolsa de ositos de gominola en el cajón de la mesilla.

—¿Puedo pasar?

—Hola —le saludé, sorbiendo por la nariz, al tiempo que le abría la puerta—. ¿Qué pasa?

Él me observó con el ceño fruncido y dijo:

—Vístete, te llevo a clase.

—¿Cómo?

No podía estar diciéndolo en serio.

—No puedo ir a clase —repuse, tratando de aparentar que estaba muy enferma, incluso poniendo la voz ronca—. Estoy mala.

—Mentirosa.

—¡Abuelo!

—Te has comprometido con el equipo y tienes que cumplir tu promesa. Me da igual que hayas roto con tu novio o lo que sea que te esté pasando, tú no eres ninguna cobarde.

—¿Cómo sabes lo de…?

—Sigo pudiendo oíros aunque esté en otra habitación, por el amor de Dios —soltó, disgustado.

—No puedo…

—Sí, claro que puedes, Danigirl —me interrumpió de nuevo.

Negué con la cabeza y tragué con fuerza, porque aquel apodo y la forma en que lo había dicho me dieron ganas de serle sincera, e hicieron que el corazón me doliese un poco más.

—No, no puedo.

Aquello le hizo fruncir aún más el ceño.

—Sí, claro que puedes. Ahora, vístete, te llevo al instituto.

Me quedé mirándolo fijamente por un momento, muda, y supe que no iba a dar su brazo a torcer. El hombre que una vez había jugado todo un partido con la muñeca rota no era capaz de concebir que alguien quisiese rendirse.

Sabía que era imposible que fuese a poder ganar esa pelea, así que me fui al baño y me hice una coleta.

Pero, cuando me paré a pensar en el instituto y en las clases, empecé a ponerme nerviosa. Iba a tener que enfrentarme a Alec, quien probablemente a estas alturas me odiaba.

¿Y si quería hablar del tema? Por como siempre había sido capaz de leerme la mente, ¿y si me miraba y *descubría* el trato que había hecho con Benji?

Antes de que pudiese darme cuenta de lo que estaba pasando, todo empezó a darme vueltas y sentí cómo me faltaba el aire. El corazón me latía acelerado y estaba sudando sin parar y… *Dios*, no podía detenerlo. Me llevé las manos a la cabeza y me repetí lo que siempre me decía en estos casos: «es solo tu cuerpo el que está sufriendo, tú estás bien», pero me faltaba el aire.

—Respira hondo, pequeña, respira hondo —oí decir y, cuando alcé la vista hacia el espejo, me encontré a mi abuelo en el umbral, observándome.

Él asintió una única vez con la cabeza antes de repetirlo.

—Inhala por la nariz y cuenta hasta cuatro. Todo va bien.

Lo intenté, pero seguía respirando demasiado rápido.

No estaba funcionando.

—Ven —dijo, para después agarrarme con fuerza de la mano y sacarme del baño a rastras. Lo seguí, temblorosa, y me sorprendió cuando abrió la puerta que daba al balcón. El aire gélido me heló la piel, incluso con el pijama y unos calcetines gruesos puestos.

—¡Abuelo, hace mucho frío! —me quejé—. Me…

—Pero ayuda —me interrumpió—. El frío ayuda. Céntrate solo en el frío que hace.

—Hace *mucho* frío —dije, lo que le hizo observarme con una ceja enarcada.

Y entonces sonrió.

Se quedó allí, en la puerta el balcón, durante un buen rato, sin decir nada, mientras yo lo recorría de un lado a otro, con las manos en la cabeza, recordándome que todo iba bien mientras me congelaba.

—¿Mejor? —me preguntó cuando por fin dejé de caminar.

—Mucho mejor —repuse con un carraspeo. El aire frío *sí* que me había ayudado a calmarme, y en ese momento le estaba ridículamente agradecida a ese gruñón gigante que había sabido lo que tenía que hacer para tranquilizarme—. Gracias, abuelo.

—Ahora, ¿por qué no volvemos dentro y me cuentas la verdad de por qué te ha dado un ataque de pánico al pensar en tener que ir a clase y al partido?

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Alec

No me puedo creer que Dani siga enferma.

Clavé la mirada en la ventana y subí el volumen de la música que resonaba con fuerza a través de mis auriculares, al tiempo que ignoraba la conversación que estaban manteniendo justo detrás de mí. Hoy iba a ser un día increíble, así que me negaba a tener que pensar en *ella*.

No cuando íbamos a ir al X a jugar los cuartos de final del campeonato estatal.

El autobús del equipo estaba rodeado por la escolta ceremonial de la policía de Southview, con los coches patrulla parpadeando mientras nos llevaban hasta las afueras del pueblo, y estaba intentando con todas mis fuerzas encontrar el equilibrio entre lo emocionado que me sentía y mantener la concentración.

—¿Has hablado hoy con ella, Zeus? —me preguntó Vinny, asomándose entre los asientos.

Kyle y él iban sentados justo detrás de mí.

—Nah —dije, negando con la cabeza y negándome a imaginar cómo estaría en este momento.

Kyle me lanzó una mirada preocupada, pero no dijo ni una sola palabra.

Él era el único que lo sabía.

Se lo había contado todo (lo que probablemente significase que a esas alturas Cass también debía estar al tanto), y cuando me había sugerido que lo guardásemos en secreto hasta después de la final para que nadie se asustase o se pusiese demasiado supersticioso, había aceptado sin dudarlo.

Porque no tenía ganas de hablar con nadie de lo ocurrido.

No podía hacerlo, joder.

Tanto ayer como hoy había seguido con mi vida como si nada,

siguiendo mi rutina de siempre, fingiendo que mi novia estaba enferma, pero no podía pensar en ella sin sentir miles de cosas distintas a la vez.

Así que había dejado de hacerlo.

Joder, me alegraba de que estuviese enferma.

Si hubiese estado aquí habría sido demasiado para mí.

Después de que se hubiese marchado aquella mañana, me había vuelto loco tratando de comprender qué narices había ocurrido para que las cosas se hubiesen ido a pique tan rápido, porque me había parecido sincera cuando me había dicho que aquello no tenía nada que ver con la pelea.

Pero si Worthington o la pelea no habían tenido que ver, ¿cómo era posible que nuestra relación hubiese pasado de ser increíblemente perfecta a acabar con ella llorando y rompiendo conmigo de la noche a la mañana?

No tenía ningún sentido.

¿Qué narices ha cambiado?

Pero la conclusión era que no podía dejar que aquello acabase con mi concentración. No podía permitirme el lujo de comportarme como un idiota con el corazón roto, porque tenía que centrarme tan solo en asegurarme de que llegásemos a la final estatal.

Y nos íbamos a tener que enfrentar a la Academia St. John en los cuartos de final.

Entre tener que enfrentarme al chico que podría haber hecho que me arrestasen (lo que habría acabado con mi futuro), pero no lo hizo, y tener que lidiar con la mierda emocional que era que te rompiesen el corazón unos días antes de los cuartos de final, iba a tener que esforzarme por concentrarme tan solo en el hockey.

Así que lo único en lo que estaba pensando era en las ganas que tenía de ponerme los patines y mandar a los de St. John de vuelta a casa.

En obligar a Worthington a tragarse nuestra victoria.

—Ahora mismo estoy ocupado con otras cosas —respondí, haciendo todo lo posible por no sonar como un capullo.

—Claro —repuso Vin, asintiendo con la cabeza. Entonces señaló mis auriculares con una sonrisa burlona—. Dios, ni siquiera puedo

imaginarme qué tipo de mierda blandita estarás escuchando para *este* partido, Z.

Todos se burlaban de mí porque no solía escuchar música «motivadora», sino más bien justo lo contrario (también conocida como la música de señora de Zeus, las canciones emo de Barczewski o el festival de los llantos prepartido de Alec), antes de todos los partidos, pero, en mi opinión, se equivocaban. Yo no necesitaba música para motivarme, joder, mi cerebro nunca se apagaba cuando se trataba de hockey.

No, yo necesitaba mantener la calma antes de enfrentarme a la tormenta.

Por eso hoy estaba escuchando «exile», aunque esta vez la letra estaba dando demasiado en el clavo con lo que sentía, lo que hacía que me estuviese costando relajarme un poco más que de costumbre.

—Bueno, ¿y qué narices tienes en *tu* lista de reproducción para este momento, imbécil? —le pregunté—. ¿Qué temazo te está ayudando a motivarte?

Vinny esbozó una sonrisa inocente y me señaló.

—Ya está este idiota con su pregunta estúpida de siempre —dijo.

—Oh, qué mal —bromeé, riéndome aunque no tuviese ganas—. Tú solito te lo has buscado.

Vinny estaba obsesionado con Lady Gaga y llevaba toda la temporada torturándonos con sus listas de reproducción siempre que tenía oportunidad.

—«How Bad Do U Want Me» —respondió—, y te aseguro que me está *motivando un montón*, tío.

Y entonces Vinny procedió a levantar su teléfono en alto y a subir el volumen para que la voz de Gaga resonase con fuerza por todo el autobús.

Y, *que Dios se apiade de mí*, todos acabaron sucumbiendo a su canción.

En realidad todos lo hicimos.

Para cuando la escolta policial se alejó de nuestro autobús, todo el maldito equipo estaba cantando a gritos la canción.

Cuando llegamos al hotel, dejamos nuestras mochilas en la sala de

conferencias. La habían reservado para que pudiésemos dejar allí nuestro equipo, así que nos apresuramos a bajar todas nuestras cosas del bus, para que estuviesen secas para el entrenamiento, y después nos registramos en nuestras habitaciones. A mí me tocó compartir habitación con Vinny, lo que me pareció bien porque era un tío bastante tranquilo, y Richie y Kyle estaban en la habitación de al lado.

—No puedo creerme que nos hayan quitado los teléfonos —se quejó Kyle cuando bajamos al vestíbulo una hora más tarde para asistir al banquete del campeonato.

—Ya, ¿qué se supone que voy a hacer esta noche para quedarme dormido? —preguntó Richie—. ¿Tumbarme y cerrar los ojos como un pringado?

—También puedes ponerte la tele, idiota —solté, deseando poder adelantar el reloj para que fuese ya la hora del partido de mañana.

Sabía (porque mis padres se habían asegurado de recordármelo cientos de veces) que se suponía que debía disfrutar de todo lo relacionado con el campeonato, pero me resultaba muy difícil cuando lo único que quería era irme.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Dani

Lo cierto era que no estaba de ánimo como para sentarme a ver el partido, pero aun así lo hice.

El tener que ver cómo presentaban a los jugadores, cómo los aficionados se volvían locos en las gradas, cómo todo el estadio estallaba en cánticos de «Mr. Hockey» en cuanto anunciaron a Alec (porque según el abuelo era el favorito para llevarse ese galardón este año)… Todo mi ser deseaba estar en el X, con ellos, entre todos esos aficionados que habían agotado las entradas del partido.

Pero, en cambio, estaba con el abuelo Mick, apoyándolos en la distancia.

Después del ataque de pánico de ayer, me había echado a llorar como un bebé y le había contado a mi abuelo todo lo de las postales, lo de nuestra farsa, lo de cómo después habíamos empezado a salir de verdad, y también le había dicho la verdad de por qué había roto con Alec (después de obligarle a jurarme que me guardaría el secreto).

Porque necesitaba contárselo a *alguien* y, por raro que pueda parecer, confiaba en mi abuelo más que en nadie en el mundo.

Esperaba que dijese que Benji era un mierdecilla o algo así, pero se había limitado a tenderme una caja de pañuelos y a pedirme que me sonase los mocos.

Y después había hecho algo que me había tomado por sorpresa: me había dicho que no tenía por qué ir a clase el día del partido, porque iba a ir con él al bar de Tom Reid para ver todos los partidos de los cuartos de final. Nos habíamos presentado en el bar de hockey antes de la hora de la comida, y llevábamos sentados en aquella mesa desde entonces.

Había sido bastante divertido eso de poder ver los partidos con el abuelo y aprender cosas nuevas sobre el hockey, hasta que empezó

el partido de Southview a las siete. Estaba tan nerviosa por Alec y tan triste que ni siquiera pude quedarme sentada, tuve que ponerme a caminar alrededor de la mesa, crujiéndome los nudillos y retorciéndome las manos.

El partido fue una auténtica locura desde que el disco tocó el hielo.

Richie marcó un gol cuando solo llevábamos noventa segundos de partido, un tiro a puerta afortunado porque el portero del equipo rival dejó la portería desierta, lo que hizo que el abuelo Mick y yo nos pusiésemos a gritar como locos y a chocar los cinco con todos los que nos rodeaban. Alec jugó como siempre, apañándoselas para estar en todas partes y ocuparse de todo al mismo tiempo, y haciendo un trabajo estupendo por proteger la portería. Parecía mucho más rápido de lo habitual, si es que eso era posible, estampando a los jugadores del equipo rival contra las vallas sin parar y haciéndose con el control del disco una y otra vez.

Contuve la respiración mientras lo veía jugar.

Pero, durante el segundo periodo, cuando Kyle hizo tropezar a Benji, lo que lo mandó al banquillo durante dos minutos, los de St. John aprovecharon la ventaja numérica y se las arreglaron para marcar no solo un gol, sino *dos.*

—¡No! —grité, al ver cómo el disco se adentraba en nuestra portería por segunda vez, mesándome el cabello con fuerza y con ganas de vomitar.

—Cálmate —me dijo el abuelo, haciéndole una señal al camarero para pedirle otra cerveza—. Todavía queda mucho partido por delante.

Entonces sonó el pitido que marcaba el final del segundo periodo, y no estaba segura de cómo se suponía que iba a sobrevivir al último que quedaba.

Me vibró el teléfono en el bolsillo y… Dios, era mi padre.

Hablando de malos momentos.

Y, de alguna manera, mi abuelo supo perfectamente quién me estaba llamando, porque cuando me volví a mirarlo se limitó a decirme:

—Responde, tienes que hablar con él, y de todos modos te ibas a pasar el descanso dando vueltas por el bar.

—Cierto —repuse y, por algún motivo, me sentí mucho más segura al hablar con mi padre sabiendo que el abuelo Mick me apoyaba.

»Hola, papá —contesté, mientras me encaminaba hacia la zona de los baños. El bar estaba abarrotado y había mucho ruido, por lo que busqué un lugar un poco más tranquilo.

—Hola, cariño. ¿Dónde estás? Hay mucho ruido de fondo —me dijo.

—¿Por qué te fuiste? —le pregunté, porque el oír su voz hizo que algo se *rompiese* en mi interior. Y aquello me dio fuerzas para enfrentarme a él como nunca lo había hecho. Porque me merecía que me diese una respuesta—. ¿Cómo pudiste marcharte sin hablar conmigo antes?

—Ah —soltó, y parecía sorprendido de que hubiese ido directa al grano. *Yo también me he sorprendido un poco a mí misma*—. Bueno, tuve la sensación de que no íbamos a poder mantener una conversación fructífera…

—¿Una conversación fructífera? —repetí, frustrada—. ¿En serio creías que el obligarme a elegir entre mamá y tú iba a poder llevarnos a mantener una conversación fructífera?

—Yo no te pedí que hicieses eso —espetó, a la defensiva—. Solo quería acercarme…

—Pero oí lo que el abuelo Mick te dijo —solté, preparándome para cómo iba a reaccionar al enterarse de aquello—. Y tenía razón. ¿Por qué no podías mudarte aquí solo por estar cerca de mí? ¿Por qué me pediste que le rompiese el corazón a mamá a cambio?

—Vamos, no era eso lo que pretendía —dijo.

—Sí que lo era —repuse, preguntándome si de verdad le importaba lo más mínimo—. Conoces a mamá, y sabes lo unidas que estamos, así que no finjas que no se te pasó por la cabeza que el que me mudase contigo podría destrozarla.

Me daba miedo estar siendo tan sincera con él, pero estaba harta de quedarme siempre callada.

—Sé que te dolió que nos mudásemos a Southview, y lo siento mucho —añadí—. Pero me gusta vivir aquí, o eso creo, me gusta sentir que, por primera vez en mi vida, pertenezco a alguna parte. No lo digo para hacerte daño, y tampoco quiero que te alejes de mí,

porque te quiero, papá.

Respiré hondo, armándome de valor, mucho más que de costumbre.

—Daniella —dijo, bajando la voz, antes de suspirar con pesar—. Yo también lo siento.

—¿En serio?

—Sí —repuso, y sonaba… más triste que de costumbre—. *Sí* que sentí que te estaba perdiendo cuando os mudasteis allí, y no me enorgullezco de mi comportamiento. La otra noche, tu abuelo me soltó unas cuantas verdades dolorosas a la cara, pero me hacía falta que alguien me lo dijese.

—Ah —solté, con el corazón encogido en un puño, sorprendida por su respuesta.

—En lo que a ti respecta, he cometido muchos errores a lo largo de los años, pero solo porque te quiero, lo sabes, ¿verdad?

—Pues claro —repuse, desconcertada por el hecho de que estuviese admitiendo que sabía que se había equivocado.

Supongo que el abuelo *sí* que había dado en el clavo con él la otra noche.

—Vaya, ¿qué ha sido *eso*? —me preguntó cuando un hombre pasó gritando frente a mí por el pasillo que llevaba hacia los baños.

Le expliqué que el abuelo y yo estábamos viendo el partido de hockey en un bar.

—Ya veo, ¿a ti te sorprendió tanto como a mí descubrir que el crío de Sarah se había convertido en todo un as del hockey?

«El crío de Sarah». Sabía que mi padre lo estaba intentando, así que procuré no enfadarme porque no se acordase del nombre del chico del que yo no había parado de hablar durante mis primeros doce años de vida.

—Sí, muchísimo —respondí.

—Supongo que lo había juzgado mal. Sinceramente, antes de verle el otro día en la pista pensaba que no era más que un rarito acosador.

—¿En serio?

—Bueno, es que siempre estaba siguiéndote a todas partes y luego está todo ese tema de las postales escritas en otro idioma que te

mandaba todas las semanas, ¿quién podría culparme por ello?

Las postales.

—No estaban escritas en otro idioma, papá, estaban escritas en un código que nos inventamos de pequeños.

—Lo mismo es —soltó—. Lo único que recuerdo es que ese chico no dejaba de mandártelas todas las semanas, incluso cuando ya era *demasiado* mayor para esa clase de cosas, así que eso me hizo desconfiar de él. ¿Qué clase de adolescente cuerdo manda mensajes cifrados una vez por semana a una chica que conoció cuando no era más que un crío?

—Para ser justos, dejó de escribirme cuando teníamos quince años —repuse, porque me acordaba *perfectamente* de cuándo habían dejado de llegar sus postales, porque también fue cuando mi vida se fue a pique.

—No —dijo—. Recuerdo claramente mantener una conversación con tu madre sobre ese tema, porque me parecía muy raro que un adolescente de su edad siguiese haciendo esa clase de cosas.

—Creo que lo recuerdas mal pero…

—No, créeme, Daniella, lo recuerdo perfectamente, porque después de eso empecé a tirarlas antes de que las vieras —interrumpió—. Por *eso* tú no te acuerdas de ellas, porque las tiré todas junto con el correo basura, hasta que un día, por fin, dejaron de llegar.

—Espera. —Fue como si todo mi mundo se hubiese sumido en un silencio denso y sepulcral, gélido como el hielo incluso—. ¿Las tiraste?

¿Las tiró? ¿Tiró las postales?

—A ver, como padre es inevitable que te preocupes cuando un chico no deja de mandarle mensajes cifrados a tu hija que tú eres incapaz de leer…

—No me lo puedo creer —solté, porque en ese momento estaba repasando mentalmente lo que Alec me había echado en cara cuando había roto con él, aquello que en ese momento no había tenido ningún sentido. «Te escribí cada maldita semana»—. Entonces… ¿siguió escribiéndome?

—Constantemente —dijo—. Incluso te mandó cartas. Y por aquel

entonces tú estabas hundida por lo que había ocurrido en Texas, así que pensé que lo mejor sería deshacerme de ellas y cortar eso por lo sano.

¿¿Cartas??

—Por Dios —solté incrédula, y fue como si mi mundo se detuviese de golpe, al darme cuenta de lo que había ocurrido en realidad—. Tiraste sus postales.

Alec no había dejado de escribirme.

Lo que significaba que no había cambiado.

Cerré los ojos con fuerza, porque eso también significaba que cuando *yo* había dejado de escribirle, con el corazón roto porque sentía que me había abandonado, fui yo quien se olvidó *de él*.

Quien lo *abandonó*.

Oh, no.

«Al menos esta vez no tienes por qué ignorar mis cartas».

Ahora tenía sentido que hubiese estado enfadado conmigo desde el mismo instante en que había vuelto a poner un pie en Southview.

«¿Cómo pudiste abandonarme cuando más te necesitaba?».

Él creía que yo lo había abandonado.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —le pregunté a mi padre, con la voz rota—. ¿Cómo pudiste tirarlas?

—Cariño —dijo, y por su tono me di cuenta de que le sorprendía que me hubiese puesto así—. No creía que esos mensajitos significasen tanto para ti.

En realidad lo eran todo.

—Te… tengo que colgar —solté, porque necesitaba colgar de una vez y averiguar qué significaba todo eso. Justo cuando empezaba a pensar que nuestra relación estaba progresando, resulta que solo estábamos avanzando un paso para después retroceder dos pasos más. Y aquello me rompió el corazón—. Esta conversación no ha acabado, pero tengo que colgar.

—Te quiero, hija —dijo, lo que, por algún motivo, me hizo sentir peor y mejor a la vez—. Lo siento mucho.

—Yo también te quiero. Adiós.

Colgué la llamada, todavía conmocionada por su confesión, salí del pasillo de los baños y regresé al centro del bar. Me abrí paso entre la

multitud, aturdida, porque aquello lo cambiaba todo.

Pero, cando llegué a la mesa, mi abuelo se volvió a mirarme con una expresión extraña.

Una que no le había visto antes.

—¿Qué? —le pregunté, antes de girarme hacia la enorme pantalla de televisión.

Esperaba encontrarme con que la Academia St. John había marcado otro gol o algo así, pero parecía que el partido se había detenido.

Y entonces vi por qué.

Había un jugador tirado en la pista.

Un jugador con el dorsal número siete.

Alec.

Me quedé helada al verlo allí, tirado en el hielo, rodeado por sus compañeros de equipo mientras los médicos salían a buscarlo con una camilla.

—Dios, ¿qué ha pasado? —pregunté, incapaz de apartar la mirada de la pantalla, con un nudo en la garganta.

Como si me hubiesen oído, en ese momento emitieron una repetición del momento.

En ella, Alec salía persiguiendo el disco por la pista, de espaldas a la cámara, y entonces alguien le hacía un placaje por detrás, un chico con una camiseta azul se había abalanzado sobre él a toda velocidad. *Worthington*. Observé horrorizada cómo Alec salía disparado contra las protecciones, de cabeza, y cómo después caía sobre el hielo con un golpe seco.

Dios, Dios, Dios.

—Recoge tu abrigo —me ordenó el abuelo Mick, levantándose de su asiento de un salto—. Tenemos que irnos.

—¿Qué? —No podía apartar la mirada de la pantalla, estaba paralizada—. ¿A dónde?

Le hizo un gesto al tipo que había detrás de la barra para que le trajese la cuenta rápido y dijo:

—Nos vamos al hospital.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Alec

En cuanto llegue el médico, te bajaremos al quirófano.

—Gracias —repuse, complaciente, porque en ese momento le estaba súper agradecido al enfermero por lo que quiera que me hubiese puesto en la vía, me estaba ayudando a que el hombro me doliese mucho menos.

Además, se llamaba *Dan*, lo que me pareció increíblemente gracioso, sobre todo cuando los medicamentos comenzaron a hacer efecto.

—Estupendo —dijo mi madre, asintiendo con la cabeza.

Mi padre seguía en el X, grabando la celebración de los chicos. Nos había llamado por FaceTime cuando quedaban treinta segundos para que acabase el partido, así que al menos había podido estar *virtualmente* allí cuando mi equipo se había hecho con la victoria.

Al parecer, el karma en esta ocasión le dio su merecido a Benji cuando el árbitro pitó una falta grave y lo mandó directo al banquillo durante cinco minutos. Y además, el comité disciplinario le sancionó con prohibirle jugar los próximos partidos del campeonato.

Nada me alegró más que enterarme de que el tiempo que había pasado Worthington en el banquillo nos había permitido marcar dos goles más cuando nuestro equipo tenía la ventaja numérica sobre la pista.

Joder, *sí*, habíamos pasado a la semifinal.

Fue literalmente culpa de Benji que su equipo perdiera, qué dulce ironía, aquella fue la guinda sobre el pastel de nuestra victoria.

Por supuesto, tan pronto como acabó el partido, tuve que dejar el teléfono a un lado y bajar a hacerme una radiografía, seguida de una consulta quirúrgica de urgencia, así que no *todo* había ido a pedir de boca. Tenía la clavícula fracturada y el labrum desgarrado (y probablemente llevaba así ya un tiempo).

De ahí que me tuviesen que operar.

Pero los calmantes me estaban ayudando en muchos sentidos. Además de mitigar el dolor del hombro, me estaban permitiendo *no* ponerme nervioso por lo que esa lesión podía significar. El no poder jugar durante tres meses, más facturas médicas que pagar… aquello era una pesadilla.

Pero de momento estaba tranquilo.

Alguien llamó a la puerta de mi habitación del hospital y, cuando me volví hacia allí, me encontré a Mick Boche en el umbral.

¿Qué narices?

Estaba allí de pie, con aspecto incómodo.

A lo mejor los calmantes son demasiado fuertes y me están haciendo alucinar.

—Hola, Mick —lo saludó mi madre.

—Hola. —El hombre se adentró en mi habitación—. ¿Qué tal va ese hombro? —me preguntó.

Mi madre se puso a explicarle todo lo que nos habían dicho los médicos, y menos mal que lo hizo, porque yo no tenía ganas de nada. No quería hablar con nadie sobre mi hombro, y mucho menos con él.

Porque Mick me recordaba *a ella*, y no quería pensar en ella en este momento.

Los observé hablar, sin prestarles atención, porque estaba agotado.

Cerré los ojos y no sé cuánto tiempo pasó antes de que oyese a mi madre decir:

—Voy a ir a buscar un café, Al, ahora vuelvo.

—Vale —respondí, porque estaba muy cansado.

Oí cómo la puerta se cerraba a su espalda y justo después como una voz grave me llamaba.

—Barczewski.

Abrí los ojos de inmediato porque, *mierda*, Mick seguía allí. Estaba de pie junto a mi cama, mirándome como si tuviese muchas cosas de las que quisiese hablar conmigo.

—¿Qué pasa? —le pregunté, despreocupado, aunque no tenía ni idea de qué querría hablarme Mick, *a mí*, y menos ahora.

—Yo, eh… —dijo, al tiempo que se sacaba un par de gafas de lectura del bolsillo y se las colocaba sobre la nariz. Entonces bajó la mirada hacia la pantalla de su teléfono y siguió hablando—. Solo quería asegurarme de que sabes que todo va a salir bien.

—¿Qué?

Apartó la vista de su teléfono para lanzarme una mirada rápida, frunció el ceño y volvió a clavar la vista en la pantalla.

—Aunque no vayas a poder jugar con un equipo profesional este verano, esta lesión se acabará curando mucho más rápido de lo que piensas y, antes de que te des cuenta, estarás de vuelta en el hielo. No tienes de qué preocuparte.

—Ah, vale —balbuceé, sin poder evitar preguntarme si mi madre le estaría pidiendo por mensaje que me dijese todo eso. Quizás le había pedido que hablase conmigo, lo cual ya de por sí me parecía muy raro.

Pero no más raro que el que Mick Boche estuviese diciéndome aquello porque *él* lo creyese de verdad.

—Gracias.

—Y esto tampoco acabará con tus posibilidades de entrar en un equipo de la NHL, ya lo verás —añadió, con un tono bastante extraño, como si estuviese leyéndolo en vez de diciéndomelo porque lo pensase de verdad—. Aún así vas a tener un *draft* épico y…

—¿En serio acabas de decirme que voy a tener «un *draft* épico»?

Desde luego, los medicamentos deben de estarme afectando demasiado, porque mamá jamás usaría la palabra «épico» en un mensaje.

—Maldita sea, sí, lo he hecho —soltó, negando con la cabeza, como si estuviese disgustado consigo mismo—. Pero entiendes lo que te quiero decir, ¿no?

—Lo entiendo —repuse, aunque en realidad no entendía nada.

—Ah, sí. —Mick se guardó el teléfono y se metió la mano en el bolsillo del abrigo—. Toma.

Le vi sacar un Charleston Chew gigante.

—¿Y esto? —le pregunté, incrédulo, mientras me tendía la chocolatina. Mi chocolatina *favorita*.

—Es que… eh… se me ha ocurrido que quizás podrías tener

hambre después del partido. —Carraspeó con fuerza y me señaló con la chocolatina como si se estuviese muriendo porque la aceptase de una vez, como si el envoltorio estuviese ardiendo—. Toma.

—¿Qué está pasando? —pregunté, porque no tenía ni idea de a qué venía todo eso.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué me estás dando esto? —Hacía años que no me comía un Charleston Chew, pero había sido mi chocolatina favorita el verano que tenía once años, cuando Dani y yo habíamos descubierto lo ricas que estaban congeladas.

—No lo sé, solo es una chocolatina —repuso, encogiéndose de hombros.

—Ya, pero ¿por qué me has dado *esta* chocolatina? —le pregunté.

—¿Es que no te gusta? —dijo, frunciendo el ceño.

—Esa no es la cuestión —espeté—. ¿Por qué me has comprado esta chocolatina?

Mick suspiró.

—Por el amor de Dios, ¿es que no puedes aceptarla, darme las gracias y ya?

—Vale. Gracias —dije, tomándola por fin.

—De nada —repuso, con un suspiro agobiado.

En ese momento, su teléfono sonó como si hubiese recibido un mensaje, lo que le hizo soltar un gruñido grave antes de sacarlo de nuevo.

Bajó la mirada hacia la pantalla y volvió a suspirar con fuerza.

—Otra cosa más —dijo, sin apartar la vista de la pantalla—. ¿Le has hablado a tu médico de los problemas que te estaba dando el hombro antes del partido?

—¿Qué narices está *pasando* aquí, Mick? —le pregunté, porque estaba claro que allí estaba ocurriendo algo raro—. Sé sincero conmigo.

Se quedó mirándome fijamente durante un segundo, como si estuviese sopesando sus opciones, pero al final se acabó rindiendo.

—Oh, por el amor de Dios, tú solo lee esto.

Me tendió su teléfono y pude ver toda una conversación que había estado manteniendo con una persona en concreto.

Una conversación que había empezado hacía tan solo diez minutos.

Con Dani.

Dani: Dile que todo va a ir bien y que, aunque no pueda jugar con los profesionales este verano, su lesión se va a curar muy rápido y antes de que se dé cuenta estará de vuelta sobre el hielo. Asegúrate de que sepa que no tiene de qué preocuparse.

A lo que Mick había respondido con un sencillo: Entendido.

Dani: Viniendo de ti esto significará mucho para él. Asegúrate de que sepa que esto tampoco va a afectar a su carrera en la NHL. Dile que va a tener un draft épico.

Y Mick había respondido: Vale.

Dani: No te olvides de darle el Charleston Chew.

Mick: Joder.

Dani: ¿Te has asegurado también de que el cirujano sepa que ya tenía el hombro destrozado antes del partido?

—¿Qué es todo esto? —No entendía nada pero, de repente, me sentía totalmente despierto.

Mick se volvió a guardar el teléfono en el bolsillo.

—No tengo ni idea de qué estás hablando. ¿Es que estabas leyendo mi conversación por encima del hombro?

—Entonces… —Un cosquilleo agradable me recorrió de la cabeza a los pies, como si alguien acabase de prender una mecha en mi interior—. Ella te ha pedido que vinieses a hablar conmigo. ¿Por qué?

—¿Tú por qué crees? —repuso, como si creyese que estaba siendo un idiota.

—Pero se marchó —dije, confundido, porque esos mensajes daban a entender que estaba muy preocupada por mí—. Fue ella quien dijo que no quería nada conmigo.

Mick se encogió de hombros.

—¿Ah, sí?

¿Es que no era así?

—Pero si dijo que…

—A veces la gente dice cosas que no cree en realidad —me interrumpió—. ¿A ti te dio la impresión de que lo dijese en serio, idiota?

—Dios, Mick, no tengo ni idea —solté, preguntándome cómo narices era posible que estuviese manteniendo aquella extraña conversación con Mick Boche.

Y además, *no*, no me había dado la impresión de que lo hubiese dicho en serio.

—Y a veces la gente hace cosas que no *quiere* hacer. Solo porque sienten que es *lo correcto*.

—¿Puedes dejar de hablar en clave y ser directo conmigo? —le pedí, porque estaba claro que Mick sabía algo que yo no.

—Quizás deberías preguntárselo a ella.

¿Debería? Aquello me parecía una idea terrible.

Lo que debería hacer era dejarlo estar, ya me había tragado hasta la última gota de orgullo que me quedaba el otro día cuando le supliqué que se quedase a mi lado.

Sería un idiota patético si volvía a hacerlo.

En ese momento, el teléfono de Mick volvió a sonar, lo que le hizo soltar una maldición por lo bajo y fulminarme con la mirada, como si aquello fuese culpa mía.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunté.

Él bajó la mirada hacia la pantalla y leyó el mensaje.

—Me ha dicho: «¿Qué te ha dicho? ¿Se encuentra bien?».

—¿Dónde está? —le pregunté.

Me di cuenta de que no podía andar muy lejos.

—¿Dónde está, Mick?

—No tengo ni idea —repuso, pero señaló con un gesto de la cabeza hacia la puerta.

—¿Está en el pasillo?

El anciano se limitó a encogerse de hombros.

—¡Collins! —grité—. ¡Mueve el culo y entra aquí ahora mismo!

Mick se quedó mirándome fijamente y juro por Dios que le vi

asentir ligeramente con la cabeza, con aprobación.

—¡Dani Collins! —grité aún más fuerte.

—Ya iba siendo hora —repuso Mick, casi sonriendo.

Un segundo después, Dani entró corriendo en la habitación, deteniéndose literalmente de golpe al ver a Mick, que estaba observando la escena aburrido, y a mí, sentado en la camilla, con el Charleston Chew en la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó, con cara de no entender qué narices estaba ocurriendo, lo cual era bastante comprensible, ya que acababa de ponerme a llamarla a gritos como un loco dentro de un hospital—. ¿Estás bien?

Llevaba el cabello recogido en un moño despeinado, formando toda una maraña de rizos dorados, pero sus precisos ojos marrones estaban enrojecidos e hinchados tras los enormes cristales de sus gafas, y tenía el rostro lleno de surcos rojizos, como si hubiese estado llorando.

—¿Por qué le has pedido a él que viniese a verme? —le pregunté, fijándome en la tristeza que empañaba su expresión y tratando de encontrarle algún sentido a todo eso.

Solo se me ocurría una explicación lógica (*por favor, que Mick tenga razón*), y deseaba que fuese cierta con todo mi ser.

—Yo no le he pedido que haga nada —me mintió, carraspeando con fuerza y volverse hacia su abuelo.

Que se limitó a encogerse de hombros y observarla con las cejas enarcadas.

—No me mientas, Collins —le pedí, pero no estaba enfadado.

En absoluto.

Estaba… nervioso.

De repente, me sentía vivo, mucho más que en toda mi vida, como si todo mi cuerpo estuviese ardiendo.

De nuevo, podría ser por los calmantes.

—No estoy mintiendo —volvió a mentir.

—Mick, ¿te importaría dejarme a solas un minuto con la mentirosa de tu nieta para que podamos hablar? —le pregunté, sin apartar la mirada de ella, que parpadeó rápidamente ante mi pregunta, como si estuviese tratando de averiguar cómo salir de esta sin tener que

ser sincera conmigo.

—No, abue…

Sin mediar palabra, Mick pasó a su lado y salió de la habitación.

Estaba empezando a tomarle mucho cariño a ese hombre.

—Eh… ¿qué pasa? —preguntó en un susurro, cruzándose de brazos y mordiéndose el labio inferior, como si estuviese nerviosa.

—Para empezar, ¿te importaría acercarte un poco para que los que están al otro lado de esa puerta no escuchen también lo que te quiero decir?

Me observó confundida, parpadeando rápidamente, y asintió con la cabeza.

—Claro.

Se acercó a la camilla, y me puse increíblemente cachondo al verla con esa camiseta del equipo de hockey de Southview y entonces, cuando se detuvo a mi lado, «ROLE MODEL» comenzó a sonar en mi cabeza a todo volumen.

I'm sorry, but I'm deeply still in love[8]

—Ahora, dime por qué le has pedido a tu abuelo que viniese a hablar conmigo —le pedí—. Y no me mientas.

In love with you[9]

Frunció el ceño y se aclaró la garganta.

—Porque eres mi amigo —respondió en apenas un murmullo—, y sabía lo estresado que estabas por todo esto. Así que, como tu amiga, se me ocurrió que el escuchar a alguien que sabe por lo que estás pasando podría…

—¿Y qué pasa con el Charleston Chew?

Me quedé mirándola fijamente, tratando de leerle el pensamiento, mientras ella rehuía mi mirada. Me di cuenta de que estaba intentando evitar que me enterase de algo pero, joder, iba a obligarla a que me lo contase costara lo que costase.

—Seguramente lleves sin comerte uno desde hace… —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Puedes ser sincera conmigo de una vez, por favor? —la

interrumpí, frustrado, porque *necesitaba* que me dijese la verdad—. Podría morirme durante la operación, Dani, así que deja de mentirme, joder.

8. Lo siento, pero sigo profundamente enamorado
9. Enamorado de ti

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Dani

Cómo?

Me quedé mirándolo fijamente, recostado en aquella cama de hospital, con una bata azul y las gafas puestas, y los ojos volvieron a anegárseme de lágrimas porque, ¿qué narices quería decir con eso? Llevaba recorriendo los pasillos de Urgencias de un lado a otro como un animal enjaulado desde hacía horas, intentando no echarme a llorar, preocupada por él, lo echaba de menos, me arrepentía de lo que había pasado y no podía dejar de darle mil vueltas a todo, ¿y ahora me salía con eso?

—¡Creía que solo te tenían que operar del hombro! —solté, plenamente consciente de cómo se me rompió la voz, como si estuviese al borde de un ataque de nervios, pero no pude evitarlo. El corazón comenzó a latirme acelerado y me sentí como si todo mi cuerpo estuviese en llamas, mientras el que había sido mi mejor amigo desde que era pequeña me observaba reaccionar a aquella noticia—. ¿Es que te tienen que operar de algo más que…?

—No. *Mierda*. Cálmate —me interrumpió, recorriendo mi rostro con aquellos ojos oscuros. Parecía sorprendido con mi reacción, pero entonces se apresuró a añadir—. Solo estaba bromeando con lo de que podía morir en el quirófano.

—¿Que estabas *bromeando* con lo de que podías *morir en el quirófano*? —le pregunté (grité), antes de golpearle el brazo con todas mis fuerzas, apretando los dientes y tratando de contener la ira que sentía.

—Oye, no deberías pegar a un paciente…

—¿En serio te parece gracioso? Llevo con el corazón roto desde que me obligó a romper contigo y después va mi padre, mi horrible y malvado padre, y me llama esta tarde y me suelta como si nada que tú *nunca* dejaste de escribirme, pero que él tiró todas tus

postales, y yo nunca lo supe, y por eso pensé que me habías dejado de escribir, que me habías abandonado, por lo que yo dejé de escribirte también, lo que significa que fui yo quien te abandonó, y justo cuando descubro todo esto y me doy la vuelta, veo tu cuerpo tirado sobre el hielo, y no te movías, era como si *estuvieses muerto*, así que ¿cómo puedes hacerme esto? ¿Cómo se te ocurre bromear sobre este tema?

Ojalá no tuviese la clavícula rota, porque en ese momento me moría de ganas por darle un puñetazo en el pecho.

—¿Qué *cojones*? —soltó en un siseo.

Enfadado.

Alcé la vista hacia su rostro lentamente.

—¿Quién narices te *obligó* a romper conmigo? —añadió, con la voz cargada de rabia.

Oh.

Oh, no.

¿En serio había dicho eso?

¿En *voz alta*?

—Dani. —Me estaba observando como el Alec jugador de hockey mientras esperaba mi respuesta, con sus intensos ojos oscuros refulgiendo de ira, exigiéndome que le contase todo solo con pronunciar mi nombre en ese tono.

—Espera. *No, no, no* —me apresuré a decir, negando con la cabeza y esbozando una sonrisa falsa, como si aquello no fuese más que un gracioso malentendido—. No es…

—Dime qué querías decir con eso, Collins —me ordenó.

—Nada. Yo… eh… —tartamudeé, impotente—. No es…

—*Dímelo* —siseó, fulminándome con su intensa y oscura mirada.

—No lo entenderías, tuve que…

—*Dímelo*, por el amor de…

—Fue Benji, ¿contento? —grité, mesándome el cabello con fuerza, frustrada y asustada e increíblemente agotada—. Dijo que no te denunciaría si rompía contigo, pero necesito que…

—¿Que hizo *qué*? —respondió Alec, también a gritos.

—Escucha —dije, alzando una mano para tratar desesperadamente que me escuchase, que comprendiese que no podía enfadarse por

esto—. Necesito que te calmes. No puedes enfadarte porque…

—¿Rompiste conmigo porque *Ben Worthington* te dijo que lo hicieras? —Me observó con los ojos entrecerrados, fulminándome con la mirada—. ¿Y me estás diciendo que lo hiciste para asegurarte de que no fuese a la cárcel?

—A ver, dudo mucho que te hubiesen metido en la cárcel por…

—Collins —espetó, impaciente, recorriéndome el rostro con la mirada.

—¿Sí…?

Alec ladeó la cabeza y guardó silencio durante un buen rato, mirándome fijamente.

—Entonces, si nunca me hubiese peleado con Benji, ¿habrías roto conmigo?

No, pues claro que no, ni en un millón de años.

—No —admití, antes de apresurarme a añadir—. Pero eso fue lo que *pasó*, Alec, y yo accedí a…

—Entonces volvemos a estar juntos —me interrumpió, cortante, como si estuviese haciendo una declaración ante un tribunal—. Desde ahora mismo.

—*¿Qué?* —Tenía que haberse vuelto loco, o no estaba entendiendo que había roto con él para protegerlo—. No, no lo estamos. No puedes…

—Sí, lo estamos —repuso, descarado, y en ese momento parecía mucho menos enfadado, pero me seguía observando con la misma intensidad—. ¿Es que lo que sientes por mí ha cambiado?

Tragué con fuerza, porque no quería responder a eso.

—Alec…

—Responde a la pregunta.

—No es tan sencillo… —murmuré.

—Responde a la pregunta, Collins —repitió—. ¿Lo que sientes por mí *ha cambiado*?

—*No* —espeté, pero después respiré hondo y se lo confesé todo—. Ni un poquito.

Le vi apretar los dientes y tragar con fuerza.

—Pues entonces *sí* que es muy sencillo —repuso, bajando la voz. Y, sin embargo, en ese momento fue como si todo se sumiese en un

profundo silencio y tan solo pudiese oír el susurro grave de su voz—. Ya nos hemos encargado nosotros de hacer las cosas demasiado difíciles desde que volviste, pero la verdad es que lo único que siempre he querido es tenerte a ti, a mi lado, nada más.

Negué con la cabeza, porque sabía que debía disuadirlo, pero al mismo tiempo me moría de ganas por poder guardar aquellas palabras en una caja bajo mi cama, para poder releerlas todas las noches antes de dormir.

—Te quería cuando estaba en cuarto de primaria y me lanzaste ese enorme globo de agua y me rompiste dos costillas —dijo, con los ojos entrecerrados tras las gafas, como si nos estuviese imaginando aquella mañana de verano en el lago—. Te quería cuando estaba en sexto y te pasé por encima del pie con el quad de mi padre sin querer. Te quería cuando un coche atropelló al señor Bolsillitos y te echaste a llorar tan desconsolada como yo, te quería cuando me besaste hasta dejarme sin aliento en el cobertizo, y ahora, que Dios se apiade de mí, te quiero incluso aunque me hayas roto el corazón en mil pedazos solo para asegurarte de que no echo a perder mi futuro.

Me temblaban las manos mientras él me observaba tan increíblemente… *serio*.

Alec Barczewski nunca se ponía serio.

Al menos, nunca tanto.

—En nuestro caso, da igual lo que sea correcto y lo que no, porque todo es mucho *mejor* siempre que estoy contigo. ¿Y qué hay más sencillo que eso?

Contuve el aliento, porque las ganas que tenía de ceder, de dejarme llevar por él y por la magia de sus palabras me estaban ahogando.

—Pero Benji podría…

—Que le den a Benji —me interrumpió, sin apartar la mirada de mí en ningún momento, ni siquiera cuando alargó la mano izquierda hacia la barandilla de la camilla y se deslizó sobre el colchón, recorriéndolo con los dedos, desesperado, como si estuviese buscando algo—. Benji no puede hacernos nada.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté, al verle recorrer nervioso el

panel que había anclado a la barandilla—. Alec.

—Estoy intentando bajar esta cosa —dijo—. Sé que hay un botón en alguna parte para hacerlo, porque he visto al enfermero pulsarlo antes.

—¿Qué? —A lo mejor los calmantes que habían comentado antes que le habían suministrado estaban empezando a hacerle efecto—. Quizás no deberías….

—Te estoy confesando que siempre te he querido, y no puedo quedarme aquí confinado, en esta estúpida camilla, mientras tú te quedas ahí de pie —dijo—, escuchándome y mirándome como si me hubiese vuelto loco.

Me mordí el labio inferior, porque sabía que no debía reírme pero, de repente, en aquel momento, me invadió una felicidad tan increíblemente poderosa que no pude contenerla.

Le aparté la mano de un manotazo y pulsé el botón para bajar la barandilla.

—¿Y qué es lo que *necesitas* en este caso?

—Collins, eres una maldita diosa —soltó, esbozando esa sonrisa divertida que tanto me gustaba—. Estaba pensando más bien en algo como esto.

No sé cómo lo hizo, pero de repente se aferró a mi camiseta con la mano buena y tiró de mí hacia delante, para que cayese sobre la cama con él, medio tumbada encima suya.

—¡Alec! —chillé, y después me eché a reír con ganas cuando usó las piernas para, de alguna manera, obligarme a tumbarme del todo a su lado.

—Vaya, hola —me saludó, con una sonrisa alegre, al tiempo que me apartaba un mechón rebelde de la cara y se apresuraba a incorporarse sobre la cama hasta estar sentado—. Es increíble volver a estar juntos, ¿no te parece?

—Todavía no estamos juntos de nuevo —respondí entre risas—. No hasta que *yo* lo diga.

Alec tragó saliva y suavizó el tono, bajando un poco la voz, antes de decir:

—Pues entonces, dilo, Ricitos de Oro.

—Vale —respondí, con la cabeza dándome vueltas, aunque solo

podía pensar en cosas felices—. Volvemos a estar juntos.

—Vale, escucha, voy a necesitar tu ayuda —dijo, y sus ojos oscuros se posaron sobre mis labios, haciendo que me diese un vuelco al corazón—. Necesito besarte como… desde hace *dos días*, pero no puedo mover el tronco superior, así que…

—No hace falta que digas más —solté, con el corazón latiéndome acelerado mientras me inclinaba sobre él y me acercaba lentamente a sus labios, sin rehuir su mirada.

Pero, en cuanto estuve lo bastante cerca, Alec se incorporó y nuestros labios se encontraron a medio camino, como si no pudiese seguir esperando para besarme ni un segundo más. No podía usar las manos, por lo que solo tenía sus labios, pero no necesitaba nada más porque, *por Dios*.

Le llevé las manos a su afilada mandíbula, porque necesitaba aferrarme a algo firme cuando Alec atacó mi boca desesperado.

—*Danigirl* —jadeó contra mis labios, lamiéndome y robándome el aliento, dándome un beso apasionado y ardiente tras otro. El sonido de su respiración entrecortada se me clavó en el pecho y, entonces le llevé las manos a su cabello, grueso y revuelto después de haber estado jugando al hockey, hundiendo los dedos entre sus mechones y tirando de ellos con fuerza porque, ¿qué otra cosa podía hacer?

Alec soltó un gemido grave, como si aquello le hubiese gustado, y me mordió el labio inferior, haciendo que una descarga ardiente me recorriese de la cabeza a los pies…

—El médico ya está aquí, así que ha llegado el momento de bajarte a… *ejem* —oí decir a alguien y, cuando me aparté de Alec y me di la vuelta, casi cayéndome de la cama por el impulso, vi cómo un enfermero entraba en la habitación.

Junto con los padres de Alec.

Y mi madre.

Y mi abuelo.

Que alguien me mate…

—Me da a mí que nos han pillado —murmuró Alec, y por su tono supe que estaba sonriendo, pero no me *volví* a mirarlo mientras me bajaba de la cama de un *salto*.

—¿Quién ha bajado la barandilla? —preguntó el enfermero,

observándonos con los ojos entrecerrados.

—Ha sido ella, Dan —soltó Alec, señalándome, lo que hizo que mi madre (y sus padres) esbozasen una sonrisa divertida.

Y cuando me volví a mirarlo escandalizada me lo encontré sonriendo de oreja a oreja, como un crío travieso y feliz.

Será cabrón…

—Jovencita, le estamos administrando calmantes por vía intravenosa, por lo que existe el riesgo de que pueda caerse de la cama —me dijo el enfermero con el ceño fruncido, pero también me dio la sensación de que estaba tomándome un poco el pelo—. No se debe bajar las barandillas bajo ningún motivo.

—Sí, pero… —solté, fijándome luego en que en su placa ponía que se llamaba Dan— él me pidió que lo hiciera.

—Pero yo estoy incapacitado —repuso Alec, negando lentamente con la cabeza como si el problema fuese yo—. Por los calmantes que acabamos de mencionar.

—¿Es que ahora te has vuelto un pequeño capullo engreído, Charleston Chew? —le preguntó mi abuelo, bromeando.

—Charleston Chew —repetí entre risas, antes de echarme a reír a carcajadas por aquel apodo tan ingenioso.

—*Ni se te ocurra* —espetó Alec, señalándome.

—Si ya habéis terminado de hacer manitas —dijo Dan—, vamos a bajarte a quirófano para ponerle esos huesos en su sitio.

Alec se volvió hacia mí y murmuró «hacer manitas» con esa sonrisa tan suya e incontenible dibujada en la cara, y aquello me hizo reír con más ganas.

—¿Te encuentras mejor, pequeña? —me preguntó el abuelo Mick después de que se llevasen a Alec a la sala de preoperatorio, apartándome uno de los muchos mechones rebeldes que se me habían escapado de la trenza durante aquella estresante visita al hospital.

¿Me encontraba mejor? Ese «mejor» se quedaba muy corto.

Porque, además de todo lo que había pasado, justo antes de que se lo llevasen a quirófano, había podido contarle a Alec a toda prisa lo que había descubierto sobre mi padre y sus postales.

—Pero nunca dejé de escribirte, y siento mucho no haber estado a

tu lado cuando más me necesitabas —terminé apresuradamente mientras todos esperaban a que me callase de una vez para poder bajar a mi novio a quirófano.

Esperaba que Alec se enfadase conmigo o que pareciese sorprendido, porque yo todavía estaba *muy* enfadada y sorprendida con mi padre por lo que había hecho, pero él se limitó a *encogerse de hombros*.

Alec se encogió de hombros, con una sonrisa adorable y somnolienta.

—Parece que tendremos mucho de qué hablar cuando me despierte, cariño —repuso.

Así que, volviendo a la pregunta de mi abuelo. ¿Me encontraba mejor?

Asentí con la cabeza, preguntándome cómo era posible ser tan feliz.

—Nunca he estado mejor, abuelo.

EPÍLOGO DE DANI

Abril

Voy a salir a por el correo —solté nada más entrar en la cocina, todavía medio dormida.

—Estaba empezando a pensar que te ibas a pasar todo el día durmiendo —soltó mi abuelo mientras preparaba una olla de ramen —. Ya me estoy haciendo la comida.

—Solo porque tú siempre comes demasiado pronto —respondí, al tiempo que sacaba una lata de Red Bull de la nevera.

Aunque, para ser justos, era casi la una de la tarde. Alec había venido anoche y nos habíamos quedado viendo la televisión hasta las dos y media de la mañana (cuando el abuelo lo había mandado de vuelta a su casa), así que lo de dormir hasta tarde había sido absolutamente necesario.

—Pero tráete *todo* lo que haya en el buzón —me pidió mi madre—. No solo lo tuyo.

—Vale —repuse, dejando a un lado la lata—. Pero no pienso ponerme zapatos.

—Me parece bien, de todos modos, hoy hace una temperatura estupenda, tampoco es como si te fueses a poner mala por ir descalza a estas alturas del año.

En cuanto abrí la puerta, suspiré con fuerza porque, Dios, menos mal, por fin había llegado la primavera a Southview. El sol brillaba en el cielo y los pájaros cantaban, y ni siquiera sentí frío en los pies cuando bajé por el camino de la entrada hasta el buzón con solo los calcetines puestos.

No había nada mejor que la llegada de la primavera después de un largo y frío invierno.

El teléfono me vibró en el bolsillo con un mensaje entrante y, cuando lo saqué, me di cuenta de que era de mi padre.

Papá: ¿Sigue en pie lo de la llamada por FaceTime de esta tarde?

Le respondí: Síp, a mis 14:00, ¿verdad?

Papá: Me parece perfecto.

Mi padre y yo, después de que todo hubiese explotado estrepitosamente, habíamos acabado con una relación bastante decente y cómoda. Él seguía comportándose como el coronel la mayor parte del tiempo, pero esta vez lo estaba intentando *de verdad*. Nos llamábamos todas las semanas por FaceTime, cada sábado a las dos de la tarde y, de momento, no había faltado a ni una sola cita.

Y también me había comentado que tenía pensado venir para mi graduación.

Qué raro, ¿no?

Abrí el buzón y saqué un montón de cartas de su interior, aunque las ignoré todas cuando me puse a buscar la que quería encontrar, esa pequeña postal que recibía todos los sábados.

Aquí está.

Sonreí al ver la imagen que había impresa en la vieja postal; era una fotografía de la panadería Kriz del 1981, más o menos.

Dios, lo quería tanto.

Le di la vuelta y empecé a leer su mensaje cifrado, sin poder evitar preguntarme cómo había tenido tanta suerte en la vida.

Collins:

Saludos, chica cuyos labios me gusta besar.

1. Esta mañana, de camino al instituto, casi me como un Subaru con el coche porque me distraje mirándote las piernas. Chica, tienes unas rodillas preciosas.
2. No quiero seguir enseñándote a conducir, se te da de pena, pero te quiero tanto que tampoco

puedo enfadarme contigo.

Estoy contando los días que faltan para que llegue el verano.

Alec

Aquello me hizo reír con ganas, de *ninguna manera* pensaba dejarle librarse de seguirme dando clases de conducir, y me pregunté si alguno de mis vecinos se asomaría alguna vez por la ventana y se preguntaría qué narices le pasaba a la chica que se reía delante de su buzón todos los sábados.

Estaba subiendo por el camino de la entrada, revisando el resto del correo, cuando lo vi.

Harvard.

Había un enorme sobre blanco con el sello de Harvard, e iba dirigido a mí.

Ahhhhhhhh.

No mandaban sobres enormes llenos de papeles a aquellos alumnos que *no* habían sido admitidos, ¿no? Me quedé mirándolo fijamente en medio del camino, y se me revolvió el estómago cuando me di cuenta de que lo más probable era que allí dentro estuviese la respuesta que había estado esperando.

Me entraron ganas de vomitar mientras sostenía aquel sobre grueso entre mis manos, porque me moría por abrirlo de una vez, pero también tenía mucho miedo como para hacerlo.

—Oye, Danigirl.

Aparté la mirada del sobre para encontrarme a mi abuelo y a mi madre de pie en el porche, uno al lado del otro, observándome atentamente.

—¿Sí?

—No nos enfadaremos si quieres irte a abrirlo con el chico de los Barczewski —me dijo el abuelo Mick, sonriendo de oreja a oreja.

Lo sabían. Habían visto el sobre en el buzón, pero lo habían dejado allí para que fuese yo quien lo recogiese.

—¡Gracias!

—Tan solo acuérdate de respirar por la nariz —añadió, lo que me hizo quererle incluso más de lo que ya lo hacía, porque últimamente los dos habíamos estado esforzándonos, juntos, por enfrentarnos a nuestros… *problemas* de una forma mucho más directa y proactiva.

Volví a meter el resto de las cartas en el buzón, me abracé el sobre de Harvard al pecho y eché a correr por la acera.

—¿Es que no vas a cambiarte de ropa antes? —me gritó mi madre desde el porche.

—¿O a traernos el resto del correo? —me preguntó el abuelo Mick.

—¡No! —respondí, también a gritos, sin dejar de correr.

—¡Pareces una loca, pequeña! —me gritó mi abuelo, pero por su tono supe que se estaba riendo.

—¡Mira quién habla! —respondí, corriendo sin parar, porque en ese momento lo único que quería era estar con Alec.

Recorrí la calle a la carrera, sin que me importase seguir en pijama o no haberme mirado en un espejo todavía. Corrí tan rápido como pude y no me detuve hasta llegar al porche de los Barczewski, para llamar al timbre como una loca.

—¡Danigirl! —me saludó Big John al abrir la puerta. Su sonrisa se ensanchó un poco cuando se fijó en mi pijama y en mis pies descalzos, con solo los calcetines cubriéndolos—. Vaya. Estás guapísima esta mañana, pequeña.

—Lo sé, lo sé —jadeé, llevándome una mano al costado, sin aliento—. Necesito ver a Alec.

—Vaya —soltó Alec, asomándose desde detrás de su padre. Esbozó una sonrisa de oreja a oreja y me recorrió de arriba abajo con sus ojos oscuros abiertos de par en par—. ¿Qué pasa, Collins?

—Harvard —jadeé, alzando el sobre.

—Joder. Harvard —repitió, enarcando las cejas, al tiempo que salía al porche conmigo—. ¿Lo has conseguido? ¿Has entrado?

—No lo sé —dije, negando con la cabeza—. No quería abrirlo sin ti.

—Espera un momento… ¿Has venido corriendo? —me preguntó, sonriendo, antes de agarrarme de la mano y tirar de mí hacia el enorme columpio del porche.

Oí a John cerrar la puerta de la entrada.

—Sí —respondí, todavía sin aliento—. Ahora, ¿vamos a hablar o a

abrir el sobre?

Me dejé caer en el columpio a su lado.

—Relájate, enana —me dijo, pasándome el brazo bueno por los hombros y pegarme a su costado, porque todavía no se había recuperado del todo de la lesión, aunque su hombro estaba mucho mejor—. Ábrelo.

—Creo que necesito que lo hagas tú por mí —le pedí, sacudiendo la cabeza, porque de repente estaba muy nerviosa—. Tengo miedo.

—Lo haremos juntos —dijo, antes de quitarme el sobre de las manos y colocar sus dedos en un extremo y los míos en el otro—. A la cuenta de tres.

—Vale —repuse con una sonrisa, porque aquello, abrirlo *con* él, me parecía lo correcto.

—Uno —dijo, dándome un beso en la cabeza.

—Dos —conté, cerrando los ojos y rezando porque aquel sobre contuviese la respuesta que llevaba tanto tiempo esperando.

—Espera un segundo —se interrumpió.

—*¿Qué?* —solté, con una risita exasperada, porque era muy típico de él eso de querer esperar cuando estábamos en medio de algo tan importante—. *Venga ya*, Barczewski.

—Solo quiero decirte que, si por algún motivo no consigues entrar, esto no es el final, y algo mejor te estará esperando a la vuelta de la esquina, lo sabes, ¿verdad?

—¿Mejor que *Harvard*? —le pregunté, incrédula.

—Si Harvard no te quiere, entonces sí, seguro que hay algún sitio que es diez veces mejor que Harvard.

—Vale —repuse, y lo decía en serio.

Porque, si no entraba, sabía que de todos modos todo iría bien.

Porque no solo tenía a Alec a mi lado, sino que además tenía la sensación de que por fin había encontrado mi sitio. En Southview, con Cassie, Lillie y Liz, viviendo con el abuelo Mick, acudiendo a las subastas de carne de la PNA… *aquel* era mi sitio.

Mi hogar.

Si no entraba en Harvard, no pasaba nada, porque tenía el apoyo de *mi hogar* y sabía que todo iría bien.

—¿Podemos pasar directamente al tres? —le pregunté, impaciente,

porque aun así el estudiar en Harvard seguía siendo mi sueño—. La espera me está matando.

—Después de que te bese —dijo.

—Tío —me quejé—, ya sabes que te quiero, pero me va a dar un ataque a este paso.

—La cosa es… —repuso, con calma, alzando un dedo para pedirme que esperase, antes de seguir hablando con lentitud, como si no tuviese ninguna prisa—. Es que este va a ser nuestro último beso antes de que seas oficialmente una alumna de Harvard, o nuestro primer beso en esta nueva era en la que tendrás que tratar de descubrir a qué otra universidad quieres ir el año que viene. Así que creo que esto se merece que le dediquemos un momento especial.

—Vale, ahora soy yo la que se *muere* por besarte —dije, subiéndome a su regazo, locamente enamorada de este jugador de hockey grandullón que era un romántico empedernido—. Pero que sea rápido.

Y, bueno… no lo fue.

Pero a mí me pareció genial igualmente.

EPÍLOGO DE ALEC
Junio

Vas a llorar?

Me volví hacia Dani que, efectivamente, *estaba* llorando, y tragué con fuerza.

—Joder, claro que no.

Pero tenía ganas de hacerlo.

Estábamos allí los dos, en el Doug, con los demás, contemplando la nueva incorporación al mural, la misma que acababan de descubrir delante de toda una pista de hielo abarrotada y emocionada, por lo que el no echarme a llorar me estaba costando un mundo.

«Una temporada de campeonato».

Aquellas cuatro palabras tenían un peso increíble, y ahora estaban colgadas justo encima de la foto que nos habían sacado a todo el equipo justo después de que ganásemos a Minnetonka en la final y nos llevásemos el trofeo de campeones estatales. Todos los chicos salían sonriendo de oreja a oreja, empapados en sudor, después de haber jugado uno de los partidos más largos de la historia del campeonato (los árbitros habían tenido que prorrogar el partido cuatro veces), con un dedo en alto, en medio de la pista de hielo, y con todo Southview haciendo el mismo gesto detrás de las vallas de cristal a su espalda.

Vinny se había convertido en todo un dios del pueblo después de haber parado sesenta y cinco goles en ese partido.

—No pasa nada si lo haces —me dijo—. Kyle está llorando como un bebé.

—Gracias, Collins —repuso el susodicho y, cuando me volví a mirarlo, no pude evitar sonreír, porque tenía las mejillas sonrojadas y los ojos anegados de lágrimas—. Y no estoy *llorando como un bebé*, por el amor de Dios. Solo estoy… lagrimeando.

—Oh, y una mierda, prefiero echarme a *llorar como un bebé* que decir que estoy «lagrimeando», ¿qué tontería es esa de lagrimeando? —espetó Vinny, asqueado—. ¿Qué eres? ¿Una abuela de ochenta años? ¿Necesitas que te traigamos una caja de pañuelos de ganchillo para que te seques tus ojos lagrimosos?

—Esto es precioso —comentó Cassie entre risas—. De verdad.

—Siento mucho que este mural *no* te haga lagrimear —dijo Kyle, y supe que lo decía en serio.

—Oh, por favor, ¿quieres dejar de decir eso? Me voy a poner a llorar como un bebé como no dejes de decir eso de «lagrimear». —Vinny le pasó un brazo a Kyle por los hombros y añadió—: Eres nuestro pequeño MVP llorica, pero te queremos.

Kyle se había dejado la piel en ese partido.

En realidad *todos* se habían dejado la piel.

Bueno, todos menos yo.

Yo había tenido que quedarme en el banquillo, con el brazo derecho en su fiel cabestrillo, mordiéndome las uñas durante todo el partido, hasta dejarme los dedos en carne viva.

Sonreímos para las cámaras mientras todo el pueblo, y los medios de comunicación, se volvían locos con nosotros. Aquella era la última vez que todos los de último curso nos pondríamos nuestras camisetas del equipo, la última vez que el primer equipo de la historia del pueblo que había conseguido traer a casa el trofeo del campeonato estaría entero juntos sobre la pista de hielo.

Y eso era justamente lo que nos estaba haciendo «lagrimear» a todos.

Sinceramente, todavía no podía creer que lo hubiésemos logrado.

Apreté los dientes con fuerza y añadí mentalmente «When We Were Young» a la lista de reproducción que pensaba hacer de ese momento.

Nos habíamos pasado toda la temporada luchando por hacernos con ese trofeo, ganando el campeonato partido a partido. Nos habíamos centrado tan solo en analizar los informes y las estrategias de los ojeadores semana tras semana así que, para cuando todo acabó, nos sentíamos vacíos, como si ninguno nos hubiésemos parado a pensar en que nuestras carreras juntos, como compañeros

de equipo, acabarían en cuanto nos entregasen ese trofeo.

Habíamos estado tan concentrados en jugar que no nos habíamos dado cuenta de que, después de tantos años juntos, nuestra época formando parte del mismo equipo había acabado.

Jamás volveríamos a jugar juntos en el Doug, al menos, no siendo los Packers.

Tenía el corazón roto, como si hubiese sufrido una pérdida, como si fuese a estar de luto durante mucho tiempo, porque mis objetivos y mis amistades siempre habían estado ligadas a este deporte, a este equipo.

Let me photograph you in this light in case it is the last time
That we might be exactly like we were—[10]

Pero cuando vimos a Mick salir a la pista con el trofeo en brazos y nos fijamos en que *él* también tenía los ojos llorosos, todos nos echamos a llorar como bebés y se acabó la tontería de los «lagrimeos».

Al salir a la pista, me tomé un segundo para grabarme en la memoria lo que sentí en aquel momento. Mientras escuchaba a Richie meterse con Kyle a mi derecha, con la multitud vestida de burdeos y blanco al otro lado de las vallas de cristal, mientras sentía cómo el frío de la pista me acariciaba las mejillas y alzaba la mirada hacia las pancartas que colgaban de las vigas que cruzaban el techo del Doug.

Quería grabarme cada detalle en la memoria para no olvidarlo jamás.

—Sabes que nunca vas a vivir nada mejor que esto, ¿verdad? —me dijo Richie mientras sonreíamos para las cámaras—. Me importa una mierda todo lo que consigas en Boston, jamás podrás superar esto.

—Lo sé —repuse—. Podría dejar de jugar al hockey para siempre en este mismo instante y lo haría feliz.

Pero eso no ocurriría, al menos, no en un futuro próximo, porque iba a seguir jugando al hockey durante mucho tiempo.

El año que viene jugaría para el equipo de la universidad de Boston.

Antes incluso de que pudiese enfadarme por tener que pasarme todo el verano sentado en el banquillo para recuperarme bien de la lesión del hombro, había recibido una oferta de la Universidad de Boston.

Que tenía un programa y un equipo de hockey increíbles.

Y el dinero que me habían ofrecido desde la NIL también ayudaría a pagar buena parte de las facturas médicas que teníamos pendientes.

Así que me iba a tomar este verano con calma, para recuperarme del todo, y me iría a la universidad en otoño, como todos mis amigos, y estudiaría historia, como siempre había querido. El romperme la clavícula y no poder jugar al hockey con los profesionales, desde luego, no entraba en mis planes, pero sentía que, en cierto modo, había salido ganando.

Porque ahora iba a poder pasarme todo el verano en Southview con Dani.

Nuestras miradas se encontraron, como *siempre* pasaba con nosotros, y ella me guiñó un ojo desde donde estaba, junto a Kyle y Cassie. Noté esa misma punzada en el pecho que sentía siempre que la miraba, una de la que jamás me cansaría.

La misma punzada de la que, al parecer, jamás iba a tener *por qué* cansarme.

Porque a mi chica la habían aceptado en la universidad de sus sueños.

En otoño, Dani se iría a Harvard, que casualmente se encontraba en la misma ciudad donde yo iba a jugar al hockey.

Fue como si siempre hubiésemos estado destinados a ocurrir.

10. Déjame fotografiarte con esta luz, por si es la última vez / que estamos exactamente como solíamos estar.

LA BANDA SONORA DE DANI Y ALEC

1. Escorpião | Jão
2. Little League | Conan Gray
3. hell of a good time | Haiden Henderson
4. Come Apart | The Blue Stones
5. Now That We Don’t Talk | Taylor Swift
6. girl i’ve always been | Olivia Rodrigo
7. hate it | chloe moriondo
8. Picasso | Bradley Simpson
9. Pretty Face | Ally Salort
10. Brand New | Hippo Campus
11. undressed | sombr
12. Echoes | Connor Kauffman
13. Anxiety | Doechii
14. sweat | Haiden Henderson
15. ricochet | Aidan Bissett
16. Gateway Drug | Daniel Seavey
17. Famous | Johnny Orlando
18. Want Me | Stephen Dawes
19. The Black Dog | Taylor Swift
20. In the Kitchen | Reneé Rapp
21. Eyes Wide | Alfie Jukes
22. Dopamine | Stephen Dawes
23. No One’s Ever Kissed You | Winnetka Bowling League
24. Lose Me Like You Mean It | Daniel Seavey
25. exile | Taylor Swift (feat. Bon Iver)
26. How Bad Do U Want Me | Lady Gaga
27. Deeply Still in Love | ROLE MODEL
28. Whatever Forever | Ber
29. When We Were Young | Adele

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, gracias, Dios, por ponerme en este increíble viaje que ni siquiera puedo creer que esté viviendo de verdad y que, desde luego, no merezco.

Y a mi madre, Nancy Painter, ¿cómo he tenido la suerte de tenerte como madre? Eres inteligente, divertida, capaz y preciosa, lo eres TODO, y no tengo palabras para expresar lo mucho que te quiero. Gracias por hacerme enamorarme de las comedias románticas mucho antes de que tuviese edad para saber lo que era una comedia romántica realmente.

Gracias a Kim Lionetti, la agente literaria que representa mejor que cualquier otro agente. Siempre te estaré agradecida por haberme dado una oportunidad, tanto que incluso escribí una historia sobre ese barista tatuado llamado… mierda, *algo* porque desde luego que tenía un nombre… que te llamó la atención. ;) Le debo una a ese barista, porque para mí eres mucho más que solo una agente.

Gracias a Nicole Ellul, por ser la editora más maravillosa del mundo. Te encargas de hacerlo todo y, de alguna manera, siempre te las apañas para hacer que mi verborrea sin sentido cobre sentido. Eres un FENÓMENO. Te prometo que uno de estos días te haré la vida un poco más fácil.

Y al increíble equipo de S&S, ¿por dónde empiezo? Jessi Smith, Anna Elling, Deane Norton, Stephanie Voros, Amy Habayeb, Nicole Benevento, Michelle Leo, Shannon Pender, Nicole Russo, Justin Chanda, Anne Zafian, Amy Lavigne, Kendra Levin, Jon Anderson, Jonathan Karp, Liz Casal, Sarah Creech… formáis LITERALMENTE parte de mi sueño hecho realidad, y por ello os estaré siempre agradecida. Ah, y a la sección de Canadá también, a Natasha y Cayley ;). Y también gracias a todos aquellos de los que me esté olvidando en este momento. Por favor, perdonadme por ser tan despistada.

Y un gracias enooooooooorme a los Kirchner, mis primos de Minnesota, que son los mejores. Dan, Kris, Liz, Lillie, Andy, Mel, Ashton, Cole, Tawnee, Ed, Bryce, Kylie, tío Gary, tía Ellen, ya me parecíais increíbles antes, pero os habéis superado esta vez después de habernos dejado incordiaros con los cientos de preguntas y visitas que hemos tenido que haceros, y por haberos obligado a llevarnos al Cro y al Moose Lodge a las rifas de carne y cerveza.

También quiero darle las gracias a personas mucho más aleatorias pero que siempre me hacen feliz: Taylor Swift; Samantha Lionetti; Lindsay Grossman; Misty Wilson; mis amigos de Berkeley; mis favoritos (versión de taygracie); mi amiga francesa Emma; Diana; Sude; Eva; la otra Emma; Colleen; Jenn; Joyful Chaos Potato Book Club; Annika; LizWesNation; Diana; Cleo; Clio; Mylla; Becca; Anderson Raccoon Jones; Lori Anderjaska; Aliza; Tiffany Fliedner; el séquito de Wes Bennett; Carla; Caryn; Alexis; Ally Bryan; AnnaMarie; Katie Prouty; Jill Kaarlela; Brittany Bunzey; Shaily; Steph Bolan; Marisol Barrera; Abi Griffin; Daniza Jeanne; mis chicas de Florida: Hannah, Elli, Morgan e Iza; Zurain; Meredith Mincey; al Cro y a la PNA en SSP; al SSP Moose Lodge; al torneo estatal de hockey masculino de Minnesota; Enlightened Soul; Ruby Lynn… podría seguir y seguir hasta el infinito porque he conocido a muchísima gente increíble mientras escribía esta historia.

Y gracias a todos los lugares que me han acogido mientras escribía este libro, sitios a los que nunca pensé que podría ir: París, Berlín, Jena, Madrid, São Paulo, Toronto, Bolonia, Venecia, Milán, Ámsterdam, Gante, Denver, San Antonio, San Luis, Chicago, Nueva York, Atlanta, Orlando, Dallas y San Pablo. Os agradezco que no me hayáis echado a patadas por mis exigentes hábitos alimentarios.

Y, por supuesto, gracias a mi increíble familia, por ser tan increíble.

Cassidy, Tyler, Matt, Joey, Kate: sois, sin duda, los mejores personajes que he creado jamás. Y Terrance, Jordyn y Emily, me alegro muchísimo de que os hayáis unido a nuestro equipo. 😊

Y, por último, por último… KEBBIN. Kevin. Kevvvvvv.

Si hubiese sabido cuando te perseguía a todas partes como una idiota lo buen marido que acabarías siendo, te habría perseguido con

aún más ganas, y como una idiota aún mayor. Haces que la vida sea… *perfecta*. Cada día que paso a tu lado es un sueño hecho realidad. Si las risas y las sonrisas fuesen una moneda, yo sería multimillonaria, y todo es gracias a ti. Te quiero muchísimo. Mucho más de lo que probablemente sea aconsejable. Gracias por amarme tú también.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@uranoworld.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA /MundoPuck /Puck_Ed /Puck.Ed

LATINOAMÉRICA /PuckLatam

/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

PUCK